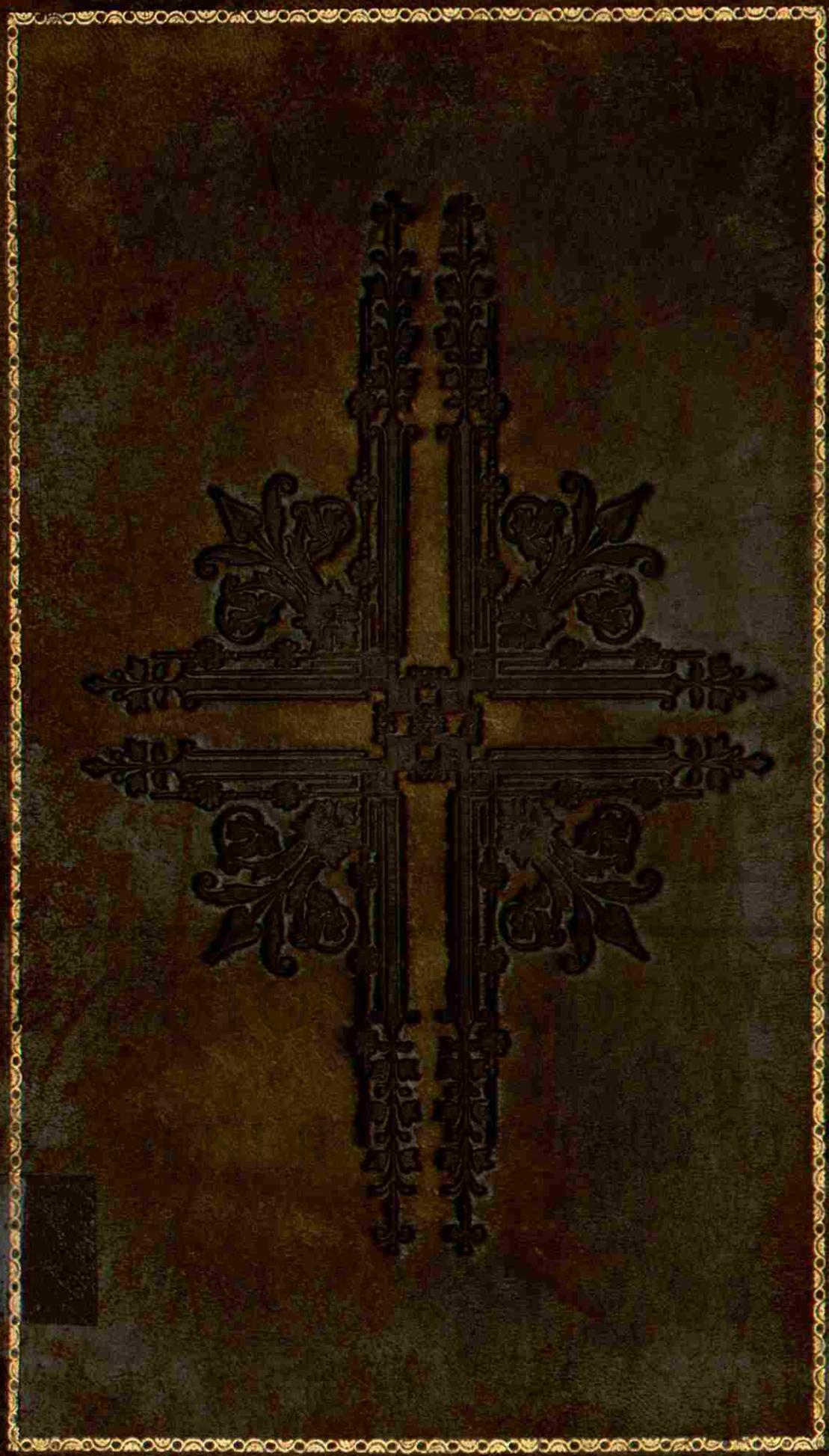


16





THE UNIVERSITY OF CHICAGO



TOM. II

BT306

.49

J4

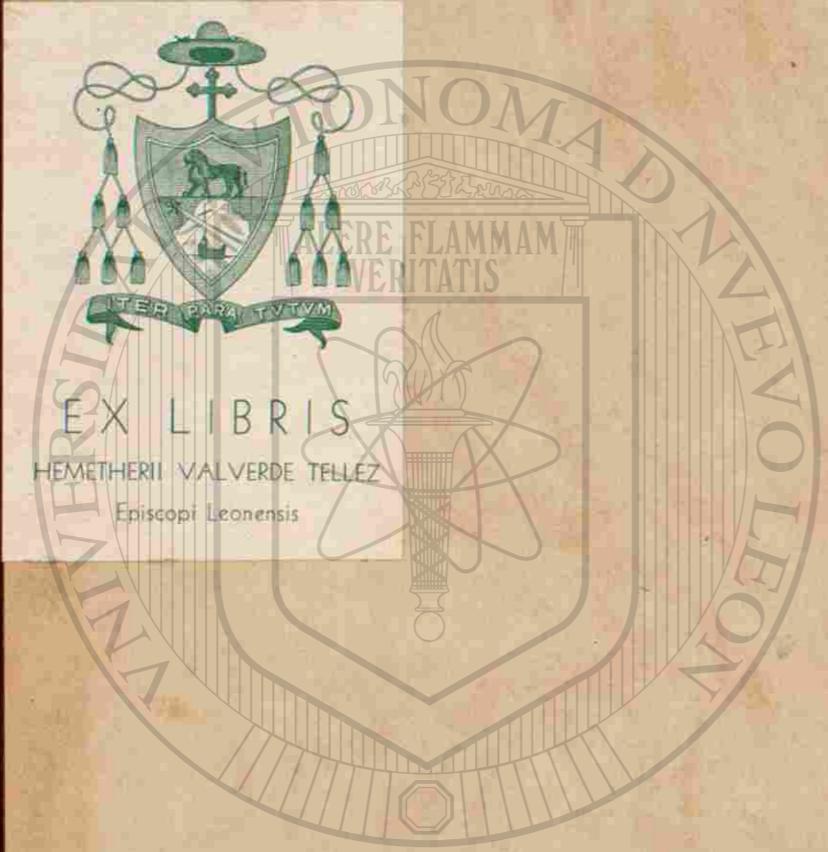
v. 3

IMPRESA
Y ENCUADERNACION.

ATANASIO QUIJANO.
Calle de la Constitucion Numero 4.
TOLUCA.



1080014846



U A N L

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



Soy del Pbro Jm^e Martínez Sastra
San José Guaymas Estado Michoacan
Vicario de Atzacama = Mexico
Atzacama 5 Mayo 1906

JESUCRISTO
EN EL
EVANGELIO Y EN LA SAGRADA EUCARISTIA
SU INFLUENCIA
SOBRE EL INDIVIDUO Y LA SOCIEDAD.

SERMONES

predicados en las solemnes funciones de la Real Archicofradia de las
Cuarenta Horas, en la iglesia de Santo Tomás de esta Corte, en los
años 1862, 1864 y 1866,

POR EL ILMO. SR. DR. DON BENITO SANZ Y FORÉS,

OBISPO DE OVIEDO.

TOMO III.



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
Biblioteca Valverde y Telles

CON LICENCIA DE LA AUTORIDAD ECLESIASTICA.

MADRID:

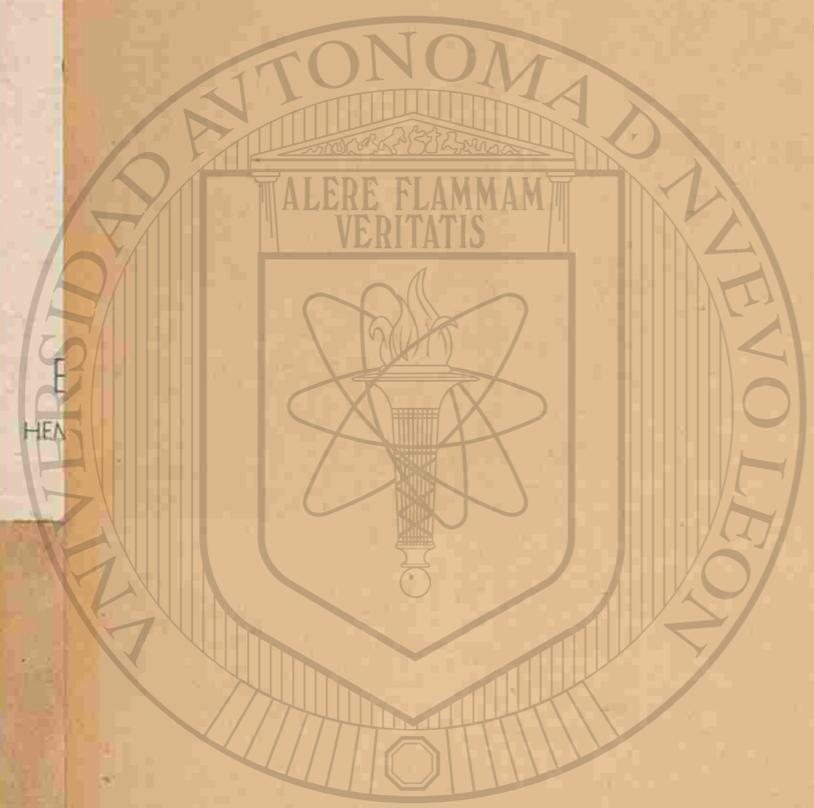
IMPRENTA DE LA VIUDA É HIJO DE D. E. AGUADO.
Calle de Pontejos, 8.

1879.

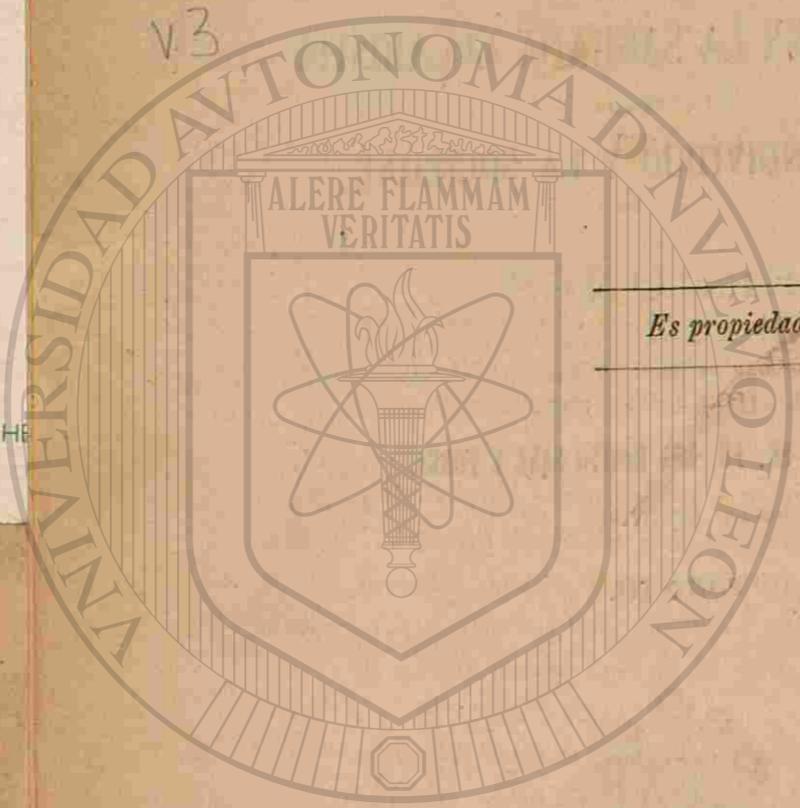


Capilla Alfonsina
Biblioteca Universitaria
VALVERDE Y TELLES

45246



BT 306
.46
J4
V3



Es propiedad del Autor.

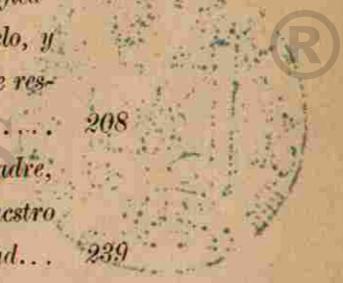


FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ.

ÍNDICE.

Año 1866.

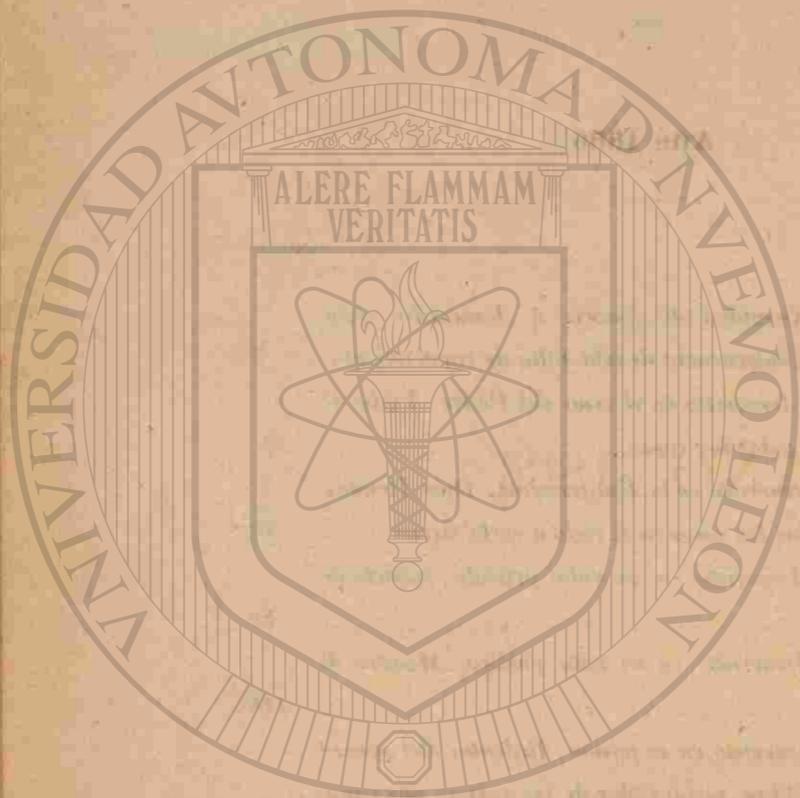
	PÁGINAS.
PRIMER SERMON.—Necesidad de conocer á Jesucristo: cuán poco se le conoce: consecuencia de esta falta de conocimiento.	3
SEGUNDO SERMON.—Jesucristo en el seno del Padre, Verbo de Dios, Criador de todas las cosas.....	27
TERCER SERMON.—Jesucristo en la Encarnacion: Dios-Hombre restaurador de todas las cosas en el cielo y en la tierra.....	53
CUARTO SERMON.—Jesucristo en su vida privada, modelo de la humanidad.....	82
QUINTO SERMON.—Jesucristo en su vida pública, Maestro de la humanidad.....	110
SEXTO SERMON.—Jesucristo en su pasion, Redentor del género humano, segundo Adán, restaurador de las ruinas que causó el primero.....	139
SÉPTIMO SERMON.—Jesucristo en la Sagrada Eucaristia perpetúa su vida entre nosotros, renueva constantemente su sacrificio, y se une á nosotros para levantarnos hasta Dios.....	176
OCTAVO SERMON.—Jesucristo resucitado para nuestra justificacion, glorifica nuestra naturaleza entrando en el cielo, y envia al Espiritu Santo para poner el sello á su obra de restauracion universal.....	208
NOVENO SERMON.—Jesucristo sentado á la diestra del Padre, nuestro Mediador, Sacerdote y Abogado en la vida, nuestro Juez en la muerte, y nuestro Glorificador en la eternidad...	239



BIBLIOTECA DE LA
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

008632

INDICE



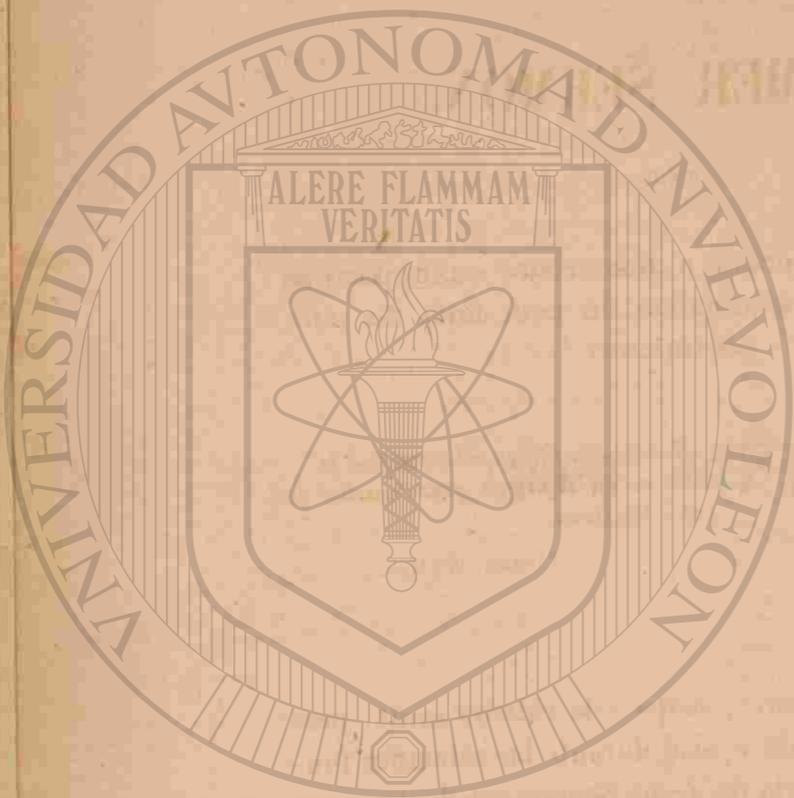
AÑO 1866.

U A N L

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

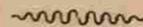




UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

José Martínez Lomba, 1ro año 1904

PRIMER SERMON.



Necesidad de conocer a Jesucristo: cuan poco se le conoce: consecuencias de esta falta de conocimiento.

Hec est vita aeterna, ut cognoscant te solum verum Deum, et quem missisti Jesum Christum.

(Joann. XVII, 3.)

TERCERA vez, Señores, ocupo esta cátedra santa, para dirigiros la palabra de verdad durante las solemnes funciones que á la gloria de Jesus Sacramentado consagra la Real Archicofradía de las Cuarenta Horas; y pláceme en gran manera que al fijar mi residencia en esta córte, porque así lo ha dispuesto la divina Providencia, las primicias de mi ministerio tengan por objeto secundar las miras de esta institucion católica, de cuyos ejercicios en otra ciudad quiso valerse nuestro buen Dios para separarme del mundo é inspirarme la vocacion al estado sacerdotal. Pues tanto le debo, justo es le pague tributo, siquiera humilde, de mi celo y de mi gratitud. Al hacerlo, y al buscar el asunto de que deba ocuparme, para alimento de vuestra inteligencia y de vuestro corazon, yo no encuentro otro mas propio ni mas digno que el objeto

mismo de vuestra adoracion en las Cuarenta Horas, y en estos solemnísimos cultos: Jesucristo.

Se ha dicho que todo en el mundo tiende á la Religion, todo en la Religion á Jesucristo. Él es, pues, el objeto primordial de la oratoria sagrada. Hacer que el mundo le conozca, procurar que el mundo le ame, trabajar para que triunfe y reine en el individuo y en la sociedad: tal es nuestro ministerio. Por ello exclamaba el primero entre los grandes oradores cristianos, el Apóstol de las gentes: «Nos preciamos de no saber otra cosa entre vosotros que á Jesus, y este crucificado, sacrificado por el hombre (1). No predicamos otra cosa que á Jesus crucificado.» (2) Esta es la mision que he recibido, evangelizar las inestimables riquezas de Cristo (3): mi oracion se eleva al Padre de las misericordias para alcanzaros luz divina, á fin de que por la fe habite Cristo Jesus en vuestros corazones (4), y trabajo y padezco hasta formar á Cristo en vosotros (5).

¡Ojalá, hermanos míos, supiera yo cumplir la gran mision del apostolado católico, y sintiera en mi pecho los ardores del celo que sentia San Pablo para dar á conocer á Cristo! ¡Ojalá brillase en mi entendimiento la luz clarísima que le reveló las riquezas del gran misterio escondido en Dios antes de los siglos! (6) Pudiera yo decir al menos con el dulcísimo Bernardo: «Toda mi filosofía, toda mi sabiduría, es Jesucristo.» (7) ¡Cuán dig-

(1) I Cor. II, 2.

(2) Id. I, 23.

(3) Ephes. III, 8.

(4) Id. id., 17.

(5) Gal. IV, 19.

(6) Ephes. III, 9.

(7) Hæc mea sublimior Philosophia, scire Jesum, et hunc crucifixum.

(S. Bernard., *Serm. 43 in Cantic.*)

namente hablaria entonces de él, que forma las complacencias del Padre desde la eternidad, y fué la esperanza de los hombres antes de su Encarnacion, y despues de ella el objeto tiernísimo de su amor y de la esperanza de entrar en su gloria! Él es el principio que se digna hablarnos como á los judíos (1), el fin de la ley (2), el misterio de los siglos, la explicacion de los símbolos, el fundamento fuera del cual no puede ponerse otro (3), el Hijo de Dios, el Redentor de los hombres, la salud y la felicidad de las naciones.

Confieso sinceramente, Señores, mi impotencia para trazar el cuadro de las sublimes grandezas de Jesucristo; pero confiado en su omnipotente auxilio, que hace elocuentes á los niños (4), animado del deseo de hacerle conocer y amar de todos, y recordando agradecido la benevolencia con que en años anteriores me habeis escuchado al describiros las riquezas y armonías de la Sagrada Eucaristía, y al tratar de la influencia del Catholicismo en la vida individual y social, me atrevo á ensayar mis fuerzas en esta obra. Hablemos hoy, como sentando preliminares, de la necesidad de conocer á Jesucristo, de cuán poco se le conoce entre los mismos cristianos, y de las consecuencias de esta falta de conocimiento.

(1) Joann. VIII, 25.

(2) Rom. X, 4.

(3) I Cor. III, 10.

(4) Sap. X, 21.

PRIMERA PARTE.

Somos cristianos, hermanos míos. Ni uno solo hay entre nosotros que no se llame con este nombre, ni uno solo que no esté dispuesto á tomar como injuria grave el oír que se le niega este título de honor. Tal es la dignidad que comunica, tal la grandeza que imprime en el alma, que aun los que en su conducta lo renuncian, en su palabra lo retienen y reivindicán como propio; porque es sinónimo de hombre regenerado; de hombre elevado á un órden superior y divino; de hombre, en fin, que se llama y es hijo de Dios por adopción amorosa del Omnipotente (1).

Ser cristiano, dice el pequeño libro en que aprende el niño las mas sublimes verdades, el pequeño libro que desdeña el hombre, cuando ni un día debia dejar de leerlo y meditarlo; ser cristiano, dice ese pequeño opúsculo que llamamos Catecismo, es ser discípulo de Jesucristo. ¡Oh, cuánto dice esta palabra! ¡Cuán profundo es su significado! Si la meditasen los hombres todos como deben, ella les bastaria para renovarse en todo su sér, y llegar al heroísmo de todas las virtudes. ¡Discípulo de Jesucristo! ¡Hombre que hace profesion pública de seguir la doctrina de Jesucristo como regla de toda su conducta!

El discípulo, ante todo, debe conocer á fondo á su maestro. Sin este conocimiento, en nada acreditará

(1) I Joann. III, 1.

aquella cualidad, y al querer usurpar el nombre, las acciones darán un mentís solemne á sus palabras; porque los deberes que caracterizan al verdadero discípulo, son respetar á su maestro, creer y seguir su doctrina, imitar sus acciones en conformidad con aquella, y aspirar constantemente al término que le señala. Ninguno de estos deberes se cumple sin el conocimiento de Jesucristo: sin él, la persona y la memoria del maestro se hacen indiferentes al llamado discípulo, sus lecciones no se imprimen en el alma, sus ejemplos no tienen influencia sobre el corazón, su amor se extingue, y ni aun su nombre se pronuncia ó sale de los lábios, sin que arranque del corazón.

¿Pero hay, hermanos, entre los hombres, hay entre los cristianos quien no conozca á Jesucristo? Por desgracia son más de los que se cree. El conocimiento, la ciencia de Jesucristo, por la cual despreciaba el Apóstol todas las cosas (1), y que debiera formar la base de todos los conocimientos del cristiano, es mirada con indiferencia, si no es completamente ignorada. Porque no se trata de un conocimiento de nombre superficial, histórico, puramente especulativo, sino de un conocimiento sólido, que descubriendo al hombre quién es Jesucristo, su divinidad, su doctrina, su sacrificio, sus ejemplos y su obra, ó sea la Iglesia católica, desenvuelve á los ojos del alma el gran cuadro de las verdades, las bellezas y los tesoros de la Religión, y cautivando el entendimiento en obsequio de Cristo, le rinde también el corazón por el sentimiento de la adoración y del amor que nacen de la fe. Trátase de un conocimiento que tiene en esta su principio, y se dilata, se engrandece y se ilustra, y des-

(1) Philip. III, 8.

pues de haber derramado multiplicada luz en la inteligencia, llena el alma y la vivifica con el calor que produce aquella luz vivísima, reflejando en el corazón.

Este es el carácter y el efecto de la verdadera fe. Como en el orden natural no da vida, ni grandeza al alma la idea que en la mente queda inerte y sin influencia, cual libro sellado en un estante, ó como pergamino de nobleza cerrado en un archivo, sino aquella tan solo que con actos repetidos es ilustrada y fecundada para que sea madre de nobles sentimientos en el corazón, y principio influyente de acciones que la sensibilizan; así en el orden sobrenatural solo merece apreciarse la fe viva, activa y operante, la fe que, ilustrando el entendimiento, le llena de sí misma, le rinde á su luz, cautivándole en servicio de Cristo con obsequio racional, como dice el Apóstol (1), y se hace origen de sentimientos de virtud, y principio de acciones que santifican. Por ello, Señores, á pesar de que la fe es un acto del entendimiento que, ilustrado con luz divina, da asenso á la verdad revelada, San Pablo nos la presenta como un sentimiento del corazón, que se traduce en actos exteriores. *Corde creditur ad justitiam, ore autem confessio fit ad salutem* (2). Con el corazón se cree para justificarse, y con la boca se confiesa esta fe para salvarse. El sentimiento y la palabra dan testimonio de la fe, manifestándola por las obras; sin esto está muerta, dice Santiago: *pruébame tu fe con las obras, añade, si quieres que la reconozca en tu alma* (3).

Esta idea, este conocimiento de Jesucristo, es el que constituye el carácter del verdadero cristiano. Los que

- (1) Rom. XIII, 1.
 (2) Id. X, 10.
 (3) Jacob. III, 17, 18.

son de Cristo, dice San Pablo, viven del espíritu de Cristo; los que no tienen este espíritu, no son suyos (1). Tened, añade, los mismos sentimientos de Cristo Jesus (2), para que su vida se manifieste en vosotros (3). ¿Y será posible que tenga los caracteres de verdadero discípulo de Jesucristo el que no conoce á su maestro, ó tiene de él tan solo una idea vaga, genérica, especulativa?

El cristiano, Señores, vive de la fe, de la esperanza y de la caridad. Dios infunde en el alma estas virtudes al regenerar al hombre y hacerle hijo suyo en el bautismo; pero quedan como un mero hábito, sin acción, sin influencia, como sávia del árbol que nada produce y apenas mantiene su vida en el invierno, si no están movidas, ejercitadas y como calentadas por la reflexión, hija de ese conocimiento de Jesucristo. La fe, raíz de toda justificación (4), principio de la vida espiritual, luz divina que brillando en el alma la descubre sublimes verdades, y extiende en torno suyo el magnífico horizonte del mundo sobrenatural, si no se ejercita en este conocimiento de Jesucristo, en cuya palabra se funda, queda reducida á una credulidad rutinaria, que no sabe dar razón de sí misma, ó se ve combatida por el orgullo que se resiste á todo sacrificio, y que para autorizar su resistencia engendra la duda, que conduce á la indiferencia especulativa, ó se convierte en una fe puramente especulativa, que se acompaña con la indiferencia práctica. Los hechos lo atestiguan. ¿Por qué vemos rendirse tantos cristianos al vano y capcioso sofisma de la incre-

- (1) Rom. VIII, 9.
 (2) Philip. II, 5.
 (3) II Cor. IV, 11.
 (4) Conc. Trid., sess. 8, cap. 7.

dulidad? ¿Por qué tanta resistencia á creer ciertas verdades de nuestra Religion, que contradicen al orgullo y á la sensualidad, y que exigen su sacrificio? ¿Por qué la rebelion contra la Iglesia y sus preceptos, que son la realizacion de aquellas verdades? Sin duda, hermanos, porque no se conoce bien á Jesucristo, ni se tiene de él la idea que debe tenerse, ni se anidan en el corazon los sentimientos que hácia él debe tener todo cristiano. Si así no fuera, si se tuviese esa verdadera fe en Jesucristo, lejos de imitar á los Cafarnaitas, que se alejaron diciendo: *durus est hic sermo* (1), exclamarían con San Pedro y los Apóstoles: «Nosotros creemos que eres el Hijo de Dios, y por consiguiente, que tu palabra, siquiera humille á nuestra débil razon y abata nuestro orgullo, es palabra de verdad infalible, es palabra de vida eterna.» (2)

El hombre cristiano vive de la esperanza. La fe, descubriéndole el término de sus aspiraciones en el cielo, le hace esperar su posesion y los medios de llegar á ella. Esta esperanza le anima en la lucha, le sostiene en la tribulacion, le lleva á la oracion, le hace héroe en la paciencia, enjuga sus lágrimas en el dolor, y le inunda de gozo en medio de las angustias de la afliccion (3). ¿Y en quién se funda esta esperanza sino en Jesucristo, que mereció al hombre las fuerzas de la gracia y el derecho á la gloria, y nos dice á todos en persona de los Apóstoles: *Confidite, filii?* (4) ¿Quién sostiene esta esperanza, sino el conocimiento de Jesucristo, el recuerdo de sus palabras, y la consideracion de su sacrificio, neces-

(1) Joann. VI, 61.

(2) Id. id., 69, 70.

(3) II Cor. VII, 4.

(4) Joann. XVI, 33.

rio, como él mismo dijo, para que como hombre entrase en posesion de su gloria? (1) Quitad al hombre esa fe, ese conocimiento, robadle ese modelo, apartad de delante de su alma á Jesucristo: ¿qué espera ya? ¿Quién le sostiene? En medio de esa no interrumpida série de tribulaciones que le rodean, en esa lucha incesante de las pasiones que le combaten, en medio de la contradiccion, de la pena, de los desengaños de la vida, ¿á dónde dirigirá sus ojos para que repose confiada el alma en su insaciable deseo de felicidad? Sin Jesucristo no hay esperanza, no hay más allá, no hay, hermanos míos, sino la muerte tras la desesperacion.

El hombre cristiano vive de la caridad. Llama divina que del cielo trajo á la tierra el Hijo de Dios, hija de la fe, y á la vez alma de ella, la caridad es la que, inflamando el corazon, le eleva sobre la tierra, purifica sus afectos, le acerca á Dios y á él le une. Dichoso quien de ella vive, está en Dios y Dios en él (2). Si me amais, dice Jesucristo, mi Padre os amará, y vendremos á vosotros, y pondremos nuestra morada en vuestro corazon (3). Desgraciado el que carece de ella. El que no ama, dice San Juan, permanece en la muerte (4), el que no ama á Nuestro Señor Jesucristo, añade San Pablo, sea anatema (5). ¿Y cómo le amará el hombre que no le conoce, que no forma idea exacta de él, ni medita en su amor, que le hizo victima por nosotros, y en su bondad, y en su dulzura, y en su caridad ardiente, que le hizo pasar sobre la tierra derramando bienes (6), y morir en

(1) Luc. XXIV, 26.

(2) I Joann. IV, 16.

(3) Id. XIV, 23.

(4) Id. III, 14.

(5) I Cor. XVI, 22.

(6) Act. X, 38.

un patíbulo, y dársenos en alimento? La caridad de Cristo nos apremia, dice San Pablo (1); pero es solo cuando la conocemos, la profundizamos, la saboreamos, y hacemos descender y abrigarse en nuestro corazón la idea que de ella nos enseña á concebir la fe en la lectura y la meditación de las bellísimas páginas del Evangelio.

Ni la fe, ni la esperanza, ni la caridad, se desarrollan y producen en el alma sus frutos de vida eterna, sin el conocimiento sólido de Jesucristo. ¿Cómo creerán, dice San Pablo, en aquel á quien no oyeron? (2) ¿Cómo creerán en aquel á quien no conocen? ¿Cómo esperarán en él? ¿Cómo le amarán? Y si no creen, si no esperan, si no aman, ¿qué son sino un fantasma de cristianos, autómatas que se mueven sin saber de dónde vienen ni á dónde van, cañas débiles que se mueven á todo viento, niños vacilantes que ceden al impulso de cualquier soplo de doctrina de error, que emponzoña el alma halagando la pasión y el apetito? (3)

En la última noche de su vida mortal, el Salvador del mundo, rodeado de sus discípulos, á quienes daba sus últimas instrucciones, levantó sus ojos al cielo, y dirigiendo su palabra al Padre, exclamó: Me has enviado para que dé á los hombres la vida eterna: clarifícame, haz que me conozcan. Yo he hecho ante ellos cuanto me mandaste, para que te conozcan y crean que tú me has enviado: clarifícame para que crean, y te amen; y vivan del amor con que tú me amas y yo te amo, y tengan vida eterna. Esta es la vida eterna, que te conozcan á ti, solo Dios verdadero, y á Jesucristo, á quien tú

(1) II Cor. V, 14.

(2) Rom. X, 14.

(3) Ephes. IV, 14.

has enviado (1). ¿Qué podremos añadir á estas palabras del Hijo de Dios? La vida del alma, la que conduce á la felicidad eterna, está en el conocimiento no estéril, sino conocimiento fecundo y amoroso de Dios Padre y de Jesucristo su Hijo, y esto dice, explica A Lápide, porque este conocimiento es la base de la fe en todas las demás verdades (2).

Con él se explica todo: sin él todo es enigma. Dios, hombre, destino, civilización; todo se esclarece, todo se ilustra conociendo á Jesucristo. Sin esto todo queda envuelto en tinieblas. ¿No lo prueba el estado del mundo y las ideas de los hombres en los cuarenta siglos que le precedieron? ¿No lo demuestra el cambio que experimenta la humanidad en cuanto aparece Jesucristo? ¿No lo evidencia la incertidumbre, la duda, la oscuridad en que vemos se envuelve todo sistema que prescindiera de Jesucristo, y el vacío que deja en la sociedad que le destierra de su seno? Cuando Jesucristo se ausenta, ha dicho un filósofo, todo queda en tinieblas, porque tras de él, como tras del sol que arrastra á los planetas, se van todas las instituciones y todas las luces que aportó á la tierra para hacer al hombre feliz (3).

Confesémoslo, Señores: Jesucristo es el camino, la verdad y la vida (4). Es la luz del mundo; el que la sigue no anda en tinieblas (5); el que no la sigue, en ellas anda metido, sin descubrir jamás la verdad esencial, ni la felicidad verdadera. El conocimiento de Jesucristo basta para desterrar el error, la duda, la superstición, el

(1) Joann. XVII.

(2) A Lápide in cap. XVII Joann.

(3) Lamennais, Ensayo sobre la indiferencia, lib. 2.

(4) Joann. XIV, 6.

(5) Id. VIII, 12.

vicio y la muerte del alma, y para fijar en ella la verdad, la paz, el gozo, la santidad, la vida y la salud eterna. A la manera que el sol, levantándose en el horizonte, disipa las tinieblas y las sombras que envolvían la faz de la tierra, así cuando Jesucristo, luz del mundo, sol de justicia, aparece en el entendimiento y en el corazón de los fieles, y difunde las riquezas de su luz divina, el error se disipa, las pasiones pierden su fuerza, el crimen huye, y se cumple lo que pedía el profeta: Levántese Dios, y disípense sus enemigos (1).

El que conoce á Jesucristo conoce la grandeza de Dios, que tiene á un Dios por adorador y víctima, y aprende el respeto y la santidad con que debe servirle. Conocido Jesucristo, se comprende la corrupcion profunda del hombre y la malicia del pecado, que exigió para su reparacion el sacrificio de un hombre Dios. El pecador, ante la enormidad de sus crímenes y la eternidad de las penas merecidas, correría á la desesperacion; pero en Jesucristo encuentra un mediador que tomando sobre sí la deuda, le reconcilia con Dios y le devuelve la paz. Él es, dice San Pablo, el Sacerdote que con su sangre obró la expiacion, y entró en el tabernáculo eterno, hallando redencion para los hombres (2). El pecador, extraviado en la selva de las pasiones, necesita un camino para volver á Dios; sumergido en el error, la ilusion y la engañosa mentira, necesita una luz que le descubra la verdad; reducido al estado de muerte espiritual, anhela volver á la vida. Jesucristo, saliéndole al encuentro con su gracia, le dice: Yo soy el camino, la verdad y la vida (3); quien me siga tendrá la luz de vida eter-

- (1) Psalm. LXVII, 2.
 (2) Hebr. IX, 12.
 (3) Joann. XVIII, 12.

na (4), porque con mi auxilio el infierno quedará vencido, el demonio encadenado, destruido el espíritu del mundo, sometidas las pasiones, y entronizada como señora en el corazón la gracia.

El hombre que abraza la penitencia conociendo á Jesucristo, encuentra el modelo perfecto de ella en un Dios que se humilla, padece, renuncia toda consolacion, y no tiene donde reclinar su cabeza (2). El que se ve acometido del dolor, ó sumido en la pobreza, ó abrumado por el trabajo, encuentra su ejemplar y su consuelo en Jesucristo, que en trabajos desde su infancia (3), dice á todos: Venid á mí los que trabajais y estais cargados, y yo os aliviare, y os daré fuerzas (4). El Justo, conociendo á Jesucristo, conoce al que es su justicia, su santificacion y su redencion (5), al autor y consumidor de su fe (6).

Todo lo encontramos en Jesucristo, hermanos míos. Él es para nosotros la razon y el principio de todas las cosas, dice San Ambrosio (7). Jesucristo es el arca santa que encierra todos los tesoros de la sabiduría, de la ciencia y de la caridad de Dios (8). En él y por él subsisten todas las cosas (9). Él es el divino modelo, al cual es preciso ajustarse para ser del número de los predestinados (10). En él, finalmente, como en inacabable tesoro,

- (1) Joann. VIII, 12.
 (2) Matth. VIII, 20.
 (3) Psalm. LXXXVII, 16.
 (4) Matth. XI, 28.
 (5) I Cor. I, 30.
 (6) Hebr. XII, 2.
 (7) Omnia habemus in Christo: omnia Christus est nobis. (S. Ambros., lib. 3 *De Virgin.*)
 (8) Colos. II, 3.
 (9) Id. I, 17.
 (10) Rom. VIII, 29.

encontramos cuanto necesitan el entendimiento y el corazón, cuanto reclaman para ser felices el individuo, la familia y la sociedad. Cuanto más ahondemos en su conocimiento, tanto más adelantaremos en el camino del bien y de la vida, porque si conocer á Jesucristo es la vida eterna, tanto más tendremos de esta vida, cuanto más le conozcamos, hasta que llegemos á poseerla en toda su plenitud, viéndole y conociéndole como es en sí, hechos semejantes á Dios en la gloria (1).

Dichoso quien tiene esta ciencia celestial, testimonio fiel de Dios, que da sabiduría á los pequeños, y enseña la rectitud de la justicia que alegra el corazón. El que llega á poseerla, la prefiere al oro y á las piedras preciosas (2), y juzga como nada en su comparación todos los tesoros de la tierra (3). La saborea, porque es más dulce que la miel y el panal (4); y como San Pablo, reputa todas las cosas por heno y miseria, y las ganancias y grandezas del mundo por pérdidas y ruindad, á trueque de esta ciencia del conocimiento de Jesucristo (5), que dilata hasta el infinito el horizonte de la inteligencia, eleva hasta Dios las aspiraciones del corazón, y despojando al hombre del viejo Adán, le viste del nuevo, que es criado según Dios en santidad y en justicia (6), y le hace feliz temporal y eternamente, acercándole, uniéndole á Dios, y abismándole para siempre en el Océano de su infinito amor.

Pero ¡ay, hermanos! Esta ciencia, que cambió la faz de la tierra y regeneró al mundo; esta ciencia, que formó

(1) I Joann. III, 2.

(2) Psalm. XVIII, 8.

(3) Sap. VII, 8.

(4) Eccli. XXIV, 27.

(5) Philip. III, 8.

(6) Colos. III, 9.

esos sábios y esos santos que admiran los siglos, esta ciencia que mejoró las leyes, suavizó las costumbres, levantó de su abyección á la mujer y al pobre, é inoculó sávia vital en todas las instituciones, sobreponiéndose á todos los obstáculos, y dejando atrás los dorados sueños de los poetas y los filósofos antiguos; esa ciencia, en fin, tan necesaria al cristiano, que sin ella se confunde con el pagano, y no puede aspirar al término, que es su unión con Jesucristo y la participación de su gloria, ¿la poseen todos? ¿Es estimada, buscada, cultivada por todos? Preciso es confesarlo: Jesucristo es ignorado de gran número de cristianos, y este es el origen de los males que lamenta la edad moderna.

SEGUNDA PARTE.

Conocer á Jesucristo, hemos dicho antes, es tener idea exacta de su persona, de su divinidad, de su misión, de su espíritu, de su doctrina, de su santidad y de su amor, deduciendo de ello las consecuencias prácticas acerca de los deberes de respeto, de gratitud, de sumisión, de imitación y de amor que de aquella idea nacen, para vivir de su espíritu, reflejarle en nosotros, manifestar en nuestra carne su misma vida (1), y hacerle aparecer en la sociedad de los hombres, á fin de que se vea realizada la gran misión que recibió del Padre, de restaurar todas las cosas en el cielo y en la tierra (2).

(1) II Cor. IV, 11.

(2) Ephes. I, 10.

Tal es en sí misma y en su objeto esta ciencia, que en tanto es fecunda, en cuanto es ciencia, no de mera especulación del entendimiento, sino de aplicación á las acciones, á la vida individual y social.

¿Y quién duda, Señores, que así considerada esta ciencia, es ignorada de la mayor parte de los hombres? Figura es de Jesucristo, dice San Bernardo (1) con San Hilario y otros Santos Padres (2), el libro misterioso que vió San Juan en el Apocalipsis, escrito por dentro y por fuera, y sellado con siete sellos (3); porque Jesucristo es Dios y es hombre, y por lo mismo es un misterio, dice San Pablo, el gran misterio de Dios Padre escondido en su seno antes de los siglos y generaciones (4). Solo el Cordero que fué muerto, el mismo Jesucristo, puede abrir este libro y descifrarlo al hombre, rompiendo los sellos que ocultan su escritura interior y misteriosa (5). Este libro, en fin, el mismo que vió Ezequiel, solo de mano de Dios lo recibe el hombre (6).

Es decir, hermanos míos, que el estudio de esta ciencia tiene su principio en la fe, en la sumisión del entendimiento á la palabra de la revelación y á la autoridad infalible de la Iglesia, que es su depositaria y su maestra, como columna y firmamento de la verdad (7). Y la revelación, y la Iglesia, ¿qué reciben de los hom-

(1) Ut mihi videtur idem etiam liber est qui non poterat aperiri.... Venerat Dei Sapientia, sed in libro clauso utique atque signato. (S. Bernard., *Serm. de Sept. Signac.*)

(2) Liber hic est Christus, quia Christus est hujus libri materia et argumentum. (S. Hilar., *Præfat. in Psalm.*)

(3) Apoc. V, 1.

(4) Ephes. III, 9.

(5) Apoc. V, 9.

(6) Ezech. II, 9.

(7) I Tim. III, 15.

bres de nuestros tiempos? Desdén, desprecio, contradicción. Lo que por sí no alcanza la razón, abandonada á sí misma y á sus desvaríos, hijos de la pasión que la tiraniza, cuando se proclama soberana é independiente, lo que la razón no les muestra en su mezquino círculo de verdad, ó en su soñado espacio de ficciones y sistemas, estos hombres no lo admiten, lo niegan, lo rechazan. Por ello, queriendo medir á Jesucristo, y mirándole al través de ese vidrio que todo lo empequeñece á proporción de él mismo, le tienen por puro hombre, cuando más por sábio filósofo, á lo sumo por un fenómeno histórico, en quien suponen contradicción; tal vez por un mito. Los que de tal instrumento óptico se valen para formar en su interior la imagen del grande objeto, ¿le sentirán dentro de sí como él es, y percibirán la poderosa influencia de su espíritu y de su gracia? Jesucristo mismo lo dijo hablando á su Padre: Gracias, Padre mío, porque escondiste estas cosas á los que blasonan de sábios y prudentes, y las has revelado á los pequeños y sencillos de corazón (1).

Al recibir Ezequiel y San Juan el libro misterioso, les dice la voz del cielo: «Toma y come, devora ese libro para llenarte de su sustancia.» (2) Es decir, Señores, que el conocimiento de Jesucristo se adquiere por la aplicación constante del entendimiento y del corazón á profundizar en esta ciencia, convirtiendo, por así decirlo, en sustancia propia el espíritu de Jesucristo, mediante la oración, la meditación y el estudio de la Religión. ¿Veis á muchos aplicar estos medios para conseguir el fin? ¿Qué estudio se hace de la Religión, que toda se re-

(1) Matth. XI, 25.

(2) Ezech. III, 1.—Apoc. X, 9.

fiere, y es la explicación del gran misterio de Jesucristo? En la infancia se aprende el pequeño Catecismo, la escritura exterior del libro que se da al niño, porque no es capaz todavía de penetrar el sentido de la interior. Llegada la edad en que este estudio debiera hacerse, se abandona enteramente. Créese el hombre rebajado si se ve en sus manos la explicación del Catecismo. Créese dispensado de saber más; se juzga ya demasiado sabio en Religión con lo que aprendió sobre las rodillas de tierna madre, ó en los bancos de escuela primaria, y que tal vez ha olvidado en su mayor parte: tiene por indigno del hombre el descender á este estudio. Es propio de niños, se dice; mayores cosas me llaman y me convienen.

¡Ah, Señores! ¡Impropio de la edad madura el estudio de Dios y de Jesucristo, del hombre y de su último fin! ¡Indigno del hombre el estudio de la ciencia, que da solución á todas las grandes cuestiones que desde el principio del mundo han ocupado á las mas ilustres inteligencias! Se estudian, sí, estas cuestiones; se busca su solución; pero en sistemas filosóficos, lejos de Jesucristo, y haciendo abstracción de él; más aún, buscando una solución que contradiga á la solución de Jesucristo, prefiriendo la duda, la incertidumbre, la utopía, á la noción clara y precisa que nos da el Hombre-Dios. ¡Indigno del hombre el estudio del gran modelo, y la práctica de lo que conduce á trasladar á nosotros sus rasgos principales! ¿Qué hay, pues, digno del hombre, si esto es indigno de él?

¿En qué ocupan su espíritu la mayor parte de los hombres? En cosas vanas é inútiles, que dejan vacío el corazón; en el pasatiempo, la diversion y la disipación continua, siempre fuera de sí mismos, sin hacer reflexión sobre su principio y su fin; en la vida de la mate-

ria, nunca en la vida del espíritu. El hombre animal y el hombre mundano son una misma cosa: ni el uno ni el otro, dice San Pablo, saben ni pueden conocer las cosas de Dios (1). Ni uno ni otro conocen á Jesucristo. Se convierten á las fábulas, buscan y escuchan á maestros que halagan al oído, y lo cierran á la voz de la verdad para no ver turbada la falsa paz de sus conciencias (2). No quieren entender, para no verse precisados á obrar bien (3). Y gracias, hermanos, que en la edad primera se aprendiera á Jesucristo y los lineamentos exteriores de su nobilísima figura; porque hasta esto quiere impedirse, arrancando la educación de las manos de la Iglesia. Gracias que este boceto no se haya borrado enteramente; gracias, en fin, que se conserve en el espíritu y en el corazón el recuerdo de Jesucristo, que un día pueda despertarse y llamarlos á sí mismos, como deseaba el Profeta cuando decía: Nécios, entended alguna vez (4); volved, prevaricadores, al corazón, alimentando esa débil centella oculta en las cenizas (5).

El libro misterioso, en fin, comido por el Profeta y por el Apóstol Evangelista, dulce en su boca, llenó de amargura sus entrañas (6). Figura también es esto del efecto que el conocimiento de Jesucristo produce en los que á él se dedican, como comiendo este libro. Dulce, porque descubre al alma los tesoros del amor divino, y la inunda de las delicias de su tiernísima misericordia; se hace amargo á las entrañas, á la carne, á la sensuali-

(1) I Cor. II, 14.

(2) II Timoth. IV, 4.

(3) Psalm. XXXV, 4.

(4) Id. XCIII, 8.

(5) Isai. XLVI, 8.

(6) Ezech. III, 3.—Apoc. X, 10.

dad, porque exige el sacrificio, y mezcla el absintio con la miel deseada de los placeres. Y esto explica tambien por qué son tantos los que ignoran á Jesucristo, los que temen y resisten conocerle, rodeándose de mil pretextos para que no se les descubra. Saben que conocido Jesucristo, es inexcusable la vida inmortificada y sensual; es consiguiente abrazarse con la Cruz, y modelar la conducta en las severas máximas del Evangelio. Saben que hecho manifiesto al alma Jesucristo, lo atrae todo hácia sí (1), y que esta atraccion misteriosa separa al hombre de los ídolos que se formara su corazon, y no tienen valor para el sacrificio. Admiran, pero temen al amor divino y sus efectos. Como los hebreos á Moisés, quieren ver á Jesucristo al través tan solo de un velo que roba sus resplandores (2), ó piden treguas como el que pidió tiempo para enterrar á su padre antes de seguir á Jesucristo (3), ó se entristecen y acobardan al descubrir el sacrificio que les exige, como el jóven que le preguntó por el camino del cielo (4), ó le abandonan, en fin, como los Cafarnaitas (5), y como los pecadores de quienes habla Job, que bien avenidos con sus pasiones, dicen al Señor: Apártate de nosotros, no queremos la ciencia de tus caminos (6). Hé aquí por qué son tan pocos los que se dedican á conocer á fondo á Jesucristo. La vida y la doctrina del Salvador condenan las máximas del mundo, y tienden á destruir el imperio de las tres concupiscencias que reinan en él (7); los hombres, como dijo el

(1) Joann. XII, 32.

(2) Exod. XXXIV, 35.

(3) Matth. VIII, 21.

(4) Id. XIX, 22.

(5) Joann. VI, 67.

(6) Job. XXI, 14.

(7) I Joan. II, 16.

mismo Salvador, aman las tinieblas, no quieren venir á la luz (1), no quieren conocer al que descubriendo á sus ojos la verdad, ha de turbar la paz engañosa que gozan en el amor de las criaturas, y ha de obrar su entera conversion.

¡Lamentable ceguedad! ¡Criminal resistencia! ¡Horrible ingratitud! ¡Desórden espantoso! El hombre que confiesa ser Jesucristo el modelo acabado de santidad, el regenerador del mundo; el hombre que se precia de ser participante de esta regeneracion, y de llamarse cristiano, no quiere detenerse en contemplar á Jesucristo, no quiere mirarle cara á cara, no quiere conocerle, en una palabra, por temor de verse atraido á adorarle, á amarle hasta el sacrificio, á imitarle para aparecer como una copia de su santidad. ¡Gran Dios! ¡Qué misterio de iniquidad! ¡Qué misterio de bajeza y de degradacion! ¡Qué misterio de ingratitud y de monstruosa contradiccion ofrece la conducta de muchos hombres respecto á Jesucristo!

Son inexcusables, hermanos míos. Si yo no hubiese venido, si no les hubiera mostrado quién soy y lo que he hecho, dice Jesucristo, merecerian perdon (2); pero ahora son inexcusables, y atraen sobre sí las fatales consecuencias de su ignorancia voluntaria, ó de su abierta resistencia. El Profeta Oseas decia á los judíos: Ya no hay verdad, ni conocimiento de Dios sobre la tierra, y de aquí proviene que las venganzas, la mentira, el homicidio y el adulterio han inundado el mundo (3). San Pablo decia tambien á los Efesios: No siguen sino la vanidad de sus ideas, su espíritu está lleno de tinieblas,

(1) Joann. III, 19.

(2) Id. XV, 24.

(3) Oseæ IV, 1.

alejado del camino de Dios, sin tener parte en las promesas divinas y sin esperanzas en este mundo, se abandonan á toda clase de impurezas y de avaricia (1). ¿No es esta, Señores, la pintura de la situación actual del mundo? Do quiera que volvamos los ojos, ¿qué vemos sino sistemas opuestos á sistemas, que nacen hoy para morir desacreditados mañana, y siempre y todos, sembrando la duda, el escepticismo que enfria y mata, ó proclamando con cinismo la negación de Dios para entronizar al hombre? ¿Qué descubrimos sino hombres que jamás miran al cielo, y tan solo en la tierra buscan la soñada felicidad? ¿Qué vemos sino la concupiscencia reinando, el goce del sentido proclamado ley de la humanidad, la corrupción, la impureza, la disolución mas espantosa? ¿Qué vemos sino el sórdido interés, al cual todo se sacrifica, y el becerro de oro levantado sobre el altar de la sociedad? ¿Qué vemos sino al hombre enemigo del hombre, que mintiendo al oído la palabra *hermano*, tal vez acecha el momento de clavar el puñal en el corazón? ¿Qué vemos, en fin, sino la glacial indiferencia, y el olvido de cuanto lleva la luz divina al entendimiento, y la paz verdadera al corazón, y en este el tedio, el hastío, la desesperación que conduce al suicidio? Lo vemos, lo lloramos, y discurrimos vanamente sobre las causas y sobre el probable remedio.

La causa, hermanos, es una; el remedio uno también. La causa es la ignorancia, el olvido, el desprecio, el odio á Jesucristo. Sin Jesucristo, nada se explica de un modo preciso y positivo en el orden de las ideas. Él es la verdad; faltando él, prescindiendo de él, no queda mas que la duda y el error. Sin Jesucristo nada se espe-

(1) Ephes. IV, 17.

ra, el hombre nada ve mas allá del sepulcro. No buscando sino la tierra, y viviendo sin esperanza, ni halla bálsamo para sus heridas, ni consuelo en su aflicción; y no temiendo y secando la fuente del remordimiento, se lanza á la carrera en el mal, buscando tan solo engañar ó burlar las prescripciones de la ley humana. Sin Jesucristo, la caridad no existe, el corazón es esencialmente egoísta, y el egoísta es siempre enemigo de los demás.

En vano se discurre: la causa única del mal que affije á los buenos y triunfa de los pueblos, es la ignorancia, el olvido, el alejamiento de Jesucristo. El remedio no puede ser otro que conocerle, acercarse á él, vivir de su espíritu. El cambio que, en cuanto fué predicado y conocido Jesucristo, se obró en el mundo, tanto en el orden de las ideas como en el de las costumbres, en la vida del individuo y en la de la sociedad, nos descubre el que puede obrar y obrará infaliblemente, si otra vez buscamos, llamamos y estudiamos á Jesucristo. No está lejos; no se ha ausentado aún del todo de entre nosotros; todavía nos convida, nos llama, y nos apremia. Su Religión, su fe, su doctrina, sus Sacramentos, su culto, todo es nuestro todavía. El remedio, pues, está á nuestra disposición. Apliquémosle, hermanos, y el resultado será infalible. Estudiemos á Jesucristo, acerquémonos á él, amémosle, vivamos de su espíritu, y él, no ya pasando como en la Judea, sino permaneciendo y habitando con nosotros, como prometió hacerlo hasta la consumación del siglo (1), derramará bienes en abundancia; y á quien admirando su obra, pregunte: «¿Eres tú el que habia de venir, ó esperamos á otro?» responderá como entonces: «Id, y contad lo que habeis visto y oído: los

(1) Matth. XXVIII, 20.

sordos oyen, los ciegos ven, los cojos andan, los muertos resucitan, los pobres son evangelizados (1); porque he venido para que todos tengan vida, y vida mas abundante (2).»

Daros á conocer á Jesucristo: ved, Señores, lo que vengo á hacer en estos dias. Quiera Dios que logre mi deseo. Haced, oh mi Jesus, que yo no interrumpa jamás mi estudio acerca de Vos, que toda mi ocupacion sea conoceros y hacer que os conozca el mundo, ese mundo que no os conoce, y que es enemigo de vuestro nombre, de vuestra doctrina, de vuestra Iglesia y de vuestros miembros. Que os conozcan los pecadores como el único en quien pueden encontrar la remision de sus pecados, su reconciliacion con Dios, la santificacion de su alma, y su salvacion. Que os conozcan los justos como al autor y principio de toda justicia, y como el fundamento y el sublime objeto de toda su devocion. Que os conozca el mundo todo como á su luz, como á verdad, camino y vida del género humano, como el alpha y omega (3), como la solucion de toda duda, el modelo de toda virtud, y la fuente de toda gracia, para que á imitacion del Apóstol no nos gloriemos de saber otra cosa que á Jesucristo crucificado (4). Esta ciencia será nuestra luz, nuestra esperanza, nuestra fortaleza en medio de nuestra miseria, nuestra paz en medio de la lucha, nuestro consuelo en medio de las penas, nuestra confianza en medio del abatimiento, nuestra victoria en los combates, nuestro remedio contra todos los males, nuestro refugio en la muerte, y el principio de nuestra eterna salvacion.

(1) Matth. XI, 8.

(2) Joann. X, 10.

(3) Apoc. I, 8.

(4) I Cor. II, 2.

SEGUNDO SERMON.

Jesucristo en el seno del Padre, Verbo de Dios,
Criador de todas las cosas.

*In principio erat Verbum.....
et Deus erat Verbum.*

(Joann. I, 1.)

CONOCER á Jesucristo, os decia ayer, Señores, es un deber del hombre, y sobre todo del cristiano; es la ciencia que sobre cuanto hay en el mundo amaba San Pablo, poniendo en ella todos sus títulos de gloria, y que difundia por todo el orbe, cumpliendo la mision que le confiara Jesucristo, enviándole á llevar su nombre delante de las naciones, y los reyes, y los hijos de Israel (1). Es la ciencia que predicaba á todos los pueblos, aunque fuese un escándalo para los judíos, y una locura para los gentiles (2). Ella es el misterio de amor en que descubria la virtud, la fortaleza y la sabiduría de Dios (3), el tesoro inagotable de donde sacaba los argumentos necesarios para convertir á los idólatras, para confirmar á los

(1) Act. IX, 15.

(2) I Cor. I, 23.

(3) Id. id., 24.

sordos oyen, los ciegos ven, los cojos andan, los muertos resucitan, los pobres son evangelizados (1); porque he venido para que todos tengan vida, y vida mas abundante (2).»

Daros á conocer á Jesucristo: ved, Señores, lo que vengo á hacer en estos dias. Quiera Dios que logre mi deseo. Haced, oh mi Jesus, que yo no interrumpa jamás mi estudio acerca de Vos, que toda mi ocupacion sea conoceros y hacer que os conozca el mundo, ese mundo que no os conoce, y que es enemigo de vuestro nombre, de vuestra doctrina, de vuestra Iglesia y de vuestros miembros. Que os conozcan los pecadores como el único en quien pueden encontrar la remision de sus pecados, su reconciliacion con Dios, la santificacion de su alma, y su salvacion. Que os conozcan los justos como al autor y principio de toda justicia, y como el fundamento y el sublime objeto de toda su devocion. Que os conozca el mundo todo como á su luz, como á verdad, camino y vida del género humano, como el alpha y omega (3), como la solucion de toda duda, el modelo de toda virtud, y la fuente de toda gracia, para que á imitacion del Apóstol no nos gloriemos de saber otra cosa que á Jesucristo crucificado (4). Esta ciencia será nuestra luz, nuestra esperanza, nuestra fortaleza en medio de nuestra miseria, nuestra paz en medio de la lucha, nuestro consuelo en medio de las penas, nuestra confianza en medio del abatimiento, nuestra victoria en los combates, nuestro remedio contra todos los males, nuestro refugio en la muerte, y el principio de nuestra eterna salvacion.

(1) Matth. XI, 8.

(2) Joann. X, 10.

(3) Apoc. I, 8.

(4) I Cor. II, 2.

SEGUNDO SERMON.

Jesucristo en el seno del Padre, Verbo de Dios,
Criador de todas las cosas.

*In principio erat Verbum.....
et Deus erat Verbum.*

(Joann. I, 1.)

CONOCER á Jesucristo, os decia ayer, Señores, es un deber del hombre, y sobre todo del cristiano; es la ciencia que sobre cuanto hay en el mundo amaba San Pablo, poniendo en ella todos sus títulos de gloria, y que difundia por todo el orbe, cumpliendo la mision que le confiara Jesucristo, enviándole á llevar su nombre delante de las naciones, y los reyes, y los hijos de Israel (1). Es la ciencia que predicaba á todos los pueblos, aunque fuese un escándalo para los judíos, y una locura para los gentiles (2). Ella es el misterio de amor en que descubria la virtud, la fortaleza y la sabiduría de Dios (3), el tesoro inagotable de donde sacaba los argumentos necesarios para convertir á los idólatras, para confirmar á los

(1) Act. IX, 15.

(2) I Cor. I, 23.

(3) Id. id., 24.

creyentes, para reducir á los extraviados, y para llevar el consuelo á los afligidos. Es el libro donde aprendia el modo de confundir á la filosofía pagana, de abatir el orgullo de los judíos, de instruir á los ignorantes, y de humillar á los pretendidos sábios. Con esta ciencia, en fin, santificó á los fieles, reformó los abusos, y convirtió á las naciones. Ella es la que ansiaba San Agustín, que sabiendo tanto no creía saber nada mientras no la poseyese, y exclamaba sin cesar: «Conózcate, Señor, á ti, y conózcame á mí (1). Ella es la que se llama ciencia de los Santos, la que da piedad al niño, candor á la doncella, paciencia al que sufre, esperanza al pecador, valor invencible al que lucha con sus pasiones, y la que hace del esclavo de los vicios un héroe en las virtudes, un gigante en la perfección.

Estudiémosla pues, hermanos míos, como la única necesaria para la felicidad verdadera. ¿Dónde la encontraremos? En la revelación, en las Sagradas Escrituras, que, según frase de San Agustín, no tienen otro objeto que dar á conocer á Jesucristo (2); en la doctrina de la Iglesia católica, depositaria de aquellas, y cuya autoridad divina las conserva incólumes, las explica, y enseña la fe que debemos darles, diciendo el mismo San Agustín: No creeria yo en el Evangelio, si no me moviese á ello la autoridad de la Iglesia católica (3).

Jesucristo es el fin de la ley (4), y el principio del Evangelio, y á él miran uno y otro Testamento: el an-

(1) Noverim te, noverim me. (S. August., *De vita beata.*)

(2) Porro omnis pagina (Scripturarum) nihil aliud sonat quam Christum. (S. Aug., *Serm. 46 De Pastor. in Ezech.*, c. 34.)

(3) Ego Evangelium non crederem, nisi me Catholicæ Ecclesiæ commoveret auctoritas. (S. August., *Contr. Epist. fundam.*, c. 4.)

(4) Rom. X, 4.

tiguo para figurarle, el nuevo para explicarle, como los Querubines que sobre el arca, enfrente uno de otro, miraban al propiciatorio (1), figura de Jesucristo, que es la propiciación por nuestros pecados (2). Alumbrados, pues, por la luz divina de la revelación, única que puede dárnosla á conocer, entremos en el estudio de esa ciencia, cuyo primer capítulo nos lleva á la eternidad. Jesucristo en el seno del Padre: es su Hijo, su Verbo, Dios como él, Creador de todas las cosas y principio de toda felicidad.

PRIMERA PARTE.

Cuando los judíos vieron á Jesus entrando en Jerusalem entre cánticos y aclamaciones de gloria, preguntaban unos: ¿Quién es este? Es Jesus, el Profeta de Nazaret, respondian otros (3). ¿Y quién es Jesus? A esta pregunta, que no supieron contestar cumplidamente los judíos ni los gentiles, que deseando conocerle, pidieron al Apóstol Felipe que se lo mostrase (4), es á la que vamos á responder nosotros.

Para ello, Señores, para conocer á Jesucristo en toda la extensión de su grandeza y de su misión, no basta fijar los ojos con ternura en el niño que nace en Belén, ni en el joven que trabaja en Nazaret, ni en el hombre que recorre la Judea y muere en el Calvario. Es preciso

(1) Exod. XXXVII, 7.

(2) Rom. III, 25.—I Joann. II, 2.

(3) Matth. XXI, 11.

(4) Joann. XII, 21.

escuchar sus palabras, y las de los testigos de sus obras, contemplar los prodigios que acompañan á su vida y á su muerte, observar la irresistible influencia que ejerce su persona y su doctrina, y compararlo todo con los anuncios y promesas de los Profetas, con las respuestas de los oráculos, con las tradiciones de los pueblos y las esperanzas de la humanidad. Cuando esto se ha hecho con corazón sencillo y con espíritu recto, es imposible no exclamar: Jesucristo es Dios, es Dios hecho hombre, es Dios y hombre á la vez. Hé aquí el carácter esencial de Jesucristo: hé aquí la verdad fundamental del Catolicismo.

¡Cuánto se ha trabajado para oscurecerla! ¡Cuánto se ha hecho para borrarla del símbolo de la Iglesia y de la conciencia de los pueblos! Todas las herejías, todos los sistemas, todos los errores religiosos han venido directa ó indirectamente á realizar este empeño satánico, porque no hay uno solo que no se traduzca por esta palabra: oposición, guerra á Jesucristo. Pero en vano: mientras esos sistemas y esas herejías, ya hayan negado la divinidad, ya la humanidad, ya la realidad de Jesucristo, ya su gracia, sus méritos, sus Sacramentos, su Iglesia, han pasado sobre la tierra precipitándose unas sobre otras en el abismo del desercido y de la muerte, la verdad capital subsiste íntegra y salvadora, y del uno al otro polo, en inmensa ondulacion, lleva y devuelve el eco las palabras del Arcángel en el día de la Encarnacion, y las del Centurion en el día de la Crucifixion, y las del Apóstol de las naciones en su carta á los Hebreos: Se llamará Hijo del Altísimo (1); verdaderamente es Hijo de Dios (2); será grande, y su reino no tendrá

(1) Luc. I. 32.

(2) Matth. XXVII, 54.

fin (1); porque Jesucristo, el mismo que ayer es hoy, y será en todos los siglos: á él la gloria en los siglos de los siglos (2).

Ni un solo pueblo, Señores, dice Ciceron, ha dejado de tener idea de la divinidad, siquiera adulterada y envuelta en mil errores; ni un solo pueblo que no haya esperado la venida de un Dios á la tierra para levantar de su postracion al género humano, remediar sus males; y esa hambre de Dios, ese deseo universal é insaciable de acercarse á Dios, de elevarse hasta él, de unirse á él para vivir de su propia vida. El Chino y el Egipcio, el Persa y el Griego, el Romano y el de allende los mares, todos en su teogonía, en sus oráculos, en sus símbolos, han manifestado esperar un Dios unido al hombre, un Dios salvador y restaurador del hombre. Prueba evidente de que todas esas voces son eco de una misma palabra de verdad y de esperanza, pronunciada en los primeros días del mundo, cuando el género humano estaba compendiado en una sola familia, y que todas sus ramas llevaron consigo como su mejor tesoro al diseminarse sobre la faz de la tierra.

Esa palabra de verdad, esa promesa de esperanza, la consagra íntegra y pura en su historia el pueblo á cuya raza se prometió la gloria de contar entre sus hijos al esperado del universo. El día del pecado se anunció ya la venida de un Dios hombre para romper la cadena de la esclavitud, aplastando la cabeza del dragon (3). Solo siendo Dios puede hacerlo un hombre. Al Padre de los creyentes le promete un descendiente en quien y por quien

(1) Luc. I. 32, 33.

(2) Hebr. XIII, 8.

(3) Gen. III, 15.

alcanzarán bendición todas las gentes y generaciones (1). Solo un Dios puede ser principio de bendición para todos los pueblos en todos los siglos. Jacob anuncia á sus hijos un enviado, que será la expectacion de las naciones, y fija la época de su nacimiento (2). Solo un Dios puede ser la expectacion constante y simultánea de todas las gentes. Moisés, el hombre de los prodigios, el amigo de Dios, promete al gran Profeta, al Doctor y Maestro de la humanidad (3), y tras él todos los hombres inspirados del pueblo escogido repiten el mismo anuncio: No temas, Sion, el mismo Dios vendrá, y te dará libertad (4). Escucha, casa de David: Una Virgen concebirá y dará á luz un hijo, y su nombre será Emmanuel, Dios que habita con nosotros (5), Dios dado á nosotros, Dios hecho niño, que nace para nosotros; sobre sus hombros el principado, y se llamará admirable, Dios, fuerte, padre del siglo venidero, príncipe de la paz (6). Su salida desde la eternidad (7). Así habla Isaias, y describe su historia cual si hubiese consumado ya su misión. Formando coro con él los demás Profetas, repiten el anuncio, y señalan el tiempo y el lugar de su nacimiento, el carácter de su persona, los prodigios de su vida, el género de su muerte, la gloria de su sepulcro, su triunfo sobre el infierno, y el triunfo, en fin, de la humanidad ennoblecida por él mas allá de lo esperado.

Pasan los siglos, llegan los dias, y todo se cumple, todo se realiza en la persona de Jesucristo. Él es, pues,

- (1) Gen. XXII, 18.
 (2) Id. XLIX, 10.
 (3) Deuter. XVIII, 15, 18.
 (4) Isai. XXXV, 4.
 (5) Id. VII, 14.
 (6) Id. IX, 5.
 (7) Mich. V, 2.

el Mesías, el esperado de las naciones, es Dios. Él mismo lo dice, y lo confirma con milagros, y ofrece á sus enemigos la prueba de su resurrección (1), que no puede ser negada, y á sus discípulos la de su gloria, que les descubre en el monte, y la voz del Padre que dice: Este es mi Hijo muy amado, en quien tengo mis complacencias; escuchadle (2): y á unos y otros el espectáculo de su muerte, que agita y conmueve al universo, y su resurrección, y su doctrina, y el cambio que obra en el género humano, y su victoria sobre cuanto se le opone. Por ello el Centurion exclama: Verdaderamente el Crucificado es Hijo de Dios (3). Esa palabra que recoge en sus alas el huracan que hace bambolear las cruces del Gólgota, es llevada del uno al otro confín de la tierra; esa palabra que predicán despues los Apóstoles do quiera se esperaba á un Dios hecho amigo y salvador del hombre, atrae al mundo entero y le postra á los piés de Jesucristo, confesándole verdadero Dios. En Jesucristo se reasumen todas las esperanzas de la humanidad; él realiza todo lo esperado, y no es otro más que él, porque despues de él nada se espera. Su nacimiento acalla la voz de la ansiedad antigua.

La atracción poderosa de Jesucristo sobre el mundo, anunciada por los Profetas y por él mismo como prueba de su divinidad, ese silencio de la esperanza, ¿no dice que á ella ha sucedido la posesión de lo esperado? ¿No es un testimonio indestructible de que Jesucristo es Dios? Solo admitiendo esta verdad es como se explica ese gran fenómeno de la historia del mundo. Jesucristo es el misterio de amor adorado por los ángeles, predicado á las na-

- (1) Matth. XII, 39.
 (2) Id. XVII, 5.
 (3) Id. XXVII, 43.

ciones, creído en el mundo, y recibido en gloria (1). El mundo lo creyó, y al comparar la sencilla historia del Evangelio con la majestuosa serie de las profecías, y una y otra con las tradiciones y esperanzas de los pueblos todos, ha exclamado con la convicción profunda de la fe y con la generosidad del amor y del sacrificio: Jesucristo es nuestro Dios; venid, adorémosle, aprendamos su doctrina, y vivamos de su misma vida.

Ni los judíos, testigos de vista, al par que enemigos de Jesucristo en su mayor parte, encontraron nada sólido que oponer á la veracidad del Evangelio; ni la orgullosa filosofía pagana inventó mas que argucias, que condensó Celso y pulverizó Orígenes; ni el espíritu de la herejía ha podido resistir á la brillante luz de la verdad y al poderoso sentimiento de los pueblos. Todas han caído, y se han destrozado al choque de esa piedra cuyo inmenso peso las desmenuza (2). La filosofía moderna ha querido tambien medir sus fuerzas contra el coloso de la fe y contra la columna de la verdad. Ha querido robar á Jesucristo su divinidad, y presentarle á la conciencia del género humano como un puro hombre. Pero ¿qué argumentos ha descubierto para destruir la verdad que tranquila ha reinado en el mundo durante diez y ocho siglos? ¿Qué razones, que no adujeran antes los judíos y los filósofos gentiles, amigos de los Césares, que juraron en vano borrar de la faz de la tierra hasta el nombre mismo de Jesucristo? Leed sus obras, y no vereis sino declamaciones saturadas de sofismas, hipótesis aéreas, narraciones truncadas, falsedades notorias, un *quizás*, un *tal vez*, un *podrá ser*.

¡Ah, Señores! y esto en el siglo que se gloria de un

(1) I Tim. III, 16.

(2) Matth. XXI, 44.

razonar sólido, de una crítica exacta y juiciosa! ¿No es declararse impotentes el usar de tales recursos? Sin duda, y lo saben muy bien los mismos que así discurren; pero saben tambien que la mayoría de los que leen sus obras no están en disposición de descubrir sus falsedades y contradicciones, porque no han estudiado á fondo la ciencia de Jesucristo y de su Religión: saben que el espíritu del siglo hace admitir sin exámen todo lo que tiende á librar al hombre de la conciencia, de la Religión, de Dios, para entregarse con libertad á la concupiscencia: saben que cuando menos harán nacer la duda en espíritus débiles, y esto les basta. Conocen que por sus sofismas no dejará Jesucristo de ser lo que es; pero se contentan con robarle, ya que no su divinidad, la fe del pueblo en ella, y la adoración, que es su consecuencia, y el amor, que es su fruto, y la sumisión á su ley santa, que es su demostración. Por ello todo su afán es que nazca en el entendimiento la duda, porque esta abre el paso á la incredulidad y á la indiferencia, y seca el corazón, matando el amor. Logrado esto, no falta sino un paso para la negación formal y la resistencia abierta, destruyendo á Jesucristo, arrojándole del entendimiento y del corazón, resistiendo á su influencia, y entregándose al culto de la materia, del egoísmo y de las pasiones mas vergonzosas, volviendo, en una palabra, al paganismo.

Horrible plan, hermanos míos, que con empeño satánico viene desarrollándose hace mas de un siglo, y cuyos resultados tocamos todos, lamentando no pocas defecciones. Horrible plan, contra el que debe prevenirse y armarse todo hombre de razón y de fe, abrazando el escudo de la verdad, y armándose con la espada de la fe, creyendo con el corazón y confesando con la boca que Jesucristo es Dios, como lo confiesa el mundo católico hace diez y nueve siglos, y como los mismos cori-

feos de ese plan infernal se ven precisados á reconocer, cuando no están bajo la diabólica influencia de su ódio á la Religion y á Dios. Escuchad si no las palabras de uno de ellos: «Yo os lo confieso: la majestad de las Escrituras me encanta, la santidad del Evangelio habla á mi corazón..... ¿Es posible que aquel cuya historia refiere, no sea mas que un hombre? ¿Diremos que la historia del Evangelio es inventada por capricho? Amigo mio, no es así como se inventa, y los hechos de Sócrates, de quien nadie duda, son menos auténticos que los de Jesucristo. Decir que es una invencion, es huir de la dificultad sin resolverla. Sería todavía mas incomprendible decir que muchos hombres se pusieron de acuerdo para componer el libro del Evangelio, que admitir que uno solo haya dado materia para él. Los autores judíos no hubieran encontrado jamás un hombre semejante, ni una moral parecida, y el Evangelio tiene unos caracteres tan grandes, tan maravillosos, tan inimitables, que el inventor de este libro sería un personaje todavía mas grande que su héroe. Sí, no hay duda: si la vida y la muerte de Sócrates son propias de un sábio, la vida y la muerte de Jesus son propias de un Dios.» (1)

Ante confesion tan explícita y terminante, arrancada por la fuerza irresistible de la verdad á un entendimiento vendido al error, retírese y huya avergonzada la impudente filosofía de la incredulidad y del racionalismo moderno. El párrafo de un filósofo impío destruye todos sus sofismas, y acaba con todas sus insensatas y frias negaciones. Y ante esa confesion tan gloriosa para el Evangelio, confúndanse tambien aquellos cristianos que, para saber la vida, el carácter y la doctrina de Jesucristo, acuden á los libros de los falsarios enemigos, y des-

(1) Rousseau, *Emilio*, lib. 4.

deñan las enseñanzas de la Iglesia católica, y la lectura del Evangelio, única historia auténtica, exacta é imparcial de Jesucristo. Prefieren Renan, á los Evangelistas y á los Santos Padres. ¡Qué vergüenza para un cristiano! Llamarse con este nombre y querer conocer á Jesucristo, segun lo fingèn los enemigos del cristianismo! Arrojad esos libros que desfiguran, mutilan y falsifican el Evangelio, y buscad en este como Rousseau, he dicho mal, como los verdaderos católicos, á Jesucristo segun él es, no cual los impíos del siglo quisieran que fuese; y conociéndole como él es, confesareis con el Centurion y con la Iglesia de todos los siglos, que Jesus es Dios.

Pero ¿qué significa esta palabra? ¿Es acaso sinónima de hombre por sus méritos elevado á los honores divinos? ¿Es acaso un hombre á quien Dios adoptó especialmente por hijo suyo, y le hizo instrumento de sus designios? No, Señores; quede este bajo concepto para la herejía y para la filosofía del error. La fe católica nos enseña que Jesucristo es verdadero Dios, es hijo verdadero de Dios: *Deum verum de Deo vero* (1). ¿Quién contará su generacion? exclama Isaías (2). Decidme, si lo sabeis, añade Salomon, el nombre de Dios y el nombre de ese Hijo de Dios (3). Lo sabemos, hermanos, y de él vamos á ocuparnos.

(1) Symbol. Constantinop.

(2) Isai. LIII, 8.

(3) Prov. XXX, 4.

SEGUNDA PARTE.

La idea de Dios, Señores, es natural al hombre. No encontrareis un pueblo, por bárbaro y salvaje que sea, dijo Ciceron, que no haya tenido idea de un Dios, y no le haya rendido culto á su manera (1). Mas fácil os sería encontrar una ciudad en el aire, que un pueblo sin Dios y sin Religion (2). Esta idea, concluye San Agustin, no puede escapar á criatura alguna que use de razon (3). Por ello el ateismo, la negacion de Dios, ha sido mirada siempre como una aberracion del entendimiento, ó mejor aún, como una depravacion del corazon, que degrada y envilece al hombre.

Pero Dios es incomprendible para el hombre: su naturaleza, su esencia, sus perfecciones, exceden á la razon mas ilustrada. El átomo no puede abarcar en sí la inmensidad del espacio; menos el hombre abarcará á Dios en su inteligencia. Nunca sabrá definirle, si Dios mismo no le dicta su definicion: nunca le conocerá suficientemente y sin mezcla de error, si Dios mismo no se le ma-

(1) In hominibus nulla gens est, neque tam immensueta, neque tam fera, quæ non, etiamsi ignoret qualem habere Deum deceat, tamen habendum sciat. (Cicer., *De Leg.*, lib. 1.)

(2) Immo facilius duco ædificare posse sine solo urbem, quam posse civitatem cogi et subsistere, fide deorum sublata. (Plutarco., *Adv. Colot. Epic.*)

(3) Hæc est vis veræ divinitatis, ut creaturæ rationali jam ratione ulenti, non omnino ac penitus possit abscondi. (S. Aug., in Joann., tract. CVI, cap. 17.)

nifiesta (1); y aun manifestado y revelado, el hombre se verá precisado á decir: Creo, pero no comprendo. Dios no sería Dios si estuviese comprendido dentro de los estrechos límites de la inteligencia del hombre. Es decir, que la nocion verdadera y exacta de Dios, solo por la revelacion podemos tenerla (2). Solo así se impone á la vez á todas las inteligencias, por lo mismo que es superior á todas ellas, y porque Dios reviste su manifestacion de caracteres de verdad y de autoridad, que la hacen aceptable á la razon, y la disponen á que, fundada sobre ella, se ejercite en su esfera propia, desenvolviéndola en sus aplicaciones, que llevan la luz á todos los objetos.

No así los sistemas filosóficos que han pretendido explicar á Dios. No siendo mas que una concepcion del hombre, no han salido de los límites de la inteligencia; y lo que el hombre abarca no le satisface, porque le deja sin explicacion de otros misterios que le rodean, y que solo se explican con la verdadera idea de Dios. Por ello, ninguno de esos sistemas ha logrado el privilegio de la universalidad y de la perpetuidad. Han sido de cada siglo, de cada escuela, de cada filósofo. Ninguno de estos se ha satisfecho con la obra de su antecesor, y ha querido modificarla ó destruirla, ensalzando la suya, para verla caer bien pronto ante la de otro que se le opone para levantarse y caer. El Dios de Platon es insuficiente para Aristóteles, el de este difiere del de Pitágoras, que es distinto del de Crisipo, y este es otro que el de Herácli-

(1) Ad ea etiam, quæ de Deo ratione humana investigari possunt, necessarium fuit hominem instrui revelatione divina, quia veritas de Deo per rationem investigata, a paucis, et per longum tempus, et cum admixtione plurimorum errorum homini proveniret. (S. Thom., 1 p., q. 1, art. 1.)

(2) A Deo discendum est, quid de Deo intelligendum sit: quia non nisi se auctore cognoscitur. (S. Hilar., *De Trinit.*, lib. 5.)

to, distinto también del de Anaxágoras. Todos cayeron unos tras de otros, y el mundo los conoce. Los esfuerzos hechos para resucitarlos, ó para sustituirlos con otros, por Spinoza, Kant, Hegel, Krausse y demás escuelas modernas, enemigas de la revelación, y autores de nuevas teorías ó ideas de Dios, tendrán la misma suerte. Podrán satisfacer tal vez á sus inventores, porque halagan su orgullo, que se juzga creador; pero no dominarán al género humano, ni á un pueblo siquiera.

La inteligencia y el corazón no se aquietan con un ente ficticio, sino con un Dios verdadero, superior infinitamente á la razón, cuya grandeza incomprensible obligue á rendirle adoración; un Dios que no les sea impuesto por otro hombre; un Dios que se revele á sí mismo; porque solo Dios puede revelarse y mostrar al hombre lo que es, puesto que él solo se conoce en cuanto es. El hombre podrá pedir pruebas de que Dios ha hablado y se ha revelado; pero dadas esas pruebas, dice San Hilario, no puede menos, si su razón no está extraviada, de creer á Dios que habla de sí mismo (1). Hé aquí el carácter de la fe católica, dice el mismo Voltaire (2). Esas pruebas existen, el mundo las ha pesado en la balanza de la razón, y convencido de su autoridad, ha aceptado al Dios de la revelación, desterrando al de la filosofía y de la simple razón.

Y bien, Señores, ¿qué dice, qué enseña de Dios la revelación en que se funda la fe católica? Dios es el que es (3), el sér por esencia, sustancia única, simplicísima, espiritual, infinita, inmutable y eterna. Dios es el infi-

(1) Recedat ergo omne infidelitatis ambiguum, quandoquidem qui auctor est muneris, ipse etiam testis est veritatis. (S. Hilar., *Serm.* 5 de *Pasch.*)

(2) Voltaire; *Razon del Cristianismo*; palabra *Aveu*.

(3) Exod. III. 14.

nito, el principio y fin de todas las cosas (1), la omnipotencia, la sabiduría y el amor esencial, la belleza, la bondad, la verdad eterna. Criador de todo en su poder, conservador de todo en su sabiduría, restaurador de todo en su amor. ¡Qué sublimidad, qué grandeza! ¿Repugna á la razón esta idea de Dios?

Ese Dios, uno en la esencia, es trino en personas. Unidad, Trinidad. Misterio que la razón no comprende, y sin el cual nada se comprende. Dios es la plenitud del sér; no puede faltarle la fecundidad, no puede faltarle el amor. Yo, que doy la facultad de engendrar, dice el Señor, ¿careceré de ella? (2) Dios se conoce á sí mismo, y este conocimiento, esta idea, esta imagen de Dios en su entendimiento, infinita como él, no es transitoria, es subsistente, eterna, sustancial; es la segunda persona en Dios, es el Hijo de Dios, engendrado en su seno entre los resplandores de su santidad (3). El Padre y el Hijo se ven, se conocen, se aman, y ese amor infinito, subsistente, eterno, es la aspiración del Padre y del Hijo, es Dios, es el Espíritu Santo, y los tres son una sola esencia, un solo Dios. Misterio incomprensible, no hay duda. La unidad de la esencia y la Trinidad de las personas, es el gran misterio de la incomprensibilidad de Dios; pero la única cosa que podemos conocer bien de Dios, es que es incomprensible.

Tan inefable misterio tiene, sin embargo, una explicación en nosotros mismos, así como sin él y sus consecuencias, el hombre es un enigma que no se explica. Dios dijo: «Hagamos al hombre á nuestra imagen y se-

(1) Apoc. I, 8.

(2) Isai. LXVI, 9.

(3) Psalm. CIX, 3.

mejanza.» (1) Primera revelacion del gran misterio. Dios dice, hagamos. Unidad y pluralidad: unidad en la esencia, pluralidad en las personas. El hombre, pues, dice San Agustin, es la imagen de la Trinidad. En él se halla un vestigio, un sello de este misterio. Dios es á un tiempo poder, razon y amor. El Padre es el todopoderoso: por el conocimiento de sí mismo engendra al Hijo, y el Espíritu Santo procede del Padre y del Hijo por amor. El hombre lleva en sí esa imagen: es á un tiempo sér, razon y amor. Existe, se conoce, tiene idea de sí mismo, y la existencia y la inteligencia le hacen amarse á sí mismo, amar la existencia, amar la inteligencia. Solo que en el hombre, criatura imperfecta, el poder, la razon y el amor son facultades, pero facultades que no hacen mas que una sola alma, una sola vida y una sola naturaleza, las tres diferentes una de otra, pero unidas inseparablemente. En Dios, sér infinitamente perfecto, son personas verdaderas y subsistentes, pero no son sino una naturaleza, una esencia (2).

Hé aquí todo el misterio de la Trinidad. Bástanos saber que Dios nos lo ha revelado para que lo creamos sin vacilacion. ¿Y es posible dudar de esta revelacion? Des-

(1) Gen. I, 26.

(2) Vellem ut hæc tria cogitarent homines in se ipsis. Longe aliud sunt ista tria quam illa Trinitas.... Dico autem hæc tria, esse, nosce, velle. Sum enim, et novi, et volo: sum sciens et volens; et scio esse me et velle; et volo esse et scire. In his igitur tribus quam sit inseparabilis vita, et una vita, et una mens, et una essentia, quam denique inseparabilis distinctio et tamen distinctio, videat qui potest. (S. August. *Confess.*, lib. XIII, c. 11.) Manet trinitas, mens, amor, et nolitia; et nulla commixtione confunditur; quamvis et singula sunt in semetipsis, et invicem tota in totis, sive singula in binis, sive bina in singulis: itaque omnia in omnibus.... Miro modo ista inseparabilia sunt a semetipsis, et tamen eorum singulum quodque substantia est, et simul omnia una substantia vel essentia, cum relative dicantur ad invicem. (Id., *De Trinit.*, lib. IX, cap. 5.)

de el Génesis al Apocalipsis, vemos una cadena de revelaciones mas ó menos explícitas, segun los tiempos y segun los designios de Dios. Por el Verbo del Señor se han afirmado los cielos, y del Espíritu de su boca toda la virtud de ellos (1). Yo he dicho: Tú eres mi hijo, hoy te he engendrado (2); en ese hoy eterno, Señores, en que vive Dios. Yo te he engendrado de mí mismo, antes de brillar el astro de la mañana (3). Tres son los que dan testimonio en el cielo: el Padre, el Verbo y el Espíritu Santo, y estos tres son una sola esencia (4). El Padre me ha enviado, y el Padre y yo somos una misma cosa (5). Yo voy al Padre, y él y yo os enviaremos al Espíritu Santo (6). Id, predicad, enseñad, bautizad en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo (7). Así hablan, Señores, los Profetas, los Apóstoles, y el mismo Jesucristo.

Sabiendo ya que Jesucristo es Dios, y conociendo el misterio de Dios uno y trino, se nos abre el camino para conocer la grandeza de aquel. Escuchad al Apóstol de las revelaciones, al Evangelista de la divinidad de Jesucristo. «En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba en Dios, y el Verbo era Dios. Por él fueron hechas todas las cosas, y nada de lo que existe se hizo sin él. En él estaba la vida, y la vida era la luz de los hombres, y la luz brilla en las tinieblas; pero estas no la comprendieron, aunque era y es la luz verdadera que ilumina á

(1) Psalm. XXXII, 6.

(2) Id. II, 7.

(3) Id. CIX, 3.

(4) I Joann. V, 7.

(5) Id. VIII, 16.—X, 30.

(6) Id. XVI, 5, 7.—XIV, 26.

(7) Matth. XXVII, 19.

todos los hombres que vienen á este mundo.... Y el Verbo se hizo carne, y habitó con nosotros, y vimos su gloria, gloria como de unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad.» (1) ¿Quién es ese, cuya gloria vió el Evangelista? Jesucristo, cuya historia empieza á relatar con esas palabras. Jesucristo, pues, es el Verbo hecho carne, el Verbo que era en el principio, que existe eternamente, y está en Dios, y es Dios. Basta, exclamaremos con un filósofo: todo está revelado. Sabemos lo bastante, conocemos ya á Jesucristo (2). Es el Hijo unigénito de Dios, dice el Símbolo de nuestra fe, nacido del Padre antes de todos los siglos, engendrado, no hecho, consubstancial al Padre, por quien todo ha sido hecho (3).

¡Qué sublimidad, Señores! ¡Cuán grande es Jesucristo, Verbo de Dios, Hijo de Dios, Dios como el Padre, Criador de todas las cosas, vida y luz del hombre, salud del mundo! Al pronunciar su nombre, al contemplar sus humillaciones, al verle pequeño en el pesebre y espirando en la Cruz, al adorarle en ese Sacramento, ¿nos acompaña la idea de todo lo que él es? Y nada menos se necesita para que nuestra fe sea cual debe ser; nada menos se necesita para conocer á Jesucristo.

Es eterno. En el principio era el Verbo. Era ya, existía ya cuando principiaron las cosas criadas, y con ellas el tiempo. Su salida, exclama el Profeta, en los días de la eternidad (4): antes que fuesen criados los ángeles, antes que fuesen abiertos los abismos, y la tierra sacada de la nada, antes que el Omnipotente hubiese echado los cimientos de las montañas, antes de la luz, antes de

(1) Joan. I.

(2) Lamennais, *Ensayo sobre la indiferencia*.

(3) Symbol. Constantinop.

(4) Mich. V, 2.

toda la creacion, *era ya* el Verbo. Remontaos mas; añadid siglos sobre siglos, edades sobre edades, mundos sobre mundos, y desde esa altura inmensa mirad con San Juan hácia Jesucristo, y le vereis Verbo existente en el seno de Dios, y tan lejos de su origen en el punto en que comienza esa asombrosa duracion, como en el que la termina, porque sobrepasa á todos los tiempos. Hé aquí la eternidad de Jesucristo, Verbo de Dios. Existía, era ya al principio, y estaba en Dios; era el Hijo único en el seno del Padre; *Unigenitus in sinu Patris* (1).

Jesucristo es Hijo verdadero y natural de Dios. Dios es Padre. Si la fecundidad es la efusion de la plenitud, ¿podrá faltar á la naturaleza divina? Acaso, dice el Señor por el Profeta, ¿yo que doy la fecundidad, no la tendré en mí mismo? (2) La tiene, Señores, y esa fecundidad engendra al Hijo igual al Padre. Generacion misteriosa, clama el Profeta: ¿quién la explicará? (3) Ese Hijo de Dios se llama el Verbo, la palabra interior, la sabiduría, la imágen, la expresion perfecta de la sustancia de Dios. Es, como dice San Pablo, el rayo resplandeciente de la gloria del Padre (4). Ved ese rayo que es como el hijo del sol: sale de él sin disminuirle, sin separarse, sin esperar el progreso del tiempo. Si el sol fuese eterno, eterno sería su rayo (5). Así, dice Salomon, el Verbo es engendrado en el seno de Dios como la mas pura emanacion, como el vivo resplandor, como el rayo de su luz eterna (6). Es la palabra interior, el pen-

(1) Joann. I, 18.

(2) Isai. LXVI, 9.

(3) Id. LIII, 8.

(4) Hebr. I, 3.

(5) Bossuet, *Elevaciones*.

(6) Sap. VII, 25, 26.

samiento eterno del Padre. Todo pensamiento es la concepción, la expresión de alguna cosa. Dios, pues, inteligencia infinita, contemplándose, concibe algo sustancial y perfecto como él mismo. Hé aquí su generación y su parto: Engendra, pues, un Hijo perfecto, coeterno, consustancial con él, que es la figura de su sustancia (1), la imagen perfecta de Dios invisible, el espejo sin mancha de su majestad: en una palabra, Dios como el Padre, inmenso, omnipotente, santo como él.

Pasemos adelante. «Todo se hizo por el Verbo, y nada de cuanto fué hecho se hizo sin él.» (2) Jesucristo, Señores, Verbo de Dios, es el Criador de todas las cosas. Dijo, y todo fué hecho (3). Escuchad á Job: El extendió los cielos como un espejo de bronce. El hace brillar el oro del sol, y estableció las medidas de la tierra. La Sabiduría de Dios está oculta á los mortales, pero Dios conoce sus caminos. Cuando pesaba la fuerza de los vientos, y medía las aguas del abismo, cuando daba leyes á la lluvia, y señalaba su rumbo á las tempestades, entonces veía la Sabiduría, la encerraba en sí, y sondeaba su profundidad (4). Levantad los ojos al cielo, añade Isaías, considerad quién los ha criado; quién hace girar en tan buen orden la multitud de las estrellas; quién las llama por su nombre, sin que ninguna se le oculte: tan grande es la fuerza y el poder de esa palabra creadora (5). El Verbo es la razón de todo, la idea, el divino modelo de todas las cosas, el sosten de todo, dice San Pablo (6),

(1) Hebr. I, 3.

(2) Joann. I, 2.

(3) Psalm. XXXII, 9.

(4) Job. XXVIII, 26.—Prov. VIII.

(5) Isai. XL, 26.

(6) Colos. I, 17.

porque Dios lo mantiene todo con la palabra de su poder (1). Todo lo que brilla en el cielo, concluye San Agustín, todo lo que respira en la tierra, todo lo que vuela por los aires, todas las criaturas, los ángeles, los hombres son obra de la Sabiduría eterna, y el mundo es imagen del Verbo, como el Verbo es la imagen de Dios (2). ¡Qué medio tan poderoso para elevarnos á la contemplación de la grandeza, de la sabiduría y del amor de Jesucristo! Las perfecciones invisibles de Dios se nos manifiestan, dice el Apóstol con el Sábio, contemplando sus obras (3). Todas nos cuentan su gloria, todas anuncian la obra de sus manos (4), todo nos revela á Jesucristo Dios, Hijo de Dios, Verbo eterno, creador de todas las cosas.

Pero sobre todas le revela y le anuncia el hombre. Objeto era de mi predilección desde que ordenaba el plan del universo, dice por boca de Salomón, y mis delicias estar con los hijos de los hombres (5). Bien lo hizo patente cuando posponiendo á las demás naturalezas, dice San Pablo, se unió á la nuestra haciéndose hombre (6). Por ello en la creación del hombre procede Dios de distinta manera que en la de los demás seres. Hagamos, dice como en consejo consigo misma la Trinidad

(1) Hebr. I, 3.

(2) Attende fabricam istam mundi: vide quæ sint facta per Verbum, et tunc cognosces quale sit Verbum.... ¿quis explicat verbis ornatum cæli? ¿quis explicat verbis fecunditatem terræ? ¿quis digne collaudat temporum vices? ¿quis digne collaudat seminum vim? Ex fabrica ergo ista animadvertite, quale Verbum est per quod facta est; et non sola facta est.... Per illud Verbum et Angeli, et Archangeli facti sunt, Potestates, Sedes, Dominationes, Principatus: per illud Verbum facta sunt omnia; hinc cogitate quale Verbum est. (S. Aug., *Tract. I in Joann.*, cap. 1.)

(3) Rom. I, 20.—Sap. XIII, 5.

(4) Psalm. XVIII, 2.

(5) Prov. VIII, 31.

(6) Hebr. II, 16.

augusta, hagamos al hombre á nuestra imágen y semejanza (1). Sea, cuanto puede serlo una criatura, la expresion de nuestra naturaleza y de nuestros atributos entre las demás obras de nuestras manos: sea el representante de nuestro poder, de nuestra sabiduría y de nuestro amor: reuna en sí las perfecciones de todo lo criado con la imágen del Criador. Así dijo Dios, y así fué hecho el hombre; y el Verbo, cuyo amor no puede menos de dirigirse á su imágen, se complace de un modo especial en esta su obra. Sus delicias, dice, son los hijos de los hombres (2). Son su obra predilecta, sobre la que derrama con mas abundancia sus tesoros.

Todo cuanto tenemos de conocimientos, de fuerza, de accion, de gracias, de virtudes, lo debemos á ese amor del Verbo, que se complace en embellecer en nosotros su imágen. Su luz es mas necesaria á nuestro espíritu, que la del sol á nuestros ojos. Sin ella todo sería para nosotros confusion, todo tinieblas, y volvería nuestra alma á la nada, si le faltase la vida que recibe del Verbo. En él está la vida, él es la fuente de ella, y esa vida es la luz de los hombres, la luz verdadera que ilumina á todos los hombres que vienen á este mundo (3).

Así acaba San Juan el cuadro de las grandezas del Verbo, y de sus relaciones con las criaturas y con el hombre en especial. Rasgo magnífico que derrama luz inmensa en nuestra alma. El Verbo es la vida, la luz, la razon, y por lo mismo el principio fecundo de la grandeza y felicidad del hombre. ¿No está cifrada esta en la racionalidad, en la inteligencia, en la facultad de conocer, de sentir y de amar? Del Hijo de Dios, de Jesucris-

(1) Gen. I, 26.

(2) Prov. VIII, 31.

(3) Joan. I, 9.

to Verbo de Dios, lo recibe todo el hombre: él es quien ilumina y vivifica á todos los hombres (1). ¿Cómo, á pesar de la diferencia de costumbres y de lenguaje, separados por el espacio y por el tiempo, han podido hombres, que jamás se han visto ni concertado, conocer los principios de las ciencias y de las artes, las nociones de lo justo y de lo injusto, las ideas de órden y de belleza? ¿De dónde proviene esa concordancia? La luz del sol nos descubre á todos los mismos objetos, y nos hace ver los mismos colores y las mismas proporciones: ¿quién produce en las inteligencias el mismo efecto que el sol en los sentidos? El Verbo, la verdad, esa luz superior á todos los espíritus, esa belleza eterna, siempre pura é inmutable, esa verdad propia de cada uno y comun á todos. Esa razon, esa belleza, esa luz, esa verdad, es el Verbo Hijo de Dios, la luz increada, la luz celestial, que la carne y la sangre no ven; la palabra de Dios, la voz interior que habla á todas las inteligencias; y del mismo modo que sin el sol el mundo yaceria en las tinieblas y en la muerte, así sin el Verbo, el alma estaría sin calor, sin luz y sin vida. Concluyamos con San Agustin: el sér, la vida, la razon, la felicidad, nos vienen del Verbo. Ese Verbo es el Hijo de Dios: ese Hijo de Dios es Jesucristo (2).

Ahora bien, Señores. Al ver desenvuelto ante nosotros, é iluminado por la hermosa luz de la revelacion, ese cuadro de las grandezas de Jesucristo, al descubrirle en el seno del Padre desde la eternidad, objeto de sus

(1) Joann. I, 4.

(2) *In ipso vita erat, et vita erat lux hominum, et ex ipsa vita homines illuminantur. Homo autem factus ad imaginem Dei, habet rationalem mentem, per quam possit percipere sapientiam: ergo illa vita per quam facta sunt omnia, ipsa vita lux est, sed lux hominum.* (S. August., *Tract. I in Joann.*, c. I.)

divinas complacencias, Dios como el Padre, Criador de todo, luz, vida y fuente de felicidad para el hombre, ¿es posible que no nazca en nuestros corazones el sentimiento de los deberes que nos llevan á Jesucristo? ¿Cuáles son estos deberes? Es Dios, y á Dios solo se debe el honor y la gloria, dice San Pablo (1), á Dios solo la adoracion y el sacrificio (2). Es Dios eterno, infinito: ante él, la criatura es como si no fuese: *Substantia mea tanquam nihilum ante te* (3); debemos humillarnos en su presencia, y doblar la rodilla con todas las criaturas. Es el Hijo de Dios, la palabra de Dios, la verdad y la luz: debemos escuchar esa palabra como en el Tabor nos dijo el Padre (4); debemos guiarnos por esa luz, abrazar esa verdad. Es el Criador de todas las cosas: le debemos el tributo de ellas mismas, la bendicion y la accion de gracias por sus magnificos dones, la gloria que le resulta del uso santo y legítimo de ellas, conforme al fin que les señalara: debemos por ellas, que son un reflejo de su luz, y una imágen, aunque imperfecta, de sus perfecciones, elevarnos á la contemplacion de su bondad y de su amor (5). Es nuestra vida, nuestra luz, nuestro modelo: debemos vivir segun él, y trabajar en ser copias suyas; que para esto, dice San Leon, nos hizo á su imágen y semejanza (6). Es, en fin, la fuente de nuestra felicidad: debemos buscarla en Jesucristo, atrayéndole á

(1) Rom. XVI, 27.

(2) Matth. IV, 10.

(3) Psalm. XXXVIII, 6.

(4) Matth. XVII, 5.

(5) Rom. I, 20.

(6) *Invenimus hominem ideo ad imaginem Dei conditum, ut imitator sui esset Auctoris: et hanc esse naturalem nostri generis dignitatem, si in nobis, quasi in quodam speculo, divinæ benignitatis forma resplendet.* (S. Leo, *Serm. de jejun. dec. mensis.*)

nuestro corazon; y esto, hermanos, lo conseguiremos amándole, ya que él nos dice: Si alguno me ama, el Padre le amará, y vendremos á su corazon, y allí pondremos nuestra morada (1). ¿Quién, pues, no le amará? ¿Quién, al contemplarle cual la fe nos le presenta, no se sentirá dulcemente comprimido á su amor para gozar la felicidad que nace de conocerle y amarle, esa felicidad que constituye la gloria del mismo Dios?

Tal vez hasta ahora no hemos cumplido esos deberes, ni gozado esa felicidad, por no haber levantado los ojos hácia Jesucristo para conocerle. No hacerlo en adelante sería un crimen inexcusable, el crimen echado en cara por San Pablo á los sábios y filósofos, que conociendo á Dios no le glorificaron como tal, no buscaron en él su felicidad, y se convirtieron á las criaturas miserables, mereciendo ser entregados por Dios á pasiones ignominiosas y á su réprobo sentido (2). Para no incurrir en tan terrible castigo, contemplemos y confesemos á Jesucristo Dios, y vivamos segun esta fe. Venid, nos dice el Profeta, venid, adorémosle, y postrémonos ante él, porque es nuestro Dios, que nos ha criado; porque es nuestro Señor, y nosotros la obra de sus manos (3). Escuchemos dóciles sus palabras. El Verbo de Dios nos habla por sí mismo, ilustrando nuestra razon; por sus revelaciones, contenidas en los libros santos; por sus criaturas, que son su obra, y nos hablan de él; por su doctrina y por sus ejemplos, haciéndose hombre; por su Iglesia, en fin, y por sus ministros, á quienes ha dicho: El que á vosotros oye, á mí me oye (4): como el Padre me envió á

(1) Joann. XIV, 23.

(2) Rom. I, 28.

(3) Psalm. XCIV, 6.

(4) Luc. X, 16.

mí, os envío yo á vosotros. Escuchemos su palabra, y busquemos en ella la solución de todas nuestras dudas. Vivamos unidos á él, vivamos de su vida, que se dignó manifestarnos haciéndose semejante á nosotros. Respetémosle en su nombre, en su doctrina, en sus Sacramentos; y poseídos del sentimiento de nuestra pequeñez y de su grandeza, de nuestra miseria y de su bondad, adorémosle implorando los tesoros de su caridad infinita. Amémosle, en fin, y su amor sea nuestra vida, para que seamos una misma cosa con él, haciendo que se oiga en la tierra el cántico de adoración y de gracias, que resuena eternamente en el cielo: Al que está sentado en el trono, y al Cordero, bendición, honor, gloria y poder por los siglos de los siglos (1).

(1) Apoc. V. 13.

TERCER SERMON.



Jesucristo en la Encarnación: Dios-Hombre, restaurador de todas las cosas en el cielo y en la tierra.

Verbum caro factum est.

(Joann. I, 14.)

AYER, Señores, estudiamos la primera página del libro misterioso, página de gloria escrita con caracteres de luz por el Apóstol de las revelaciones, por San Juan, que, según nos dice la tradición, abismado en éxtasis profundo en la contemplación del sublime objeto que quería delinear en su Evangelio, cuál águila que se remonta sobre lo que alcanza la débil vista del hombre, al primer esfuerzo atraviesa la noche de las edades, se transporta más allá de los tiempos y de los mundos para buscar al que ha hecho los mundos y los tiempos, abarca esa duración inmensa que llamamos eternidad, y en la que el ser tiene una plenitud siempre igual, sin sucesión, sin cambio, sin vicisitud; descubre al Verbo en el seno del Padre, Dios como él, Criador de todo, vida de los seres, luz de las inteligencias, y prorrumpe en esa palabra sorprendente que encabeza su libro: En el prin-

mí, os envío yo á vosotros. Escuchemos su palabra, y busquemos en ella la solución de todas nuestras dudas. Vivamos unidos á él, vivamos de su vida, que se dignó manifestarnos haciéndose semejante á nosotros. Respetémosle en su nombre, en su doctrina, en sus Sacramentos; y poseídos del sentimiento de nuestra pequeñez y de su grandeza, de nuestra miseria y de su bondad, adorémosle implorando los tesoros de su caridad infinita. Amémosle, en fin, y su amor sea nuestra vida, para que seamos una misma cosa con él, haciendo que se oiga en la tierra el cántico de adoración y de gracias, que resuena eternamente en el cielo: Al que está sentado en el trono, y al Cordero, bendición, honor, gloria y poder por los siglos de los siglos (1).

(1) Apoc. V. 13.

TERCER SERMON.

Jesucristo en la Encarnación: Dios-Hombre, restaurador de todas las cosas en el cielo y en la tierra.

Verbum caro factum est.

(Joann. I, 14.)

AYER, Señores, estudiamos la primera página del libro misterioso, página de gloria escrita con caracteres de luz por el Apóstol de las revelaciones, por San Juan, que, según nos dice la tradición, abismado en éxtasis profundo en la contemplación del sublime objeto que quería delinear en su Evangelio, cuál águila que se remonta sobre lo que alcanza la débil vista del hombre, al primer esfuerzo atraviesa la noche de las edades, se transporta más allá de los tiempos y de los mundos para buscar al que ha hecho los mundos y los tiempos, abarca esa duración inmensa que llamamos eternidad, y en la que el ser tiene una plenitud siempre igual, sin sucesión, sin cambio, sin vicisitud; descubre al Verbo en el seno del Padre, Dios como él, Criador de todo, vida de los seres, luz de las inteligencias, y prorrumpe en esa palabra sorprendente que encabeza su libro: En el prin-

cipio era el Verbo, y el Verbo estaba en Dios, y el Verbo era Dios (1). Esa página nos explica la grandeza, el poder, la gloria, en una palabra, la divinidad de Jesucristo, Verbo eterno de Dios, y nos obliga al contemplarla á humillarnos en su presencia, como los serafines que viera Isaías cubriendo su faz con sus alas, para no ser oprimidos por el peso de la gloria (2).

Hoy debe ocuparnos el estudio de la segunda página que nos describe las riquezas de la caridad del Verbo, que le hace descender hasta su obra, comunicarse al hombre y elevarle hasta Dios, levantándole de la profunda abyección en que cayó por el pecado. Lección admirable la de esta página, que agotó las fuerzas de San Pablo, enviado para poner de manifiesto las inestimables riquezas de Cristo, y explicar al mundo la economía de ese gran misterio escondido en Dios antes de los siglos y generaciones, y que no conocieron los príncipes de este mundo (3); el misterio del Verbo encarnado, de Dios hecho hombre, de Jesucristo Dios-hombre para salvación del género humano. Estudiemos ese gran misterio que encierra toda la ciencia de la Religión, considerado en sí mismo y en sus manifestaciones ó consecuencias. Ved con qué sublime sencillez lo anuncia, mejor aún, lo dice todo, el discípulo amado: El Verbo se hizo carne, y habitó con nosotros, y vimos su gloria como de unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad, de cuya plenitud recibimos todos (4). Esta sublime sencillez caracteriza al hombre inspirado que en pequeño círculo de palabras

(1) Joann. I, 1.

(2) Isai. VI, 2.

(3) Ephes. III, 8.—I Cor. II, 7.

(4) Joann. I, 14, 16.

encierra multiplicados é inefables misterios. Desenvolvámoslos en lo posible, y veamos á Jesucristo en la Encarnación: es el Dios-hombre, restaurador de todas las cosas en el cielo y en la tierra.

PRIMERA PARTE.

Cuantas veces, Señores, hacemos la profesión de nuestra fe, repitiendo el símbolo que contiene sus principales artículos, confesamos el misterio de la Encarnación del Verbo eterno, creemos y confesamos que el Hijo de Dios tomó nuestra naturaleza y se hizo hombre. Como nosotros lo creen y lo confiesan cuantos se llaman y son cristianos. Muchos, sin embargo, no pasan más allá, esto es, no profundizan el misterio en sus admirables armonías, y por ello su fe no engendra en sus corazones los sentimientos de admiración, de respeto, de alabanza, de santa emulación y de amor, que está llamada á producir, y produce indudablemente en los que no se contentan con lo que San Pablo llama leche de niños (1), sino que aspiran á la robustez de varones perfectos, para descubrir los tesoros de la gracia de Dios en Jesucristo, y crecer en toda la plenitud de los dones divinos (2).

Procurémoslo nosotros, hermanos, y ojalá lleguemos á comprender la longitud y la latitud, la altura y la

(1) I Cor. III, 2.

(2) Ephes. IV, 13.

profundidad del amor divino que brilla en este misterio, y se sobrepone á toda ciencia (1). Meditándolo diligente y piadosamente, dice Santo Tomás, se encuentra tan profunda sabiduría, que excede á todo conocimiento humano, y se manifiestan mas y mas las admirables razones de este misterio (2). Para ello, recordemos las palabras del Apóstol San Pablo: La gracia de Dios ha abundado en nosotros copiosamente en toda sabiduría é inteligencia por medio de la fe, para hacernos conocer el sacramento de su voluntad, segun su beneplácito, que habia propuesto en sí mismo para recapitular y restaurar en Cristo todas las cosas, en la dispensacion de la plenitud de los tiempos, así las que hay en el cielo, como las que hay en la tierra (3). *Instaurare omnia in Christo*. Doble sentido tiene esta palabra, segun la explican los Santos Padres, tomándola del original griego. Recapitular, resumir, perfeccionar en Cristo todas las cosas del cielo y de la tierra (4); restaurarlas todas en Cristo (5). Recapitulacion, restauracion. Este es el Sacramento de la voluntad del Padre, que las crió todas por su Verbo, y que segun su designio se realiza mediante la Encarnacion.

Fijémonos desde luego en el primer sentido, y recordemos para ello, dice San Atanasio, al Criador y á la creacion, para contemplar digna y acertadamente esa recapitulacion de toda la naturaleza hecha por el Verbo, que

(1) Ephes. III, 18.

(2) Si quis diligenter et pie incarnationis mysteria consideret, inueniet tantam sapientiæ profunditatem, quod omnem humanam cognitionem excedat. Pie consideranti semper magis ac magis admirabiles rationes hujus mysterii manifestantur. (S. Thom., *Summ. Cont. Gent.* 4, cap. 54.)

(3) Ephes. I.

(4) S. Hieronym. in hunc loc.—S. Iren., lib. 3, c. 18.

(5) Vid. A Lapide in hunc loc.

fué su Criador (1). En el principio crió Dios el cielo y la tierra (2), esto es, el mundo de los espíritus y el mundo de los cuerpos, segun la interpretacion de muchos Padres (3). El primero forma la ciudad celeste, habitada por millones de séres inteligentes, que en inmensa escala de tantos grados como individuos, reflejan las divinas perfecciones, y viven en la contemplacion de la verdad, la belleza y la santidad eterna é infinita. El segundo, el mundo de la materia, cadena inmensurable de séres corporales, cuyo último anillo se pierde en la profundidad del mundo visible. Entre estos dos mundos media una distancia inmensa. Mientras que el primero posee en su perfeccion la vida de la inteligencia, y conoce, ama y adora á su Criador, el segundo no tiene la vida vejetativa y la sensitiva, y permanece mudo y estúpido: ni conoce, ni ama, ni adora á su Autor. ¿Permanecerá siempre la creacion en este estado? El orden pide gradacion, repugna el tránsito repentino de un término á otro, sin un punto intermedio que forme su enlace natural. El orden perfecto nace de la union de los séres, de tal modo encadenados, que el punto mas perfecto del que precede, toque al menos imperfecto del que le sigue en escala ascendente. Esta es la condicion natural del encadenamiento de los séres y de sus relaciones, esta la ley constante del

(1) Conuenit autem nobis (qui de tanto negotio narrationem institui-mus) prius de uniuersa rerum molitione ejusque opifice mentionem facere, ut ita naturæ instaurationem a Verbo ipsius ab initio auctore et conditore factam digne riteque contemplare possimus. (S. Athan., *De Incarnat. Verbi, ejusque corporali adu.*)

(2) Gen. I, 1.

(3) S. August., *De Civit. Dei*, lib. 11, cap. 9.—Firma fide credendum est Deum ab initio temporis simul utramque de nihilo condidisse creaturam, spiritualem et corpoream, angelicam et mundanam. (Conc. Later. sub Inn. III.)

orden general que se descubre admirablemente en la obra de Dios. Todas las criaturas, dice Santo Tomás, son como las partes de un todo que llamamos universo, y por lo mismo, además de tener por fin propio los actos y la perfección de cada una, se ordenan las menos nobles á las mas nobles, y todas á la perfección del universo, lo mismo que este con todas sus partes se refiere á Dios como á su fin, en cuanto en ellas aparece una imitación de la bondad divina, aunque solo las criaturas racionales, de un modo especial, tienen á Dios por fin propio, al que pueden llegar con sus actos; esto es, conociendo y amando (1); y así como la perfección del universo reclama criaturas incorpóreas ó espirituales que por la inteligencia y el amor, que no es ni puede ser acto de la materia, se asemejen á Dios (2), así también requiere un anillo que enlace esos dos mundos, para que acercándose la materia al espíritu, uniéndose la vida vegetativa y sensitiva con la inteligente, la creación forme un todo que se aproxime á Dios, refleje sus perfecciones, le ado-

(1) Ex omnibus creaturis constituitur totum universum, sicut totum ex partibus.... Sic igitur et in partibus universi unaquaque creatura est propter suum proprium actum et perfectionem, secundo autem creaturæ ignobiliores sunt propter nobiliores, sicut creaturæ quæ sunt infra hominem sunt propter hominem: ulterius autem singulæ creaturæ sunt propter perfectionem totius universi: ulterius autem totum universum cum singulis suis partibus ordinatur ad Deum sicut in finem; quamvis creaturæ rationales speciali quodam modo super hoc habeant finem Deum, quem attingere possunt sua operatione, cognoscendo et amando. Et sic patet quod divina bonitas est finis omnium corporalium. (S. Thom., 1 p., q. 65, art. 2.)

(2) Necessè est ponere aliquas creaturas incorporeas. Id enim quod præcipue in rebus creatis Deus intendit est bonum, quod consistit in assimilatione ad Deum.... Unde ad perfectionem universi requiritur quod sint aliquæ creaturæ intellectuales. Intelligere autem non potest esse actus corporis, nec alicujus virtutis corporeæ.... Unde necessè est ponere ad hoc quod universum sit perfectum, quod sit aliqua incorporea creatura. (S. Thom. 1 p., q. 50, art. 1.)

re, y sea objeto de sus complacencias y de la comunicación de su bondad (1).

Ese anillo es la última obra de la creación, es el hombre. Sér compuesto de dos sustancias, la corporal y la espiritual, enteramente distintas, y misteriosamente enlazadas, completa la grande obra. Es un pequeño mundo, correspondiente á la vez al gran mundo de los espíritus y al de los cuerpos, admirable compuesto de uno y otro, compendio maravilloso del cielo y de la tierra. Menos perfecto que los puros espíritus, ha sido puesto algo mas bajo que los ángeles, dice la Escritura (2); de suerte que por su alma es como el hermano menor de aquellos; pero por su cuerpo es la mas perfecta de las criaturas materiales, resume en sí todos los elementos que le componen, y todas las perfecciones que le distinguen; y por ambos caracteres es el eslabon intermedio que, enlazando ambos extremos, completa el orden y armonía del universo. Él es, dice el Nazianceno, el centro misterioso, el representante verdadero de todo lo criado, el ángel celeste y terreno á la vez, por quien todas las criaturas que en él viven y en él se personifican, rinden homenaje al Criador (3).

Hé aquí, Señores, el término de la creación. De este modo, Dios Criador, que quiere unir consigo todas las cosas para serlo todo en todas ellas (4), va atrayendo y haciendo subir hácia sí de grado en grado la inmensa série de sus obras, hasta que en el hombre, imágen de

(1) Suarez, *De Incarnat.*, Disput. 3, Sect. 3.

(2) Psalm. VIII, 6.

(3) Hominem velut secundum quemdam et alterum mundum, in parvo magnum in terra constituit, angelum alium, mixtum adoratorem, visibilis naturæ spectatorem, etc. (S. Greg. Nazianz., *Serm. in Nativ. Dom.*)

(4) I Cor. XV, 28.

Dios sobre la tierra, dotado de conocimiento, de palabra y de amor, penetra á cuanto existe de una vida nueva, y hace reflejar en toda la naturaleza esa imagen del Criador.

Pero Dios quiere mas. Siendo la bondad infinita, y por lo mismo esencialmente comunicable (1), por un acto libérrimo de su amor, quiere unir á sí toda la creacion de un modo el mas íntimo y perfecto que concebirse pueda, y de este modo su bondad se comunique inefablemente á cuanto ha salido de sus manos. Esta comunicacion, dice Santo Tomás, era conveniente que se hiciera en el hombre, que es el término de lo criado, para que uniéndose con el primer principio de las cosas á manera de círculo, fuese concluida la perfeccion de las obras del Criador (2).

Del hombre á Dios hay una distancia infinita. Por grande que sea con relacion á las demás criaturas la dignidad del hombre, por completa que sea en él la reunion de todo lo criado, que le constituye cabeza venerable del mundo (3), media todavía un abismo inmensurable de él á Dios; el paso de lo finito á lo infinito. ¿Cómo podrá, pues, realizarse esta union del hombre con el primer principio de las cosas? ¿Cómo se salvará esta distancia? Uniéndose las dos naturalezas, divina y humana, en un solo supuesto, para que de esta union resulte

(1) Pertinet ad rationem boni ut se aliis communicet. (S. Thom., 3 p., quæst. 1, art. 1.)

(2) Homo cum sit creaturarum terminus, quasi omnes alias creaturas naturalis generationis ordine præsupponens, convenienter primo rerum principio unitur, etiam ut quadam circulatione perfectio rerum concludatur. (S. Thom., *Cont. Gent.*, lib. IV, cap. 55, ad 4.)

(3) Vir sapiens, divinum simulacrum, mundi caput venerabile, nature lingua, sonos angelicis similes edens cithara, terræ decor. (Theodot. Ancyr. Ep., *Serm. de Nativ. Dom.*, in Synod. Ephes.)

un Dios hombre. La Encarnacion, Señores, es la consumacion de la grande obra. Por ello el Profeta la llama obra de Dios por excelencia (1). Convino, dice Santo Tomás, que Dios, bondad infinita, se comunicase soberanamente á sus criaturas, lo cual tuvo cumplimiento en la obra de la Encarnacion (2); y siendo el hombre, añade, compuesto de la naturaleza espiritual y corporal, y ocupando como el límite de ambas, era conveniente que la causa universal de todas las cosas asumiera en unidad de persona aquella criatura, por medio de la cual se comunicase mejor á todas las demás (3). Siendo propio del bien comunicarse á los demás, concluye el Angel de las Escuelas (4), pertenece á la razon del sumo Bien comunicarse á las criaturas soberanamente de la manera mas perfecta, lo que se verifica uniendo á sí la naturaleza criada, para que, como dice San Agustín, resulte una persona de tres sustancias; el Verbo, el alma y la carne (5).

¡Inefable bondad la de Dios, Señores, que se digna comunicarse á sus criaturas! ¡Admirable dignidad la del hombre! En él se reasume todo lo criado, en él es elevado el mundo de la materia al de los espíritus, reflejando

(1) Habac. III, 2.

(2) Decuit Deum, cum bonitas sit infinita, summo modo se creaturis communicare, quod in opera incarnationis impletum est.

(3) Homo constitutus ex spirituali et corporali natura, quasi quoddam confinium tenens utriusque nature, ad totam creaturam pertinere videtur.... et sic conveniens videtur ut universalis omnium causa illam creaturam in unitatem personæ assumeret, in qua magis communicat cum omnibus creaturis. (S. Thom., *Cont. Gent.*, p. 4, cap. 55, ad 3.)

(4) Ad rationem summi boni pertinet quod summo modo se creaturæ communicet: quod quidem maxime fit per hoc quod naturam creatam sic sibi conjungit, ut una persona fiat ex tribus, Verbo, anima et carne. (Id., 1 p., quæst. 1, art. 1.)

(5) S. Aug., *De Trinit.*, lib. XIII, cap. 18.)

sobre cuanto existe la imagen de Dios, que en él brilla. En él y con él se elevan al orden divino el mundo de los cuerpos y el de los espíritus. Dios toma la naturaleza humana, dice el Damasceno, para de este modo unir consigo el mundo entero, y darle una vida nueva y superior, una dignidad divina (1).

¿Comprendeis ya, hermanos, las sublimes armonías del misterio de la Encarnacion? ¡Cuánto mas digna de Dios y del hombre es esta doctrina de la fe católica, que la vana y contradictoria del panteísmo! Mientras que este, aparentando divinizar al hombre, destruye la idea de Dios y la idea del hombre, suponiendo á aquel como la sustancia única sometida á perpétuas modificaciones, y en inevitable contradicción consigo misma, y al hombre como un accidente, como una modificación de esa sustancia-Dios, sin personalidad, sin carácter esencialmente propio, sin mérito ni grandeza privativa; la Religión nos enseña una idea noble, digna, perfecta de Dios, el sér necesario, infinito, eterno, que en su omnipotencia da el sér á todas las cosas, no sacándolas de su sustancia, sino produciéndolas de la nada, criándolas á cada una de ellas con su carácter propio, con sus cualidades distintivas y permanentes, y nos presenta al hombre como centro en quien se reúnen sin confusión los dos extremos de la creación, sér libre, imagen de Dios, y

(1) *Benigna Patris voluntas in unigenito Filio universi orbis salutem operata est, et rerum omnium connexionem effecit: nam cum parvus mundus homo sit, ut qui essentiae omnis, tum in aspectum cadentis, tum oculorum aciem fugientis, nodum ac vinculum in se ipso ferat, atque hoc et illud sit, revera benigna omnium rerum Domini et creatoris ac gubernatoris voluntas lux tulit, ut in unigenito et consubstantiali Filio suo divinitatis ac humanitatis, ac per eam conditarum omnium rerum connexio fieret, ut sit Deus omnia in omnibus. (S. Joann. Damasc., Orat. de Transfig. Domini.)*

medio por el cual Dios une consigo todas sus obras, elevándolas á un orden divino. Union sin confusión; ley de orden, de armonía, de progreso; ley puesta por Dios al universo, y por la cual se consume el plan del Eterno. Escuchad á San Pablo: Todas las cosas están en el hombre y son de él; el hombre es de Cristo, está en él; Cristo es de Dios, está en Dios, es Dios mismo, que eleva y estrecha con el Criador todas sus obras, para hacer llegar á todos las inefables riquezas de su bondad (1).

Elevación del universo al orden divino, y para ello union de Dios con el hombre, en quien aquel se compendia; union de las dos naturalezas divina y humana, en unidad de persona: Encarnación (2). Hé aquí, Señores, según San Pablo, el pensamiento de Dios Padre, escrito en el principio del libro eterno (3), el gran sacramento de la piedad divina (4), el misterio escondido en el seno de Dios antes de los siglos y generaciones (5), el designio inefable que le mueve á decir que tiene sus delicias en estar con los hijos de los hombres (6), y con relación al cual lo hace todo, lo ordena y dispone todo. Hé aquí el misterio revelado á los ángeles, exigiéndoles la adora-

(1) I Cor. III, 22, 23.

(2) *Incarnatio est elevatio totius universi in divinam personam.... Assumendo humanam naturam, quod significatur per incarnationem, totius universi natura elevata est ad divinam personam, ita quod Deus vere creaturae absolute se summo modo communicavit, quia toto universo se summo modo communicavit dum incarnatus est.... Habes ergo hinc potissimum rationem incarnationis ex bonitate divina erga universum, si potissima ratio est, quae ex communissimo bono, utpote maxime divino sumitur, quam Dominus docuit Joann. 3: Sic Deus dilexit mundum, ut Filium suum unigenitum daret. (Cajetan. in D. Thom., p. 3, quæst. 1., art. 1.)*

(3) Hebr. X, 7.

(4) I Tim. III, 16.

(5) Ephes. III, 9.

(6) Prov. VIII, 31.

cion del Dios-hombre (1); hé aquí, añade Santo Tomás, el misterio que en el paraíso y antes del pecado fué revelado por Dios al primer hombre, como medio que en su mente preparara desde la eternidad para elevarle á la consumacion de su gloria (2); y hé aquí, en fin, la verdad, que depositada por Dios desde el principio en el corazón de la humanidad, la hizo aspirar á esa elevacion de sí misma, engendró esa pasión de Dios que ha dominado siempre al género humano, y que desordenada ha dado lugar á tantos sistemas de error, en cuyo fondo se descubre siempre el deseo de la aproximacion de Dios y del hombre, de la union del hombre á Dios (3).

¿Cómo se realizará este gran designio? Así como el alma unida al cuerpo del hombre, en quien se compendian y reunen todos los demás seres de la tierra, eleva á todos estos en su persona á un orden superior; así, dice San Juan Damasceno (4), Dios, unido al alma y al cuerpo, es decir, al hombre en unidad de persona, eleva á este, y en él á todo el universo, á ese término divino. En unidad de persona, Señores. ¿Y cuál de las tres divinas personas llevará á su consumacion el plan eternamente concebido? Escuchemos otra vez al Angel de las escuelas, á quien fué dado el privilegio de levantar, cuanto es posible, el velo de los misterios, descubrir todas sus armonías, y enseñar al mundo el maravilloso enlace de las verdades re-

(1) Suarez, *De Angelis*, lib. 5, cap. 12.—Lib. 7, cap. 13.

(2) Ante peccatum Adam habuit fidem explicitam de Christi incarnatione, prout ordinabatur ad consummationem gloriæ. (S. Thom., in cap. 5 ad Ephes.)

(3) S. Dionis., *De Divin. Nomin.*, lib. 1.

(4) Verbum per humanitatem suam omnes homines, et per eos totum universum (hujus enim nexus et vinculum est homo, ideo microcosmos appellatus) ad se elevavit, sibi que univit, ut sit Deus omnia in omnibus. (S. Joann. Damasc., *Orat. de Transfigurat.*)

veladas entre sí y con las del orden natural. Fué en extremo conveniente, convenientísimo, que el Verbo, el Hijo de Dios se encarnase, porque él es el concepto creador y el modelo de toda la creacion. Por lo tanto, así como la semejanza imperfecta y parcial de las criaturas con este modelo las constituye en sus especies, pero con una existencia movable, de la misma manera fué conveniente que por medio de la union, no ya parcial, sino personal del Verbo con las criaturas, la creacion fuese reparada y elevada á la perfeccion eterna é inmutable (1).

El Verbo, por quien todo fué hecho, y de quien cada sér en su orden propio recibe la vida, es el mismo por quien todo debe elevarse y acercarse á Dios. Por su Verbo lo hizo todo el Padre; por él mismo debe recibirlo todo, para ser todo en todas las cosas (2). El Verbo descenderá á la creacion y se unirá á ella en el sér que lo compendia todo, y la elevará hasta su Padre. Así se verifica, dice San Juan: El Verbo se hizo carne, y habitó con nosotros, y le vimos lleno de gracia y de verdad (3), de cuya plenitud recibimos todos (4). En él subsisten y se enlazan todas las cosas, dice San Pablo; él es el fundamento que las sostiene (5), y la piedra angular que une

(1) Convenientissimum fuit personam Filii incarnari. Convenienter enim ea quæ sunt similia ununtur.... Unde Verbum Dei, quod est æternus conceptus ejus, est similitudo exemplaris totius creaturæ. Et ideo sicut per participationem hujus similitudinis creaturæ sunt in propriis speciebus constitutæ, sed mobiliter, ita per unionem Verbi ad creaturas, non participatam, sed personalem, conveniens fuit reparari creaturam in ordine ad æternam et immobilem perfectionem. (S. Thom. 3 p., *quæst.* III, *art.* 8.)

(2) I Cor. XV, 28.

(3) Joann. I, 14.

(4) Id., 18.

(5) Colos. I, 17.

ambos extremos (1). Así se cumple, añade otro Evangelista, lo que había anunciado el Profeta: Dios mismo os dará una señal, y obrará un prodigio. Una Virgen concebirá y dará á luz un hijo, y se llamará Emmanuel (2), que significa Dios con nosotros (3), Dios dado á nosotros, Dios unido á nuestra naturaleza, y por consiguiente, nuestra naturaleza elevada al órden divino en la persona de Dios hecho hombre.

Ese divino Emmanuel, el Verbo hecho carne, es Jesucristo. ¡Qué grandeza, pues, se nos descubre en él! ¡Qué motivos tan poderosos para que le rindamos el tributo de nuestra admiración, de nuestro respeto, de nuestra gratitud y nuestro amor! Repitamos la palabra de San Pablo: En Cristo Jesus se propuso Dios Padre resumir, recapitular y estrechar todas las cosas en el cielo y en la tierra (4). Este es el designio eterno de Dios, el sacramento de su voluntad en la Encarnación del Verbo.

¡Repugna, Señores, este misterio á la idea verdadera de Dios, el infinito en bondad, en sabiduría y en poder? ¡Qué cosa más digna de Dios que el designio de comunicarse cuanto es posible á su obra, sin hacerla desaparecer en el abismo de su grandeza, y conservándole cuanto desde el principio le concediera? Era propia de Dios esta obra, dice Santo Tomás, porque era digno de él mostrar su sabiduría, su poder y su bondad. ¡Qué cosa de más poder que unir extremos tan sumamente distantes? Obra de gran poder fué la unión de elementos distintos, mayor la unión de ellos á un espíritu increa-

(1) Ephes. II, 20.

(2) Isai. VII, 14.

(3) Matth. I, 23.

(4) Ephes. I, 10.

do. ¿Qué cosa más sabia que la unión del primero con el último, esto es, del Verbo de Dios, principio de todas las cosas, y de la humana naturaleza, que en la obra de la creación es la última de las criaturas, para complemento y perfección de todo el universo? ¿Qué bondad mayor que la de querer el Criador comunicarse á sus criaturas? Esta bondad fué grande, uniéndose por presencia con todas las cosas, mayor comunicándose por gracia á los buenos, pero suprema comunicándose á Cristo hombre, y por consiguiente á todas las cosas en él compendiadas, en unidad de persona (1).

¡Repugna al órden que reina en el universo, y por consiguiente á la razón, esa unión de dos naturalezas tan distintas, Dios y hombre? ¡Ah, Señores! exclama Tomasino. ¿Qué otra cosa vemos en el universo, que esa unión de sustancias distintas y hasta opuestas, para formar la escala ascendente y la armónica relación de los seres? El mineral se une al vegetal, y ambos al animal, y los tres, formando ya como uno, al racional é intelectual en el hombre, acreciendo siempre la perfección del mas alto de estos grados á la de los inferiores (2). ¿Qué

(1) Congruerat hoc opus Deo, quem decebat sapientiam suam ostendere, potentiam et bonitatem. ¿Quid autem potentius quam conjungere extrema summe distantia? Magna enim potentia fuit in conjunctione disparium elementorum, major in conjunctione illorum ad spiritum increatum. ¿Quid vero sapientius quam quod ad complementum totius universi fieret conjunctio primi et ultimi, hoc est, Verbi Dei, quod est omnium principium, et humanæ naturæ, quæ in operibus sex dierum fuit ultima omnium creaturarum? ¿Quid benignius et melius, quam quod Creator rerum communicare se voluit rebus creatis? Quæ benignitas magna fuit in conjunctione sui cum omnibus rebus per præsentiam; major quia communicavit se bonis per gratiam; maxima quia communicavit se in Christo homini, et per consequens generibus singulorum, in unitate personæ? (S. Thom., opusc. 60, *De humanit. Christi.*)

(2) Ex duabus naturis perfectis una conflatur natura perfectior. Natura corporis perfecta est, a vegetante tamen vita perficitur. Vita seu anima vegetans perfecta est, a sentiente tamen amplius accipiet perfec-

es el hombre? pregunta San Agustín. El alma unida al cuerpo, dos sustancias distintas formando un solo supuesto. ¿Qué es Cristo? Dios unido al hombre en unidad de persona (1). De modo, hermanos, que como la imagen de la Trinidad está en el alma del hombre, en la unión de esta con el cuerpo está la imagen de la Encarnación del Verbo. Como el alma racional y la carne no forman sino un hombre, así, dice el Símbolo de San Atanasio, Dios y hombre es un solo Cristo (2). La razón podrá no comprender el *cómo* de esa unión que, como dice San Bernardo, es el más admirable de los milagros (3), pero porque no lo comprenda, jamás podrá decir que es repugnante ó imposible. Para ello debería encontrar repugnante también é imposible la unión del alma y del cuerpo, que forma el primer misterio de la naturaleza.

¿Se opone, en fin, este misterio á la dignidad del hombre y á las aspiraciones legítimas de su corazón? Inventad, si podeis, otro que le eleve á mayor altura. Tanta, tan excelsa, tan soberana es esta elevación de la

tionis incrementum. Natura animantis perfecta est.... intelligentiæ tamen radio accedente, ineffabile percipit augmentum perfectionis. Natura denique intelligens perfecta est, et si velis reliquarum comparatione perfectissima est; at Deitati collata, nec perfecta quidem est, sed perficienda.... Naturæ omnes, superioris naturæ inundatione, earum unaquælibet perficitur ulterius, et in amplioris coaptatur perfectionis totalitatem. Et humanitas ergo totum sui generis et perfectum est, et Deitatis tamen in perfectius totum, id est, in perfectiorem hypostasim rapietur. ¿Quid enim hypostasis, quam totum et ultimæ perfectionis cumulus est? (Thomassin. in dogmat. Theolog. *De Incarnat. Verbi*, lib. 3, cap. 16.)

(1) ¿Quid est homo? Anima habens corpus. ¿Quid est Christus? Verbum Dei habens hominem. (S. August.)

(2) Sicut anima rationalis et caro unus est homo, ita Deus et homo unus est Christus. (*Symbol. S. Athan.*)

(3) Omni miraculo mirabilius est quomodo tam diversa, tamque diversa ab invicem potuerint conjungi. (S. Bern., *Serm. 3 De Vigil. Natio. Domini.*)

naturaleza humana, dice San Agustín, que no hay más allá á donde pueda ser levantada (1). La Encarnación lleva al hombre hasta el nivel de Dios, le hace su hermano, le une á él, y al hacerlo no le roba su libertad, ni le priva de su carácter propio, y por su medio eleva á todas las criaturas.

Hé aquí, hermanos, lo que debemos al Verbo encarnado, á nuestro Señor Jesucristo. ¿Será posible no reconocer en él al primer título de gloria de la humanidad, al fundamento de nuestra grandeza, y al único principio de nuestra vida y felicidad? ¿Será posible no amarle, no bendecirle, no tenerle siempre á la vista, como ejemplar divino á que debe acomodarse nuestra vida, si ha de corresponder á la dignidad que por él hemos alcanzado? Con razón dice San Pablo: Si alguno no ama á nuestro Señor Jesucristo, al Verbo hecho carne, al Dios hombre, al restaurador de todas las cosas, al autor de nuestra elevación al orden divino, anatema, maldición sobre él (2).

Hasta ahora, Señores, hemos considerado el gran misterio del Verbo hecho hombre en sus relaciones con el plan divino para la restauración del universo, por este medio llevado á su perfección y unido al Criador en la persona de Jesucristo, según el designio de Dios, de resumir, recapitular y perfeccionar todas las cosas que hay en el cielo y en la tierra. Pero la palabra de San Pablo, que esto nos dice, tiene otro sentido, como vimos al principio, y por lo mismo nos lleva á considerar en este misterio una relación especial con el género humano, en cuanto lo ordenó Dios á la restauración del mismo, le-

(1) Tam excelsa, et tam summa est hæc humanæ naturæ subvectio, ut quo attollatur altius non habeat. (S. August., *De prædest. Sanct.* cap. 15.)

(2) I Cor. XVI, 22.

vantándolo, y con él al universo entero, de la abyección en que cayera por el pecado. Estudiémoslo bajo este punto de vista, que mas y mas nos descubre las grandezas de Jesucristo, y sus títulos á la adoración y al amor de todos los hombres.

SEGUNDA PARTE.

El hombre, criado á semejanza de Dios, sentía en su corazón una atracción poderosísima hácia aquel de quien era imagen, una pasión verdadera de Dios, de unión íntima con él, y Dios mismo la alimentaba revelándole, según Santo Tomás, que llegaría á esa unión que había de consumir su gloria por la Encarnación del Verbo (1). Pero el hombre, dice Tertuliano, se dejó llevar de una impaciencia desordenada por la consecución de ese término de su grandeza (2), aspiró á ser como Dios por usurpación, quiso conseguir su gloria por la oposición de su voluntad á la voluntad divina. Este desorden introdujo en la humanidad el ángel que en su orgullo se negó á adorar al Verbo que debía hacerse carne, cuando le reveló Dios este misterio como el medio de elevar hasta sí todas las cosas (3). Lleno de envidia por la preferencia dada á la naturaleza humana para realizarse esta unión

(1) Ante peccatum Adam habuit fidem explicitam de Christi Incarnatione, prout ordinabatur ad consummationem gloriæ.

(2) Perit et ipse (Adam) per impatientiam suam utrobique commissam. (Tertul., *De Patient.*, cap. 5.)

(3) Suarez, *De Angelis*, lib. 5, c. 12.

personal de Dios con sus criaturas, y viéndose en castigo de su soberbia para siempre arrojado al abismo bajo el peso de la maldición de Dios, que le priva eternamente de toda participación de su bondad, se propuso corromper al hombre, y por él á todas las criaturas de la tierra, degradarle y hacerle indigno de esta unión, para privarle y privar al universo de la grandeza que se le preparaba. Hé aquí por qué infunde en el corazón y en el espíritu de los primeros padres esa idea y ese deseo de elevarse al término revelado, á la participación de Dios por medio de un acto de desobediencia; y susurrando en sus oídos esa palabra que tanto debía halagarles, porque les recordaba lo que el Criador quería darles, *seréis como Dioses* (1), los arrastra á su ruina, precipitándolos en el abismo del pecado, que es el alejamiento de Dios, la oposición á Dios para buscar en el miserable y limitado círculo de las propias facultades el secreto de la deificación. Desgraciado hombre, exclama San Bernardo: el ángel rebelde, siervo infiel, te persuadió á que alargases tu mano, y usurpando la diadema real, la pusieras sobre tu cabeza. Cogido en el hurto, ¿qué extraño es que temblases y que huyeses avergonzado de la vista de tu Señor? (2)

Desde este momento, Señores, á la distancia inmensurable que la naturaleza de cada ser establece entre el finito y el infinito, entre Dios y el hombre, se añade el abismo sin fondo del pecado que es la oposición á Dios, el alejamiento de Dios, á quien pecando dice la criatura:

(1) Gen. III, 5.

(2) Olim tibi persuasum est ab infideli quodam servo, ut furtim tolles, et imponeres regium diadema capiti tuo. Deprehensus in furto ¿quidni timeres? ¿quidni fugeres a facie ejus? (S. Bern., *Serm.* 1, *De Nativ. Domini.*)

apártate de nosotros, no queremos la ciencia de tus caminos (1). Al obstáculo que opone á la union de Dios y del hombre la desproporcion de ambos extremos, se agrega la mayor mil veces que opone el mal al bien, la degradacion y la culpa á la perfeccion y santidad infinitas. Para que pueda realizarse el plan divino es necesario expiar el pecado, destruirlo, reparar las ruinas del género humano, levantarle de su postracion, reconciliarle con Dios, y con esto disponerle á la comunicacion inefable de la bondad divina.

Ahora bien, ¿logrará el ángel rebelde lo que en su nécio orgullo se propuso? Precipitando al hombre en el pecado, ¿impedirá la realizacion del plan divino de elevar al hombre á la consumacion de su gloria? Ah, no, hermanos. El Verbo de Dios, por quien todo fue hecho, tomará á su cargo la restauracion de su obra, y aunque la naturaleza humana se haya corrompido, se unirá á ella, la levantará de su abyeccion, la santificará, y la encumbrará á la más sublime grandeza, haciendo que mas y mas brillen las divinas perfecciones en el cumplimiento de su eterno designio de comunicarse soberanamente á sus criaturas, cuanto mas alejadas se hallan de él y mas necesitadas de su misericordia. Por ello, á la revelacion del gran misterio del Verbo humanado para elevar al hombre, consumacion de la gloria que se le hizo antes del pecado, se añade el dia mismo de la caída la revelacion del mismo misterio para reparar las ruinas, para expiar el pecado, para reconciliar al hombre con Dios, para purificar (2) y restaurar todas las cosas en el cielo y en la tierra (3), y llevar á su término el plan divino.

(1) Job. XXI, 14.

(2) Colos. I, 20.

(3) Ephes. I, 10.

A esta revelacion sucedieron otra y cien mas, y no solo el pueblo hebreo, corazon de la humanidad y depositario de las promesas, sino todos los pueblos esperaron la restauracion, y al Dios-hombre restaurador. En el fondo de todas las teologías y tradiciones, se descubre esta verdad consoladora, que alimenta con el deseo y la esperanza la gran pasion de Dios que siente la humanidad. Elevarse, engrandecerse, divinizarse, hé aquí la constante aspiracion del hombre. Ella le precipitó en el pecado, dejándose engañar: ella le degrada y corrompe, mientras por sí solo y por errados caminos busca el término: ella le salvará cuando Dios se digne bajar á la humanidad, y tomarla para sí mismo en union inefable.

Dios lo quiere, Dios lo hace y realiza ese gran prodigio, que San Pablo llama el Sacramento de la piedad (1); porque la Encarnacion del Verbo es la demostracion mas evidente de la bondad de Dios, que quiere comunicarse á su criatura, y de su piedad, que se complace de ella en su abatimiento, y desciende no solo á la infinita profundidad que separa la naturaleza humana de la divina, sino á la mas profunda todavía de la naturaleza caída por la culpa. El Verbo, haciéndose hombre, no solo comunica á este con liberalidad de amor lo que es de Dios, sino que toma para sí lo que es del hombre, se reviste de su carne, hace suyas las miserias humanas fuera del pecado (2), carga sobre sus hombros las deudas del hombre para destruir lo que le degrada y le aleja de su fin, y para enriquecerle con los dones inefables de su gracia y su amor.

(1) I Timoth. III, 16.

(2) Christus venit suscipere infirmitates nostras, et suas nobis conferre virtutes: humana quærere, præstare divina; accipere injurias, reddere dignitates; ferre tædia, referre sanitates. (S. Joann. Chrysost., *Serm.* 50.)

Esta es la obra del Verbo hecho hombre, la obra de Jesucristo, según nos la describe San Pablo. Escuchemos á este Apóstol. Desde la eternidad, prevista la caída del hombre, decidió Dios restaurar todas las cosas en el cielo y en la tierra por medio de su Hijo (1), por quien todo fué hecho (2), en quien todo subsiste (3), y á quien ha hecho heredero de todas las cosas (4). Llegada la plenitud de los tiempos, no por méritos que tuviera el hombre, sino por su misericordia, nos hizo salvos (5); es decir, por el infinito amor que nos tiene, envió á su Hijo hecho hombre en el seno de una mujer, y sometido á ley, para que con su sacrificio redimiese á los que están bajo la ley del pecado, para que recibamos la adopción de hijos de Dios (6), y con ello seamos imitadores de Dios como hijos carísimos (7), creciendo en varones perfectos hasta llegar á la plenitud de Cristo (8), y hechos hombres nuevos, según el modelo del segundo Adán (9), seamos santos é inmaculados en su presencia (10), y aparezcamos como una nueva creación (11), dilatados en la caridad por el Espíritu Santo que se nos ha dado (12). Para llegar á este término, continúa el Apóstol, Dios, por medio del Verbo hecho carne, reconcilia el mundo consigo (13), haciendo á su Hijo pecado por nos-

- (1) Ephes. I, 10.
- (2) Joann. I, 2.
- (3) Coloss. I, 17.
- (4) Hebr. I, 2.
- (5) Tit. III, 5.
- (6) Gal. IV, 4.
- (7) Ephes. V, 1.
- (8) Id. IV, 13.
- (9) Coloss. III, 10.
- (10) Ephes. I, 4.
- (11) Gal. VI, 15.—Jacob. I, 18.
- (12) Rom. V, 5.
- (13) II Cor. V, 19.

otros (1), para que crucificado en él el hombre viejo, quede destruido el cuerpo del pecado (2). Hecho esto por el Verbo encarnado, que es nuestra paz (3) y el príncipe de ella, como lo anunciara el Profeta (4), y mediante la efusión de su sangre pacífica, vuelve al orden y armonía todas las cosas en el cielo y en la tierra (5), y lavado ya el mundo con la sangre del Cordero (6), y constituido en el orden cuanto la prevaricación desordenara, consuma la restauración, derramando su espíritu sobre el género humano (7), y en él sobre toda la creación elevada, estrechada, unida á Dios en la persona del Verbo hecho hombre, queándonos el carácter de hijos de Dios, nos da derecho á llamarle Padre, y á esperar la posesión de la eterna herencia (8), y subiendo al cielo nos hace sentar y reinar con el mismo (9).

¡Cuán magnífica es, Señores, esta exposición del gran misterio, hecha por el Apóstol enviado á evangelizar las admirables riquezas de Jesucristo! ¡Cuánta bondad en Dios Padre! ¡Cuánto amor en Dios Hijo! ¡Cuánta grandeza para el hombre!

Hemos visto el designio; veamos el cumplimiento. Su historia es del Evangelio. El ángel del Señor es enviado á una Virgen desposada en Nazaret; su nombre María. María, esa criatura privilegiada, cuya alma es el paraíso de Dios, y que como semilla de la humanidad

- (1) II Cor. V, 21.
- (2) Rom. VI, 6.
- (3) Ephes. II, 14.
- (4) Isai. IX, 6.
- (5) Coloss. I, 20.—Ephes. I, 10.
- (6) I Petr. I, 19.—Rom. III, 25.
- (7) Joel. II, 28.—Act. Ap. II, 17.
- (8) Rom. VIII, 15, 17.
- (9) Ephes. II, 6.

fué reservada por Dios para la nueva obra, preservándola de la corrupcion primera. El Angel le dice: Ave, llena de gracia, el Señor es contigo, y tú eres bendita entre las mujeres. No temas, porque has hallado gracia delante del Señor. Concebirás, y darás á luz un hijo, y se llamará Jesus. Será grande, tendrá por nombre Hijo del Altísimo, y reinará eternamente. ¿Cómo se hará esto, dice María, puesto que yo no conozco varon? El Espíritu Santo vendrá sobre ti, responde el Angel, la virtud de Altísimo te cubrirá con su sombra, y por ello el Hijo que nacerá de ti se llamará Hijo de Dios. Dicho esto, el mensajero de Dios espera la respuesta de María. No se hace aguardar: ilustrada en su mente esta purísima criatura, lleno su corazon de amor divino, humillándose profundamente ante Dios, exclama: «Hé aquí la esclava del Señor: mi corazon se le rinde, mi voluntad es la suya; hágase en mí segun tu palabra.» (1) El Angel se retira, dice San Juan, completando á San Lucas, el Verbo se hace carne: *Verbum caro factum est* (2).

Así se cumplen las profecías. Dios mismo vendrá y os salvará (3). Una Virgen concebirá, y dará á luz un hijo, y se llamará Emmanuel, Dios con nosotros (4). El Señor ha criado una cosa nueva sobre la tierra: la mujer rodeará al varon (5). ¡Oh dignacion admirable, exclama San Buenaventura, oh humildad suma, oh caridad inesperada, oh piedad pasmosa! Cuando el barro se une á Dios, el mas alto se hace el mas bajo, y el fuerte

- (1) Luc. I.
 (2) Joann. II, 14.
 (3) Isai. XXXV, 4.
 (4) Id. VII, 14.
 (5) Jerem. XXXI, 22

se hace débil (1), Dios se hace hombre, dice San Agustín, para que el hombre se haga Dios (2). No dudes, concluye el Crisóstomo, no dudes, oh hombre, hijo de Adán, que serás hijo de Dios, porque no se humilló tanto el Verbo sino para levantarnos hasta él mismo (3).

¿Por qué, Señores, no obra Dios por sí solo este misterio y pide la cooperacion de María, esperando su consentimiento? Es, dice Santo Tomás, que esta union de las dos naturalezas con lazo indisoluble, es como un matrimonio espiritual entre el Hijo de Dios y la naturaleza humana, y requiere la concurrencia de dos voluntades (4). Es que Dios se une á una naturaleza racional y libre, y para elevarla hasta sí mismo, quiere que use ella de su libertad y de su razon. Es que el hombre, abusando de esta libertad, se alejó de Dios y se desordenó á sí mismo: apártate, dijo, me basto á mí mismo, no quiero la ciencia de tus caminos, no quiero entrar en tus designios (5); y ahora, para volver á Dios y unirse á él, debe desearle, someterse libremente á su accion, unir su voluntad á la voluntad divina. Héme aquí, soy tu sierva: ven, Señor, hágase en mí segun tu palabra; cúmplase en mí tu bondadoso designio (6). Por ello, en

(1) ¡Oh dignatio mira! ¡Oh humilitas summa! ¡Oh charitas inexpectata! ¡Oh pietas stupenda! Quando Deo unitur limus, summus fuit imus, fortissimus fit infirmus. (S. Bonav., *Serm.* 6 de *Ado.*)

(2) Factus est Deus homo, ut homo fieret Deus. (S. August., *Serm.* 9 de *Nativ.*)

(3) Dubitare jam desine quod et tu, qui filius est Adæ, futurus sis filius Dei, non enim se ipsum ita humiliasset, nisi nos esset exaltaturus. (S. Joann. Chrysost., *Hom. in Matth.*)

(4) Ut ostenderetur esse quoddam spirituale matrimonium inter Filium Dei et naturam humanam; et ideo per annuntiationem expectabatur consensus Virginis loco totius humanæ naturæ. (S. Thom., 3 p., quæst. 30, art. 1.)

(5) Job. XXI, 14.

(6) Luc. I, 38.

cuanto María, la única criatura pura y perfecta, y por lo mismo la única digna de representar á la humanidad cerca de Dios, pronuncia estas palabras, y entra en el designio y consejo divino, el Espíritu Santo, que en el principio dió fecundidad á las aguas en la creacion, viene sobre ella y la hace fecunda en su virginidad, el Padre envia á su Hijo, y el Verbo Hijo de Dios desciende y se une en su seno á la naturaleza humana, se hace hombre, y cierra el gran círculo enlazándolo todo con su Criador (1). Como en la creacion del primer hombre toda la Trinidad augusta en consejo consigo misma, dijo: Hagamos al hombre á nuestra imagen y semejanza (2); así ahora, dice San Ildefonso dirigiéndose á María, toda la Trinidad invisiblemente obra en ti esta maravillosa concepcion; pero solo la persona del Hijo toma carne en tu seno para nacer de ti (3). Llegados los dias nace, y se llama Jesus, el Salvador, el mediador entre Dios y los hombres (4), el restaurador del universo, y en su nacimiento cantan los ángeles: Gloria á Dios, paz á los hombres (5). Gloria á Dios en la realizacion de sus eternos designios, en la consumacion de su obra, en la adoracion y homenaje que de todas sus criaturas recibe en la persona de su Hijo Dios y hombre. Paz á los hombres por su reconciliacion con el Padre, por su elevacion al orden divino, por la consecucion de las aspiraciones de

(1) Junxit se Verbum homini, id est, primum ultimo: in creatione enim homo fuit ultimo a Deo creatus, atque sic Deus, quasi in circulo ad punctum unde cœperat, Verbo creando omnia, per Incarnationem rediit, hominem jungendo Verbo. (Clictoveus in Damasc. lib. 3. *De Fide*, c. 1.)

(2) Gen. I, 26.

(3) Tota invisibiliter Trinitas conceptionem operabitur in te: sola persona Filii Dei in corpore tuo nascitura, carnem assumet de te. (S. Ildefons., *Lib. de Virginit. B. M.*)

(4) Luc. II, 21.—I Tim. II, 5.

(5) Luc. II, 14.

su corazon, criado para Dios, que no puede ser feliz si no descansa en Dios (1), y que por Jesucristo se eleva á la union, á la posesion de Dios.

Resumamos, Señores. El Verbo de Dios, por quien fueron hechas todas las cosas (2), quiso elevarlas hasta sí para entregarlas al Padre, á fin de que sea todo en todas ellas (3), y esto hizo tomando nuestra naturaleza en la que todas se compendian, para recapitular en su persona, segun el designio eterno, cuanto hay en el cielo y en la tierra (4). Esta es la razon de la Encarnacion, modo supremo de comunicarse Dios á todo el universo, como bondad infinita esencialmente comunicable (5). Nuestra naturaleza, degradada por el pecado, que la habia corrompido, oponia un obstáculo á los designios especiales de Dios sobre el hombre, imájen y semejanza suya, y llamado á la union eterna con su Criador: el Verbo de Dios la toma para sí y se hace hombre, para redimirnos de la esclavitud del pecado y elevarnos á la adopcion de hijos de Dios (6), restaurándolo todo para que seamos como Dios. Este es el fin especial de la Encarnacion, que descubre el designio de la voluntad del Padre (7), llamado por San Pablo el Sacramento de la piedad divina (8).

(1) Fecisti nos ad te, et inquietum est cor nostrum, donec requiescat in te. (S. August. Confess., lib. 1, cap. 1.)

(2) Joann. I, 2.

(3) I Cor. XV, 28.

(4) Ephes. I, 10.

(5) Habes ergo hinc potissimam rationem Incarnationis ex bonitate divina erga universum, si potissima ratio est, quæ ex communissimo bono, utpote maxime divino, sumitur. (Cajetan. in D. Thom., 3 p., q. 1, art. 1.)

(6) Gal. IV, 4, 5.

(7) Ephes. I, 9.

(8) I Tim. III, 16.

Admiremos el misterio, hermanos: cantemos al Señor porque gloriosamente se ha engrandecido (1): cantémosle, porque ha obrado con magnificencia (2), y ha hecho cosas grandes, ostentando su misericordia de una en otra generacion (3). Repitamos con el Profeta: Oí, Señor, tu palabra, y temí: consideré tu obra, y quedé pasmado. Tu obra es, Señor, tu obra por excelencia (4). Con razon cantaron los ángeles: Gloria á Dios en las alturas, y en la tierra paz á los hombres de buena voluntad (5); porque el Verbo, haciéndose carne, ha venido á pacificar al cielo y á la tierra, á Dios con el hombre (6), haciendo aparecer su misericordia, que nos hace salvos (7), y los tesoros de su gracia, que nos hace participantes de la divina naturaleza (8).

Al contemplar, pues, á Jesucristo, Dios y hombre, Dios hecho hombre y hermano nuestro, para que seamos nosotros hijos de Dios y una misma cosa con él, ¿será posible que nuestros corazones no se sientan dominados de afectos de amor, de gratitud y de adoracion? Cuando introdujo en el mundo á su Unigénito, dice San Pablo, mandó Dios á los ángeles que le adorasen (9). Unámonos á ellos; venid, adorémosle, y postrémonos ante él, porque es nuestro Dios (10). La adoracion que los ángeles le rinden, y le rendimos nosotros, redundará en honra nuestra, porque se dirige á honrar á nuestro Dios

- (1) Exod. XV, 1.
- (2) Isai. XII, 5.
- (3) Luc. I, 49, 50.
- (4) Habac. III, 2.
- (5) Luc. II, 14.
- (6) Coloss. I, 20.
- (7) Tit. III, 4, 5.
- (8) II Petri I, 4.
- (9) Hebr. I, 6.
- (10) Psalm. XCIV, 6.

y nuestro hermano. Bendigámosle, y accion de gracias resuene siempre en nuestros lábios, ofreciéndola á Dios Padre por nuestro Señor Jesucristo (1), mediador entre Dios y el hombre (2): accion de gracias por habernos dado á su Hijo movido solo de su infinito amor (3), y por los innumerables bienes que nos ha concedido por él, ya que con él nos ha dado todas las cosas, como dice San Pablo (4). Amémosle. Su caridad nos apremia á ello (5). Por amor se ha hecho como uno de nosotros: el amor, pues, nos estrecha con Jesus, para que seamos una misma cosa con él, venga á nuestro corazon con el Padre y el Espíritu Santo (6), y sea Cristo formado en nosotros (7), creciendo hasta el dia en que, asociados á los ángeles, le adoremos en el cielo y cantemos: digno es el Cordero de Dios de recibir sabiduría, virtud, fortaleza, accion de gracias, honor y gloria (8), porque nos ha criado, nos ha redimido y nos ha hecho reino para Dios (9). Al que está sentado en el trono y al Cordero, bendicion, honor, y gloria y poder por los siglos de los siglos (10).

- (1) Coloss. III, 17.
- (2) I Tim. II, 5.
- (3) Joann. III, 16.
- (4) Rom. VIII, 32.
- (5) II Cor. V, 14.
- (6) Joann. XIV, 23.
- (7) Gal. IV, 19.
- (8) Apoc. V, 12.
- (9) Id. IV, 11.—V, 9.
- (10) Id. V, 13.

CUARTO SERMON.

Jesucristo en su vida privada modelo de la humanidad.

Hoc enim sentite in vobis quod et in Christo Jesu.

(Philip. II, 5.)

REPITAMOS, Señores, con viva fe las palabras del símbolo católico: Creo en Jesucristo, Hijo unigénito de Dios, nacido del Padre antes de todos los siglos, Dios de Dios, luz de luz, Dios verdadero de Dios verdadero, engendrado, no hecho, consubstancial al Padre, por quien fueron hechas todas las cosas, que por nosotros los hombres, y para nuestra salud descendió de los cielos, y se encarnó por obra del Espíritu Santo de María Virgen, y se hizo hombre (1). Jesucristo es Dios criador de todas las cosas, es Dios hombre, restaurador de todas ellas. Esta es nuestra fe, y nada podemos suprimir de ella si nos hemos de salvar, dice San Leon, porque corremos igual peligro si le creemos Dios solo y no hombre, ó le tenemos por puro hombre y no Dios. Ambas naturalezas

(1) Symbol. Constantinop.

debemos confesar, y reconocemos en él, segun la doctrina de la revelacion (1), que nos dice: El Verbo era Dios, y se hizo carne, y habitó con nosotros, y de su plenitud recibimos todos (2). Siendo puro hombre, dice San Agustin, no tendria méritos para nuestra salvacion: siendo solo Dios, no podia sacrificarse para salvarnos (3). Dios hecho hombre viene á restaurar todas las cosas en el cielo y en la tierra segun el designio de Dios Padre (4), y esto en el doble sentido que tiene esta frase de San Pablo, y que esplicamos en el discurso anterior; esto es, en el de recapitular en sí toda la creacion, elevándola hasta Dios, y en el de levantar y rehabilitar al hombre, miserablemente caido por el pecado, que vició y corrompió su naturaleza.

En el primer sentido esta restauracion se realiza en el acto mismo de la Encarnacion por la union personal de Dios con la naturaleza humana, que toma para sí, y en la que se compendian y enlazan el mundo material y el mundo espiritual. En el segundo sentido la grande obra empieza á realizarse en la misma Encarnacion, se desarrolla en la vida de Jesus, se consume en su pasion, se perpetúa en la Eucaristía y en la Iglesia, y se termina en el cielo. En el segundo sentido, pues, vamos á examinar esta obra para conocer mas y mas á Jesucristo,

(1) *Idem Christus et Unigenitus Dei, et hominis Filius.... Nam unum horum sine altero non proderat ad salutem: et æqualis erat periculi Dominum Jesum Christum aut Deum tantummodo sine homine, aut sine Deo solum hominem credidisse, cum utrumque esset pariter confitendum.* (S. Leo, *Hom. de Transfig. Domini.*)

(2) Joann. I.

(3) *Neque per ipsum liberaremur unum mediatorem Dei et hominum Christum Jesum, nisi esset Deus.* (S. August., *Enchirid.* cap. 8.) *Debitum quidem Adam tantum erat, ut illud non deberet solvere nisi homo, sed non posset, nisi Deus.* (Id.)

(4) Ephes. I, 10.

y este exámen dará materia á todos mis discursos siguientes, considerando al Verbo hecho hombre en su vida privada, en su vida pública, en su pasion, en la Sagrada Eucaristía, en la Iglesia, y en el cielo sentado á la diestra del Padre.

Fijémonos hoy en su vida privada: Jesucristo modelo de la humanidad para realizar su restauracion.

PRIMERA PARTE.

Proponiéndonos, Señores, conocer á Jesucristo restaurador del género humano para levantarle de la postracion á que le redujo el pecado, y volverle á Dios, de quien se habia alejado, nos conviene recordar la triste historia de la prevaricacion.

Compendio de toda la creacion el hombre, rey y voz de la naturaleza (1), imágen de Dios y ennoblecido con su gracia, era feliz en el paraiso de las delicias, que debian ser su patrimonio en la tierra, y mas feliz, porque sabiendo el fin á que le destinaba el Criador, alimentaba en su corazon la esperanza cierta de ver consumada su gloria con la participacion del mismo Dios, á quien sería semejante en el cielo. De este conocimiento del fin propuesto se valió el ángel de las tinieblas para precipitarlo en la ruina. Le hace mirar como cosa que le es debida, esa elevacion á ser como Dios, le excita á la impaciencia porque no se le otorga desde luego, y engendra

(1) Vir sapiens, divinum simulacrum, mundi caput venerabile, naturæ lingua, etc. (Theodot. Ancyr., *Serm. de Nativ. Domini.*)

en su corazon el deseo de lograrlo por sí mismo, arrebatándolo con un acto de desobediencia á Dios, como si este por envidia le hubiese impuesto un precepto á fin de impedirle ó dilatarle injustamente esa participacion de Dios, que era la aspiracion única de su alma. Comed, dice, la fruta prohibida, haced alarde de libertad é independencia, rebelaros contra Dios y sereis como dioses, ya que ha querido encadenaros con esa prohibicion, porque sabe que comiendo el fruto vedado sereis como él (1).

El fatal consejo fué aceptado: el orgullo entró en el corazon del hombre (2), la impaciencia se apoderó de él (3), y excitada la sensualidad á vista de la hermosa fruta, todo le hizo creer que en ella se encerraba el secreto de su elevacion al sér divino (4), y alargando su mano al árbol, comió la fruta y consumó su desobediencia.

Ved ahí el pecado: el insensato deseo de saber el bien y el mal para ser como Dios, lleva al hombre á abandonar al que es su principio y su fin legítimo, y le hace caer sobre sí mismo y entregarse á las criaturas (5), corrompiendo su corazon y degradándole en sus afectos

(1) Gen. III. 5.

(2) Illud malum quo sibi homo placet, præcesserat in occulto, ut sequeretur hoc malum quod patratum est in aperto. (S. August., *De Civit. Dei*, lib. 14, cap. 11.)

(3) Ex hac superbia mox secuta est impatientia el indignatio animi indignantis ex hoc præcepto constringi, et a pomo tam nobili arceri. (*A Lapide*, in cap. III Gen., V. 5.)

(4) Credidit tam Eva quam Adam verbis serpentis promittentis omniscientiam et immortalitatem, si ex arbore vetita comederent. (*A Lapide*, in cap. 3 Gen.)

(5) Cupiditate experiendæ potestatis suæ, quodam nutu suo ad se ipsum tanquam ad medium proruit. Ita cum vult esse sicut Deus sub nullo, et ab ipsa sua medietate pœnaliter ad ima propellitur, id est, ad ea quibus pecora lætantur. (S. August., *De Trinit.*, lib. XII, cap. 11.)

y en sus acciones, hasta hacerle semejante á las bestias (1). Bien pronto experimenta el castigo: la vergüenza y el temor se apoderan del culpable. Quisiera ocultarse de Dios y de sí mismo, y no puede (2): de todo lo que ignoraba no ha aprendido mas que á conocer el remordimiento. Su razon se oscurece y se extravía; su juicio y sus pasiones, concertadas entre sí, le engañan continuamente. Se afana y se agita en seguimiento de sombras; se introduce por todos los caminos, y en ninguna parte halla reposo. Siente un pesar inmenso en el fondo de su alma; ha perdido un gran bien, tiene una como idea confusa de ello, y con un trabajo obstinado revuelve las ruinas de su inteligencia y de su corazon, esperando descubrir entre sus escombros la ciencia que le prometió el espíritu de la mentira, y no halla más que la duda, la incertidumbre, el error, deseos devoradores que le consumen, una imágen engañosa del bien, y la terrible realidad del mal (3).

Tales son las funestas consecuencias del pecado. El hombre dijo á Dios: apártate de nosotros, no queremos la ciencia de tus caminos (4); engrandeceremos nuestra lengua; nuestros labios, de nosotros son; ¿quién es Señor nuestro? (5) Me dejaron á mí, dice el Señor, que soy fuente de aguas vivas, y cavaron para sí cisternas abiertas, que no pueden contener las aguas (6). Desde entonces, dice San Juan, triple concupiscencia reina en el mundo. La concupiscencia de la carne, la concupiscen-

(1) Psalm. XLVIII, 13.

(2) Gen. III, 8, 10.

(3) Lamennais, *Ensayo sobre la indiferencia*, p. 2, cap. 35.

(4) Job. XXI, 14.

(5) Psalm. XI, 5.

(6) Jerem. II, 13.

cia de los ojos, la soberbia de la vida (1). Orgullo insensato que hace al hombre tenerse en mas de lo que es, y amar la superioridad, fundando su grandeza en apariencias exteriores: avaricia que le apega á las criaturas, buscando su elevacion en poseer lo que halaga á la vista, en la vanidad de las riquezas; sensualidad y amor del deleite, en el que coloca la felicidad de la vida.

Es verdad que no encuentra mas que crueles desengaños, que le obligan á exclamar con Salomon: Todo es vanidad de vanidades y afliccion de espíritu (2). Es verdad que la razon misma, sobreponiéndose alguna vez á las pasiones, le descubre que está mas allá el bien verdadero, y le incita á buscarle; pero cediendo á la fatal inclinacion, se deja arrastrar al abismo, diciendo: *Video meliora, proboque; deteriora sequor* (3). Es que de tal manera se ha infiltrado el veneno de la concupiscencia en el corazon de la humanidad, que ella forma su espíritu y la ley á que todos obedecen. Era necesario el ejemplo de un Dios para arrancarla de las entrañas del hombre (4), y Dios le da ese ejemplo al dignarse descender á nosotros y vestir nuestra naturaleza. Él lo dice: He venido á buscar y salvar lo que habia perecido (5); he venido para que los hombres tengan vida, y vida mas abundante (6). Seguidme. Yo soy el camino, sirviéndoos de modelo; la verdad, constituyéndome vuestro maestro; la vida, siendo vuestro Redentor (7).

(1) I Joann. II, 16.

(2) Eccli. I, 2.

(3) Ovidio.

(4) Platon, *Apolog. Socrat.*—*Sanandæ miseræ nostræ, necessarium fuit Deum incarnari ad humanæ naturæ reparationem.* (S. August., *De Trinit.*, lib. 13, cap. 30.)

(5) Luc. XIX, 10.

(6) Joann. X, 10.

(7) Id. XIV, 6.

Para realizar su misericordioso designio, el Verbo de Dios toma nuestra naturaleza, no en el estado en que la constituyó él mismo en el día de la creación, sino con todas las flaquezas y miserias que atrajo sobre ella la prevaricación del primer hombre, á excepción del pecado. Tomó la forma de esclavo, dice San Pablo, se hizo semejante á los hombres (1), y semejante en todo á excepción del pecado (2). Se hizo carne, y habitó con nosotros (3). Fijemos la vista en ese sublime objeto de nuestra contemplación.

Era el único que podía escojer una madre, fijar el lugar de su nacimiento, y ordenar todas las circunstancias de su vida en la tierra. ¿Qué prepara, pues, para sí? Una madre pobre, aunque descendiente de reyes, un establo para casa de su nacimiento; un pesebre de bestias para cuna de su delicado cuerpo; un taller de pobre artesano en población humilde, para ocupación de su juventud; unos rudos pescadores, para discípulos y anunciadores después de su celestial doctrina; y un patíbulo para su muerte. Es decir, lo más humilde, lo más pobre, lo más fatigoso, lo más despreciado entre los hombres. Es verdad que hace aparecer destellos de su gloria divina en el cántico de los ángeles sobre la campiña de Belén, en la estrella que brilla en Oriente, y guía á los magos al pesebre, en las profecías y alabanzas que se oyen en el templo, en la manifestación de su sabiduría entre los doctores, y en sus milagros y en su transfiguración; pero todo esto, que es prueba incontrastable de su divinidad, forma la antítesis más sorprendente con su

(1) Philip. II, 7.

(2) Hebr. IV, 15.

(3) Joann. I, 14.

humilde abatimiento, con su extremada pobreza, con su vida oculta, con sus fatigas y trabajos, demostrando que voluntariamente se ha puesto en este estado.

Contempladle en Nazaret. Allí se retira con María y con José, después de haber pasmado á los doctores de la ley con su doctrina y admirables respuestas (1). ¿Qué hace hasta la edad de treinta años en aquella pequeña ciudad, tan poco reputada entre los judíos, que decían: ¿Acaso puede salir cosa buena de Nazaret? (2) El Evangelista lo compendia en una sola frase: *erat subditus illis* (3). Les estaba sujeto. Obedecía y trabajaba, Señores. Hélo aquí todo. El Hijo de Dios, por quien todo fué hecho, se somete á la obediencia de una mujer y de un pobre artesano. ¡Humildad sin ejemplo! exclama San Bernardo (4). Estando sujeto á sus padres, dice San Basilio, mostraba su perfecta obediencia, compartiendo con ellos las penalidades de la obediencia y el trabajo (5). Para el mundo no era más que el hijo del carpintero de Nazaret (6). ¿Y su sabiduría divina? Queda oculta para todos. Porque lo quiso el Padre celestial, dió momentáneamente una pequeña muestra de ella en el templo; porque así lo quiere el Padre, la esconde después, como esconde su poder y su grandeza por espacio de tantos años. ¿Hasta cuándo, dice San Bernardo, hasta cuándo

(1) Luc. II, 47.

(2) Joann. I, 46.

(3) Luc. II, 51.

(4) *Utrique stupor, utrinque miraculum: quod Deus feminae obtemperet, humilitas sine exemplo.* (S. Bernard, *Serm. 1 super Missus est.*)

(5) Porro Jesus cum parentibus esset subjectus, sine dubio in perfectis una cum ipsis laboribus, morigeram declarabat suam obedientiam. (S. Basil. *in constit. monast.*, c. 5.)

(6) Matt. XIII, 55.

guardareis silencio, oh Señor Jesus? ¿Hasta cuándo permaneceréis escondido en medio del pueblo, sin distingueros de los ignorantes y de los pequeños, Vos, que sois la fortaleza y la sabiduría del Padre? ¿Hasta cuándo, Rey del cielo, consentireis que se os tenga por hijo de un carpintero? (1) No ha llegado mi hora, puede responder Jesus, como mas tarde respondió á su Madre, que le pedia un milagro (2).

Mientras llega esa hora, Jesucristo ama y practica una vida de obediencia, de trabajo y de humillacion: se goza en ser desconocido de todos, y huye de que se fijen en él las miradas de los hombres. Por ello, como si no fuese capaz de otra cosa, se ocupa tan solo de acciones humildes; por ello oculta las luces de su espíritu, y se sujeta á la direccion y á la voluntad de María y de José. Y sin embargo, habia dicho á su Madre cuando le encontró en el templo: ¿No sabiais que debo ocuparme en las cosas que son de mi Padre? (3) ¿Son esas, Señor, las cosas del Padre? Sin duda, hermanos; la gloria del Padre pedia la humillacion del Hijo en contraposicion á la presuntuosa conducta de los hombres, dominados del orgullo, del vano deseo de distinguirse y brillar entre los demás, y del amor al regalo y al placer, que la tentacion inculcó en el corazon de Adán, y se trasmitió á todos sus hijos.

¿Qué contraste, hermanos! Mientras el hombre, dominado por el orgullo, aspira á ser tenido en mas de lo que es, y para ello pide prestado su atavío á cuanto le

(1) *¿Usquequo siles, Domine Jesu? ¿Quamdiu, Dei virtus et sapientia, quasi infirmus aliquis lates in populo? ¿Quamdiu, Rex cœli, fabri filium te pateris appellari et putari? (S. Bernard., in Cantic.)*

(2) Joann. II, 4.

(3) Luc. II, 49.

rodea, el Verbo eterno, de quien es la tierra y su plenitud (1), y habita region de luz inaccesible (2), se desnuda de su gloria tomando nuestra naturaleza, se hace pequeño, ocupa el último lugar, se oculta y huye del aplauso y los honores (3), y protesta que no viene á ser servido, sino á servir (4). Mientras el hombre se afana por hacerse dueño de todas las cosas, y pone su gloria en las riquezas, el Hijo de Dios ama la pobreza, y se hace el mas pobre de los hijos de los hombres (5). Mientras el hombre huye del dolor y del trabajo, y se llama desgraciado cuando no goza, y feliz cuando le embriaga sensual deleite, el Verbo encarnado toma para sí la privacion, el trabajo, el dolor y los oprobios, esclamando que su corazon está oprimido mientras no llega la hora de apurar hasta las heces el cáliz de amargura (6).

¿Es solo la expiacion del pecado lo que se propone Jesucristo abrazando estas cosas? Es más, Señores. Vino á cumplir el gran designio de la restauracion y regeneracion del hombre, y por ello quiso con su ejemplo arrancar de su corazon las concupiscencias, y enseñarle que no está la felicidad en el goce del sentido, ni la grandeza en la posesion de las cosas terrenas, ni la elevacion en las apariencias y disfraces de la vanidad y del orgullo, puesto que nada de esto quiso para sí. Quiso hacerle comprender, que ni la pobreza, ni la humillacion, ni el padecimiento, son obstáculo á que el hombre sea verdaderamente grande y realmente feliz, puesto

(1) Psalm. XXIII, 1.

(2) I Thimoth. I, 16.

(3) Joann. VI, 15.

(4) Matth. XX, 28.

(5) Isai. LIII, 3.—Matth. VIII, 20.

(6) Luc. XII, 50.

que siendo Dios hizo de ellas su patrimonio en la tierra, y en nada rebajaron su gloria de Unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad (1). Quiso presentársele como un modelo de lo que debe ser, si anhela lograr lo que, aun en medio de sus extravíos, forma su constante aspiración; esto es, si quiere ser como Dios y aspirar á la posesion eterna de su gloria. Le trazó, pues, un camino opuesto al que le mostró el espíritu del mal, y le hizo fácil ese camino, recorriéndole antes él mismo, dejándonos ejemplo para que sigamos sus pisadas (2), y haciéndonos comprender que la grandeza del hombre viene de Dios, que se eleva sobreponiéndose á las criaturas y á sí mismo, viviendo segun la voluntad del que le ha criado, y aspirando siempre á ser la imágen de Dios por la imitación de sus perfecciones.

Dada la condicion de nuestra naturaleza, esto no es posible sin el auxilio divino, y sin esfuerzos poderosos de nuestra parte; sin luchar con las pasiones que quieren dominarnos, inclinándonos al mal desde la juventud (3), y se oponen á que consigamos la libertad de hijos de Dios (4); sin pelear, en fin, no solo contra la carne y la sangre, sino contra los príncipes y potestades que gobiernan las tinieblas de este siglo, contra los espíritus de maldad (5). Esta es la condicion del hombre sobre la tierra: su vida, dice Job, es una milicia continua (6); la carne, añade San Pablo, codicia contra el es-

- (1) Joann. I, 14.
 (2) II Petr. II, 21.
 (3) Gen. VIII, 21.
 (4) Gal. IV, 29.
 (5) Ephes. VI, 12.
 (6) Job. VII, 1.

piritu, y éste contra la carne (1). El demonio, concluye San Pedro, nos rodea como leon rugiente (2), y no será coronado sino quien pelear legítimamente (3).

Tambien en esta lucha quiere servirnos de ejemplo Jesucristo, porque es nuestra cabeza, y en su persona se trata la causa de toda la humanidad (4), y por ello consintió en ser tentado (5), para vencer al enemigo que habia vencido al primer hombre (6), y enseñarnos la manera de alcanzar victoria sobre él. Comprendeis ya, hermanos, que voy á llamar vuestra atencion sobre el pasaje del Evangelio, que nos recuerda la tentacion de Jesus en el desierto.

¿Por qué la tentacion? ¿Por qué en el desierto? Jesucristo es el segundo Adan, que colocándose en el lugar de este, porque el Padre le ha constituido cabeza de la humanidad (7), viene á arrojar de este mundo al príncipe de las tinieblas, que le tenia esclavizado (8), y habiendo sido vencido el primer Adan en la tentacion á que se vió expuesto, quiere ser tentado tambien para vencer. Adan fué vencido en el paraíso, y fué arrojado de él; Jesucristo viene al desierto, que figura la tierra del destierro, para conquistarnos con su victoria el eterno paraíso. Adan fué vencido en un lugar de delicias;

(1) Gal. V, 17.

(2) I Petr. V, 8.

(3) II Tim. II, 5.

(4) In eo agebatur omnium causa, in quo erat omnium natura sine peccato. (S. Leo, *Serm. 8 de Pass. Domini.*)

(5) Hebr. IV, 15.

(6) Nec sine ingenti mysterio hujusmodi putemus esse conflictum..... in his autem nostræ salutis est ratio; nos in illo vincimus, quia nos ei causa sumus pugnandi. (S. Maxim. *Hom. 1 de jejun. Quadrag.*)

(7) Ephes. I, 22.

(8) Joan. XII, 31.

Jesucristo busca para vencer un lugar opuesto, la soledad, la aspereza, el desierto (1). Así quiere enseñarnos que entre las delicias de la carne, entre los placeres del mundo seremos fácilmente vencidos, mientras que en el retiro, en la soledad y en la penitencia, nos será fácil alcanzar victoria.

Tras prolongado ayuno de cuarenta días, Jesucristo siente hambre, hambre misteriosa (2), que nos representa la del género humano, que privado por espacio de cuarenta siglos del alimento del espíritu, que es la verdad y el bien, que solo vienen de Dios (3), desfallecía y demandaba el remedio, elevando su voz de los cuatro ángulos de la tierra, y pidiendo al cielo la venida del que es la luz y la vida. Esa hambre es el deseo de la felicidad que constantemente forma la aspiración del hombre. El mundo, para satisfacerla, no le ofrece sino la hartura de la triple concupiscencia que se apoderó del corazón de Adán cuando cedió a la tentación, y que de él heredaron sus hijos como triste patrimonio que, lejos de ser el principio de un bienestar buscado con tanto afán, da lugar a los rudos combates y fuertes tentaciones, que agitan interior y exteriormente al hombre, y le precipitan en todos los excesos.

De esta triple concupiscencia alcanza victoria Jesucristo, venciendo al tentador, que en repetidos ataques quiso reproducir su obra del paraíso. «El antiguo enemigo del género humano, dice San Gregorio, tentó al

(1) Ut quia jamdudum diabolus Adam vicerat in paradiso, nunc in solitudine a Domino vinceretur. (S. Joann. Chrisost., *Hom. 5 in Matth.*) In deserto pugnatur asperius, quia Adam in paradiso deliciis affluens victus est oblectamentis. (*Gloss. ordin. in cap. 4 Matth.*)

(2) Matth. IV, 2.—Quod esuriebat ut homo non erat fragilitatis corporeæ, sed cœlestis gratiæ Sacramentum. (S. Maximus.)

(3) *Mallebranche.*

» primer hombre por la sensualidad de la gula, invitándole a comer del fruto prohibido, por la vanagloria diciéndole: Sereis como dioses; y por la ambiciosa avaricia, ofreciéndole la ciencia del bien y del mal. De la misma manera, pero con opuesto resultado, tentó a Jesucristo por la gula, con las palabras: *Di que estas piedras se conviertan en pan*; por la vanagloria y el orgullo, diciéndole: *Si eres Hijo de Dios, arrojate de aquí abajo*; y por la avaricia, mostrándole la gloria del mundo, y ofreciendo dársela si le adoraba.» (1) Estas son también las tentaciones a que todos los días estamos expuestos nosotros (2). O seremos vencidos como Adán, ó venceremos con Jesucristo, según nos dejemos llevar del espíritu de este ó de aquel.

Si eres hijo de Dios, di que estas piedras se conviertan en pan (3): probarás con esto tu poder, y experimentarás la satisfacción de tu apetito. Ved aquí, dice San Pedro Crisólogo, la inspiración del demonio a los hombres, en cuyo corazón quiere dominar por la sensualidad, por la satisfacción de los deseos y apetitos desordenados (4). Los vé apremiados por el ansia de gozar para llenar el vacío de su corazón, y les presenta la ma-

(1) Antiquus hostis primum hominem ex gula tentavit cum cibum ligni vetitum ad comedendum suasit. Ex vana gloria cum diceret: *Eritis sicut dii*. Ex avaritia cum diceret: *Scientes bonum et malum*. Avaritia enim non solum pecuniæ est, sed etiam altitudinis, cum supra modum sublimitas ambigitur. Quibus autem modis primum hominem stravit, eisdem secundi hominis tentator occubuit. Per gulam tentat, etc. (S. Greg., *Hom. 16 in Evang.*)

(2) Quamvis multæ ac diversæ tentationes diaboli circa nos sint, in his tamen tribus tentationibus, quas adversus Dominum habuit, etiam electos ejus tentare consuevit. (S. Joann. Chris. *Hom. 5 ex variis in Matth.*)

(3) Matth. IV, 3.

(4) Lapidés esurienti offert: humanitas talis est semper inimici: sic pascit mortis auctor, sic inimicus vitæ. (S. Petr. Chrisol., *Serm. 11 de jejun. et tentat. Christi.*)

teria, á fin de que sobre ella ejerciten su accion y empleen su poder para convertirlo en pan que dé hartura á sus deseos. La felicidad, buscada en la materia y en la satisfaccion del sentido: hé aquí, dice San Juan Crisóstomo, el principio de la tentacion, el hambre, que es el deseo violento, la expresion capital de la sensualidad, el amor desenfrenado figurado en el apetito de un manjar (1). Esto es lo que propuso el demonio á Adán, y propone á sus hijos para separarlos de Dios: esto es lo que propuso á Jesucristo Hijo de Dios. Adán fué vencido, y dió ejemplo fatal á su descendencia: Jesucristo vence, y nos enseña á vencer.

El hombre, responde, no vive de solo pan, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios (2). La materia no le satisface. El hombre no es solo este cuerpo que vemos, es mas; es tambien el alma que le eleva sobre toda la creacion material, y si el cuerpo encuentra su satisfaccion y su vida en la materia, porque de ella fué formado, el alma, criada á imágen y semejanza de Dios, no puede encontrar la suya sino en el mismo Dios (3). Amontonad cuanto de maspreciado ofrece la tierra, sometedlo á mil trasformaciones, buscad la quinta esencia de cuanto en ella halaga á la sensualidad, poseedlo todo, gozadlo todo; no sereis felices. La hartura no pasará del sentido y la imaginacion; el corazon, el alma no se satisface, su hambre es la misma de antes, mayor si cabe, porque la irrita y exaspera esa misma impotencia de cuanto la rodea exteriormente. El hombre, imájen de

(1) Fames certaminum inchoatio. Fames, inquam, violenta cupiditas: fames voluptatum caput. Cibi enim desiderium effrenis amor. (S. Joann. Chris. in cap. IV Matth.)

(2) Matth. IV, 4.

(3) Sicut corpus humanum non vivit sine terreno cibo, ita et anima vivere non potest sine Dei Verbo. (Raban. in Cat. aurea.)

Dios en su alma, no puede tener vida si no es conforme á su original, si no la recibe del Verbo (1), de la palabra de Dios, que es la verdad y el bien, alimento del alma, que la aproximan á Dios su principio y su fin, y fijando su aspiracion en Dios mismo, de cuya accion depende, y á quien se une por la práctica de las virtudes, que la hacen semejante al mismo Dios (2).

Esta es la primera victoria de Jesucristo, que nos muestra el arte de alcanzarla nosotros, introduciendo en nuestra alma esa gran verdad, ese gran principio de regeneracion. No desiste sin embargo el enemigo: le lleva al templo y le coloca sobre su pináculo (3). Jesus se deja llevar para vencer otra vez al tentador con glorioso triunfo (4). Si eres Hijo de Dios, arrójate abajo, porque escrito está, que los ángeles te sostendrán para que no hieras tu pie cayendo sobre las piedras (5). ¡Locura, necedad! exclama San Pedro Crisólogo. ¿No era mas propio haber dicho: si eres Hijo de Dios, elévate á vista de la muchedumbre, remóntate al cielo en alas de los ángeles? (6) Pero ni aun tentando aconseja el demonio al

(1) Ergo si quis non vescitur Verbo Dei, iste non vivit. (Raban. in Cat. aurea.)

(2) Si mens rectori suo subdita et supernis muneribus delectata, terrenæ voluptatis incitamenta calcaverit, et in suo mortali corpore regnare peccatum non sinerit, ordinatissimum tenebit ratio principatum, et munitiones ejus nulla spiritalium nequitiarum labefactabit illusio: quia tunc est vera pax hominis et vera libertas, quando et caro animo judice regitur, et animus Deo præside gubernatur. (S. Leo, Serm. 1 de Quadrag.)

(3) Matth. IV, 5.

(4) Ascendit super pinnaculum inimicus ut provocet: sequitur Dominus ut triumphet. (S. Joann. Chris., Hom. 5 ex variis.)

(5) Matth. IV, 6.

(6) ¡O signum: mitte te deorsum! Convenientius dixisset: si filius Dei es, ascende in cælum: cum sit hominis ad ima cadere. (S. Petr. Chris., Serm. 10 de jejun.)

hombre que haga esfuerzos para subir al cielo (1). Con estas palabras quiere estimular su vanidad y su orgullo, para que haga ostentacion de sí mismo arrojándose de lo alto. Es el medio de que se valió desde el principio y se vale siempre para precipitar al hombre que fiado de sí mismo, y presumiendo que posee en su razon medios suficientes para lanzarse á la conquista de soñada gloria, se abandona á merced de sus propias ideas, y cae en el abismo del error y del vicio. Contra Jesucristo es en vano. A una frase mal traída de la Escritura Santa, opone otra sentencia legítimamente aplicada, y destruye la astuta tentacion: escrito está tambien: no tentarás al Señor tu Dios (2). No seremos vencidos tampoco nosotros, si grabamos en nuestro corazon estas palabras, y recordamos siempre el ejemplo de Jesucristo para no exponernos al peligro, fiados en nuestras fuerzas, y presumiendo de un auxilio á que no tenemos derecho, y que Dios niega siempre á los soberbios, y da tan solo á los humildes de corazon (3).

Segunda vez vencido el enemigo, prepara nuevo ataque (4). Lleva á Jesus á lo alto de un monte, preséntale en perspectiva la grandeza de todos los reinos de la tierra, y le dice: Todo esto te daré, si postrándote á mis pies, me adoras (5). Ved aquí propuesto desvergonzadamente el pecado, la idolatría con la promesa de la gloria mundana, del engrandecimiento en el poder, y de la posesion del oro. Esta es la tentacion mas fuerte, y la que

(1) Inimicus cæli nequidem tentando, ascensum vult persuadere cælestem. (S. Maxim. *Hom. 2 de jejun. Christi.*)

(2) Matth. IV, 6.

(3) I Petr. V, 5.

(4) Quia Christus retia ventris diruperat, retia vanæ gloriæ transiverat, ponit ei retia avaritiæ. (S. Joann Chris., *Hom. 5.*)

(5) Matth. IV, 9.

mas estragos causa en el corazon de los sencillos. Sábelo bien el tentador, lo mismo que los que están animados de su espiritu, y hacen uso de ella en último término para cantar victoria; y la cantan no pocas veces, comprando la conciencia de muchos que venden su cuerpo, su corazon y su alma, por el falso brillo de los honores, del poder y de las riquezas. Este mal reina en todas partes, esta peste se apodera de un sinnúmero de almas, dice San Cipriano; ella es el incentivo de la prostitucion, el fomes del adulterio, el móvil de los mayores delitos, y hasta en la muerte del Salvador vino á ingerirse el amor del lucro, no perdonando ni á su vida el deseo de una ganancia (1). Por ello dice San Pablo: los que anhelan hacerse ricos, caen en la tentacion y en el lazo que les prepara el diablo, y en muchos deseos inútiles, que arrastran á los hombres á la muerte y á la perdicion eterna; porque la raiz de todos los males es la avaricia, la cual, codiciando algunos, se desviaron de la fe y abandonaron á Dios (2).

¿Extrañaremos, pues, que Jesucristo, que respondiera con mansedumbre á las primeras instigaciones del tentador, al oír esta proposicion de renunciar á Dios y adorarle á él en cambio de bienes materiales, se llene de santa indignacion, y le diga con voz poderosa: apártate, Satanás; escrito está: adorarás al Señor tu Dios, y á él servirás? (3) Con esto nos enseña, dice San Juan Crisóstomo, que suframos con resignacion y magnanimidad

(1) Malum hoc in universa Ecclesia vagatur, et communis pestilentia innumerabiles occupat.... usque ad mortem Domini amor lucri se ingerit, nec vitæ Salvatoris quæstus desiderium parcat. (S. Ciprian., seu auctor de operib. Cardin. Christi, *Serm. de jejun. et tentat. Domini.*)

(2) I Timoth. VI, 10.

(3) Matth. IV, 10.

cualquiera injuria que se nos haga; pero ni siquiera consentamos en escuchar las que se hacen á Dios (1), y en dar oídos á la tentacion que nos propone hacer de la criatura el ídolo de nuestro corazon. ¿Cómo habia de vencer el demonio ofreciendo honores y riquezas á Jesucristo que, siendo Señor de todo, voluntariamente se habia reducido á la humillacion y á la pobreza? Ni tampoco nos vencerá á nosotros, si no olvidamos que somos de Dios, y á él solo debemos la adoracion y el amor; si recordamos que no es feliz el que abunda en bienes materiales, sino el que tiene á Dios por su único Señor (2); y grabamos en nuestro corazon con el ejemplo de Jesucristo la sentencia que salió un dia de sus labios divinos: ¿de qué le aprovecha al hombre ganar todo el mundo, si pierde su alma? (3)

¿Reconoceis ya, Señores, en Jesucristo al restaurador de todas las cosas, al modelo de la humanidad, para que venciendo al que la esclavizó en el paraíso, recobre la grandeza perdida, y se levante hasta Dios, haciéndose semejante á Dios hecho hombre? Resolvámonos, pues, á vivir segun su espíritu, imitando á Jesucristo, que es el modelo para todos los estados de la vida.

(1) Ut nos illius discamus exemplo nostras quidem injurias magnanimiter sustinere, Dei autem injurias nec usque ad auditum sufferre. (S. Joann. Chris., *loc. cit.*)

(2) Psalm. CXLIII, 15.

(3) Matth. XVI, 26.

SEGUNDA PARTE.

El hombre quiso ser como Dios, pero quiso debérselo á sí mismo, buscarlo por medio de las criaturas, y lograrlo con la satisfaccion de su sensualidad. Erró el camino, desordenó sus ideas y sus sentimientos, y separándose de Dios, se imposibilitó para llegar hasta él. El Criador tenia derecho á condenarle irremisiblemente á participar de la maldicion eterna, lanzada contra el ángel rebelde, á quien imitó en su prevaricacion; pero lleno de misericordia, le prepara el remedio que le anunció desde luego, no pronunciando anatema sobre él, dice Tertuliano, porque se disponia á restaurarle por medio de su Verbo que se haria hombre (1). Le castiga porque es criminal, pero se compadece porque es desgraciado, y no muda sus designios sobre él. Le ha criado á su imagen, y quiere todavía, y quiere siempre que sea semejante á Dios: no solo lo quiere, sino que se lo manda, y le dice en persona de Abraham: Camina en mi presencia, sé perfecto (2); y por boca del Verbo encarnado: Sed perfectos como lo es vuestro Padre celestial (3); y finalmente por su Apóstol: Sed imitadores de Dios como hijos suyos muy amados (4).

(1) Etsi Adam propter statum legis deditus mortí est, sed spes ei salva facta est, dicente Domino: ecce Adam quasi unus ex nobis factus est, de futura scilicet affectione hominis in divinitatem.... Ideoque nec maledixit ipsum Adam, nec Evam, ut restitutionis candidatos. (Tertull. *lib. 2. adv. Marcion., c. 25.*)

(2) Gen. XVII, 1.

(3) Matth. V, 48.

(4) Ephes. V, 1.

Porque la criatura no puede por sí misma subir hasta Dios, Dios baja hasta ella: Dios se hace hombre, para que el hombre se haga Dios (1). Tomando para sí la naturaleza humana, dice á la descendencia de Adán: O hombres, ¿quereis ser como Dios? Sedlo; esta es mi voluntad. No habeis sabido serlo por vosotros mismos; yo me hago hombre semejante á vosotros: haceos semejantes á mí, que soy Dios, y sereis como Dios (2). ¡Bondad inefable del Verbo, humillándose al nivel de sus criaturas! ¡Diseño admirable de Dios Padre para rehabilitar al hombre! Misión sublime de Jesucristo, que en su persona eleva la naturaleza humana al sér divino, y obrando como hombre, enseña á este á levantarse de su abyección, y lograr la participacion de Dios y la gloria que este le destina.

A fin de que esta enseñanza llegue á todos los siglos, el Evangelio, escrito por inspiracion divina para ser el libro de todos los hombres, nos describe la historia de Jesus humillado y pobre en el pesebre, sometido á la ley de la circuncision, desterrado y perseguido en su infancia, ganando el sustento con el sudor de su rostro en Nazaret, sujeto á la obediencia de María y de José, y rodeado de pobreza, de fatiga y de dolor en toda la serie de sus años sobre la tierra. Por ello tambien la Iglesia, animada del espíritu de Jesucristo, nos recuerda en sus festividades los misterios de la vida del Salvador, para que se impriman en nuestra memoria y en nuestro corazon, y nos lleven á imitarle. Por ello el arte cristiano, en hermosos cuadros y admirables estatuas, nos pone

(1) Factus est Deus homo, ut homo fieret Deus. (S. Aug., *Serm.* 9 de *Nativit.*)

(2) Venit secundus Adam, ut imaginem in nobis suam ac similitudinem exemplis suis restauraret. (Beda in *Hexameron.*)

delante las escenas de Belén y de Nazaret, de Jerusalem y del Calvario, y la piedad de los fieles se alimenta á la vez que se goza en las sencillas representaciones que hablan al espíritu mejor que los discursos mas elocuentes, haciéndonos oír en nuestra alma la palabra del Libro Santo: «Mira, y haz segun el modelo que te se ha presentado.» (1) «Os he dado ejemplo para que hagais lo que yo he hecho.» (2) Por ello, en fin, la Iglesia Católica nos repite en su Símbolo, para que no lo olvidemos: «Por nosotros los hombres, y para nuestra salud, descendió de los cielos, se encarnó, se hizo hombre.» (3) Por nosotros y para nuestra salud eterna, que exige la imitacion de nuestro Redentor, porque no la alcanzaremos si no nos hacemos semejantes á él, que es el primogénito de los predestinados (4).

Esto es lo que movia al Apóstol San Pablo á escribir á los Romanos: «Pasó la noche del pecado, y amaneció el día de la redencion. Arrojemos, pues, las obras de las tinieblas, y vistámonos las armas de la luz: caminemos honestamente como de día, no en embriaguez y comilonas, no en fornicacion y lascivia, no en contiendas y emulacion envidiosa del bien ajeno, sino vestíos de Nuestro Señor Jesucristo, y no andeis solícitos en busca de la satisfaccion de la carne y de sus concupiscencias (5). Vestíos de Jesucristo, esto es, explica San Juan Crisóstomo, brillen en vosotros el espíritu de Jesus, su gracia, sus virtudes y su vida, de tal manera, que no aparezca sino Cristo en vuestras costumbres, como en el

(1) Exod. XXV, 40.

(2) Joann. XIII, 15.

(3) Símbol. Constantinop.

(4) Rom. VIII, 29.

(5) Id. XIII, 12 et seq.

hombre vestido, solo se ve su vestidura.» (1) Desnudaos del hombre viejo, escribe el mismo Apóstol á los Colosenses, y vestíos del nuevo, formado á imagen del que le crió (2). Tened en vosotros, dice á los Filipenses, los mismos sentimientos de Cristo Jesus, que siendo Dios, se humilló y se hizo obediente hasta la muerte de Cruz, y por ello Dios Padre le exaltó y le dió un nombre sobre todo nombre (3). Este es el asunto de toda la predicacion del grande apóstol, este el compendio de toda su doctrina, este el objeto de su celo y de sus fatigas, que Cristo sea formado en nosotros (4), que llevemos la imagen del hombre celestial (5), creciendo incesantemente hasta ser varones perfectos, hasta la medida de la plenitud de Cristo (6).

Y con razon, hermanos, nos gloriamos del nombre de cristianos. Este nombre nos califica de discípulos y seguidores de Cristo. Comprendamos, pues, que el espíritu del cristianismo no es otro que el que se espresa en esa doctrina del Apóstol. Ser cristiano, dicen los Santos Padres, es ser otro Cristo, es tener los mismos sentimientos de Cristo Jesus, juzgar de las cosas como él las ha juzgado, desear lo que él ha deseado, y obrar siempre en conformidad á esos sentimientos.

¿Cuál es el juicio de Jesucristo sobre lo que llamamos bienes y males de la vida presente, las riquezas y

(1) Christum induere, est Christi virtutes in se exprimere, idque copiose et perfecte. Induere Christum est undique in nobis per sanctimoniam et mansuetudinem Christum in nobis esse perspicuum. Homo enim indutus id esse videtur, quod indutus est: appareat itaque in nobis Christus. (S. Joann. Chrisost.)

(2) Coloss. III, 10.

(3) Philip. II, 5 et seq.

(4) Gal. IV, 19.

(5) I Cor. XV, 49.

(6) Ephes. IV, 7.

la pobreza, las honras y las humillaciones, la molicie y el trabajo? Dueño era de todos esos bienes, poderoso para alejar de sí todos esos males: sin embargo, miradle desde el pesebre á la cruz. Se anonadó á sí mismo, se hizo obediente, se abrazó con la pobreza, y habiéndosele propuesto el goce, prefirió la Cruz (1). A ejemplo suyo, pues, debemos juzgar despreciables esos llamados bienes que el Hijo de Dios no quiere para sí; debemos mirarlos como indignos de esclavizar nuestro corazon criado para mayor grandeza, y ni apegarnos á ellos, si los tenemos, ni creernos desgraciados si de ellos carecemos, ni andar en su seguimiento como si fuesen el ideal de nuestra existencia. Debemos á ejemplo de Jesus vivir en la humildad, aceptar la pobreza, y el trabajo y el dolor como expiacion del pecado, y como un medio de practicar virtudes que nos hagan semejantes á él, y nos preparen un peso de gloria incomparablemente superior á cuanto se ambiciona en la tierra.

¿Cuáles son los deseos de Jesucristo? Hacer en todo la voluntad del Padre y procurar su gloria. Este es mi alimento, dice (2); no he venido al mundo para otra cosa (3); no busco mi gloria, porque hay quien la busca, que es mi Padre (4). En el momento mismo de su Encarnacion esclama: quereis de mí el sacrificio, Dios mio, yo lo quiero tambien: tu voluntad es la ley escrita en medio de mi corazon (5); y por ello abraza una vida de cruz para dar gloria á Dios y salvar al mundo. Así nos enseña lo que ha de ser objeto constante de nuestros deseos: el

(1) Hebr. XII, 2.

(2) Joann. 4, 34.

(3) Id. VI, 38.

(4) Id. VIII, 50.

(5) Hebr. X, 9.

cumplimiento de la voluntad divina en cualquier estado que nos ponga, nuestra salvacion, la adquisicion de un reino eterno, la posesion de bienes inmensos é infinitos, la union con Dios, en una palabra, exclamando con el Rey Profeta: ¿qué hay para mí en el cielo, y qué quiero de ti en la tierra? El Dios de mi corazon, que es mi herencia para siempre (1).

Hombres todos, fijad siempre los ojos en Jesucristo. No lo olvideis: es Dios que se ha hecho hombre, para que el hombre se haga Dios (2). El Padre, con amoroso designio, le ha enviado á la tierra, para que en él y por él sean restauradas todas las cosas; esto es, se restablezca el órden que alteró el pecado, se reanuden las relaciones entre Dios y el hombre, se levante este de su postracion, deje de buscar su destino en la tierra, y aspirando al cielo, vuelva á ser la imágen de Dios; es decir, á pensar, á amar y á obrar á semejanza de Dios, para llegar á la union eterna con él. Miradle siempre, contempladle, y cuando al verle niño que llora, jóven que suda trabajando, y hombre sometido á la pobreza, á la calumnia, á la persecucion y al tormento, y siempre dulce, siempre pacífico y bondadoso, que pasa derramando bienes (3), orando y sacrificándose por los mismos que le odian y crucifican (4), os sintais penetrados de admiracion profunda y de veneracion santa, escuchad su voz, que os dice: Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazon (5); haced lo que yo he hecho (6).

(1) Psalm. LXXII, 26.

(2) Factus est Deus homo, ut homo fieret Deus. (S. August. *Serm.* 9 de Nativ.)

(3) Act. X, 38.

(4) Luc. XXIII, 34. —S. Petr. II, 23.

(5) Matth. XI, 29.

(6) Joann. XIII, 15.

¿Sois ricos, sois sábios, sois poderosos? Aprended de mí, que no he amado la riqueza, ni la he querido para mí: emplead como yo vuestra ciencia en enseñar la verdad, y vuestro poder en hacer bien á todos. ¿Sois pobres, os veis sujetos á la fatiga y al trabajo? Aprended de mí, que me he hecho pobre, y he vivido en trabajo desde mi juventud (1), para enseñaros á sobrellevar con resignacion las penalidades. Viéndome á mí puesto á vuestro nivel, no os tengais por rebajados ante los hombres, antes bien, reputaos por honrados con lo que fué mi honra en la tierra. Venid á mí los que trabajais y estais sobrecargados, y yo os aliviare, y os daré fuerzas con mi ejemplo, con mi gracia, y con la esperanza de una gloria inmortal (2). Los que padeceis, los que sentís el peso de la calumnia, y las amarguras de la persecucion, y las angustias del dolor, venid, miradme, aprended de mí á aceptar el cáliz amargo, á sufrir resignados, á devolver bien á quien os hace mal, á someteros en todo á la voluntad del Padre, que en ello es glorificado, y que viéndoos semejantes á mí, os contempla con amor y os prepara un reino eterno.

Recordadlo siempre, hermanos, porque no debemos olvidarlo jamás. El dia del pecado pronunció Dios una sentencia irrevocable: Maldita la tierra en tu obra, espinas y abrojos germinará para ti, con el sudor de tu rostro comerás el pan hasta que vuelvas á la tierra de que fuiste formado, porque polvo eres, y en polvo te convertirás (3). Hijos todos del primer pecador, que mereció oír esa sentencia, herederos de su pecado y pecadores

(1) Psalm. LXXXVII, 16.

(2) Matth. XI, 28.

(3) Gen. III, 17.

como él, heredamos también su castigo. Haga cuanto quiera el hombre, ponga en tortura sus facultades, someta la materia á multiplicadas transformaciones, ensaye mil medios para convertir la tierra en paraíso de delicias. Todo será inútil: nunca será más que un valle de lágrimas, un lugar de expiación, un campo de lucha, una región de destierro, y siempre será una verdad lo que decía el Santo Job: El hombre, nacido de mujer, vive breve tiempo, lleno de muchas miserias (1).

Ahora bien, hermanos; el Hijo Eterno de Dios, haciéndose hombre, quiso participar de ese triste patrimonio de la humanidad, para enseñarnos con su ejemplo á mirarlo como la justa expiación del pecado, y á que nos sometamos resignados á la justicia que la impone, haciendo de nuestra suerte temporal, cualquiera que ella sea, la base de nuestra rehabilitación para levantarnos con Jesucristo á las alturas de la gloria. Cuando se acercaba la hora del gran sacrificio que nos mereció la adopción de hijos de Dios y el derecho á la herencia del cielo, dijo á sus discípulos: voy á prepararos un lugar (2); á vosotros, que permanecisteis conmigo en mis tentaciones y pruebas, os dispongo un reino para que goceis eternamente en mi compañía en la casa de mi Padre (3). Permanezcamos fieles nosotros, y esa será nuestra suerte: imitémosle, y estaremos donde él está (4). A los que son conformes á la imagen de su Hijo los predestina Dios Padre á la eterna glorificación (5), á la felicidad que se propuso dar al hombre hecho á imagen y semejanza suya.

(1) Job. XIV, 1.

(2) Joann. XIV, 2.

(3) Luc. XXII, 29.

(4) Joann. XII, 26.

(5) Rom. VIII, 29.

¿Le imitamos, Señores? ¿Es su humildad y su mansedumbre, su desprendimiento de la tierra, su obediencia, su caridad y su amor á la cruz; en una palabra, son los sentimientos de Cristo Jesús nuestros sentimientos? Rubor causa el confesarlo, pero es una triste verdad. Estamos muy lejos de ser lo que dice nuestro nombre de cristianos, seguidores de Cristo. El lujo, el fausto, la sed devoradora de riquezas, el horror á la pobreza, el orgulloso desprecio del pequeño, el espíritu de odio y de venganza, el hambre insaciable de goces sensuales que se descubren en todas las clases, representan más bien la vida de los llamados dioses del paganismo, que la vida de Jesucristo. ¡Ah, hermanos! Confundámonos. Es una verdad constante que todos nuestros actos tendrán siempre por principio, ó el hombre nuevo ó el hombre viejo, ó el espíritu de Jesucristo, ó el de Adán caído en el pecado. Si interior y exteriormente nos gobernamos por los sentimientos del hombre viejo, somos terrenos (1), culpables, enemigos de Dios. Si por los sentimientos del hombre nuevo criado según Dios, todo en nosotros será santo, y conforme á la vida de Jesucristo, seremos hijos de Dios, y como tales herederos de su gloria (2). Viva-mos, pues, de Jesucristo, aprendamos de este divino modelo á hablar, á obrar, á sufrir, á vivir, á morir como él, si con él queremos reinar eternamente.

(1) I Cor. XV, 47.

(2) Rom. VIII, 14, 17.

QUINTO SERMON.

Jesucristo en su vida pública, Maestro de la humanidad.

Unus est magister vester, Christus.
(Matth. XXIII, 8.)

EL Hijo de Dios, que tomó nuestra naturaleza para restaurar todas las cosas en el cielo y en la tierra, quiso dar principio á su grande obra, presentándose como modelo del hombre en todos los estados de la vida. La razón es clara, Señores. El hombre había sido criado á imagen de Dios: debía, pues, ser reformado á imagen del mismo Dios; y porque el pecado le había hecho perder de vista á su divino original, quiso este hacerse visible (1) y ponerse delante, para que viéndole en la naturaleza humana que había tomado, pudiera elevarse al conocimiento de la divina, que en ella se ocultaba (2).

(1) *Suscepit hominem quem videre homines poterant, ut sancti per fidem postea viderent, quod tunc videre non poterant.* (S. Aug., *de Gratia nov. Test.*, cap. 3.)

(2) *Factum est Verbum caro, quam videre possemus, ut sanaretur in nobis unde Verbum videremus.* (Id. *in Epist. I Joann.*, cap. 1, tract. 1.)

El hombre se había acostumbrado á no fijarse sino en lo que afecta á los sentidos, y por ello el Verbo en su misericordia se le acerca tanto, que conversa con él, se hace como uno de nosotros, y da lugar á que el discípulo amado escriba en su primera carta: Os anunciamos al Verbo de vida, que fué desde el principio, que oímos, que vimos con nuestros ojos, que miramos de cerca y palpamos nuestras manos. Os anunciamos esta vida eterna que era en el Padre, y nos apareció á nosotros. Os anunciamos lo que vimos y oímos, para que tengáis también sociedad con nosotros, y nuestra sociedad sea con el Padre y con su Hijo Jesucristo (1).

Restablecer esta sociedad con el Padre, era la misión del restaurador universal, y los hombres llamados á ella pudieron decirle como el Apóstol Felipe: Señor, muéstranos al Padre; demanda que contesta Jesucristo, diciendo: ¿Tanto tiempo que estoy con vosotros, y todavía no me conocéis? Quien me ve á mí, ve á mi Padre, porque yo estoy en él, y él en mí (2): el Padre y yo somos una misma cosa (3). Nadie viene al Padre sino por mí, que soy el camino, la verdad y la vida (4).

El Verbo venía, en fin, á enseñar al hombre una doctrina que exige la abnegación y el sacrificio, y era convenientísimo que al promulgarla se ofreciese á sí mismo como ejemplar práctico de lo que enseñaba, para poder decirle: Aprended de mí (5), os he dado ejemplo para que hagáis lo que yo he hecho (6); venid en se-

(1) I Joann. I, 1, 3.

(2) Id. XIV, 8, 9, 10.

(3) Id. X, 30.

(4) Id. XIV, 6.

(5) Matth. XI, 29.

(6) Joann. XIII, 15.

guimiento mio, renunciándoos á vosotros mismos (1), y estareis donde yo estoy (2). Por ello dice San Lucas: Jesus empezó á obrar y á enseñar (3). Fué el modelo y el maestro. Treinta años consagró á lo primero, y poco mas de tres reservó para lo segundo, porque su predicacion no habia de ser sino la enseñanza que se desprende de sus ejemplos, reducida á un cuerpo de doctrina. Nosotros le contemplamos ayer en su vida privada como modelo del género humano; considerémosle hoy en su vida pública como maestro, y único maestro de la humanidad.

PRIMERA PARTE.

Recordemos, Señores, las primeras palabras del Evangelio de San Juan: En el principio era el Verbo, y el Verbo era Dios. Todo fué hecho por él. En él mismo estaba la vida, y la vida era la luz de los hombres..... Era la luz verdadera, que ilumina á todos los hombres que vienen á este mundo. En el mundo estaba, y el mundo no le conoció. Y el Verbo se hizo carne, y habitó entre nosotros, y vimos su gloria como de unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad (4).

Criatura del Verbo es el hombre hecho á semejanza de Dios; y dotado en su alma de la vida, la inteligencia y el amor, aparece en la tierra como imágen de la Trinidad divina. El Verbo de Dios, en quien está la vida, y

- (1) Matth. XVI, 24.
 (2) Joann. XII, 26.
 (3) Act. Ap. I, 1.
 (4) Joann. 1.

que es la Sabiduría increada, la razon superior y la luz universal de los séres inteligentes (1), reflejó en el principio sus resplandores en la inteligencia del hombre, elevándole á una sabiduría excelentísima por el convenimiento de la verdad (2), que es el objeto de la inteligencia, puesto que esta es la facultad de conocer, y conocer es ver lo que es, es poseer la verdad. Feliz Adan si no hubiese apartado los ojos de esa luz verdadera, que brilla eternamente para iluminar á todos los hombres que vienen á este mundo: pero desvanecido por el orgullo que supo infiltrarle el espíritu tentador, quiso sustituir á esta emanacion de la ciencia divina, que penetrándole le hacia brillar como un cristal herido por los rayos del sol, otra ciencia que le fuese propia y le diese á manera de un verbo independiente de aquel por quien todo fué hecho. Quiso una ciencia adquirida mediante su rebelion contra Dios, y como resultado de darse á sí mismo una satisfaccion, usando de lo que Dios le habia prohibido, en señal de su dependencia del Criador. El insensato deseo de una ciencia que, sin venir de Dios, le hiciese como Dios, precipitó al hombre en el pecado, que le envolvió desde luego en las tinieblas de la ignorancia y del error.

Se abrirán vuestros ojos, le dijo el tentador, y sereis como Dioses que saben el bien y el mal (3). Con esta promesa lisonjera, la curiosidad se escita. ¿Será verdad lo que se me anuncia? Dice en su interior, y aspirando á la ciencia prometida, se resuelve á hacer la experiencia

(1) Rationales mentes, in quo genere homo factus est ad imaginem Dei, non habent veram lucem suam nisi ipsum Verbum Dei, per quod facta sunt omnia. (S. August., *de Gen. ad litt.*, lib. 5, cap. 10.)

(2) Eccli. XVII, 6.

(3) Gen. III, 5.

para arrancar su secreto al Eterno, y conocer lo que Dios en su bondad habia querido que ignorase. Esta experiencia fatal corrompió la razon del hombre y degradó su corazon, haciéndole perder á un tiempo la inocencia y la verdad. La incertidumbre, la duda y el error se apoderaron de su espíritu al tiempo mismo que todas sus inclinaciones propendieron al mal (1), y su inteligencia se habria abismado para siempre en las tinieblas, si Dios no se hubiese dignado dejar subsistir en ella algunos rayos de su verdad, de su Verbo, que constituyen la débil claridad que llamamos razon natural, y no le hubiese añadido en su misericordia la revelacion de lo que preparaba para restaurar la humanidad.

El Verbo de Dios, desde lo alto de los cielos es la fuente de la sabiduría, y sus caminos son los mandamientos eternos (2). El hombre, en la locura de su prevaricacion exclamó: Apártate de nosotros, no queremos la ciencia de tus caminos (3); y creyó poder por sí mismo gobernarse en todas las cosas, discerniendo el bien y el mal para llegar á conseguir felicidad cumplida como si fuese Dios, y de nadie, ni aun de su Criador necesitase. Esta aberracion, separándole de Dios y de la luz del Verbo como un astro salido de su órbita, le hizo caer sobre sí mismo, dice San Agustin, y desde allí á descender al nivel de las demás criaturas, poniendo su amor en lo que halaga á las bestias (4). El alma quedó como sepultada

(1) Gen. VI, 5.—VIII, 21.

(2) Eccli. I, 5.

(3) Job. XXI, 14.

(4) Cupiditate experiendæ potestatis suæ, quodam nutu suo ad se ipsum tanquam ad medium prouit. Ita cum vult esse sicut ille sub nullo, ab ipsa sua medietate pœnaliter ad ima propellitur, id est, ad ea quibus pecora lætantur. (S. August., *de Trinit.*, lib. 12, cap. 11.)

en la carne (1), y con este nombre mereció que la designase al hombre el mismo Dios que le habia criado á su imágen. No permanecerá mi espíritu en el hombre, dice el Señor, porque es carne (2). Toda carne ha corrompido sus caminos (3). El hombre, elevado á un grande honor, no lo entendió; ha sido comparado á las bestias insensatas y se ha hecho semejante á ellas (4).

Desde entonces el género humano, sumergiéndose cada dia mas en el abismo de las tinieblas, porque cada dia se entregaba mas á los sentidos y á cuantos objetos halagan á estos, á semejanza de la fruta vedada que pareció hermosa á la primera mujer, no comprendia las cosas de Dios y del espíritu, como dice San Pablo (5), y aun aquellos que, llamándose sábios y filósofos, por la contemplacion de lo criado podian elevarse al conocimiento de Dios, de su poder y su divinidad, arrastrados por el amor de la materia, no le glorificaban como Dios, y mudaban la verdad de él en mentira, adorando y sirviendo á la criatura mas que al Criador (6).

Sereis como Dioses que saben el bien y el mal (7). Cuando al eco de esta palabra, que se reproduce sin cesar á los oidos del hombre, rechaza éste la luz de Dios como el sosten y el complemento necesario á la nuestra, es porque cree que no la necesita, que le basta su luz propia, y que por lo mismo ella puede revelárselo todo, dándole idea verdadera de cuanto le interesa saber para

(1) Anima cum carnalia bona appetit caro nominatur. (Id., *de Fide et Symbol.*, cap. 10.)

(2) Gen. VI, 3.

(3) Id. id., 12.

(4) Psalm. XLVIII, 13.

(5) I Cor. II, 14.

(6) Rom. I, 19 et seq.

(7) Gen. III, 5.

ordenar su vida y conseguir el fin de su existencia. Lo que interesa saber, lo que es necesario poseer para esta ordenacion, es la idea de Dios, del hombre, de su destino, y de los medios de alcanzarlo. Para obtener esta ciencia, el que se aparta de Dios, y cierra sus ojos á la luz del Verbo, no tiene sino la materia representada en el árbol de la ciencia del bien y del mal, y los sentidos por los cuales entra en relacion con ella. De aquí que el hombre lo materializó todo. Desconociendo al Dios verdadero, inventó dioses materiales, hasta adorar las criaturas mas viles. Buscó su felicidad en la satisfaccion de sus apetitos, en el deleite de los sentidos, y no vivió sino para la tierra. De aquí la corrupcion degradante de los pueblos antiguos, cuya pintura hace San Pablo en su carta á los Romanos (1), que no pueden repetirse, porque escandalizarian á los oídos menos timoratos, hasta el punto que la creyéramos imposible y fabulosa á no estar consignada en tantos documentos de la historia.

En medio de esas tinieblas de error, de ignorancia y de corrupcion que privaron al hombre del conocimiento y del gusto de Dios, conservó sin embargo la capacidad y la necesidad de conocerle y de gustarle, dando origen á esa sed devoradora, aunque sin objeto determinado, de verdad y de amor que le atormenta incesantemente, y que le mueve á atormentar á su vez á todos los demás seres finitos como él para obtener una felicidad infinita, que es imposible logre de ellos, y en lugar de la cual no encuentra sino la inquietud, el desórden, la degradacion, los trabajos, y el dolor desesperante que hace salir de todos los ángulos de la tierra la lastimera queja del profeta Rey: Mis lágrimas fueron para mí panes de día y

(1) Rom. I.

de noche, mientras se me dice cada día: ¿Dónde está tu Dios? (1) y que arrancó un día al génio de San Agustin aquella exclamacion: *Fecisti nos ad te, et inquietum est cor nostrum donec requiescat in te* (2).

En vano la filosofía antigua hizo multiplicados esfuerzos para sacar á la humanidad de este laberinto: cada una de sus sectas ó escuelas presumió encontrar una salida: cada una procuró descubrir el bien soberano y descifrar los misterios que á él se refieren. Su trabajo fué inútil, y, lejos de conducir á la humanidad al fin propuesto, la alejaba mas y mas de él. Todas tenian por punto de partida al hombre, al yo humano, causa del extravío, y á él como último término se dirigian todas, haciéndole caer en sí mismo, como dice San Agustin (3), y abismándole cada día mas en las tinieblas de la duda y del error, que le ponian á merced de sus pasiones, única regla de su vida.

Reconocian y confesaban esta impotencia los filósofos, y proclamaban la necesidad de un maestro divino que restaurase las ruinas de la inteligencia, y enseñase á los hombres la verdad, cuyos resplandores los guiasen para levantarse sobre sí mismos y conseguir el bien soberano. Estas confesiones encontramos en Ciceron, que escribia: En la inteligencia del hombre no hay sino restos de no sé qué fuego divino de inteligencia y de espíritu (4); en Séneca, que exclamaba: Cuán vil y abyecto es el hombre

(1) Psalm. XLI, 4.

(2) S. August., *lib. I. Conf., cap. 1.*

(3) *Quodam nutu suo ad se ipsum tanquam ad medium proruit* (S. August., *de Trinit. lib. 12, cap. 11.*) Est in homine horrenda quædam profunditas ignorantia, ex qua omnis error existit, qui omnes filios Adam tenebroso quodam sinu suscipit. (Id. *de Civit. Dei*, lib. 22, cap. 22.)

(4) *Tanquam obrutus quidam divinus ignis ingenii et mentis.* (Cic. *de Rep.*, lib. 2.)

si no se levanta sobre la humanidad (1); en Platon, de quien son estas palabras: Es preciso que sobre estos restos de verdad que nos quedan, como sobre una frágil barquilla, pasemos el mar tempestuoso de esta vida, á ménos que se nos proporcione un medio mas seguro, como, por ejemplo, alguna promesa divina, alguna revelacion, que será para nosotros un navío que no temerá las tempestades (2); y en Sócrates, que repetía: Todo lo que sé consiste en saber que no sé nada. Si Dios no os envía alguno que os enseñe de su parte, inútiles serán cuantos esfuerzos se hagan para reformar las costumbres de los hombres. Es preciso esperar, que vendrá alguno á enseñarnos cómo debemos portarnos relativamente á los Dioses y á los hombres (3). Invocamos, añadia Platon, al Dios Salvador, para que por medio de una enseñanza extraordinaria y maravillosa nos salve, instruyéndonos en la verdadera doctrina (4). Rogad al Dios del universo, autor de cuanto existe y existirá, rogad á su Padre y Señor, que se nos dé á conocer cuanto sea posible á los hombres (5).

¿Quién no ve, Señores, en estas confesiones una prueba evidente de que la luz del Verbo brillaba aún entre las tinieblas, aunque estas no la comprendían? (6) ¿Quién no descubre el eco de las tradiciones primitivas, que á la vez que recordaban la fatal caída, mantenían la esperanza de la restauracion anunciada en el paraiso?

Este anuncio una y cien veces repetido, y la espe-

-
- (1) Montaigne, *Essais*, lib. 2, c. 12.
 (2) Platon, *in Phæd.*
 (3) Id., *Apolog. Socratis.*
 (4) Id., *Timæo.*
 (5) Id., *Epist. 6.*
 (6) Joann. I, 5.

ranza en él fundada, los vemos claramente en los libros santos, tesoro inapreciable de luz del Verbo comunicada al pueblo de las promesas, y que brilla como antorcha en lugar tenebroso (1). Moisés anuncia en nombre de Dios la venida del gran Profeta, que será el maestro de la humanidad (2). Isaías, repitiendo la promesa, dice al pueblo: En adelante no se alejará de ti tu Doctor, y tus ojos estarán viendo á tu preceptor, y tus orejas oirán la palabra del que te dirá amonestando: Este es el camino, andad en él, y no torzais á la derecha ni á la izquierda (3). Contemplando como realizada ya la promesa divina, exclama: El pueblo que andaba en tinieblas vió una grande luz; á los que moraban en la region de la sombra de la muerte, les nació la luz (4). Lleno del espíritu de Dios exclama tambien Baruch: ¿Quién subió al cielo, y tomó la sabiduría y la hizo descender de lo alto de las nubes? El que lo sabe todo, la conoce. Este es nuestro Dios, el que ha encontrado todos los caminos de la verdadera ciencia, y la ha dado á Jacob su siervo, y á Israel su amado, y despues de esto se ha dejado ver en la tierra y ha conversado con los hombres (5).

Estos son los anuncios, Señores: ved la realizacion. Por las entrañas de la misericordia de nuestro Dios, canta Zacarías, nos ha visitado viniendo de lo alto para iluminar á los que están sentados en las tinieblas y sombras de la muerte, para dirigir nuestros pasos en el camino de la paz y la felicidad (6). El Verbo que estaba

-
- (1) II Petri I, 19.
 (2) Deut. XVIII, 15.
 (3) Isai. XXX, 20.
 (4) Id. IX, 2.
 (5) Baruch. III, 29, 38.
 (6) Luc. I, 78, 79.

en Dios y era Dios, el Verbo, luz verdadera que ilumina á todo hombre que viene á este mundo, que estaba en el mundo, y el mundo no le conocia, se hizo carne, y habitó con nosotros, y vimos su gloria como de unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad, de cuya plenitud recibimos todos (1).

De ese Verbo, que se hizo carne, y es Jesucristo Dios y hombre, nos dice San Pablo: En él se propuso el Padre restaurar todas las cosas en el cielo y en la tierra (2); por él nos llena de todas las riquezas de la plenitud de la inteligencia, para conocer el misterio de Dios Padre y de Jesucristo, en quien están escondidos todos los tesoros de la sabiduría y de la ciencia (3). En otro tiempo, para mantener la fe en sus promesas, habló Dios á nuestros padres por medio de los profetas; pero en los últimos tiempos nos ha hablado á nosotros por medio de su Hijo, á quien ha constituido heredero de todas las cosas, por quien hizo los siglos (4).

El Verbo se hizo carne, y habitó entre nosotros, y le vimos lleno de gracia y de verdad. ¿Por qué, Señores, la Sabiduría eterna viene á la tierra hecha carne? Recordadlo. El hombre, separándose de Dios, cayó sobre sí mismo y se hizo carnal. El alma quedó degradada con los vicios de la carne, que la sumergieron en las tinieblas, porque tinieblas son, dice San Agustín, los hombres cuya inteligencia está cegada con las malas pasiones. Para curarle, para sanar al hombre carnal, el Verbo, por quien todo fué hecho, se hizo carne y habitó con

- (1) Joann. I.
- (2) Ephes. I, 10.
- (3) Colos. II, 3.
- (4) Hebr. I, 1, 2.

nosotros (1). Descendió al nivel del hombre, para que este pudiese levantarse hasta Dios (2), y comunicándosele de esta manera, le lleva suavemente de la carne al espíritu, de lo visible á lo invisible, de las tinieblas á la luz, como nos dice la Santa Iglesia en su liturgia. «Por el misterio del Verbo Encarnado ha brillado nueva luz de tu claridad á los ojos de nuestra alma, para que conociendo visiblemente á Dios, nos sintamos por él arrebatados al amor de lo invisible.» (3) ¡Admirable dignacion, hermanos! Con razon exclama el anciano Zacarías: Bendito el Dios de Israel, que ha visitado y obrado la redencion de su pueblo (4).

Ved por qué dice Jesucristo: Yo soy el camino que conduce al Padre (5); yo la luz; he venido al mundo, para que los que creen en mí no permanezcan en tinieblas (6). Yo soy la luz del mundo, el que me sigue no anda en tinieblas, sino que tendrá la luz de la vida (7). Hé venido para dar testimonio de la verdad (8), y yo soy la verdad misma (9). Yo soy el principio de todas las cosas, que hablo con vosotros (10). Yo, el mismo que os

(1) Tenebræ sunt hominum mentes pravæ, cupiditate ac infidelitate cæcatæ. Has ut curaret atque sanaret Verbum, per quod facta sunt omnia, caro factum est et habitavit in nobis. (S. August. *de Trinit.*, lib. 4, c. 2.)

(2) Factus est Deus homo, ut homo fieret Deus. (S. August., *Serm.* 9 *de Nativ. Domini.*)

(3) Quia per incarnati Verbi mysterium nova mentis nostræ oculis lux tuæ claritatis infulsit, ut dum visibiliter Deum cognoscimus, per hunc in invisibilium amorem rapiamur. (*Prefat. in Nativ. Domini.*)

(4) Luc. I, 68.

(5) Joann. XIV, 6.

(6) Id. XII, 46.

(7) Id. VIII, 12.

(8) Id. XVIII, 37.

(9) Id. XIV, 6.

(10) Id. VIII, 25.

hablaba al principio, héme aquí presente (1), que he venido á buscar y salvar lo que habia perecido (2), para que los hombres tengan vida, y vida más abundante (3). Vosotros me llamais Señor y Maestro, y decís bien, porque lo soy (4). No queráis llamar maestros á muchos, puesto que uno solo es vuestro Maestro, el Cristo (5).

Reconozcamos, pues, Señores, en Jesucristo al enviado de Dios que esperaban todos los pueblos, y ya que tenemos la dicha de llamarnos discípulos suyos, eseuchemos sus palabras, aprendamos su doctrina, repitiendo con Nicodemus: Sabemos que has venido como maestro (6): háblanos, porque tienes palabras de vida eterna (7).

SEGUNDA PARTE.

En el día que el Verbo Encarnado se dignó esperar junto al pozo de Sichem á la Samaritana, en quien los Santos Padres consideran representada la humanidad, buscando en las criaturas el agua que apagase la abrasadora sed de goces y felicidad que siente el corazón, y á quien las palabras de Jesus inspiraron el deseo ardiente de un medio mas eficaz de satisfacer su necesidad, á la vez que le descubrieron los desórdenes y la corrupcion

- (1) Isai. LII, 6.
 (2) Luc. XIX, 10.
 (3) Joann. X, 10.
 (4) Id. XIII, 13.
 (5) Matth. XXIII, 8.
 (6) Joan. III, 2.
 (7) Id. VI, 69.

de su vida, salió de los lábios de aquella mujer afortunada, una palabra que era expresion de la fe y de la esperanza del género humano, ansioso de levantarse de la postracion de la ignorancia del soberano bien, y de los vicios que de él le alejaban. «Sé que viene el Mesías que se llama el Cristo, y cuando él venga, nos enseñará todas las cosas.» A esta palabra, que descubria los sentimientos del corazón, respondió bondadosamente Jesucristo: Yo soy, que hablo contigo (1).

Y Jesucristo, Señores, Mesías que venia á enseñarnos todas las cosas, y habló á la Samaritana, habló tambien á Nicodemus y á sus Apóstoles, y á innumerables turbas que le seguian, ansiosas de oír su doctrina, y lo hizo en las aldeas y en las ciudades, en el templo y en el desierto, en el mar y en los montes, y delante de sus perseguidores como en presencia de sus discípulos, diciendo que habia venido á dar testimonio de la verdad (2), y que habia sido enviado por el Padre para evangelizar el reino de Dios (3). Su palabra no es la del filósofo, que raciocina y discute; es la palabra de la verdad que se digna hablar á los hombres; es la verdad que se impone á todos con la luz que difunde y con la fuerza que la acompaña, y que sorprende y subyuga á los que sin prevención orgullosa la escuchan, porque sale de los lábios del Verbo encarnado, que enseña como quien tiene potestad para ello, segun la sublime frase del Evangelio (4).

¿Y quién la tiene sino Jesucristo, que es la palabra sustancial de Dios, la razon de todas las cosas, la luz y

- (1) Joann. IV, 25, 26.
 (2) Id. XVIII, 37.
 (3) Luc. IV, 43.
 (4) Matth. VII, 29.

la vida de todas las inteligencias, por quien fueron hechas y por quien subsisten todas las cosas (1), y que ha venido á disipar con sus luces las tinieblas que produjo el pecado, á desvanecer con su doctrina los errores que esclavizaron los entendimientos, y trazar con sus ejemplos el camino que señalan sus palabras? ¿Quién la tiene sino él, que no solo habla al oído, sino que ilumina interiormente, y con su gracia hace gustar al corazón la suavidad y la fuerza de lo que enseña? ¿Quién la tiene sino él, que es Dios, Criador y legislador del hombre, que se deja ver entre nosotros como unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad, para que de su plenitud recibamos todos (2) la verdad que ilumina, y la gracia que mueve á amar y practicar lo que aquella descubre al alma? (3) Por ello, cuando los judíos, que le tenían por puro hombre, se pasmaban de su doctrina y se preguntaban mutuamente: ¿Dónde aprendió este lo que enseña? les respondió Jesucristo: Mi doctrina no es mía, sino del Padre que me ha enviado (4); esto es, no es la doctrina de un simple hombre, sino la de Dios Padre, cuyo Hijo soy, y que me ha enviado para enseñarla á los hombres.

Y bien, hermanos, ¿á qué tiende toda la enseñanza del único Maestro de la humanidad, que es el Cristo? Recordad las palabras de los filósofos antiguos, que siendo como un eco de las tradiciones primitivas, fundadas en las promesas divinas, expresaban la necesidad reconocida de la enseñanza del Verbo: Es preciso esperar

(1) Celos. I, 17.

(2) Joann. I, 14, 16.

(3) Inspiratio dilectionis, ut cognita sancto amore faciamus. (S. August., lib. 4 *ad Bonif.*, c. 5, n. 11.)

(4) Joann. VII, 16.

que venga alguno á enseñarnos cómo debemos portarnos relativamente á Dios y á los hombres (1). Invocamos al Dios Salvador para que, por medio de una enseñanza extraordinaria y maravillosa, nos salve instruyéndonos en la verdadera doctrina (2). Recordad también las que inspirado por Dios dijo en su cántico profético el anciano Zacarías: Por las entrañas de su misericordia nos ha visitado, viniendo de lo alto para iluminar á los que están sentados en las tinieblas y en la sombra de muerte, á fin de dirigir nuestros pasos en el camino de la paz (3). ¿Cuál debe ser la conducta del hombre en sus relaciones con la Divinidad y con los demás hombres? ¿Cuál el camino de la paz, esto es, según el sentido de esta palabra entre los judíos, de la felicidad verdadera, y del bien soberano, que es la aspiración constante del género humano, y que formó la cuestión principal de la filosofía antigua, que no supo precisarle á pesar de las multiplicadas teorías de sus escuelas?

El bien soberano del hombre, Señores, es Dios, el eterno, el infinito, el original divino, á cuya imagen fue criado, y nada que no sea Dios puede satisfacer al corazón (4). El desorden y la corrupción del género humano provino de haber abandonado este soberano bien. Conocerle, amarle, asemejarse á él, poseerle, es el fin del hombre en su suprema felicidad. Esta es la vida eterna, dice el divino Maestro, que te conozcan á ti solo Dios verdadero, y á Jesucristo, á quien enviaste (5). Por ello

(1) Platon, *in Alcibiades*.

(2) Id., *in Timæo*.

(3) Luc. I, 78, 79.

(4) Satis ostendis quam magnam creaturam rationalem feceris, cui nullo modo sufficit ad beatam requiem, quidquid te minus est, ac per hoc nec ipsa sibi. (S. August., lib. 13 *Confess.*, cap. 8.)

(5) Joann. XVII, 3.

consagra toda su vida pública, toda su predicacion á hacerle conocer, y en la última noche exclama dirigiéndose al Padre: «Yo he manifestado tu nombre á los hombres que me has dado.» (1) ¿Cómo nos le manifiesta? No como un sér que en su felicidad se olvida de los hombres, ni como un poder terrible que se complace en oprimirlos. Esta idea, que predominaba en los siglos antiguos, era fruto de la sugestion satánica, que supuso á Dios envidioso del hombre, y por lo mismo su opresor, para impedirle su elevacion á la semejanza con él mismo (2). Nos le presenta siempre con el nombre y con el carácter de un Padre que conoce todas las necesidades de sus hijos, que está dispuesto á escuchar sus plegarias, cuya providencia vela bondadosamente sobre ellos (3), y cuyo amor llega al extremo de entregar á su unigénito para salvar al mundo (4).

Dándonos esta idea de Dios tan tierna y tan sublime, nos dice: Amadle con todo el corazón, con toda el alma y con todas las fuerzas: este es el primer deber (5). Amándole, conformad vuestra voluntad con la suya, obedeciendo sus preceptos (6). Si lo haceis, estad seguros de que oirá vuestras plegarias, y os concederá cuanto le pidáis para vuestro verdadero bien (7), porque el Padre os amará, y vendremos á vuestro corazón, y pondremos allí nuestra morada (8), para iluminar vuestro entendimiento, para llenar de dulzura el corazón, para vi-

(1) Joann. XVII, 6.

(2) Gen. III, 5.

(3) Matth. V.

(4) Joann. III, 16.

(5) Matth. XXII, 37.

(6) Joann. XV, 10.

(7) Marc. XI, 24.

(8) Joann. XIV, 23.

vificaros y divinizaros con la gracia, que es la vida de Dios, y os hará participantes de la divina naturaleza (1). Unidos á Dios, imitadle: sed perfectos como el Padre celestial (2): obrad de manera que seais sus hijos, que viven segun la naturaleza y el espíritu de su Padre que está en los cielos (3).

¡Qué golpes de luz para la inteligencia, hermanos! ¡Qué ideas tan sublimes! ¡Qué aspiracion tan noble para el corazón! ¡Qué lazo de union tan estrecho, tan suave y tan fuerte entre Dios y el hombre! El amor: hélo aquí todo. Nos ha dado, dice San Pablo, no un espíritu de temor para que le sirvamos humillados como esclavos, sino espíritu de adopcion de hijos (4), espíritu de amor, que es la plenitud de la ley (5). La religion antigua era la religion del temor: la nueva es la religion del amor. Con razon exclamaba San Agustín, pesaroso de no haberlo comprendido antes: ¡Oh hermosura siempre antigua y siempre nueva, cuán tarde te he conocido, cuán tarde te he amado! (6) Con razon dice, dirigiéndose á todos y á cada uno: Ama, y haz lo que quieras (7); porque siendo tu móvil el amor, nada harás que pueda desviarte de Dios, y harás cuanto á Dios pueda acercarte, ya que, como dice San Dionisio, es propio del amor estrechar y unificar al amante con el amado (8).

He aquí, Señores, el gran principio, la gran ley que

(1) II Petr. I, 4.

(2) Matth. V, 48.

(3) Id. id., 45.

(4) Rom. VIII, 15.

(5) Id. XIII, 10.

(6) Sero te amavi, pulchritudo tam antiqua et tam nova, sero te amavi. (S. August. lib. X *Confess.*, cap. 27.)

(7) Dilige, et fac quod vis. (Id. *Tract. 7 in Ep. Joann.*)

(8) Amor vim habet faciendi unum, et colligandi, præstantique modo inter se miscendi. (S. Dionys. *de Divin. nominib.*, cap. 4.)

promulga Jesucristo, y que repetidas veces confirma con su ejemplo (1). Escuchad lo que dijo á sus discípulos cuando iba á entregarse á la muerte. Voy á sacrificarme, para que conozca el mundo que amo al Padre, y hago lo que me ha mandado (2). El amor lleva siempre al sacrificio. Dominado por la tentacion el hombre, se amó á sí mismo, y sacrificó á Dios renunciando á él. Por ello el pecado es llamado por San Agustin, el amor de sí mismo llevado hasta el desprecio de Dios (3). La virtud, por el contrario, es el amor de Dios llevado hasta el desprecio, hasta el sacrificio de sí mismo.

Sentado este principio, se comprende fácilmente lo que, continuando sus enseñanzas, dice Jesucristo: si alguno ama á otro mas que á mí, no es digno de mí (4), puesto que dando preferencia á ese otro objeto, llegará el caso de sacrificarme á mí en aras de ese amor. El que al ménos con el afecto no renuncia á todas las cosas, no puede ser mi discípulo (5), porque no abraza de lleno mi doctrina y mi ejemplo. El que quiera serlo, renúnciese á sí mismo, tome la cruz aceptando el sacrificio, y sígame (6). Estas sentencias tan repugnantes al egoismo, al orgullo y á la sensualidad, dejan de serlo para el hombre de cuyo corazon se apodera el amor á Dios, y aspira á unirse á él, y hacérsele semejante, mediante la imitacion del que al exigir estos sacrificios se presenta como modelo, y ofrece la recompensa de la paz del alma, que es la felicidad en la tierra, y de la participacion de su gloria en el cielo. Tomad, decia, tomad sobre vosotros

(1) Joann. XV, 10.

(2) Id. XIV, 31.

(3) Amor sui usque ad contemptum Dei. (S. August.)

(4) Matth. X, 37.

(5) Luc. XIV, 33.

(6) Matth. XVI, 24.

mi yugo, que es suave, y mi carga, que es lijera (1), porque el amor le quita su pesadez, y la esperanza del premio la hace suave por demás.

Desde que el hombre perdió por el pecado el conocimiento y el gusto de Dios, fijó su vista en la tierra, y vino á poner su felicidad en la posesion de las riquezas, en la satisfaccion del orgullo y en la hartura de la sensualidad (2). Los filósofos no supieron proponer al hombre otro bien supremo; pero una triste experiencia enseña que el imperio de las concupiscencias, lejos de hacer feliz al hombre, es el origen de su corrupcion y de su desgracia, porque nada hay en la tierra que pueda llenar su corazon, nada que le levante sobre sí mismo, nada que le haga plenamente dichoso. Ha sido criado para Dios, y su corazon estará siempre inquieto hasta descansar en Dios (3). Inspirado por Dios, habia dicho David: Dichoso llaman al pueblo que abunda en bienes materiales; pero solo lo es el que tiene á Dios por su Señor (4). Poseido tambien del espíritu de Dios, escribia Salomon: He sido el mas grande de los reyes, he abundado en riquezas, me he distinguido por mi ciencia, nada me he negado de cuanto agrada al sentido, y he visto que todo es vanidad de vanidades y afliccion de espíritu (5).

El Verbo hecho hombre, que habia hablado por boca de David y de Salomon, rodeado de innumerable muchedumbre que le escuchaba en el monte, levanta la voz y

(1) Matth. XI, 29, 30.

(2) I Joann. II, 16.

(3) Fecisti nos ad te, et inquietum est cor nostrum, donec requiescat in te. (S. August., *Confess.*, lib. 1, cap. 1.)

(4) Psalm. CXLIII, 15.

(5) Eccli. I, 14.

enseña un principio totalmente opuesto al del mundo, proclamando bienaventurado y feliz al que vive desprendido del amor á las riquezas y de la vana ambicion, al que desterró de sí el orgullo y posee la humildad y mansedumbre del corazon, al que hace la guerra á la carne y sus apetitos, y prefiere el sufrimiento, la penitencia y la mortificacion, y es casto en su corazon y en su cuerpo, y anhela con ánsia justificarse y llegar á la santidad que le asemeje á Dios. Bienaventurados, dice, los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos. Bienaventurados los mansos, porque poseerán la tierra. Bienaventurados los que lloran, porque serán consolados; y los que han hambre y sed de justicia, porque serán hartos; y los misericordiosos, porque alcanzarán misericordia; y los limpios de corazon, porque verán á Dios; y los pacíficos, porque serán llamados hijos de Dios; y los que padecen persecucion por la justicia, porque de ellos es el reino de los cielos (1). Ampliando su doctrina, dice tambien: No os afaneis por atesorar riquezas en la tierra, donde todo perece; atesorad para el cielo, donde todo es eterno, porque donde está vuestro tesoro, allí estará vuestro corazon (2). Buscad, ante todo, el reino de Dios y su justicia, las demás cosas se os darán por añadidura (3); puesto que vuestro Padre que está en los cielos, y viste admirablemente la flor del campo, y provee á las avejillas del bosque, sabe lo que necesitais, y os ama como hijos (4). De otro modo, ¿qué aprovechará al hombre ganar todo el mundo, si pierde su alma? (5)

¿Habeis meditado alguna vez, Señores, la sencillez

- (1) Matth. V, 3 ad 10.
 (2) Id. VI, 19, 20.
 (3) Id. id., 33.
 (4) Id. id., 26, 28, 32.
 (5) Id. id. XVI, 26.

sublime de esta doctrina, que restablece el orden que alteró el pecado, y que es para todos los hombres y para todos los siglos? El hombre, imágen de Dios é Hijo suyo, ha sido criado para el cielo y para Dios. En tanto logrará la paz del corazon y la felicidad del alma, en cuanto se desprenda de la tierra y aspire al cielo: en tanto se engrandecerá y llegará á su fin legitimo, en cuanto ame á Dios con todas sus fuerzas, y se haga semejante á él para unírsele eternamente y participar de su reino y de su gloria.

¿Sorprende esta doctrina, que se opone á las inclinaciones de la naturaleza corrompida? Resolveos generosamente á practicarla, dice Jesucristo; haced la experiencia, y os convencereis que no es palabra de hombre, sino de Dios (1), y por lo mismo fecunda, porque al tiempo mismo que instruye, comunica auxilios para realizar la trasformacion de la criatura, y da á gustar al corazon la suavidad y la paz que le hacen feliz. ¿Os sentís débiles y sobrecargados por las pasiones que os dominaron? Venid á mí, y yo repararé vuestras fuerzas (2); permaneced unidos conmigo por la fe y por el amor, y yo estaré con vosotros con mi virtud divina, para que deis frutos en abundancia (3). Orad, pedid, instad al Padre que os ama, y recibireis los auxilios necesarios (4). Para que nada falte, cuando esto dice á las turbas y á sus discípulos, les enseña la preciosa oracion que todo cristiano se goza en repetir continuamente: Padre nuestro, que estás en los cielos (5).

- (1) Joann. VII, 17.
 (2) Matth. XI, 28.
 (3) Joann. XV, 4.
 (4) Matth. VII, 7.
 (5) Id. VI, 9.

Así, Señores, enseña Jesucristo á arrancar del corazón la raíz de todo desorden de la vida, introduce el principio generador de todas las virtudes, presenta el original cuya perfeccion ha de imitar el hombre, prepara los medios de alcanzarla, y ofrece la recompensa que ha de hacer inmensamente feliz á la criatura, satisfaciendo su insaciable deseo de grandeza y de gloria.

No es posible que recorramos todas las sublimes enseñanzas de Jesucristo para restaurar al hombre, y llevarle, no á una perfeccion y virtud puramente exterior, sino á la reforma del corazón, que le haga adorador de Dios en espíritu y en verdad (1), y despojándole del hombre viejo con sus costumbres y sus obras, le vista del nuevo criado según Dios en santidad y en justicia de verdad (2). Bástanos lo dicho, en que se contiene la sustancia de esta celestial doctrina de regeneracion universal. Fijémonos sin embargo en algunas que completan la hermosa obra, y conducen á la perfecta realizacion del plan divino.

Uno de los efectos de los erróneos principios que gobernaban el mundo antiguo, era el desprecio del pobre, reducido á miserable abyeccion, ó á la esclavitud mas degradante y opresora. Baste decir que uno de los más célebres filósofos enseñaba, que cierta clase de hombres habian nacido para la esclavitud (3). Jesucristo le rehabilita, escogiendo para sí la pobreza, proclamando bienaventurado al que lo es en el afecto, eligiendo por sus discípulos predilectos á pobres pescadores, anunciando que recompensará como hecho á él mismo el bien que se

- (1) Joann. IV, 24.
 (2) Ephes. IV, 24.
 (3) Aristóteles.

haga al último de los hombres (1), diciendo que quien quiera ser el mayor, sea siervo de los demás (2), y presentando como una prueba de que era el Mesías esperado y el Maestro universal y divino, no solo los milagros que obraba á cada paso, sino que los pobres eran evangelizados (3), y por lo tanto, colocados ya al nivel de los mas grandes, porque de ellos es el reino de los cielos (4). Del mismo modo saca á la infancia del olvido y abandono en que se la tenía, presentándola como tipo de dos virtudes nuevas que exigía para entrar en el cielo, la sencillez y la humildad (5), y enseñando que los niños están bajo la especial custodia de los ángeles (6).

De la restauracion del hombre individuo pasa á la de la familia, y proclama la santidad é indisolubilidad del matrimonio, que eleva al carácter de sacramento, y gran sacramento, como le llama San Pablo (7), levantando á la mujer de la vil condicion en que la puso el paganismo. El esposo y la esposa, dice, serán dos en una carne: el hombre no puede separar lo que Dios juntó (8). No contento con esto sienta las bases del orden social, y enseña el carácter propio de la autoridad, diciendo: Sabeis que los príncipes de las naciones las dominan, y que los poderosos tratan á los súbditos con orgullo: vosotros no lo hagais así; el que aspire á la primacía sea el último, el siervo de todos, como yo, el Hijo del hombre, no he venido del cielo para ser servido, sino

- (1) Matth. XXV, 40.
 (2) Id. XX, 26.
 (3) Id. XI, 5.
 (4) Id. V, 3.
 (5) Id. XVIII, 3.
 (6) Id. id., 10.
 (7) Ephes. V, 32.
 (8) Matth. XIX, 6.

para servir, y dar mi vida por el rescate del género humano (1). Sabedlo; el que se exalta, será humillado; el que se humilla, será exaltado (2). Así enseña que el que manda, no ha sido elevado para subyugar y dominar como dueño á los súbditos, sino para sacrificarse hasta morir por ellos.

Enseña á los inferiores la obediencia, haciéndose él obediente (3), y pagando los tributos (4); pero les hace comprender que la sumision á la autoridad humana debe subordinarse á la obediencia á otra autoridad mas elevada, que es la de Dios, de quien es tan súbdito el Rey como el vasallo, pronunciando aquella admirable sentencia: Dad al César lo que es del César, y á Dios lo que es de Dios (5). Obedeced al superior; pero no en oposicion á Dios, no temiendo á los que matan al cuerpo y nada mas pueden hacer, sino á aquel que despues de quitaros la vida, tiene poder para arrojaros al fuego del infierno. Os lo repito, temed á este (6). Doctrina social antes desconocida, y que establece el orden y la justicia sobre bases de solidez inquebrantable, porque á la vez que rodea á la autoridad del prestigio que la es necesario, ya que, como dice San Pablo, toda potestad viene de Dios, y el que á ella resiste, se opone á la ordenacion divina (7), hace comprender á quien la ejerce, que no es señor absoluto de los que le están sometidos, sino que es un representante, un ministro de Dios para el bien (8):

(1) Matth. XX, 28.

(2) Luc. XIV, 2.

(3) Id. II, 51.

(4) Matth. XVII, 23, 26.

(5) Id. XXII, 21.

(6) Luc. XII, 5.

(7) Rom. XIII, 2.

(8) Id. id., 4.

y á la vez que hace pasar la obediencia del súbdito del carácter de sujecion forzosa y esclavitud por temor, al de una virtud y un deber de conciencia (1), le enseña que con noble libertad de hijo de Dios debe negarse á obedecer á quien, abusando de su autoridad, manda y exige lo que Dios prohíbe, y preferir la muerte á la injusticia y al pecado, repitiendo con los Apóstoles: Antes debemos obedecer á Dios que á los hombres (2).

Concluyamos, Señores, porque es preciso hacerlo ya, y concluyamos con otro gran principio que pone el sello á la doctrina del maestro celestial. Amad á Dios, que es vuestro Padre, dice á todos; amadle con todo el corazon. Este es el primero y el mas grande de los preceptos (3). Su cumplimiento os llevará á ser perfectos como el Padre celestial; pero hay un segundo precepto semejante á aquel: Amad á vuestros prójimos como á vosotros mismos (4). Todos teneis un mismo padre que es Dios; todos pues sois hermanos (5). Notadlo, Señores: todos, sin distincion de ricos y pobres, de grandes y pequeños, de vecinos y lejanos, de amigos y enemigos, todos teneis un mismo padre, todos sois hermanos. Este es, pues, mi mandamiento, que os ameis unos á otros. El amor sea el lazo de vuestra sociedad. Dándoos el precepto, os presento el modelo: Amaos mutuamente como yo os he amado á vosotros (6). Este amor me ha traído á la tierra: me he humillado por vosotros; en beneficio de todos he empleado mi poder y mi sabiduría: he pasado derraman-

(1) Rom. XXIII, 5.

(2) Act. V, 29.

(3) Matth. XXII, 38.

(4) Id. id., 39.

(5) Id. XXIII, 8, 9.

(6) Joann. XV, 12.

do bienes á cada paso (1): perdono á los que me ofenden, oro por los que me persiguen, quiero alimentaros de mí mismo, y voy á morir por salvaros. Amaos, pues, como yo os he amado: amad á vuestros enemigos, haced bien á los que os hacen mal, orad por los que os persiguen y os calumnian, para que seais hijos del Padre que está en los cielos, y hace salir el sol sobre los buenos y los malos, y envía la lluvia al campo del justo y del pecador (2), y estad dispuestos á la mayor entre las pruebas de caridad, la de dar la vida á su impulso para bien de vuestros hermanos (3).

¡Qué doctrina tan sublime á la vez que tan sencilla y tan práctica! El amor á Dios para levantar al hombre de la miseria de la tierra y de la corrupcion del pecado, para unirle á su Criador, y haciéndole semejante á él, llevarle al cielo. El amor al prójimo para estrechar á los hombres entre sí con lazo divino, y formando de ellos una familia de hermanos, cuyo padre es Dios, hacer fácil la union, el orden y la paz, que son la felicidad de la tierra. ¿Quién, al escuchar tan admirables enseñanzas, no exclama como los que fueron enviados por los fariseos para prender á Jesus, y quedaron subyugados por su palabra divina: «Jamás hombre alguno habló como este hombre?» (4) Sin duda, hermanos, porque es mas que un hombre; es Dios; es la verdad por esencia; es la luz y la vida, que se comunica al entendimiento y penetra al corazon; es el maestro del género humano, enviado por el Padre para restaurar todas las cosas en el cielo y en

(1) Act. X, 38.

(2) Matth. V, 44, 45.

(3) Joann. XV, 13.

(4) Id. VII, 45.

la tierra (1). ¿Qué extraño es que esa luz y esa vida obrase la regeneracion de la humanidad, y formase un pueblo de hombres segun Dios, que cambió la faz de la tierra? Digamos otra vez las palabras del anciano profeta: Bendito el Dios de Israel, que ha visitado y redimido á su pueblo, viniendo de lo alto de los cielos á impulso de su misericordia, para iluminar á los que estaban sentados en las tinieblas y en la sombra de la muerte, á fin de dirigir nuestros pasos en el camino de la paz y de la felicidad (2).

Pero ¿por qué, Señores, ha de haber ahora, como en los dias de Jesucristo, hombres que resisten á su palabra, y quieren que su doctrina deje de ser la luz del mundo y la vida de los pueblos? El mismo Salvador nos lo dice: Vino la luz al mundo, y los hombres amaron las tinieblas mas que la luz, porque eran malas las obras de ellos. Todo el que obra mal aborrece la luz, y huye de ella para que sus obras no sean reprendidas. El que obra verdad, viene á la luz para que aparezcan sus obras, porque son hechas en Dios (3). Ahora mas que nunca abundan esos hombres, de quienes dice San Pablo: que no sufren la sana doctrina, ántes amontonan maestros conformes á sus deseos que deleiten sus oidos, y se apartan de la verdad, convirtiéndose á las fábulas y á las ficciones del error (4).

Lamentemos su ceguedad, lloremos su desgracia y la de cuantos, seducidos por ellos, vuelven la espalda á Jesucristo; pidamos que venga la luz á sus almas y la vida á su corazon; pero lejos de imitarlos, acerquémonos cada

(1) Ephes. I, 10.

(2) Luc. I, 78, 79.

(3) Joann. III, 19, 21.

(4) II Timoth. IV, 3, 4.

dia más á Jesucristo; protestemos que somos discípulos suyos, y viviendo segun su doctrina y sus ejemplos, hagamos aparecer delante de los hombres la luz que él nos comunica, para que viendo nuestras buenas obras, glorifiquen al Padre celestial (1). Llenos, en fin, de la fe mas viva, resistamos toda tentacion, repitiendo las palabras de Nicodemus: Sabemos que has venido á la tierra como maestro enviado de Dios (2); y las del príncipe de los Apóstoles: ¿A quién iremos, Señor, si nos apartamos de ti? Tú tienes palabras de vida eterna; y nosotros hemos creido y conocido que tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo (3), que has venido para que tengamos vida, y vida mas abundante (4): la vida de la gracia en la tierra, la vida de la gloria en el cielo.

(1) Matth. V, 16.

(2) Joann. III, 2.

(3) Id. VI, 69, 70.

(4) Id. X, 10.

SEXTO SERMON.

Jesucristo en su pasion, Redentor del género humano, segundo Adan, restaurador de las ruinas que causó el primero.

*Mediator Dei et hominum Christus
Jesus, qui dedit redemptionem semetipsum pro omnibus.*

(I Tim. II, 5, 6.)

EL carácter principal de Jesucristo con que le anunciaron los profetas, le simbolizaron las figuras de la ley, y le esperaron las naciones todas, es, Señores, el de Redentor y Salvador del género humano. Bajo este punto de vista vamos á considerarle hoy.

La gran mision de restaurar todas las cosas, con que el Padre envió á su Hijo á la tierra, exigia la expiacion de la culpa del hombre y la destruccion del cuerpo de pecado, la reconciliacion de la criatura con el Criador, y la regeneracion de aquella, elevándola á la vida de la gracia. Todo lo realiza Jesucristo. Toma la naturaleza humana, y en su carne lleva al hombre viejo á la Cruz para destruir el pecado (1); con la efusion de su sangre

(1) Rom. VI, 6.

dia más á Jesucristo; protestemos que somos discípulos suyos, y viviendo segun su doctrina y sus ejemplos, hagamos aparecer delante de los hombres la luz que él nos comunica, para que viendo nuestras buenas obras, glorifiquen al Padre celestial (1). Llenos, en fin, de la fe mas viva, resistamos toda tentacion, repitiendo las palabras de Nicodemus: Sabemos que has venido á la tierra como maestro enviado de Dios (2); y las del príncipe de los Apóstoles: ¿A quién iremos, Señor, si nos apartamos de ti? Tú tienes palabras de vida eterna; y nosotros hemos creído y conocido que tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo (3), que has venido para que tengamos vida, y vida mas abundante (4): la vida de la gracia en la tierra, la vida de la gloria en el cielo.

(1) Matth. V, 16.

(2) Joann. III, 2.

(3) Id. VI, 69, 70.

(4) Id. X, 10.

SEXTO SERMON.

Jesucristo en su pasion, Redentor del género humano, segundo Adan, restaurador de las ruinas que causó el primero.

*Mediator Dei et hominum Christus
Jesus, qui dedit redemptionem semetipsum pro omnibus.*

(I Tim. II, 5, 6.)

EL carácter principal de Jesucristo con que le anunciaron los profetas, le simbolizaron las figuras de la ley, y le esperaron las naciones todas, es, Señores, el de Redentor y Salvador del género humano. Bajo este punto de vista vamos á considerarle hoy.

La gran mision de restaurar todas las cosas, con que el Padre envió á su Hijo á la tierra, exigia la expiacion de la culpa del hombre y la destruccion del cuerpo de pecado, la reconciliacion de la criatura con el Criador, y la regeneracion de aquella, elevándola á la vida de la gracia. Todo lo realiza Jesucristo. Toma la naturaleza humana, y en su carne lleva al hombre viejo á la Cruz para destruir el pecado (1); con la efusion de su sangre

(1) Rom. VI, 6.

pacifica el cielo y la tierra (1), lavando y purificando al hombre (2); con su muerte le merece la adopción de hijo de Dios (3), el derecho á la gloria (4), y la gracia que le santifica y le hace participante de la naturaleza divina para entrar en el cielo (5). Todo, Señores, lo tenemos en Jesucristo Redentor, todo en Jesucristo, crucificado, para consumir su grande obra. De tal manera amó Dios al mundo, que le dió á su Unigénito (6), en quien están todos los tesoros de la sabiduría y de la ciencia de Dios (7), y aparece lleno de gracia y de verdad, para que de su plenitud recibamos todos (8). Sí, no solo nos lo ha dado, dice San Pablo, sino que lo ha entregado á la muerte por nosotros; ¿no nos habrá dado con él todas las cosas? (9)

Por ello el Apóstol protestaba no tener otra ciencia que la de Cristo crucificado (10), y de este misterio hacia el asunto de su predicación y de todas sus cartas (11), como que se reconocía enviado por Dios para evangelizar las inestimables riquezas de Cristo, y la divina economía de la redención (12). Él es, decía, el fundamento fuera del cual no puede ponerse otro (13): Él nos ha sido dado por Dios Padre como nuestra sabidu-

(1) Coloss. I, 20.

(2) Apoc. I, 5.

(3) Gal. IV, 5.

(4) Rom. VIII, 17.

(5) II Petr. I, 4.

(6) Joann. III, 16.

(7) Colos. II, 3.

(8) Joann. I, 14, 16.

(9) Rom. VIII, 32.

(10) I Cor. II, 2.

(11) Id. I, 23.

(12) Ephes. III, 8.

(13) I Cor. III, 11.

ría, nuestra justicia, nuestra justificación y nuestra redención (1): él es nuestra paz, que une ambos extremos separados por el pecado (2); por él tenemos entrada al Padre (3), y somos adoptados por hijos suyos (4); en él, finalmente, está nuestra salud, nuestra vida y nuestra resurrección.

Estudiemos, pues, á Jesucristo en la consumación de su obra. Es el Redentor y Salvador del género humano; es el segundo Adán, que restaura con su sacrificio lo que arruinó el primero con su pecado.

PRIMERA PARTE.

Todos los pueblos tuvieron la convicción profunda de la degradación de la naturaleza humana por el pecado, y de la necesidad de la expiación. Tan claramente aparece esto de los monumentos y tradiciones de todas las naciones de la tierra, que no ha podido ser negado por los mismos corifeos de la irreligión y la impiedad. Basta citar las palabras de uno de ellos, que nos dispensan de aducir testimonios de antiguos escritores. «La creencia sobre el pecado y la degeneración del hombre, dice, se encuentra en todos los pueblos antiguos (5). Entre tantas y tan distintas religiones, ninguna ha de-

(1) I Cor. I, 30.

(2) Ephes. II, 14.

(3) Id. id., 18.

(4) Gal. IV, 5.

(5) Voltaire, *Ensayo sobre las costumbres*, cap. 4.

jado de tener por objeto principal la expiacion. El hombre ha reconocido siempre la necesidad de la clemencia.» (1) Todas estas tradiciones, aunque mezcladas con errores y fábulas, que las adulteraron á medida que se alejaban de su origen entre las tinieblas del paganismo, son el eco de lo que nos refiere el Génesis acerca de la caída del primer hombre, del castigo que le impuso la justicia de Dios, y de la promesa de un Redentor con que la misericordia divina quiso consolarle en su desgracia (2). Sus hijos, herederos de la corrupcion del pecado y de sus consecuencias, heredaron tambien esa promesa, y al diseminarse por la faz de la tierra, llevaron consigo el mal y la esperanza de su remedio.

Sintiendo sobre sí el peso de la justicia, todos los pueblos reconocieron la necesidad de aplacarla, y de expiar el pecado por medio de sacrificios sangrientos. A impulsos de esta creencia multiplicaron sus víctimas, y no solo la sangre de los animales, sino tambien la de los prisioneros en la guerra, y la de hombres inofensivos, y la de vírgenes y niños inocentes, regó las aras levantadas para atraerse la clemencia del cielo. Estos sacrificios, sin embargo, lejos de extinguir el pecado, lo acrecentaban; porque eran en sí mismos un crimen, y en vez de aplacar á Dios, irritaban mas y mas su justicia, probando con la misma multiplicacion de las víctimas, que todos estaban convencidos de su insuficiencia para liberar á la humanidad del horrible peso del pecado que la oprimia.

Insuficientes eran indudablemente, Señores: y no solo las de los pueblos gentiles, inmoladas á falsas deidades, y ofensivas por lo tanto al Dios verdadero, sino

(1) Voltaire, *Ensayo sobre las costumbres*, cap. 120.

(2) Gen. III.

tambien las de animales, ofrecidas por orden de Dios en el pueblo hebreo, y que en tanto le eran agradables, en cuanto simbolizaban al que debia ser la víctima escogida por Dios y anunciada desde el principio, que se llama por ello Cordero sacrificado desde el origen del mundo (1). ¿Cómo era posible que la sangre de un irracional expiase el pecado del hombre? ¿Cómo la sangre de un hombre, sometido á cruel inmolacion, podia tener eficacia para destruir la culpa del género humano? ¿Cómo la víctima elegida por el culpable para trasmitirle la responsabilidad de su pecado, y manchada tambien con la culpa, podia ser suficiente para aplacar á Dios ofendido? Era necesaria una víctima escogida por el mismo Dios, inocente, santa, divina, de mérito infinito, digna de Dios, capaz de ofrecerse por todos los hombres, y cuya oblacion alcanzase en su eficacia á todos los siglos, y borrarase todas las iniquidades de la descendencia de Adan.

Cuanto llevamos dicho, hermanos, lo confirma San Pablo en breves frases de sus admirables cartas. Por un hombre, dice, entró el pecado en el mundo, y con el pecado la muerte, y como el pecado se trasmitió á sus descendientes, que en aquel como en su raiz pecaron, así la muerte, que es la síntesis de su castigo (2). Sin la efusion de sangre no hay remision para el hombre (3); pero la sangre de las víctimas, que bastaba para purificacion legal de la carne (4), era insuficiente para la del espíritu. Por ello la ley judáica que contiene la sombra de los bienes futuros, pero no la misma imágen de las co-

(1) Apoc. XIII, 8.

(2) Rom. V, 12.

(3) Hebr. IX, 22.

(4) Id. id., 13.

sas, nunca pudo por las víctimas que se ofrecen sin cesar cada año hacer perfectos á los que se llegan á ellas; de otro modo hubieran cesado de ofrecerse, porque no se tendrían por pecadores en adelante los que una vez habían sido purificados. Es, pues, imposible que con sangre de toros y machos de cabrío se quiten los pecados (1). Necesario era que las figuras de las cosas celestiales, esto es, el tabernáculo y lo que á él pertenece, sean purificadas con las víctimas de animales; mas las cosas que pertenecen al reino de los cielos, con víctimas mejores que aquellas (2). Necesitamos además un sacrificador y sacerdote santo, inocente, inmaculado, segregado de los pecadores y ensalzado sobre los cielos, que no tiene necesidad de ofrecer cada día sacrificios, primero por sus pecados y despues por los del pueblo (3).

Ahora bien, Señores: esa víctima voluntaria, perfectamente libre para sacrificarse ella misma, de santidad y mérito infinito para satisfacer condignamente por el pecado, capaz de asumir la responsabilidad de todos los hombres, y de hacer llegar á todos los siglos la influencia salvadora de su sacrificio, no podia ser sino un Dios. La deuda del género humano, dice San Agustin, *debía* pagarla un hombre, pero no *podía* hacerlo sino un Dios (4). Dios solo no podía sacrificarse: hombre solo no bastaba para el valor del sacrificio. Un Dios-hombre, pues, había de ser la víctima reparadora (5), y un Dios-

(1) Hebr. X, 1, 4.

(2) Id. IX, 23.

(3) Id. VIII, 26, 27.

(4) *Debitum Adæ tantum erat, ut illud non deberet solvere nisi homo; sed non posset, nisi Deus.* (S. August., *lib. cur Deus homo.*)

(5) *Nostris remediis congruebat unus atque idem Dei hominumque mediator, qui et mori posset ex uno, et resurgere posset ex altero..... Nisi enim esset verus Deus, non adferret remedium: nisi esset homo verus, non præberet exemplum.* (S. Leo, *Serm. 1 de Nativ. Domini.*)

hombre fue prometido á Adán en el paraíso. Esta promesa, heredada por sus hijos, se conservó en la memoria de todos los pueblos, de modo que tan universal como era la creencia de la caída por el pecado y de la necesidad de la espiación, era la esperanza de un Redentor divino. Recordemos las palabras del poeta griego en su tragedia de Prometeo, en quien simboliza á la humanidad: «Tu suplicio no tendrá fin hasta que un Dios se ofrezca á reemplazarte en los sufrimientos, y quiera bajar voluntariamente por ti á los infiernos.» (1) Recordemos con preferencia las promesas que, confirmando la primera del paraíso, hacia Dios á su pueblo por medio de sus profetas: Alentaos, y no temais; Dios mismo vendrá y os salvará (2). Llegado el tiempo, será ungido el Santo de los Santos, acabará el pecado, será borrada la iniquidad, y traída á la tierra la justicia eterna, será muerto el Cristo y cesará la oblación de los sacrificios (3).

¿En quién se cumplen estos anuncios de justicia y de misericordia? En Jesucristo, Señores, solo en Jesucristo, en el Verbo hecho hombre, que al ver la ruina ocasionada por el pecado de Adán, exclamó con inefable caridad: Yo iré y le curaré (4); y que entrando en el mundo dice al Padre: No quisiste sacrificio y ofrenda por el pecado, no te agradaron holocaustos de animales; mas me apropiaste cuerpo: he aquí, oh Dios, que vengo á hacer tu voluntad, como está escrito de mí en los libros divinos (5). En Jesucristo, que hablando á los hombres, les

(1) Esquiles, *Prometeo encadenado.*

(2) Isai. XXXV, 4.

(3) Dan. IX, 24, 26.

(4) Matt. VIII, 7.

(5) Hebr. X, 5.

dice: He venido á buscar y salvar lo que habia perecido (1). Tengo poder para sacrificar mi vida y para tomarla de nuevo (2): he venido á darla en rescate del género humano (3).

Pero ¿es solo el rescate del hombre satisfaciendo por el pecado, lo que viene á realizar Jesucristo? Es mas, hermanos. Él dice tambien que ha venido para que los hombres tengan vida, y vida mas abundante (4). San Pablo nos lo explica: No es el don de Dios como el pecado; sino que donde abundó este, sobreabundó la gracia (5). En Cristo Jesus se propuso Dios restaurar todas las cosas en el cielo y en la tierra (6), y por lo mismo, estando el hombre muerto por el pecado, le dió nueva vida en Cristo, y le resucitó con él, y le sentó en el cielo, para manifestar en los siglos venideros las abundantes riquezas de su gracia sobre nosotros (7). Envió á su Hijo, no solo á redimir á los que estaban bajo el yugo de la ley, sino á darnos la adopcion de hijos de Dios (8), para que seamos sus herederos con Cristo (9). Quiere Dios que seamos principio de nueva criatura (10), hombres nuevos, renovándonos á imágen del que nos ha criado (11); y por ello quiere nazcamos de nuevo espiritualmente (12), que renazcamos por el agua en el Espíritu San-

(1) Luc. IX, 10.

(2) Joann. X, 18.

(3) Matth. XX, 28.

(4) Joann. X, 10.

(5) Rom. V, 20.

(6) Ephes. I, 10.

(7) Id. II, 5, 7.

(8) Gal. IV, 4, 5.

(9) Rom. VIII, 17.

(10) Jacob. I, 18.

(11) Coloss. III, 10.

(12) Joann. III, 3.

to (1), y todo esto por su Hijo hecho hombre, á quien constituye cabeza de la nueva humanidad (2).

Comprended pues ya, por qué el profeta, anunciando el gran misterio del Verbo hecho hombre, dice que entre otros nombres tendrá el de Padre del siglo venidero (3), esto es, de la humanidad reengendrada y nacida á nueva vida por la gracia. Comprended por qué San Pablo al hablar del pecado de Adan y de la redencion por Jesucristo, dice que aquel es figura de este (4), y por qué otra vez establece comparacion entre ambos diciendo: fue hecho el primer Adan en alma viviente, el último en espíritu vivificante. El primero de la tierra, terreno, y como él terrenos sus hijos; el segundo del cielo, celestial que hace celestiales á los suyos. Llevemos, pues, la imágen del celestial, ya que hemos llevado la imágen del terreno (5).

¡Qué misterios, Señores! ¡Qué armonías tan sublimes! Jesucristo, Redentor del género humano, es el nuevo Adan, la cabeza de la humanidad redimida con su sangre. Veámosle pues, representando á la humanidad entera, y siguiendo un camino opuesto al del primer hombre, para reparar las ruinas causadas por este, para expiar el pecado que toma sobre sí, y para hacernos hombres nuevos, hijos de Dios, herederos del cielo.

Es admirable, hermanos, la relacion entre el paraiso y el Calvario: es sublime el contraste entre el primero y el segundo Adan, que vamos á descubrir siguiéndoles paso á paso. Quiso Dios, dice San Juan Crisóstomo, que la humanidad triunfase del pecado y del demonio en la

(1) Joann. III, 5.

(2) Ephes. I, 22.

(3) Isai. IX, 6.

(4) Rom. V, 14.

(5) I Cor. XV, 47, 49.

persona de Cristo, con las mismas armas y con los mismos medios con que fué vencida. Los signos ó instrumentos de nuestra ruina fueron una vírgen, un árbol, una muerte. La vírgen fué Eva, el árbol el de la ciencia, la muerte la de Adan. Estos mismos fueron los instrumentos de nuestra salud: en lugar de Eva, María; en vez del árbol de la ciencia, la Cruz; y por la muerte de Adan, la de Jesucristo (1).

El primer hombre es puesto por Dios en un huerto de delicias, y mostrándole el árbol, le manda no comer de él en prueba de obediencia y de amor. Faltando Adan al precepto, peca y se precipita en un abismo de males, labrando al pié de ese árbol la ruina de toda su descendencia (2). El segundo Adan, para reparar esa ruina, entra en otro huerto, no ya de delicias sino de angustias (3). En el paraíso, dice San Cirilo, tuvo principio nuestra tristeza, en el huerto toma Jesus sobre sí toda esa tristeza (4), con el fin de borrar con ella en ese huerto los tristísimos efectos del pecado que en el primero se cometiera (5).

(1) Dicam tibi quiddam mirabilis. Disce modum victoriae, et tunc magis obstupesces. Per quæ enim diabolus vicerat, per eadem Christus eum devicit.... Audi: virgo, lignum et mors clavis nostræ fuerunt symbola. Virgo erat Eva: nondum enim virum cognoverat. Lignum arbor: mors mulcta Adami. Attende vero, rursus virgo, lignum et mors quæ fuerant clavis symbola, hæc victoriae symbola effecta sunt. Nam loco Evæ est Maria. Loco ligni scientiæ boni et mali, lignum crucis. Loco mortis Adami, mors Christi. (S. Joann. Chrysost., *Serm. in Cæmeter. appellat. et in Cruce Domini J. C.*)

(2) Gen. III.

(3) Joann. XVIII, 1.

(4) Locus autem hortus erat veteris paradysi figuram gerens. In paradiso quippe cæpta sunt, quæ nobis funesta acciderunt: in horto nihilominus cæpta Christi passio, qua omnia illa vetera mala resarcirentur. (S. Cyrill. Alex. in cap. 18 Joann.)

(5) Ut peccatum quod in horto commissum fuerat, in horto deleteret. (Alcuin., in *Cat. aurea.*)

Ved ahora, escribe San Ambrosio, con qué pasos nos arrojó Adan del paraíso, y con cuáles nos vuelve Cristo á él (1). El primer paso de Adan hácia el árbol vedado, fué el orgullo (2). Viéndose rey de la naturaleza, quiso, dice San Agustin, ser autor de su elevacion, y no reconocerse príncipe tributario de un rey supremo (3). Este desórden interior, que precedió el exterior, le hizo prestar oídos á la palabra del tentador, que le decia: Come de ese árbol, y serás como Dios (4). El orgullo engendró el deseo de no tener límites ni freno, la ambicion de saberlo todo, de gozar de todo. Hé aquí el segundo paso. Para satisfacer este deseo, da el tercero; desobedece á Dios, alarga su mano y come de la fruta, diciendo con su accion criminal: no serviré (5); ¿quién es el Señor mi Dios? (6) Con ello rompe el lazo que á Dios le unia, y consumando el pecado, abre un abismo á sus piés, y se precipita en él con todos sus hijos, y baja tanto en su caida, que no ve nada bajo de sí, y desde allí exclama todavía en su ceguedad: Seré como Dios (7).

Sereis como dioses, dijo la serpiente (8); seré como Dios, repitió el hombre. Eso mismo quiere el Criador, pero por un camino opuesto al que siguió Adan. Este

(1) Vide cujus itineribus ad paradysum revocamur. (S. Amb., *lib. 4 in Luc.*)

(2) Eccli. X, 15.—¿Malæ voluntatis initium quod potuit esse nisi superbia? (S. August., *de Civit. Dei*, lib. 14, cap. 13.)

(3) Sua potestate uti voluit, præceptum rumpere delectavit, ut nullo sibi dominante fieret sicut Deus; quia Deo nullus utique dominatur. (Id. *Conc. I in Ps. 70.*)

(4) In occulto autem mali esse cœperunt, ut in apertam inobedientiam laberentur. Non enim ad malum opus perveniretur, nisi præcessisset mala voluntas. (S. August., *de Civit. Dei*, loc. cit.)

(5) Jerem. II, 20.

(6) Psalm. XI, 5.

(7) Lamennais, *Ensayo sobre la indiferencia.*

(8) Gen. III, 5.

camino es el que sigue Jesucristo, acercándose á otro árbol y haciéndolo libremente; porque si abusando de su libertad cayó el hombre, como dice San Agustín (1), usando rectamente de ella, debe subir, y subir tanto, que no solo sea una imagen de Dios, sino hijo suyo, participante de su divina naturaleza. Al hacerlo el segundo Adán, que representa en su persona á todo el género humano (2), da pasos opuestos á los del primero, para apartarle del árbol de la ciencia, que produce la muerte, y llevarle al de la Cruz, que da la vida. El orgullo, la sensualidad, la desobediencia, formaron el camino de Adán; la humillación, el tormento, la obediencia, forman el de Jesucristo.

Miradle: siendo igual á Dios, se humilla á sí mismo, se anonada haciéndose hombre (3), y para humillarse mas y mas en presencia de su Padre, se carga con los pecados de todos los hombres (4), y se hace como el último de ellos (5), como el desecho de la plebe, exclamando por boca de David: Soy un gusano mas bien que un hombre (6). ¡Qué abatimiento! ¡Qué humillación! ¡Oh soberbia, cuánto cuestras al Hijo de Dios, que se ofrece á expiarte!

Postrado en el huerto, toca su frente en el suelo como avergonzado y temeroso, á la manera de Adán escondido entre los árboles, y no atreviéndose á mirar á su Padre, cual si fuese un criminal indigno de estar en su

(1) Sua potestate uti voluit: præceptum rumpere delectavit. (S. August. in Ps. LXX.)

(2) Per eum agebatur omnium causa, in quo erat omnium natura sine culpa. (S. Leo, Sermon. 8 de Pass.)

(3) Philip. II, 6, 7.

(4) Isai. LIII, 6, 12.

(5) Id. id., 3.

(6) Psalm. XXI, 7.

presencia (1). En este estado ve delante de sí el árbol que le muestra el Padre, ve la Cruz, y en ella no un fruto hermoso y que promete delicias, sino amargo sobre toda amargura, el pecado, y los tormentos que su expiación exige. El Padre le propone beber ese cáliz, comer ese fruto. ¡Qué lucha en el corazón de Jesús! El Evangelio nos la expresa con la palabra agonía, que significa lucha, combate interior (2). Adán y Eva lucharon entre la voluntad de Dios y el deseo de comer la fruta, para sentir su dulzura y probar sus consecuencias. Jesús, dice Santo Tomás, lucha permitiendo á su voluntad humana sentir repugnancia á la Cruz, y mirando á la voluntad divina con el deseo vivo de cumplirla (3). ¡Qué lucha, repito, tan terrible! Ella le postra en tierra, y oprime su corazón, y hace que de todo su cuerpo brote la sangre con tormento inefable de su alma (4). Tormento que es la expiación de la sensual complacencia de los primeros padres á vista del árbol, y tormento, dice Santo Tomás, equivalente á todos los pecados del mundo,

(1) Cecidit in faciem suam, scilicet prono ac prostrato in terra corpore, faciem terræ affigens, ut onus immane peccatorum nostrorum, quod ipse in se susceperat, representaret..... ut ipse quasi reus et pœnitens pro nobis se sisteret Patri, eique totum se ad castigationem offerret. (A Lapide, in cap. 26 Matth.)

(2) El texto griego lo expresa mejor: *cum esset in agone*.—Agon lucta est, sive certamen. Est colluctatio quædam sensus et naturæ Christi delicatissimæ horrentis mortem, pœnas et ignominiam cum ratione superiori ad Dei gloriam et mundi salutem acceptante mortem, atque adeo illum vincente de illoque triumphante. (Salmeron, lib. X, tract. 15 in Evang.)

(3) Fuit in Christo agonia secundum ad partem sensitivam, secundum quod importat timorem infortunii imminenti..... Quod aliqua voluntas humana in Christo aliud volebat quam ejus voluntas divina, procedebat ex ipsa voluntate divina, cujus beneplacito natura humana propriis motibus movebatur. (S. Thom., 3 p., q. 18, a. 6 ad 3 et ad 1.)

(4) Luc. XXII, 44.

porque habiéndolos tomado todos sobre sí para espiarlos, tuvo tanto dolor en su corazón contemplando su gravedad y las penas que merecen, como si él mismo los hubiera cometido (1).

¿Quién triunfará en esa lucha? ¿Acaso, como en Adán, la voluntad humana, que rehusa el padecer y ama naturalmente el goce? ¡Ah! no: triunfa el deseo de cumplir la voluntad divina que exige el sacrificio. Habiéndose puesto delante el goce prefirió la cruz, menospreciando la confusión que la acompaña (2). Por ello exclama: Padre, no como yo quiero, sino como tú; no como desea la flaqueza de la carne, sino como tú lo quieres: hágase tu voluntad (3). Repite en su corazón lo que dijera al entrar en el mundo: Me has formado un cuerpo para que te lo sacrifique por los pecados del mundo; he aquí que yo quiero y estoy pronto á cumplir tu voluntad (4); y prolonga su oración hasta que se declara la victoria por el sacrificio y la obediencia. Entonces se levanta, y se dirige en busca de la cruz, más ansioso que los primeros padres en busca de la fruta prohibida; y en prueba, dice San Jerónimo, de que se ofrece porque quiere, y acepta gustoso el sacrificio, se acerca á sus discípulos y les dice: Ea, levantaos, vamos; el que me entrega está cerca (5); y se adelanta al encuentro de los que vienen

(1) *Doloris interioris causa fuit primo quidem omnia peccata humani generis pro quibus satisfaciebat.... qui dolor in Christo excessit omnem dolorem eujuscumque contriti.... quia pro omnibus peccatis simul doluit.* (S. Thom., 3 p., q. 46, art. 6 in corp. et ad 4.)

(2) Hebr. XII, 2.

(3) Matth. XXVI, 39, 42.

(4) Hebr. X, 5, 7.

(5) *Securus de passione sua pergat ad persecutores: ultro se interficiendum præbet, dicitque discipulis suis: surgite, eamus, etc.: ne nos inveniant quasi timentes et retrahentes, ultro pergamus ad mortem, ut confidentiam et gaudium passuri videant.* (S. Hieron. in Matth., c. 18.)

á prenderle, sabiendo todo lo que le esperaba en la carrera de su pasión (1).

¡Victoria, triunfo admirable! Jesús ha dicho: *Fiat voluntas tua*, y esta voz de la cabeza de la humanidad, dice San León, es la salud de todo el cuerpo (2). Está vencido el orgullo, está vencida la sensualidad y vencida la desobediencia, y el hombre, apartándose del árbol funesto que los engendrara, corre hácia el árbol que ha de acabar con ellos y destruir su imperio. Cada paso que da el segundo Adán hácia ese árbol es una nueva victoria, siendo una nueva expiación que aplaca á Dios, y le inclina benigno hácia el hombre. Con la palabra de la obediencia ha abrazado en su corazón la humillación y el tormento, y no retrocede en su camino para obrar la salud del mundo.

¿Quereis ver esas humillaciones, esos tormentos con que paga Jesucristo nuestros pecados? Seguidle y vereis, dice San Buenaventura, que no hay cosa en el mundo que sea reputada mas vil que el Señor del mundo (3). Arrastrado como un facineroso á los tribunales, en que son jueces los que juraron su muerte (4), es tratado de blasfemo y de perturbador (5). Se le escupe al rostro, se le abofetea, se le cubre con paños inmundos (6), y se le colma de oprobios tales, dice San Jerónimo, que jamás podremos saberlos hasta el fin del mundo (7). ¡Oh hom-

(1) Joann. XVIII, 4.

(2) *Vox capitis salus est totius corporis. Hæc vox omnes fideles instruxit, omnes confessores accendit, omnes martyres coronavit.* (S. Leo, *Serm. 7 de Pass.*)

(3) *Nihil vilius in mundo æstimatum est Domino mundi.* (S. Bonav., *de perf. vita*, 6.)

(4) Joann. XI, 50, 53.

(5) Matth. XXVI, 65.—Luc. XXIII, 5.

(6) Matth. XXVI, 67.—Luc. XXII, 64.

(7) S. Hieron. *apud Tauler.*

bre! exclama Origenes, por tu orgullo criminal, por tu rebelion indigna, merecias sufrir todas estas infamias, y Jesus las toma para sí á fin de librarte de ellas (1). El pecado, añade San Cirilo, nos habia deshonrado, y esta deshonra la borran los oprobios de Cristo. La mancha de nuestra prevaricacion la limpia la bofetada que Cristo recibe (2). Admite las inmundas salivas en su rostro, escribe San Gerónimo, para lavar el rostro de nuestra alma. Consiente que se le cubra con paños inmundos, para arrancar el velo de iniquidad que cubre nuestro corazon. Y recibe los golpes en su cabeza, para sanar á Adan, cabeza del género humano (3).

Pasad adelante, y le vereis pospuesto á un ladron y asesino, azotado como un esclavo, y como esclavo criminal, cuya forma tomó al efecto, dice San Buenaventura (4), coronado por burla como hombre que quiere reinar y no puede (5), y hasta el último suspiro acompañado del insulto, del oprobio y de la blasfemia. Ha querido deshacer la obra de Adan, y por ello acepta todas

(1) Faciem non avertens a confusione sputamentorum, ut nos, arbitrator, qui digni fuimus omnes has infamias pati, erueret, ipse pro nobis patiens ea. (Origen., *Hom. 35 in Matth.*)

(2) Ejus rei eramus ignominiae, quippe qui in Adamo peccaveramus conculcato divino mandato.... Harentem nobis praevicationis labe, primigenique illius peccati noxa ignominiam, alapa per ignominiam Christo inflicta delevit. Unus enim instar omnium pro omnibus ignominiam subiit. (S. Cyril. Alex., *lib. 11 in Joann.*, seu *Hom. in c. 18 Joann.*)

(3) Ut velamine faciei suae, velamen cordium nostrorum auferret; et sputaminibus susceptis faciem animae nostrae lavaret; et colaphis, quibus in caput percussus est, caput humani generis, quod est Adam, sanaret. (S. Hieron., *seu alius ejus nomine in Marc.*)

(4) Non solum formam servi accepit ut subesset, sed etiam servi mali ut vapularet. (S. Bonav., *de perf. vit. 6.*)

(5) Illudebant ei tanquam volenti regnare et non potenti. (Id. *Medit.*, cap. 66.)

estas humillaciones y afrentas (1), sufriendolas en silencio (2), como hombre que no oye, y que no tiene palabra que responder (3), y como oveja llevada al matadero (4). No contento con ello, dice el Crisóstomo, ha querido que el Evangelio con suma diligencia nos refiera sus oprobios y humillaciones, para que comprendamos que se gloria de sufrirlas por nosotros, y como incitándonos á grabarlas en nuestra memoria para imitarle (5).

Con igual ardor y constancia abraza el tormento que acompaña á estas humillaciones. Fijaos tan solo en los azotes, en las espinas, en los clavos y en la hiel. Mirad, dice San Agustin; él mismo se prepara para recibir los azotes. Ya caen sobre su delicadísimo cuerpo, ya los golpes rompen la sagrada piel, ya el látigo, bárbaramente manejado por los verdugos, abre las espaldas, y de las multiplicadas heridas brotan rios de sangre (6). Espectáculo terrible al mundo, á los ángeles y á los hombres, dice el Abad Ruperto. El príncipe de la libertad es azotado por los esclavos del pecado, para pagar las culpas de

(1) Adam enim primus et Adam secundus.... ille per superbiae cupiditatem iter fecit ad miseriam, hic per humilitatis fortitudinem iter paravit ad gloriam. (S. Leo, *Serm. 18 de Pass.*)

(2) Matth. XXVI, 63.—Marc. XIV, 61.

(3) Psalm. XXXVII, 15.

(4) Isai. LIII, 7.

(5) Sublimem discipulorum philosophiam admirare qui adeo exquisite ista referunt, cum ea quae turpissima videntur ad unguen exposuerint, nihil celantes nec erubescences, sed eximiam putantes gloriam; et profecto eximia est quod Dominus orbis talia pro nobis pati voluerit.... Sæpius oro hæc attente audiamus, et in cordibus nostris conscribamus: hæc enim pulcherrima et gloriosissima sunt. (S. Joann. Chrysost., *Hom. 7 de Pass. in Matth.*)

(6) Ecce Dominus aptatur ad verbera: ecce jam cœditur: rumpit sanctam cutem violentia flagellorum, repetitis ictibus crudelia verbera scapularum terga conscindunt. (S. August., *in Caten. aurea.*)

estos (1). Contemplad su corona. Sus espinas figura de nuestros pecados, dice Orígenes (2), taladran su cabeza por cien partes llegando al cerebro, mientras los soldados la golpean con furor, y la sangre cubre su rostro entumecido por las bofetadas. En verdad, exclama Isaías, tomó sobre sí nuestras enfermedades y cargó con nuestros pecados, y le reputamos como leproso herido por Dios y humillado. Fue llagado por nuestras iniquidades y quebrantado por nuestros pecados. Todos como ovejas nos estraviamos, cada uno se desvió por su camino, y el Señor cargó sobre sí las iniquidades de todos. Se ofreció porque quiso y no abrió su boca. El castigo para nuestra paz fué sobre él, y con sus cardenales fuimos sanados (3).

De este modo llega el nuevo Adán al árbol donde se ha de consumir la obra de nuestra redención. Los primeros padres, acercándose al árbol del paraíso, alargaron su mano, cogieron la fruta vedada y saborearon su dulzura engañosa, que les produjo la muerte. El nuevo Padre del género humano, Jesucristo, se acerca también al árbol de la cruz y la abraza con amor, no esperando, dice Santo Tomás de Villanueva, á que la pongan sobre sus hombros (4). La abraza, como arma que empuña para exterminar la muerte que nació de otro árbol, y

(1) Grande spectaculum mundo, et angelis, et hominibus, ut a servis peccati princeps libertatis servilibus modis conscinderetur. (Rupert. Abb., in cap. XIX Joann.)

(2) In spinea illa corona suscepit spinas peccatorum nostrorum intextas in capite suo.... ut jam non sint spinæ nostræ antiquæ, postquam semel eas a nobis abstulit Jesus super venerabile caput suum. (Origen., Hom. 35 in Matth.)

(3) Isai. LIII, 4 et seq.

(4) Non enim expectavit ut sibi a militibus imponeretur: sed viso salutis signo, ut fortis athleta lætus arripuit. (S. Thom. a Villan., Conc. 3, de S. Mart.)

expiar los deleites de los primeros padres con los dolores de la Cruz, llevándola sobre sus hombros, dice San Ambrosio con el Crisóstomo, como glorioso trofeo de su victoria (1). Llega al árbol el segundo Adán y extiende la primera mano, que al ser clavada hace cautiva á la muerte, alarga la segunda y encuentra la vida, encuentra, dice San Gerónimo, lo que perdió el primer hombre al coger el fruto vedado (2).

Comió Adán del fruto satisfaciendo su gula y ansiando el deleite, y Jesucristo, expiando su exceso, bebe en la cruz la hiel y el vinagre hecho amarguísimo con la mirra. Con esta bebida, dice San Gerónimo, se extingue el jugo de la fatal manzana y se satisface la deuda de la sensualidad del hombre (3). Adán con sus hijos, escribe San Agustín, se entrega á la gula, y Jesucristo es atormentado con terrible sed. Aquellos buscan la dulzura de la fruta vedada, y este siente la amargura de la hiel con indecible padecimiento (4).

Apenas comió Adán la fruta, quedó consumado el pecado y sufrió sus amargas consecuencias; y para que en todo veamos la correspondencia entre la caída y la restauración, apenas siente Jesús la amargura de la hiel, exclama: *consummatum est* (5), es decir, explica Salme-

(1) Christus ergo crucem bajulans, jam trophæum suum victor attulit. (S. Amb., lib. 10 in Luc.) Et sicut victores, ipse in humeris portabat victoriæ signum. Quidam autem dicunt quod in illo loco, qui Calvariæ dicitur, Adam mortuus est et sepultus; ut in loco ubi mors regnavit, illic et Jesus trophæum statuerit. (S. Joann. Chrysost., Hom. 84 in Joann.)

(2) Hic figitur salus in ligno: extensio manus primæ ad lignum mortem apprehendit: extensio manus secundæ vitam quæ perierat invenit. (S. Hieron. vel incert. in Marc., c. 14.)

(3) Hoc aceto succus lethalis pomi abstergitur. (Id. id.)

(4) Ego gulæ parui, tu inedia afficeris. Ego pomi dulcedinem, tu fellis gustas amaritudinem. Ecce mea impietas et tua pietas. (S. August., Medit., c. 7.)

(5) Joan. XIX, 30.

ron, está pagada la deuda del hombre, está ya reconciliado con Dios, ha llegado á su colmo mi sacrificio y mi dolor, está cumplida la voluntad del Padre, y he llegado al término de la obediencia, de la humillacion y del tormento para deshacer la obra del orgullo, de la desobediencia y de la sensualidad de los primeros padres, y somos instituidos herederos de la justicia y de la vida eterna, mejor que por el pecado de Adán, lo fuimos del pecado y de la muerte (1).

¡Qué analogía, Señores, y qué contraste á la vez entre el paraíso y el Calvario, entre Adán y Jesucristo! Hé aquí por qué San Epifanio contempla al Salvador en el acto de morir, y le ve descender al limbo donde Adán con todos los justos esperaba el día de su libertad, y pone en su boca estas palabras dirigidas al primer padre: Levántate, y ven conmigo, porque tú en mí y yo en ti, somos como una misma persona. Por ti, yo tu Dios, me hice tu Hijo; por ti, Yo tu Señor, tomé la forma de esclavo; por ti, que fuiste arrojado del huerto del paraíso, entré yo en otro huerto para ser vendido y crucificado. Mira las salivas en mi rostro; las he recibido para restituirte tu primera hermosura. Mira las bofetadas en mis mejillas; las he sufrido para devolvete la belleza de mi

(1) Consummatum est, videlicet mundi et hominis debitum quod enim Deo habebat.... pacificatum est, nam Deus reconciliatus est homini, homo cum angelo, judæus cum gentili; denique, spiritus cum carne.... Consummatum est quicquid Deus per Messiam hominibus administrari voluit, quia implevit omnem Dei voluntatem, promissionesque Dei omnes de reconciliando sibi mundo, et a captivitate dæmonis liberando: ipse præstitit omnem obedientiam et justitiam, ad debitum inobedientiæ Adæ et filiorum suorum extinguendum. Ipse absolvit testamentum suum atque complevit, in quo justitiæ suæ et vitæ æternæ hæredes instituimur, multo potentius quam per Adæ peccatum fuimus instituti hæredes peccati et mortis. (Salmer., lib. X in Evang., tract. 45.)

imágen que desfiguraste. Mira los azotes en mis espaldas; son el peso de tus pecados, que tomé sobre mí para descargarte. Repara mis manos clavadas en la cruz, por ti que alargaste tu mano al árbol prohibido. Repara mis pies en la cruz clavados, por los tuyos que corrieron hacia el funesto árbol. He gustado la hiel para sanar tu sensualidad, escitada por la dulzura de aquel fruto; he tomado la esponja, para borrar el decreto que te condena; he tomado la caña como pluma, para firmar tu libertad; y he muerto en fin, para sacarte del sueño del pecado y de la muerte (1).

Admiremos, Señores, el misterioso contraste, y para verle más claramente, examinemos las consecuencias de la obra de Adán y de la de Jesucristo.

(1) Exurge, abeamus hinc: tu enim in me, et ego in te, una et indivisa sumus persona. Propter te ego Deus tuus, factus sum filius tuus: propter te Dominus servilem tuam formam sumpsit: propter te, qui sum supra cælos, veni in terram et subter terram: propter te qui ex horto egressus es, ex horto judæis traditus, et in horto crucifixus sum. Aspice faciei meæ sputa, quæ quidem propter te suscepi, ut te in pristinum illud spiraculum restituerem. Aspice genarum mearum alas, quas sustinui, ut distortam et depravatam speciem tuam ad priorem imaginis meæ rectitudinem reducam. Aspice tergi mei flagellationem quam suscepi, ut dispergerem peccatorum tuorum onus, quod tergo tuo impositum est. Aspice clavis bene affixas manus meas propter te, qui ad lignum male quondam extenderes. Aspice pedes meos affixos et perfossos in ligno propter tuos pedes, qui male cucurrerant ad lignum inobedientiæ sexta die. Qua die sententia in te dicta fuerat, eadem et tua reformatio et paradisi apertio meo est labore perfecta. Gustavi propter te fel, ut tuam per escam illam dulcem, amaram voluptatem sanarem. Gustavi acetum, ut tuæ mortis acerbitem, et quod naturæ adversatur poculum destruerem. Suscepi spongiam ut delerem chirographum peccati tui. Suscepi et calamum, ut humano generi libertatem subscriberem. (S. Epiphanius, in sequitur. Domini.)

SEGUNDA PARTE.

La pena del pecado está en el pecado mismo. Por ello, en cuanto lo cometieron los primeros padres, sintieron sus fatales consecuencias. La vergüenza y el temor se apoderaron de ellos, y los que ántes se presentaban á su Criador con la serenidad de la inocencia, se confunden, y temen ahora, por el rubor de la culpa. Esta vergüenza y este temor toma sobre sí Jesus, para librar-nos de él. Apenas entra en el huerto, se postra en tierra, dice el Evangelio: empieza á temer y á sentir angustioso tédio, que oprimiendo su corazon le hace sudar copiosa sangre (1).

¿De dónde esa confusion y vergüenza de los primeros padres, que les hace huir de la vista de Dios? Adan lo dice: Temí, Señor, porque estaba desnudo (2). Esta desnudez no es solo corporal, sino tambien espiritual. Abriéronse sus ojos con la fatal comida, dice San Agustín, y conocieron su estado, y viéronse desnudos de la gracia que antes los vestia, y no les dejaba fijarse en su desnudez exterior. Ahora se afanan por ocultar á Dios esa desnudez, que ellos mismos no pueden soportar, porque les descubre el estado infeliz de su alma, privada de la gracia por su pecado (3), y para ocultarla, cúbreanse

(1) Matth. XXVI, 37.—Luc. XXII, 44.

(2) Gen. III, 10.

(3) Cognoverunt quia nudi erant, nudati scilicet ea gratia qua fiebat ut nuditas corporis nulla eos lege peccati menti eorum repugnante confunderet. (S. August., *De Civit. Dei*, lib. 14, cap. 17.) Mox ut præceptum transgressi sunt, intrinsicus gratia deserente omnino nudati.... in sua membra oculos injecerunt. Ad hoc aperti sunt oculi, ad quod antea non patebant. (*De Gen. ad litt.*, lib. 11, cap. 31.)

con hojas de higuera, vestido de irrisión y de penitencia, y corren á esconderse entre los árboles del paraíso (1).

Jesucristo, que toma sobre sí nuestras iniquidades, pasa tambien por la vergüenza y la confusion de la desnudez. Vedle en el pretorio. Desnúdanle los soldados, y por escarnio, le visten un manto viejo y roto de púrpura (2). *Ecce homo*, dice Pilato (3). Hé ahí al hombre: héle ahí en toda su miseria, en toda su debilidad, en el oprobio y la irrisión, en la vanidad de sus grandezas, en el tormento de sus pompas, que no cubren sino llagas sin ocultar su desnudez (4). Miradle en la cruz. Tambien sube á ella desnudo, despojándose del vestido de nuestros pecados, dice San Atanasio, para darnos en cambio vestidos de vida y de incorrupcion (5). Desnudo sube, añade San Ambrosio, para vencer y para entrar cual segundo Adan en el paraíso, de la manera que en él habitó el primero (6). Es vencido Adan, y busca vestido con que ocultar la ignominia de su derrota, Cristo, por el contrario, depone su vestido para vencer, poniéndose en lugar del vencido; y en vez de esconderse, quiere ser exaltado

(1) Gen. III, 7, 8.

(2) Joann. XIX, 2.

(3) Id. id., 5.

(4) *Lamennais*, Ensayo sobre la indiferencia.

(5) Exuebat vestimenta sua. Decebat enim cum hominem introduceret in paradysum exuere tunicas, quas Adam acceperat cum e paradiso ejiceretur. Cum enim ille peccasset, ac deinde moriturus esset, accepit pelliceas tunicas ex morticinis animalium factas, insigne notamque mortalitatis ob peccatum sibi inflictæ. Cæterum Dominus omnia nostra propter nos recipiens, induit ea, ut rursus exueret, et pro istis nos vestiret vita et immortalitate. (S. Athanas, *Serm. in Pass. et Cruc.*)

(6) Refert considerare Dominum, qualis crucem ascendit. Nudum video. Victus est Adam qui vestimenta quæsit, vicit ille qui tegumenta deposuit. Qualis in paradiso homo primus intraverat, talis ad paradysum homo secundus intravit. (S. Ambros. *in Luc.*)

en el árbol de la cruz, del cual, dice Salmeron con Orígenes, fué una figura el otro árbol, á cuya sombra y entre cuyas ramas se ocultaron los primeros padres, buscando una defensa contra la justicia de Dios, irritada por su culpa (1). ¡Cuántos misterios en todo, hermanos! Al medio día cometieron Adán y Eva su pecado, y poco después, dice el Génesis, oyeron la voz de Dios, y se refugiaron en el árbol (2); y á la misma hora, dicen Teofilacto y Beda, es exaltado Cristo en la cruz, y desde allí atrae á los pecadores y pide perdón por ellos (3).

Sigamos adelante. El temor y la vergüenza es verdad que confunden al pecador; pero el orgullo, infiltrado ya en su alma, se percibe en sus palabras y sus acciones. Dios le llama: Adán, ¿dónde estás? (4) y habla así, dice Tertuliano, como ignorándolo, para dar lugar á que confiese su pecado y merezca misericordia (5). Dichoso si lo hubiese hecho, exclama San Bernardo, porque tal vez hubiera sido perdonado (6); pero lejos de mostrar su confusión y su dolor con el silencio y las lágrimas, se excusa, se defiende, y en su orgullo, hasta trata de hacer re-

(1) Signata est crux in arbore ad quam Adam confugit, quasi remedium inventurus sub arbore, qui sub arbore deliquerat. (Salmer., *lib. X, tract. 35.*)

(2) Gen. III, 8.

(3) Sexta die homo est conditus, qui et sexta hora comedit. Qua igitur hora Dominus condidit, eadem et lapsum curavit. Sexta die et sexta hora Cruci affixus est. (Teophilact. *in Matth.*) Rationis, imo divinæ pietatis ordo poscebat, ut qua hora primus Adam peccando mortem huic mundo invexerat, eadem hora secundus Adam mortem moriendo destrueret. (Beda *in Marc.*)

(4) Gen. III, 19.

(5) Interrogat Deus quasi incertus, ut det Adæ locum sponte confitendi delictum, et hoc nomine relevandum. (Tertullian. *adv. Marcion.*, lib. 2, cap. 25.)

(6) Beata esses, Eva, si post culpam consolationem quæreres lacrymatum, et conversa ad pœnitentiam, veniam citius obtineres. (S. Bernard., *Serm. 1 in fest. Omn. Sanct.*)

caer sobre el mismo Dios su pecado, atribuyéndolo á la muger que el Señor le ha dado (1). ¡Triste efecto de la ceguedad y dureza que produce la culpa, y que se repite en todos los hijos de Adán! Jesucristo, poniéndose en lugar de éste, siendo inocente y santo, hace lo que debía haber hecho el pecador. Acusado falsamente calla, y como oveja, es llevado á la muerte sin abrir sus labios (2). Su silencio es tal, que sorprende al Presidente Pilato (3), y con razón, porque es un silencio misterioso. Es hermosa la reflexión que hace Salmeron sobre este silencio de Jesús en el Tribunal de Herodes. «En casa de éste, dice, encuentra Jesús por su humildad y su silencio, la vestidura blanca de la inocencia que perdió Adán en el paraíso, por soberbia y locuacidad. Este la perdió queriendo saber el bien y el mal; Cristo, tenido por mudo y fátuo, nos la restituye, enseñándonos á guardarla con el silencio y la esperanza (4).

No queriendo el primer hombre humillarse confesando su pecado, merece oír de Dios la sentencia de muerte con que ántes le amenazára, y de muerte precedida de trabajos, dolores y angustias mil, que la hacen más amarga. Para librar al pecador de la muerte del alma, se somete el Hijo de Dios á otra sentencia de muerte. Pilato le declara inocente, y ello no obstante, le condena á morir, y al hacerlo, pone en libertad á Barrabás (5). ¡Qué contraste, Señores! El inocente Jesús es

(1) Gen. III, 12.

(2) Isai. LIII, 7.

(3) Matth. XXVII, 14.

(4) Invenit Jesus in domo Herodis albam innocentiae vestem per humilitatem et taciturnitatem, quam Adam per superbiam et loquacitatem cum dæmone amiserat. Ille perdidit in paradiso, volens scire bonum et malum; Christus mutus et fatuus indicatus nobis restituit. (Salmer. *in Evang.*, lib. X, tract. 27.)

(5) Matth. XXVII, 26.

declarado reo de muerte, y el ladrón, el sedicioso, el asesino Barrabás es enviado libre. ¿Por qué los cuatro Evangelistas hacen mención expresa y detallada de este hecho? Es, sin duda, porque encierra un misterio digno de ser estudiado. Veámoslo.

Pidieron los judíos, dice Salmeron, la libertad de Barrabás; y así como el Pontífice, sin saberlo, dijo lo que quiso el Espíritu Santo, proponiendo la muerte de Jesús para que se salvase el pueblo (1); así ellos, sin advertirlo, repetían el grito de todos los justos, que en la serie de los siglos clamaban al cielo, para que con el sacrificio del Cordero se consumase la redención. Pidieron la libertad de Barrabás, figura de los pecadores que debían ser libres de su pecado por la muerte de Jesús (2). El nombre de Barrabás lo explica (3). Significa hijo de su padre, ó hijo de su maestro: es, pues, el hombre hijo de Adán, padre y maestro del género humano. Barrabás era ladrón, homicida y sedicioso; y ladrón fué Adán, que quiso robar á Dios su ciencia y su grandeza. Homicida fué Adán, que causó con su pecado la muerte de todos sus hijos; sedicioso, en fin, rebelándose y enseñando á sus hijos á rebelarse contra Dios. Barrabás, siendo en sus hechos lo que dice su nombre, hijo y discípulo de Adán, figuraba á su padre y á todos sus hermanos. Pilato, pues, sentenciando á Jesús inocente, y dejando libre, en su consecuencia, al culpable Barrabás, traslada á aquel la culpabilidad de éste y de

(1) Joann. XI, 51.

(2) Petierunt ergo Barrabbam, qui nocens erat, ut typum gereret omnium peccatorum liberandorum per mortem Jesu. (Salmer., lib. X, tract. 29.)

(3) Interpretatio nominis Barrabba est filius patris sui. (S. Hilar. in Matth.) In Evangelio quod scribitur juxta Hebreos, filius magistri eorum interpretatur. (S. Hieron. in Matth.)

todos los que en él se representan, es decir, de todos los hombres, que son causa de la muerte de Jesucristo, y por ella se libran del castigo merecido (1). ¿Quién no admira la bondad de Dios, que, movido por las oraciones de los justos, dispone en el cielo lo que el Presidente romano hace en la tierra, escitado por los gritos del pueblo que clama: Crucifica á Jesús y deja libre á Barrabás? (2)

Subid al Calvario. El Hijo de Dios pende de la Cruz: la tierra se conmueve, el aire se agita, el sol se oscurece, y las tinieblas cubren la tierra (3). En torno de la Cruz, los príncipes del pueblo, ciegos ante tantos testimonios de la divinidad del Crucificado, y de la ira del cielo contra su crimen, lejos de pedir perdón, insultan al moribundo Jesús (4). ¿Quién no ve en ellos á Adán y Eva junto al árbol á que se refugian, que aun viendo la ira de Dios se obstinan en no confesar su culpa? Jesucristo se constituye abogado por ellos, y clama repetidas veces: Padre, perdónalos, porque no saben lo que se hacen (5). Por el pecado de Adán, dice un intérprete, entré la ignorancia en el mundo. El hombre, pecando, no sabe lo que hace (6). Todos los herederos del primer pecado, heredan con él esa ignorancia; y Jesús, tomando sobre

(1) Barabbas per simplex *r* scriptum significat filium patris sui, hoc est, Adæ latronis et homicidæ, qui furatus est Dei gloriam, et totum genus humanum peccato suo morti addixit, unde et seditiones carnis in spiritum ortæ sunt, etc. Si autem scribatur per duplex *r*, significat filius magistri, designatque ipsum genus humanum, cujus præceptor atque institutor traditus est Adam. Tolle hunc, et dimitte nobis Barabbam ut intelligamus omnes filios Adæ ad unum nos esse mortis suæ causam. (Salmer., loc. cit.)

(2) Luc. XXIII, 18.

(3) Matth. XXVII, 45, 51.

(4) Id. id., 40, 41.

(5) Luc. XXIII, 34.

(6) Per peccatum Adæ, ingressa est mors et ignorantia in mundum, et Christus oravit pro quacumque ignorantia, quæ est peccato innata. (Salmer. in *Evang.*, lib. X, tract. 39.)

si el pecado de todos, excusa y defiende á los que no se acusan; ruega y pide perdon por todos los que son causa de su muerte. Perdónalos, es decir, explica el Crisóstomo, perdona á los griegos y á los judíos, á los peregrinos y á los bárbaros; á todos, en una palabra, á los pecadores de todo tiempo, de toda edad, de todo pueblo (1). En los dias de su carne, dice San Pablo, dirigió súplica y oracion con grande elamor y lágrimas, al que podia librarle de la muerte, y fué oido por su reverencia (2). Jesus, pues, pide por Adan y por sus hijos el perdon que Dios queria le pidiese aquél en el paraiso, y que por su orgullo y su ignorancia, no quiso ni supo pedir.

Esta falta de Adan, tiene luego su castigo (3). Dios le arroja ignominiosamente del paraiso, y le prohíbe para siempre la entrada en él (4). El paraiso era una figura del cielo. Adan, pues, con toda su descendencia, queda desterrado de éste, mientras no expíe su pecado. Jesucristo viene á hacerlo; en la cruz, satisface á la justicia del Padre, y orando por el hombre, es escuchado por Dios. Su oracion produce al momento su efecto. El ladron que está crucificado á su derecha, se confiesa culpable, y pide entrar en el reino de Cristo (5). A esta confesion y á esta súplica humilde, fruto ya del sacrificio de Jesus, responde éste con aquella consoladora palabra: En verdad te digo, hoy estarás conmigo en el paraiso (6). ¿No

(1) Dimitte illis; id est, dimitte græcis, judæis, peregrinis, barbaris, omnibus omnino. (S. Joann. Chrysost., *Hom. 87 in Matth.*)

(2) Hæbr. V, 7.

(3) Dum confessionis mundationem fugiunt, immundo remanent corde, et a facie Domini ejiciuntur. (S. Bernard., *Serm. 1 de SS. Omn.*)

(4) Gen. III, 23.

(5) Luc. XXIII, 41, 42.

(6) Id. id., 43.

veis, en esa palabra, la revocacion del destierro de Adan, merecida por Jesucristo, y por él mismo promulgada? Adan, dice Salmeron, fué arrojado del paraiso por su impenitencia, y porque apenas quiso reconocer su pecado: el ladron se hace digno de él por su confesion y penitencia (1). ¿Y por qué un ladron es el objeto de promesa tan halagüeña? Yo no veo en el mundo, continúa el mismo con San Juan Crisóstomo, sino descendientes del primer ladron, y por ello á él se dirige Jesus en la persona del que clama á su derecha (2). Yo, dice el Hijo de Dios, desterré del paraiso al que quiso robar la ciencia y la grandeza de Dios: yo mismo le abro de nuevo las puertas, y en la persona del ladron convertido, doy este paraiso en herencia á Adan y á todos sus descendientes que imiten la penitencia de aquel (3).

Desterrado del paraiso el primer hombre, siente la amargura del abandono en que queda. Él ha dicho á Dios: Apártate de nosotros, no queremos la ciencia de tus ca-

(1) Quod autem Adam de paradiso fuerat exclusus, merito factum est: quia ille impenitens erat, et vix agnovit peccatum suum; hic autem non tantum agnovit, sed et accusavit, et confessus est: ideo dignus paradiso. (Salmer., *lib. X, tract. 40.*)

(2) Sed interrogabis: quæ ratione in paradysum introducat latronem cum inde ob latrocinium expulsus fuerit Adam?..... Posset Christus dicere: Inveni mundum latrocinis refertum, comperi homines antiqui latronis Adæ filios existere: unde præda mea non potest esse nisi ex latronibus. (Salmer., *loc. cit.*)

(3) Ex quo transgressus est Adamus, et ex illo egressus est, tametsi Deus innumera hominibus fidelibus promissit, nulli tamen paradysum, nisi latroni promissit..... Dixi peccatum Adami fuisse quod, contra quod præceptum erat, lignum attigerit. Quæ porro fuit latronis purgatio? Quod cum fide crucem attigerit, in paradysum intravit. (S. Joann. Chrysost., *Hom. de Latrone.*) Si juste Adam latro excusando suum delictum, exulavit a paradiso, cur hic latro se ipsum accusans et Deum excusans non introducatur in regno? (Salmer., *loc. cit.*) Celerrime in Adamum tuli sententiam: celerrime tibi munus concedo. (S. Cyril. Jerosol., *Catech. 19.*)

minos (1); y Dios le ha retirado su gracia, y se aparta de él para que conozca cuán amargo es abandonar á Dios (2). El alma queda abismada en la carne, y pierde la vista y el gusto de Dios: siente la necesidad de unirse á él, pero un abismo sin fondo le separa de él. ¡Oh Adan, exclama San Agustin, en el paraíso no clamabas, sino que alababas á Dios, á quien encontrabas do quiera; no gemías, sino que gozabas unido á él: ahora, separado, clama y llora (3). Pero ni el clamor, ni las lágrimas de Adan y de sus hijos son poderosas á devolverles el bien perdido. Por ello, el segundo Adan, cargado con todas las iniquidades, siente en su corazón toda la amargura de la separación de Dios, y clama con grito penetrante desde la cruz: Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado? (4) Lejos de nosotros, dice Julio Africano, pensar que Dios desamparase á su Hijo, en quien estaba, como dice San Pablo, reconciliando al mundo consigo (5). Esa palabra es misteriosa (6): no es la queja del Hijo, es el grito del pecador (7); es, añade el Nacianceno, es el grito del género humano que, abandonado de Dios por su pecado, se salva ahora por el desamparo de Jesucristo, que bebe el amargo caliz del abandono en expiación de nuestros pecados (8). Él solo podía conocer lo que pierde

(1) Job. XXI, 14.

(2) Jerem. II, 19.

(3) ¡O Adan, in paradiso non clamabas, sed laudabas: non gemebas, sed fruebaris. (S. August. in Ps. 29.)

(4) Matt. XXVII, 46.

(5) ¿Numquid Deus dereliquit Christum, cum esset Deus in Cristo reconcilians mundum sibi? Absit. (Jul. Afric., lib. 2, interrog. 20.)

(6) Vox ista doctrina est, non querela. (S. Leo, Serm. 16 de Pass.)

(7) In veteri nostro vox nostra est; quia simul crucifixus est vetus homo noster cum illo. (Jul. Afric., loc. cit.)

(8) In seipso nostra repræsentat: nos enim eramus derelicti, prius et contempti, nunc vero per impassibilis illius passiones assumpti et salvati. (S. Greg. Naz., Orat. 36.)

el alma de quien Dios se aparta: El solo podía sentir toda la amargura de la separación, y sintiéndola clama para librarnos de ella á nosotros (1). ¡Cuánto amor en el segundo Adan!

El hombre, separado de Dios, se vió al momento agitado por las pasiones. Se le prometió la felicidad con la ciencia del bien y del mal; pero esta felicidad huye de él cuanto más la busca. Una sed insaciable le atormenta. Un pesado yugo, dice el Espíritu Santo, oprime á los hijos de Adan, y lo forman los pensamientos de su espíritu, los temores de su corazón, la espectación de lo que sucederá, y el día de la muerte que todo lo acaba: el furor, la envidia, la inquietud, el temor, le acosan por todas partes (2). Quiere ser feliz, y nunca lo es; pide agua para apagar su sed, y no encuentra sino el agua cenagosa de las criaturas que lleva el tormento á su corazón, porque le corrompe sin satisfacerle jamás (3). A esa sed, opone Jesús la suya. Tengo sed, dice en la cruz (4), y lo dice, según San Ambrosio y San Hilario, para beber nuestras amarguras en la hiel que le dan los soldados, y con ello darnos la dulce suavidad de su gracia (5). Lo dice, porque anhela nuestra fe y nuestro amor. Lo dice, en fin, para manifestar á Dios su Padre,

(1) Quia magna poena quæ consequitur peccata, est a Deo derelinqui, quantum ad consolationem et favores expectat, cum hanc peccatores omnes Deo deberent, Christus qui pro illis patiebatur illam sustinere voluit, ut nos in eum credentes non derelinquamur. (Salmer., lib. X, tract. 43.)

(2) Eccli. XL, 1 et seq.

(3) Jerem. II, 13.

(4) Joann. XIX, 28.

(5) Bibit Christus amaritudinem meam, ut mihi refunderet suavitatem gratiæ suæ. (S. Ambros. in Ps. 98.) Potavit ad se in communionem immortalitatis, ea quæ in nobis erant vitiata transfundens. (S. Hilar. in Matth.)

que en su persona, todo el género humano tiene sed de la felicidad eterna.

Las pasiones, agitando el corazón, y arrastrando al hombre á la satisfacción de sus apetitos, consuman la degradación del género humano, haciendo de Adán y sus hijos unos esclavos del pecado (1) y del demonio, y sujetándolos á la condenación eterna, por un terrible decreto de la justicia de Dios. El segundo Adán, para remediar desgracia tan espantosa, hace llegar al colmo sus tormentos con la amarga bebida que le ofrecen los soldados para apagar su sed, y exclama: *Consummatum est* (2). He consumado mi grande obra; he cumplido mi sublime misión; Dios Padre me ha enviado á redimir á los que estaban bajo del yugo, para que reciban la adopción de hijos de Dios. Consumando mi sacrificio, oh hombres, os engendro para Dios. Podeis llamaros ya, y sois en realidad hijos de Dios. Oh amor de Dios Padre, dice San Juan (3). Oh amor de Dios Hijo, añade San Pablo (4). Oh amor, concluye la Santa Iglesia; para redimir, Señor, al esclavo, entregaste á tu Hijo (5).

A ello se refiere también otra palabra de Jesucristo: Mujer, ahí tienes á tu hijo. Discípulo, ahí tienes á tu Madre (6). Apenas oye Adán la sentencia de muerte y de destierro del paraíso, se vuelve á su mujer y le da el nombre de Eva, que significa vida, madre de la vida (7). ¿Qué cosa más contradictoria y fuera de razón, exclama

(1) Joann. VIII, 34.

(2) Id. XIX, 30.

(3) Rom. VIII, 32.

(4) Gal. II, 20.

(5) Ut servum redimeres, filium tradidisti. (*In Sabb. Sanct.*)

(6) Joann. XIX, 26, 27.

(7) Gen. III, 20.

el Abad Ruperto, llamar vida á la que no la tiene para sí, ni para sus hijos! Mas bien debiera llamarla muerte (1). Pero hay aquí, sin duda, un misterio, añade el mismo con San Epifanio. Adán le da este nombre, después de oír que de la mujer nacerá el que quebrante la cabeza de la serpiente, que le hizo merecer la muerte (2). A la mujer, hija de Eva, que le devolverá la vida por medio de su hijo, se dirige, pues, Adán, llamándola vida y madre de los vivientes. Es una profecía (3). ¿Cómo se cumple? Jesucristo, Señores, engendrándonos en la Cruz, nos da á Dios por Padre; pero para la armonía perfecta de su obra, el nuevo Adán, que nos da la vida, quiere, dice San Amadeo con San Bernardo y otros Padres, que la recibamos por una nueva Eva (4); quiere que la familia de los hijos de Dios tenga una madre, y esta ha de ser la que comparte con él las amarguras de la expiación, como Eva compartió con Adán el deleite del pecado. Es María, y viéndola al pié de la Cruz, nos la da por madre verdadera. Tenemos ya padre, tenemos ya madre: ya no somos esclavos, sino hi-

(1) ¿Quid enim tam insanus, quam in illo talis causæ iudicio, illam nuncupare Evam, id est, vitam, quæ nec saltem habebat vitam? ¿Dicere matrem cunctorum viventium illam, quæ potius est mater cunctorum morientium? (Rupert. Ab., *in Gen.*, cap. 46.)

(2) Nunc autem in eo mirabile est, quod ubi mortis corporeæ sententia ferebatur, jam spiritali morte mortuus, illic uxorem suam Evam, id est, vitam appellavit. (Id. id.)

(3) Illa Eva mater viventium vocata est, postquam audivit: terra es, et in terram reverteris; et mirum est quod post transgressionem hoc magnum cognomen habuit.... Beata Maria Dei Mater per Evam significabatur, quæ per ænigma accepit ut mater viventium vocaretur. (S. Epiphani., *Hæres.* 78.)

(4) Sicut in Eva omnes moriuntur, ita in Maria omnes vivificabuntur. (S. Amed., *Hom. 1 in Assumpt. B. M.*) Deus nos totum habere voluit per Mariam. (S. Bern., *Serm. de Nativ. B. M.*) Nova Eva mater vitæ. (S. Athan., *Orat. de Deip.*)

jos. El decreto que nos condenaba debe desaparecer, y en este momento desaparece, dice San Pablo, borrado con la sangre de Jesucristo (1). Ya no debe haber muralla al rededor del paraiso, ni espada de fuego que impida la entrada; porque Jesus permitirá que un soldado abra su costado con la lanza, para que por ella, figura de la espada espiritual, que penetra el corazon, se destruya aquel obstáculo (2).

Adan, con sus hijos, es ya hijo de Dios, y hé aquí que el primogénito de los hermanos, Jesucristo, dando un gran grito, dice: Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu (3). Cuando nos representaba pecadores, le llamaba Dios: ahora, que nos representa justificados, le llama Padre. Este grito, dice San Gerónimo, es el grito de la victoria, el cántico del triunfo, con que prueba á la vez que muere porque quiere, y que muere vencedor (4). En tus manos encomiendo mi espíritu. ¿Qué significa esto? pregunta San Atanasio (5). Escuchad. San Pablo nos dice, que somos justificados en la sangre de nuestro Señor Jesucristo (6): con ello somos sus miem-

(1) Coloss. II, 14.

(2) *¿Cur autem lanceæ latus occurrit? Nempe in figura militis cuncta quæ adversus Adamum erant, dissolvi oportuit. Cum enim Deus flamineum gladium adhibuisset, quo Adamus paradisi ingressu prohibebatur.... In dispensatione per figuram militis gladio latus objecit, ut per sensibilem lanceam spiritualis gladius in latus impingens minas deinceps cohibeat, nec jam amplius reliquis paradisi aditum recludat. (Antioch. Ptolemaid., in Cat. aurea.)*

(3) Luc. XXIII, 46.

(4) Qui morti dominatur et præcipit, potestative expirat. (S. Hieron. in Matth.)

(5) Commendat universos mortales in se vivificandos: nam sumus membra ejus, secundum illud apostoli: omnes unum sumus in Christo Jesu. (S. Athan., de Orat. Christi.)

(6) Rom. V, 9.

bros, somos su cuerpo, que vive de su espíritu (1). Entregando, pues, su espíritu al Padre, nos entrega á todos nosotros, le presenta al género humano, que ha adquirido para Dios, arrancándolo del poder del demonio, y nos deposita en sus manos, para que nos guarde como suyos (2). Entregándonos al Padre con estas palabras, dice Teofilacto, declara que hemos adquirido la libertad, y que ningun derecho tiene ya el demonio sobre nosotros (3). Con estas palabras, y con su muerte, que sigue inmediatamente á ellas, nos da, dice San Pablo, espíritu de adopción de hijos, para que llamemos á Dios padre (4), y siendo sus hijos, seamos herederos de Dios, coherederos de Cristo (5).

Ved aquí el término. Adan, con su orgullo y con su desobediencia, queriendo ser como Dios, nos hizo esclavos del demonio. Jesucristo, con su obediencia, su humillación y sus tormentos, nos hace hijos de Dios, participantes de su divina naturaleza, poseedores de la gloria de Dios.

Concluyo, Señores, porque sin duda he fatigado con exceso vuestra atención, y concluyo con dos sencillas reflexiones. Al descubrir las misteriosas relaciones entre el paraiso y el Calvario, entre Adan y Jesucristo; al admirar la sabiduría de Dios en el misterio de la pasión, para la restauración de todas las cosas (6); al contemplar

(1) I Cor. XII, 27.

(2) Hoc Verbum debet nos in spem magnam erigere, nam propterea Deus debet spiritum nostrum sibi commendatum servare ac custodire quasi rem carissimam a Filio suo emptam. (Salmer., lib. X, tract. 46.)

(3) Ante mortem Christi, magnum jus fuit diabolo in animas. A quo tempore paternis manibus commendavit spiritum, libertatem assecuti sumus ab inferno. (Theophilact. Ep. in Luc.)

(4) Rom. VIII, 15.

(5) Id. id., 17.

(6) I Cor. II, 17.

á Jesucristo derramando su sangre y muriendo en la Cruz para redimirnos de la esclavitud del pecado y hacernos hijos de Dios, recordad siempre las palabras de San Juan: De tal manera amó Dios al mundo, que le dió á su Unigénito (1). Recordad las de San Pablo: Me amó y se entregó por mí (2); y grabándolas en el corazón, decid con el discípulo: Amemos, pues, á Dios, que nos ha amado antes á nosotros (3); y con San Pablo: La caridad de Cristo nos apremia (4). Amémosle, y si alguno no ama á nuestro Señor Jesucristo, sea anatema (5). Este es el primer fruto que debemos sacar del estudio de la pasión. El segundo hélo aquí.

El hombre ha de seguir necesariamente uno de los dos caminos: ó el del Adán terreno, ó el del celestial. El primero le hace terreno (6): es camino de orgullo, de ambiciosa grandeza y de sensualidad; camino ancho y en la apariencia recto, pero que, como dice el Espíritu Santo, termina en la muerte (7), porque conduce á la desnudez, á la corrupción, á la esclavitud de las pasiones, al destierro del paraíso, al infierno. El segundo nos hace celestiales (8): camino opuesto al primero, de humillación, de penitencia, de sacrificio; parece estrecho (9), pero conduce á la vida, porque atrae la gracia, da la libertad y el noble título de hijos de Dios: termina en el cielo.

(1) Joann. III, 16.

(2) Gal. II, 20.

(3) I Joann. IV, 19.

(4) II Cor. V, 14.

(5) I Cor. XVI, 22.

(6) Id. id. XV, 47.

(7) Prov. XIV, 12.—Matth. VII, 13.

(8) I Cor. XV, 47.

(9) Matth. VII, 14.

¿Por cuál nos decidimos? Los que en el bautismo cambiamos el título de hijos de Adán por el de hijos de Dios, no podemos seguir el primero sin renunciar á este dictado, y á los derechos que nos confiere. Sigamos, pues, el camino de Jesucristo. A su entrada se nos pide como á él un sacrificio: el sacrificio del orgullo y la sensualidad, la aceptación de la humillación y de la Cruz; se nos pide que nos desnudemos del viejo Adán y de sus obras, y nos vistamos del nuevo y de sus caracteres (1). Hijos de Dios, hermanos de Jesucristo, oid su palabra: Os he dado ejemplo para que hagais lo que yo he hecho (2). El que quiera venir en pos de mí, niéguese á sí mismo, renunciando las obras de la carne y vistiéndose de mí (3); tome su cruz, abrazando el sacrificio, base y esencia de la vida cristiana, y sígame (4). ¿A dónde? En la tierra al Calvario; después al cielo, al paraíso de las delicias eternas.

(1) Ephes. IV, 24.—Colos. III, 10.

(2) Joann. XIII, 15.

(3) Rom. XIII, 14.

(4) Matth. XVI, 24.

á Jesucristo derramando su sangre y muriendo en la Cruz para redimirnos de la esclavitud del pecado y hacernos hijos de Dios, recordad siempre las palabras de San Juan: De tal manera amó Dios al mundo, que le dió á su Unigénito (1). Recordad las de San Pablo: Me amó y se entregó por mí (2); y grabándolas en el corazón, decid con el discípulo: Amemos, pues, á Dios, que nos ha amado antes á nosotros (3); y con San Pablo: La caridad de Cristo nos apremia (4). Amémosle, y si alguno no ama á nuestro Señor Jesucristo, sea anatema (5). Este es el primer fruto que debemos sacar del estudio de la pasión. El segundo hélo aquí.

El hombre ha de seguir necesariamente uno de los dos caminos: ó el del Adán terreno, ó el del celestial. El primero le hace terreno (6): es camino de orgullo, de ambiciosa grandeza y de sensualidad; camino ancho y en la apariencia recto, pero que, como dice el Espíritu Santo, termina en la muerte (7), porque conduce á la desnudez, á la corrupcion, á la esclavitud de las pasiones, al destierro del paraíso, al infierno. El segundo nos hace celestiales (8): camino opuesto al primero, de humillacion, de penitencia, de sacrificio; parece estrecho (9), pero conduce á la vida, porque atrae la gracia, da la libertad y el noble título de hijos de Dios: termina en el cielo.

(1) Joann. III, 16.

(2) Gal. II, 20.

(3) I Joann. IV, 19.

(4) II Cor. V, 14.

(5) I Cor. XVI, 22.

(6) Id. id. XV, 47.

(7) Prov. XIV, 12.—Matth. VII, 13.

(8) I Cor. XV, 47.

(9) Matth. VII, 14.

¿Por cuál nos decidimos? Los que en el bautismo cambiamos el título de hijos de Adán por el de hijos de Dios, no podemos seguir el primero sin renunciar á este dictado, y á los derechos que nos confiere. Sigamos, pues, el camino de Jesucristo. A su entrada se nos pide como á él un sacrificio: el sacrificio del orgullo y la sensualidad, la aceptación de la humillacion y de la Cruz; se nos pide que nos desnudemos del viejo Adán y de sus obras, y nos vistamos del nuevo y de sus caracteres (1). Hijos de Dios, hermanos de Jesucristo, oid su palabra: Os he dado ejemplo para que hagais lo que yo he hecho (2). El que quiera venir en pos de mí, niéguese á sí mismo, renunciando las obras de la carne y vistiéndose de mí (3); tome su cruz, abrazando el sacrificio, base y esencia de la vida cristiana, y sígame (4). ¿A dónde? En la tierra al Calvario; despues al cielo, al paraíso de las delicias eternas.

(1) Ephes. IV, 24.—Colos. III, 10.

(2) Joann. XIII, 15.

(3) Rom. XIII, 14.

(4) Matth. XVI, 24.

SEPTIMO SERMON.

Jesucristo en la Sagrada Eucaristía.

*Memoriam fecit mirabilium suorum.
escam dedit timentibus se.*

(Psalm. CX, 40.)

JESUCRISTO, Señores, no es como los personajes que el mundo llama grandes hombres, y que figuran durante breves años en la escena social, desapareciendo sin dejar en la tierra mas que sus cenizas, y el vano recuerdo de sus hechos. Es de ayer, y de hoy, y el mismo en todos los siglos (1). Es el Verbo de Dios, que tomó nuestra naturaleza para no dejarla jamás, y su humanidad, unida al Verbo, vive y vivirá eternamente. Tú eres siempre el mismo, le dice el Apóstol con el Profeta, y tus años no menguarán (2). Es verdad que se sometió á la muerte, pero resucitó para no volver á morir. Murió porque quiso (3), resucitó por sí mismo, y la muerte no tendrá ya imperio sobre él (4). Subió al cielo, y allí está, dice San Pablo, viviendo siempre para ser nuestro mediador

(1) Hebr. XIII, 8.

(2) Id. I, 12.

(3) Isai. LIII, 7.

(4) Joann. X, 18.

y abogado (1), perpetuando la mision que del Padre recibiera, hasta que llegue el dia de entregar á este el reino, para que sea todo en todas las cosas (2).

Esa mision continúa Jesucristo tambien en la tierra. Al tomar nuestra naturaleza, no se propuso tan solo levantarla en su persona al órden divino, y ofrecerla como víctima por los pecados del género humano, sino hacer de ella el instrumento por el cual lleguen á nosotros los tesoros de luz y de vida que en sí encierra, á fin de que vivamos segun su espíritu, como hijos adoptivos de Dios, llamados al cielo. Estos tesoros derrama sin cesar en el mundo intelectual y moral, como el sol difunde sus rayos en el órden de la naturaleza, por medio de su doctrina y de sus Sacramentos, de que hizo depositaria á la Iglesia, y de un modo especial por la Sagrada Eucaristía. En ella encontró el maravilloso secreto de permanecer habitando con nosotros en la tierra, sin dejar de ocupar el trono de su gloria en el cielo, y de perpetuar su mision en el mundo, para llevar al último término, en cuanto es de su parte, la restauracion y santificacion de todos y de cada uno de los hombres.

Hablemos, pues, hoy, hermanos, de Jesucristo en la Sagrada Eucaristía. Además de exigirlo el desarrollo del plan que me he trazado en estos dias, es muy justo consagrar un discurso á ese Sacramento adorable, á quien se rinden estos solemnísimos cultos. En la Eucaristía vive el Verbo encarnado para estar siempre con nosotros; renueva constantemente su sacrificio para aplicarnos los frutos de la redencion, y se une á nosotros de la manera mas íntima y amorosa para levantarnos hasta Dios y hacernos como dioses.

(1) Hebr. VII, 25.

(2) I Cor. XV, 28

PRIMERA PARTE.

El Verbo se hizo carne, y habitó con nosotros (1). Esta es, Señores, la verdad fundamental que nos lleva á conocer á Jesucristo, nos da la medida de sus grandezas, nos descubre su carácter y su misión, y establece á la vez que explica las relaciones que en él y por él tenemos con la divinidad. Nadie puede llamarse cristiano, nadie puede salvarse sin la fe en este misterio del Verbo hecho carne (2). Pero tan cierto como es este misterio, llamado por San Pablo el gran sacramento de la piedad divina (3), y por el Profeta la obra de Dios por excelencia (4), y tan necesario como la fe en él para tener la vida eterna, lo es igualmente la firme creencia del gran misterio del amor divino, y de la permanencia entre nosotros del Verbo hecho carne en la Sagrada Eucaristía, en la que se contiene real, verdadera y sustancialmente el cuerpo, la sangre, el alma, la divinidad, en una palabra, todo Jesucristo (5).

Cuando el Hijo de Dios, rodeado de innumerable turba, anunció claramente la institución de este sacramento, resistieron muchos á creerle aun entre los que se

(1) Joann. 1, 14.

(2) Necessarium est ad æternam salutem, ut incarnationem Domini nostri Jesuchristi fideliter credat. (*Symbol. S. Athan.*)

(3) I Tim. III, 16.

(4) Hab. III, 2.

(5) Si quis negaverit in SS. Eucharistiæ Sacramento contineri vere, realiter et substantialiter corpus et sanguinem una cum anima et divinitate Domini nostri Jesuchristi, ac proinde totum Christum, anathema sit. (*Conc. Trident., Sess. 13, c. 1.*)

llamaban ya discípulos suyos; pero lejos de modificar sus palabras para atraerlos, las repitió mas caracterizadas, añadiendo: Si os escandaliza lo que os digo, y os negais á creerme estando yo aún entre vosotros, ¿qué será cuando suba al cielo? (1) Abandonáronle no pocos que, como groseros y carnales, no comprendían sus palabras, y volviéndose á los apóstoles que permanecían junto á él, les dijo: ¿Y vosotros también quereis marcharos y dejarme? mostrándose resuelto á quedar sin uno solo de sus discípulos antes que retractar su bondadosa promesa, y retirar una sola de las palabras con que les anunciaba la verdad y la extensión de ella. Lleno de fe el primero de los apóstoles, que ya antes había confesado la divinidad de Jesucristo (2), respondió por todos: ¿A quién iremos, Señor, si nos separamos de ti? Tú tienes palabras de vida eterna, y nosotros hemos creído y conocido que tú eres el Hijo de Dios (3).

Frase hermosa y profunda, que da la razón de la fe y el asentimiento á todas las verdades de la religión. Creemos que Jesucristo es el Hijo de Dios, es el Verbo hecho hombre, la verdad sustancial, y creemos por lo mismo cuanto nos dice, porque sus palabras son de vida eterna. Diciéndonos, pues, que en la Sagrada Eucaristía nos da su cuerpo, su sangre, y cuanto él es, creamos sin vacilación, dice el Crisóstomo, aunque repugne á nuestros sentidos y á nuestros pensamientos (4). Creamos, dice San Gaudencio, á aquel á quien creemos ya

(1) Joann. VI, 63.

(2) Id. VI, 68.

(3) Id. 69, 70.

(4) Quoniam Verbum dicit: hoc est corpus meum: et assentiamur et credamus, et intellectualibus ipsum oculis intueamur. Nihil enim sensibile nobis Christus tradidit; sed sensibilibus quidem rebus, at omnia intelligibilia. (S. Joann. Chrysostom., *Hom. 60 ad pop. Antioch.*)

Hijo de Dios y verdad eterna. La verdad no sabe mentir (1). Para no creer, es necesario negar á Jesucristo, añade San Hilario, porque es preciso negar que sea Dios para decir que no pudo obrar este prodigio, ó que no habló verdad al anunciarlo (2). Lejos de nosotros toda duda, puesto que el mismo autor del prodigio es el testigo de su verdad (3).

Recordemos, Señores, las palabras de San Pablo á los Corintios: «Yo recibí del Señor lo que os enseñé á vosotros, que el Señor Jesus, en la noche que fue entregado, tomó el pan, y dando gracias lo partió, y dijo: Tomad y comed; este es mi cuerpo, que será entregado por vosotros: haced esto en memoria de mí. Asimismo tomó el caliz, diciendo: Este caliz es el nuevo testamento en mi sangre. Haced esto cuantas veces lo bebiéreis en memoria de mí. Porque cuantas veces comiéreis este pan y bebiéreis este cáliz, anunciareis la muerte del Señor hasta que venga.» (4) Estas palabras nos enseñan que en la Sagrada Eucaristía poseemos á Jesucristo, que en ella se sacrifica por nosotros renovando el sacrificio del Calvario, y que se une á nosotros dándonos en alimento, para comunicarnos cuanto él es.

Discurramos separadamente acerca de estas tres frases del misterio eucarístico. Por él vive Jesucristo entre nosotros. No os dejaré huérfanos, dijo á sus apóstoles. El mundo no me verá, pero vosotros me vereis (5).

(1) Credamus ergo cui credidimus. Nescit mendacium veritas. (S. Gaudent., *De ratione Sacramentor.*)

(2) De veritate carnis et sanguinis non est relictus ambigendi locus. Contingat plane iis verum non esse, qui Christum verum Deum negant. (S. Hilar., *de Trinit.*, lib. 8.)

(3) Recedat ergo omne infidelitatis ambiguum, quandoquidem qui auctor est muneris, ipse etiam testis est veritatis. (Id., *Serm.* 5 de Pasch.)

(4) I Cor. XI, 23, 26.

(5) Joann. XIV, 18, 19.

Este es mi cuerpo, esta es mi sangre (1). Yo estaré con vosotros hasta la consumacion del siglo (2).

¿Cuál es la razon de este inefable beneficio? El amor, hermanos. Todo cuanto en sus designios de misericordia hizo Dios para restaurar al hombre, y con él todas las cosas en el cielo y en la tierra, tiene su principio en el amor. De tal manera amó Dios al mundo, que le dió á su unigénito (3). El Hijo de Dios hecho hombre, le ama y se entrega á la muerte por él (4). ¿Qué otro, pues, podia ser el movil de esa invencion divina, de la que dice Santo Tomás que es el milagro de los milagros, que reúne en sí cuantas maravillas ha obrado Dios desde el principio del mundo? (5) Hablando de Jesucristo en la noche en que instituyó ese Sacramento adorable, dice San Juan: Como hubiese amado á los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el fin (6), esto es, hasta donde es posible llevar la manifestacion de su infinita caridad, ya que, como dice el Santo Concilio de Trento, derramó todas las riquezas de ella en este Sacramento (7), y ni en su omnipotencia pudo hacer mas, ni en su sabiduría supo hallar mas, ni en su amor tuvo mas que comunicar, como dice San Agustín (8).

(1) Matth. XXVI, 26, 28.

(2) Id. XXVIII, 20.

(3) Joan. III, 16.

(4) Gal. II, 20.

(5) Maximum miraculorum Christi. (S. Thom., *Opusc.* 58.) In Eucharistia Deus tot et tanta mirabilia inclusit, quot in ipso videtur quasi omnium mirabilium quæ ab initio mundi fecit, memoriam renovasse. (Id. *Opusc.* 59.)

(6) Joann. XIII, 1.

(7) Divitias sui erga homines amoris velut effudit. (*Conc. Trid.*, Sess. 13, cap. 2.)

(8) Dicere audeo quod Deus cum sit omnipotens, plus dare non potuit: cum sit sapientissimus, plus dare nescivit: cum sit ditissimus, plus dare non habuit. (S. August.)

De esta manera satisface á la gran pasion de Dios que siente el género humano. En medio de las tinieblas del entendimiento y de la corrupcion del corazon por el pecado, el hombre no pudo ni supo prescindir de Dios. Siendo de la estirpe de Dios, dice Ciceron, y dotado de la razon que es reflejo de luz divina, ha de tener necesariamente sociedad con Dios (1). Por ello David llama insensato al que niega á Dios (2); y entre los antiguos, hombre incapaz de religion, era sinónimo de irracional (3). Como la idea de Dios preside en la inteligencia, así el sentimiento de Dios, la pasion de Dios, domina el corazon. Y es que el hombre ha sido hecho para Dios, y este no es para él un bien accesorio, accidental y pasagero, sino un bien final, esencial y necesario. El alma humana con toda la fuerza de su voluntad, con toda la impetuosidad de su instinto busca á Dios, aun en las cosas que le apartan de él. Busca á Dios, dice San Dionisio, en todo lo que conoce y en todo lo que ama (4). Yerra, como dice San Pablo de los filósofos antiguos, que adoraron á las criaturas como dioses (5); pero este mismo hecho de suponer en ellas un carácter divino para adorarlas, prueba que el hombre tiene una inclinacion natural á acercarse á Dios, á estar en su compañía, á unirse íntimamente con él.

No pudiendo levantarse hasta Dios el alma abismada en la carne, se fingió dioses con quienes comunicarse, aunque solo exterior y sensualmente, y los multiplicó

(1) *Homines deorum agnatione et gente tenentur..... ex quo vel agnatio nobis cum cœlestibus, vel genus, vel stirps appellari possit. (Cicer., De legib., L. 1, §. 7 et 8.*

(2) Psalm. XIII, 1.

(3) *Joubert*, t. 1, p. 113.

(4) S. Dionys., *de div. nomin.*

(5) Rom. I, 22.

para estar á todas horas á la sombra de una deidad. Dioses en la ciudad y en el campo, en el hogar doméstico y en los caminos, en el mar y en la tierra; dioses para todas las edades y todos los estados, para la paz y la guerra, para la vida y la muerte, de modo que ni un paso se diera sin ponerse en relacion con una deidad. Así queria el hombre satisfacer la necesidad de Dios, que vivamente sentia, y se afanaba, aunque inútilmente, para suplir la ausencia del Dios verdadero, de quien se habia alejado con dioses fantásticos, que se daba á sí mismo.

Recordad las palabras de Moisés á los Hebreos: No hay nacion tan grande y privilegiada que tenga sus dioses tan cerca, como está cerca de nosotros nuestro Dios (1). Este título de gloria se fundaba en que el Señor hacia sentir su presencia en el Tabernáculo que habia mandado se le levantase en medio del campamento. Pero esa manifestacion de Dios, esa aproximacion de que se envanecía el pueblo escogido, lo era solo en los símbolos y figuras que mantenian la fe en las divinas promesas, y alimentaban la esperanza de los bienes futuros, de que era sombra la antigua ley. La comunicacion verdadera entre Dios y el hombre tuvo principio en la Encarnacion: la realizó el Verbo hecho carne para habitar con nosotros, en términos que el discípulo amado pudo decir en su primera carta: «Os anunciamos lo que vimos y oímos; lo que fué desde el principio, lo que miramos y palparon nuestras manos del Verbo de la vida, para que tengais comunion con nosotros, y nuestra comunion sea con el Padre y con su Hijo Jesucristo (2); y el mis-

(1) Deuter. IV, 7.

(2) I Joann. I, 1, 3.

mo Hijo de Dios dijera á los que le seguian: Dichosos los ojos que ven lo que veis vosotros: muchos profetas y reyes lo desearon, y no les fué dado conseguirlo (1).

Acercábase, empero, el momento de consumir su obra, sacrificándose por los hombres, y debía volver al Padre. Salí de él y vine al mundo, decia á los Apóstoles: ahora dejo al mundo y vuelvo al Padre (2). Este anuncio los llenó de tristeza, y Jesus los consuela diciendo: no os dejaré huérfanos (3). En esa noche memorable, dice San Juan, sabiendo Jesus que era llegada la hora de pasar de este mundo al Padre, como hubiese amado á los suyos, los amó hasta el fin (4). Su amor le hace comprender que la humanidad entera quedaria sumergida en la tristeza que oprimia á los Apóstoles, y que del fondo de todos los corazones llegaba al suyo lo que mas tarde, sin conocerle, dirian los discípulos de Emaús: *Mane nobiscum, Domine* (5); y sabiendo que el Padre dejó todas las cosas en sus manos (6), pone al servicio de su amor esa omnipotencia que el Padre le ha dado, obra el prodigio de la transubstanciacion, convirtiendo el pan y el vino en su cuerpo y sangre (7), y satisface las aspiraciones de la humanidad, permaneciendo con nosotros de una manera misteriosa pero real, que le permite estar á la vez en la tierra, y en relacion íntima y amorosa con los hombres, al tiempo mismo que sube al cielo para prepararles el lugar que ocuparán un dia, si le son fie-

(1) Luc. X, 23, 24.

(2) Joann. XVI, 28.

(3) Id. XIV, 18.

(4) Id. XIII, 1, 3.

(5) Luc. XIV, 29.

(6) Joann. XIII, 2.

(7) Ea omnipotentia qua Verbum factum est caro, fit Eucharistia caro Verbi. (S. Justin., *Apolog.* 2.)

les (1), y para enviarles al Espíritu Santo que los santifique, á fin de que sean dignos de la gloria (2).

Invencion sublime, Señores, llamada por los Santos Padres Sacramento de los Sacramentos, milagro de los milagros (3), y amor de los amores (4), que nos hace poseer á Jesucristo, y perpetúa su estancia y su vida entre nosotros.

Habiendo venido al mundo para destruir el imperio de las concupiscencias que en él reinaban, y para reparar las ruinas que causara el orgullo y el espíritu de independencia, dando origen al egoismo y á la sensualidad, se humilló á sí mismo, y se hizo obediente hasta la muerte de Cruz (5), dando su vida para el rescate del género humano, en fuerza de su infinito amor (6), despues de pasar derramando bienes por do quiera (7). Esa humillacion, esa obediencia y esa caridad, forman tambien su carácter en ese Sacramento. En su vida mortal y en la Cruz, dice Santo Tomás, ocultó tan solo su divinidad; aquí esconde tambien su humanidad (8). Allá se humilló hasta ocupar el último lugar entre los hombres (9); aquí desciende á lo mas ínfimo, encerrando la sustancia de su cuerpo en accidentes que no son suyos, y se reduce á la pequeñez de las especies sacramentales, despojado de toda apariencia, y como muerto, siendo la misma vida.

(1) Joann. XIV, 2.

(2) Id. XVI, 7.

(3) Sacramentum Sacramentorum, mysterium mysteriorum. (S. Dionys., *de Div. Hierarch.*)

(4) Amor amorum. (S. Bernard.)

(5) Philip. II, 8.

(6) Ephes. V, 2.

(7) Act. X, 38.

(8) In Cruce latebat sola Deitas, at hic latet simul et humanitas. (S. Thom., *Rythm. Euch.*)

(9) Isai. LIII, 3.

Sobre la tierra se mostró sin voluntad propia, para hacer solo la del Padre (1). Se sometió á la obediencia de María y de José (2), y obedeció hasta á sus mismos enemigos. Aquí obedece á la palabra de todo sacerdote que le hace venir á sus manos, consagrando el pan y el vino, y á la voluntad de quien le expone públicamente, ó le encierra en el Sagrario, y á la de cuantos quieren recibirle en su pecho, siquiera sea indignamente y para ultrajarle.

En los días de su carne vivió oculto en Nazaret, y amó siempre la soledad y la oracion. En la Sagrada Eucaristía se esconde, y su estado en ella es el de una inmolation perpétua y de una oracion no interrumpida. Allá, no solo abrazó la humillacion voluntaria, sino que se sometió al desprecio, al abandono y á la persecucion; y aquí sufre la persecucion de los herejes, las blasfemias y el desprecio de los impíos, y la indiferencia y abandono de los que, llamándose cristianos, no tienen de tales mas que el nombre. Allá, en fin, su corazon estuvo siempre dispuesto á oír todas las súplicas, á remediar todas las miserias y enjugar todas las lágrimas; aquí hace lo mismo y acoge al pecador, perdona á la adúltera, abraza al hijo pródigo, y repite á cada momento: Venid á mí todos los que trabajais y estais cargados, y yo os aliviaré y os daré fuerzas (3). ¡Oh humildad de Jesus, cómo confundes nuestro orgullo! ¡Oh amor, cómo no triunfas de la indiferencia filosófica, de la impiedad libertina, de la hipocresía farisáica, y de la tibieza tan general entre los mismos cristianos!

¿Pero es tan solo permanecer entre los hombres, y

- (1) Joann. VI, 38.
 (2) Luc. II, 51.
 (3) Matth. XI, 28.

derramar en sus corazones tesoros de caridad, lo que se propuso Jesucristo al instituir ese Sacramento? No, hermanos: esto no basta á sus amorosos designios. Tres son las causas de su institucion, dice Santo Tomás: la memoria del Salvador, el sacrificio del altar, el alimento del hombre (1). Hemos visto la primera: fijémonos ahora en la segunda.

En el discurso anterior consideramos á Jesucristo como Redentor del género humano, y reconciliando al mundo con Dios. Con la oblacion voluntaria del cuerpo de Cristo hecha una sola vez, somos santificados, dice San Pablo (2). ¿Cesará con ello todo sacrificio? No, Señores: el sacrificio es el acto principal de la religion; esta es necesaria y natural al hombre; pero no se concibe sin sacrificio; que por ello dice Santo Tomás, que su oblacion es de derecho natural (3). Cesarán, sí, las víctimas antiguas, que no eran sino una figura del Cordero de Dios que quita los pecados del mundo (4), y que en su misma variedad y multiplicacion, dice San Juan Crisóstomo, acusaban su insuficiencia para expiar el pecado (5), que no se borra con la sangre de los machos de cabrío y de los becerros (6), sino con la del Cordero místicamente sacrificado desde el principio del mundo (7); pero no cesará el sacrificio de este Cordero que

(1) Causa institutionis est triplex: memoria Salvatoris, sacrificium altaris, cibus hominis. (S. Thom., *Opusc.* 58, c. 1.)

(2) Hebr. X, 14.

(3) Oblatio sacrificii pertinet ad jus naturale. (S. Thom., 2. 2, quæst. 85, art. 1.)

(4) Joann. I, 29.

(5) Illæ autem hostiæ multæ. Ideo enim non validæ, quia multæ. Quid enim opus erat multis, si una sufficeret?..... Secus autem in Christo. Semel oblatus est, satisque ea in æternum oblatus fit. (S. Joann. Chrysost., *Hom. 17 in Ep. ad Hebr.*)

(6) Hebr. X, 4.

(7) Apoc. XIII, 8.

pacífica al cielo y á la tierra (1). El Profeta lo habia anunciado en nombre de Dios: «Desde donde nace el sol hasta donde se pone, grande es mi nombre entre las gentes, y en todo lugar se sacrifica y ofrece á mi nombre ofrenda pura: porque grande es mi nombre entre las gentes, dice el Señor de los ejércitos (2).

Dios Padre ungió á su Hijo Sacerdote eterno segun el orden de Melchisedech (3). Si Sacerdote, dice San Pablo, ha de tener algo que ofrecer (4). Si Sacerdote para siempre, no ha de cesar la oblacion del sacrificio. Si Sacerdote segun el orden de Melchisedech, ya no tendrá lugar la oblacion de víctimas sangrientas que pertenecian al orden de Aaron, sino la del pan y del vino, que como Sacerdote del Dios Altísimo ofreció Melchisedech (5). Tanto el sacrificio de este como los de Aaron, eran figurativos del de Jesucristo; pero los del último, sacrificios sangrientos, que anunciaban el del Calvario, debieron cesar y cesaron en cuanto fué inmolado Jesucristo en la Cruz, como habia profetizado Daniel (6). Carecian de objeto, porque nada significa la figura, cumplida ya la realidad, habiendo entrado Cristo Jesus por su propia sangre en el tabernáculo, encontrando la redencion eterna (7). El de Melchisedech no debia cesar, sino durar perpétuamente, elevado á mas sublime excelencia, como reconocieron los mismos judíos (8).

(1) Colos. I, 20.

(2) Malach. I, 2.

(3) Psalm. CIX, 4.

(4) Hebr. VIII, 3.

(5) Gen. XIV, 18.

(6) Dan. IX, 27.

(7) Hebr. IX, 11, 12.

(8) Tempore Messiae omnia sacrificia cessabunt; sed sacrificium panis et vini non cessabit. Rex Messias excipiet a cessatione sacrificiorum sacri-

Ahora bien: esa oblacion figurativa del pan y del vino, hecha por aquel gran Sacerdote, tiene su cumplimiento en la Sagrada Eucaristía. En la noche en que el Pontífice eterno, Cristo Jesus, instituyó el sacerdocio de la nueva ley y el sacrificio que debia sustituir á los antiguos, tomó en sus manos el pan y el vino, y dando gracias al Padre, los bendijo diciendo: Tomad y comed, este es mi cuerpo, que por vosotros será entregado: tomad y bebed, esta es mi sangre, que por vosotros será derramada: esta es la sangre de la nueva alianza, que Dios hace con el hombre. Cuantas veces hagais esto, hacedlo en memoria de mí. Cuantas veces, pues, haciendo esta oblacion al Padre, comereis este pan y beberéis esta sangre, anunciareis la muerte del Señor hasta que venga, esto es, hasta el fin de los tiempos (1).

Ved ahí, Señores, al Sacerdote; ved la víctima y su inmolacion y el objeto de ella. El Sacerdote es Cristo Jesus, á quien dice Dios Padre: Tú eres Sacerdote eterno segun el orden de Melchisedech (2), y que realiza lo que este figurára, ofreciendo el pan y el vino. La víctima, Jesus lo dice, es su cuerpo sacrificado para salud del mundo. La inmolacion la expresan sus palabras con que consagra separadamente el pan y el vino, y convierte la sustancia de aquel en su cuerpo, y la de este en su sangre, separándolas como en señal de destruccion y de muerte. El objeto del sacrificio es el perdon de los pecados, la reconciliacion con Dios, la alianza, el tratado de paz entre el Criador y la criatura, que se ratifica con la sangre de Jesucristo, como la antigua alianza con la

ficiam panis et vini, sicut dicitur: tu es Sacerdos in æternum secundum ordinem Melchisedech. (Rabbi Finees, in *Bereschit Rabba.*)

(1) Matth. XXVI, 26, 28.—I Cor. XI, 23, 26.

(2) Psalm. CIX, 4.

de las víctimas que ofreció Moisés (1). Su perpetuidad, en fin, en las palabras de Jesucristo: Haced esto en memoria de mí (2); y como se lee en San Pablo: Anunciad con esto la muerte del Señor hasta que venga (3).

Así es, Señores, como Jesucristo perfecciona y perpetúa su obra. Descendió del cielo para restaurar todas las cosas (4), y para cumplir lo que había anunciado Dios por el Profeta: Vendrán días en que celebraré una alianza nueva con la casa de Israel y con la casa de Jacob, no como la que hice con sus padres el día que, tomándolos por la mano, los saqué de Egipto; sino que daré mi ley en sus entrañas, y la escribiré en sus corazones, y yo seré su Dios, y yo seré su pueblo (5).

El pueblo de la nueva alianza ha de ofrecer á Dios sacrificio como el de la antigua; pero mas perfecto que los de este, cuanto es mas perfecto el nuevo testamento, como dice S. Pablo (6); y así como en el Antiguo se ofrecían á Dios los animales, con cuya sangre fué confirmada y sellada la alianza primera, así en el Nuevo, la víctima no puede ser sino la que con su sangre consumió la alianza anunciada por el profeta, purificando al mundo de sus pecados y encontrando la redención eterna. Esa víctima es Jesucristo, que estableciendo el nuevo sacerdocio, por medio de él quiere ser víctima ofrecida á Dios en todo lugar y en todo tiempo, perpetuando el sacrificio de la cruz, por el cual entró una sola vez

(1) Hebr. IX, 19, 20.

(2) I. Cor. XI, 24.

(3) Id. id., 26.

(4) Ephes. I, 10.

(5) Jerem. XXXI, 31, 33.

(6) Hebr. VIII, 6.

para siempre como Pontífice eterno en el santuario del cielo, para presentarse delante de Dios por nosotros (1).

En la cruz se ofreció él mismo porque quiso (2); aquí se pone en nuestras manos para que le ofrezcamos nosotros. Ofreciéndolo, rendimos á Dios el culto supremo de adoracion, que es el primer deber de la criatura y el acto esencial de la religion, inmolándole en holocausto esa víctima preciosísima, que es su Hijo muy amado, en quien tiene todas sus complacencias (3). Con esta oblacion tributamos á Dios la mas perfecta accion de gracias por sus beneficios, presentándole en sacrificio eucarístico á su Hijo, cuya grandeza iguala á la del Padre (4). Siendo como somos pecadores, que todos los días ofendemos á Dios en muchas cosas (5), atraemos su misericordia por medio de esa hostia de propiciacion, que sacrificada una vez en la cruz por los pecados del mundo, se ofrece todos los días en el altar para que se nos apliquen sus méritos en remision de nuestras culpas cotidianas (6). Por este sacrificio, en fin, imploramos de la bondad divina, todos los bienes conducentes á nuestra salvacion, y nos llegamos con confianza al trono de la gracia, á fin de alcanzar misericordia, y hallar gracia para ser socorridos en tiempo oportuno (7), presentando á Dios por mediador á Jesucristo, que nos dice: Si alguna

(1) Hebr. IX, 24.

(2) Isai. LIII, 7.

(3) Matth. XVII, 5.

(4) Joann. X, 30.

(5) Jacob. III, 2.

(6) Sicut Corpus Christi semel oblatus est in cruce pro debito originali, sic offeratur jugiter pro nostris delictis in altari, et habeat in hoc Ecclesia munus ad placandum sibi Deum super omnia legis sacrificia. (S. Thom., Opusc. 58, c. 1.)

(7) Hebr. IV, 16.

cosa pidiéreis al Padre en mi nombre, creed que os será concedida (1).

Comprendamos, pues, Señores, cuánto debemos á Jesucristo por haber instituido la Sagrada Eucaristía, para perpetuar en la tierra la oblacion salvadora de su cuerpo y sangre, y llenos de gratitud y de amor aprovechémonos de este inefable beneficio, asistiendo con fe y con humildad al gran sacrificio. Ofrezcámoslo á Dios en union del mismo Jesucristo que se inmola en manos del sacerdote, participando de él por la comunión, que es el complemento de esta obra divina.

Siempre, Señores, y en todos los pueblos, lo mismo en el hebreo, que conservó las tradiciones primitivas, que en los gentiles que las adulteraron, siempre la manducacion de la víctima era considerada como la consumacion del sacrificio. Comiendo lo que se habia ofrecido á Dios, y era mirado como cosa santificada y hecha divina por la aceptacion del sacrificio, figuraban confirmar su alianza con Dios y unirse á él por la participacion de lo que era suyo, para recibir el fruto de la inmolation. En el sacrificio sangriento de la Cruz no pudo tener lugar esta participacion, y Jesucristo lo realiza en el Eucarístico con aquellas palabras: Tomad y comed; este es mi cuerpo, que por vosotros será entregado á la muerte: tomad y bebed; esta es mi sangre, que se derramará para vuestro rescate (2). Por ello decia San Ambrosio: Si cuantas veces se derrama místicamente esta sangre, se ofrece en remision de los pecados, debo recibirla siempre, para que siempre se me perdonen. Ya que soy débil y caigo siempre, debo tomar todos los dias esa

(1) Joann. XVI, 23.

(2) Matth. XXVI, 28.

medicina (1). Por ello la Santa Iglesia, en el Concilio de Trento, exhorta á todos los fieles á que asistan al augusto sacrificio del altar, y á que no se priven de la participacion perfecta de él por la Comunión eucarística (2). Por ello el mismo Jesucristo, al anunciar la grande obra de su amor, decia á las turbas: Si no comiéreis la carne del Hijo del hombre, y no bebiéreis su sangre, no tendreis vida en vosotros: el que come mi carne y bebe mi sangre, vivirá eternamente, porque vivirá de mi misma vida (3).

La comunicacion de esta vida consumando su union con nosotros, es lo que se propuso el Salvador al instituir la Sagrada Eucaristía. Fijemos en ello nuestra consideracion.

SEGUNDA PARTE.

Tomad y comed: este es mi cuerpo. Tomad y bebed: esta es mi sangre (4). Ved aquí, Señores, la mas sublime manifestacion de la caridad infinita con que nos ama el Verbo hecho hombre. Con razon dice San Juan: Como

(1) Si quoties effunditur sanguis, in remissionem peccatorum funditur, debeo illum semper accipere, ut semper mihi peccata dimittantur. Qui semper pecco, semper habere debeo medicinam. (S. Ambros., *De Sacram.*)

(2) Optaret S. Synodus, ut singulis Missis fideles adstantes, non solum spirituali affectu, sed Sacramentali etiam Eucharistiæ perceptione communicarent. (*Conc. Trid.*, sess. 22, cap. 6.)

(3) Joann. VI, 54.

(4) Matth. XXVI, 26, 28.

amase á los suyos, los amó hasta el fin (1); esto es, como explica Santo Tomás, hasta el último término del amor, deteniéndose allí, porque no puede ir mas allá (2). Ved aquí también satisfecha la última aspiración del hombre, que sintiendo la suavísima presión de la caridad divina, y amando á Jesucristo con todo su corazón, anhela unirse á él, y exclama con el Profeta: Como desea el ciervo las fuentes de las aguas, así mi alma te desea á ti, oh Dios (3); y con los siervos de Job, cuyo amor á este les hacía repetir: ¿Quién nos dará saciarnos de su carne? (4)

La caridad con que nos ama el Verbo, le hizo tomar nuestra naturaleza, y habitar con nosotros. Esa caridad le impulsó á sacrificarse en la cruz para redimirnos, y pareciéndole poco, porque podía más, le hizo quedarse en nuestra compañía, á la vez que está en el cielo á la diestra del Padre, porque tiene sus delicias en estar con los hijos de los hombres (5); y le llevó por fin á dárse nos en alimento, para estar en cada uno de nosotros con unión tan íntima como la del alimento con quien lo toma (6).

Hablando un día con sus discípulos, les decía: He venido para que los hombres tengan vida, y vida más abundante; esto es, la vida de la gracia que les prepara la vida de la gloria (7). Abriéndoles otra vez su corazón, añadía: Manteneos en mí, y yo en vosotros, por unión íntima

(1) Joann. XIII, 1.

(2) Ad ultimum finem amoris. (S. Thom.)

(3) Psalm. XLI, 2.

(4) Job. XXXI, 32.

(5) Prov. VIII, 31.

(6) Uniuntur enim in unitate corporis cibus et sumens. (S. Thom. Opusc. 58, c. 5.)

(7) Joann. X, 10.

tima y amorosa (1). Como el Padre me amó á mí, os amé yo á vosotros. Manteneos, perseverad en mi amor (2). Esa comunicación de vida, esa unión estrecha, ese amor como el amor del Padre, es lo que se propone y realiza en la Sagrada Eucaristía, dándonos en alimento para completar la obra de su bondadoso designio de restaurar todas las cosas en el cielo y en la tierra, y levantarnos hasta ser como Dioses.

Recordemos, para comprenderlo mejor, las palabras que dijo al anunciar este prodigio de amor un año antes de su muerte. Yo soy el pan vivo, que he bajado del cielo: si alguno comiere de este pan, no morirá, sino que vivirá eternamente. El pan que yo daré, es mi carne para vida del mundo. Mi carne es verdadera comida, y mi sangre verdadera bebida. El que come mi carne y bebe mi sangre, está en mí y yo en él. Como me ha enviado el Padre vivo, y yo vivo por el Padre, el que me come vivirá por mí. El que come este pan vivirá eternamente (3).

Estas palabras de Jesucristo nos hacen conocer, que en el Sacramento Eucarístico nos da un principio fecundo de vida espiritual, un lazo que nos estrecha íntimamente con él, y una comunicación de amor que nos deifica, por así decirlo.

Vosotros lo sabéis, Señores. En el paraíso, destinado para habitación del primer Adán, puso Dios el árbol de la vida (4), cuyo fruto debía conservar en la integridad de sus fuerzas, y hacerle inmortal (5). Prefirió el hom-

(1) Joann. XV, 4.

(2) Id. id., 9.

(3) Id. VI.

(4) Gen. II, 9.

(5) A Lapide in Gen. cap. 2.

bre la fruta de otro árbol funesto, y arrojado en castigo de aquel lugar de delicias, quedó privado de los beneficios influjos del primero, y sometido á la muerte. En la restauracion por el segundo Adan, no devuelve Dios al hombre aquel árbol, porque su efecto era solo para el cuerpo, y Dios no le quiere inmortal sobre la tierra, y porque no le destina ya al paraiso terrenal, sino al eterno del cielo. Pero le prepara en cambio otro fruto de vida, que es el pan bajado del cielo, para dar al mundo la vida espiritual (1). Yo soy, dice Jesus, el pan de la vida: el que le come, vivirá eternamente (2). Tomad y comed mi cuerpo, que es ese pan (3): el que se alimenta de mí, no morirá de muerte eterna (4).

¿Cómo ha de morir, dice San Ambrosio, aquel cuyo alimento es la misma vida, el Verbo en quien está la vida, y que se hizo carne para vivificar al hombre muerto por el pecado? (5) El cuerpo de Cristo nos vivifica, dice San Cirilo, y por su virtud nos libra de la corrupcion del pecado (6); porque es alimento de inmortalidad, añade San Cipriano con San Ignacio, y una medicina para que no muramos, sino que vivamos siempre (7), librándonos por ello de las culpas cotidianas, y reser-

(1) Sicut in paradyso lignum vitæ fuit, quo jugis subsisteret status hominis, ita provisum est in Ecclesia hoc mysterium salutis. (Paschas., *De Corp. et Sang. Dom.*)

(2) Joann. VI, 51, 52.

(3) Matth. XXVI, 26.—Joann. VI, 52.

(4) Id. id., 59.

(5) ¿Quomodo morietur is, cui cibus vita est? (S. Ambros., *Serm.* 18 in *Ps.* 118.)

(6) Vivificat Corpus Christi, et ad incorruptionem sua virtute perducit. (S. Cirill. Alex., in *Joann.*, c. 37.)

(7) Alimonia immortalitatis. (S. Ciprian., *Serm. de Euch.*) Antidotum ne moriamur, sed vivamus semper in Christo Jesu. (S. Ignat. M., *Ep. ad Ephes.*)

vándonos de los pecados mortales, como nos enseña el Santo Concilio de Trento (1).

¡Maravillosa analogía, hermanos! Nuestra ruina tuvo origen en la palabra con que la serpiente engañó á la primera mujer. Tomad y comed, le dijo, de la fruta que Dios os prohíbe: no morireis, sereis como dioses (2). Comió Eva, hizo comer á Adan, y sobrevino la muerte del alma y la del cuerpo para ellos y para toda su descendencia (3). El Hijo de Dios, restaurador de todas las cosas, nos dice á su vez: Tomad y comed: el que come este pan, no morirá, vivirá eternamente. Tendrá en sí la vida eterna, y yo le resucitaré en el último día para hacerle feliz en su alma y en su cuerpo (4). Así se reparan con inmensa ventaja las pérdidas de aquella comida fatal (5). Bendito, dice San Andrés de Creta, bendito ese fruto divino, ese pan vivo bajado del cielo, que comido por Adan pecador, es decir, por la descendencia del primer padre, le hace arrojar de su seno el bocado antiguo que habia tragado inconsideradamente. Bendito ese fruto que endulza la amargura del árbol funesto, y purifica á la naturaleza humana: ese fruto que se convierte en un pan nuevo, en alimento no preparado en tierra labrada, en el pan de la vida, esto es, el cuerpo del Señor y el cáliz de inmortalidad y de bebida saludable (6).

(1) Antidotum quo liberamur a culpis quotidianis, et a peccatis præservamur. (*Conc. Trid.*, sess. 13, cap. 2.)

(2) Gen. III, 4.

(3) Id. id., 6.—Rom. V, 12.

(4) Joann. VI, 55.

(5) Homo cecidit a vita beata per cibum corporalem a Deo vetitum, et ab homine usurpatum, diabolo suggerente, et ideo conveniens existit ut similia similibus, et contraria contrariis curarentur, quod scilicet homo reduceretur ad vitam, a qua ceciderat, per cibum similiter corporalem a Deo præstitum, et ab homine sumptum, ipso Dei Filio ministrante et imperante. (S. Thom., *Opusc.* 59, c. 6.)

(6) Benedictus fructus de quo comedens Adam protoplastus veterem illam sorbitionem qua deceptionis escam admisus est, evomuit: fructus

Jesucristo pasa adelante y nos dice: El que come mi carne y bebe mi sangre, está en mí y yo en él (1). Ya no es solo la vida espiritual la vida de la gracia comunicada al alma por este Sacramento con mas abundancia que por los demás, puesto que nos alimenta de sí mismo el Verbo encarnado, lleno de gracia y de verdad, para que de su plenitud recibamos todos (2), y que nos dice en el Evangelio: El que tenga sed, venga á mí y beba, y en su seno brotará fuente de aguas vivas, que saltan hasta la vida eterna (3). Es mas lo que se nos promete: es la union con Jesucristo, que habita y permanece en nosotros, y nosotros en él.

El Verbo tomó nuestra carne y la divinizó en su persona, y esa misma carne así divinizada, nos la da en alimento para hacernos participantes de la nobleza que de su union personal recibiera (4). ¡Qué amor, hermanos! ¡Y cómo nos explica la sublime grandeza de nuestra restauracion por Jesucristo!

Apoyados en la autoridad del divino Maestro, escribe San Fulberto, nos atrevemos á decir que por la Comunión nos incorporamos con él, y él permanece en nosotros, no solo por la concordia de voluntades, sino por la realidad de la naturaleza unida; porque si el Verbo se hizo carne, y nosotros recibimos ese Verbo-carne, no podemos menos de reconocer que Cristo está y habita en

unde amari gustus ligni dulcoratio, humanam naturam depurgans manat.... fructus ex quo vitalis ille panis (Corpus scilicet Dominicum) producit: immortalitatisque Calix salutaris potio exhibetur. (S. And. Cret., *Serm. 1 de Annunt.*)

(1) Joann. VI, 57.

(2) Id. I, 16.

(3) Id. VII, 38.

(4) Volui frater vester fieri: carni propter vos, et sanguini communicavi: vobis vicissim ipsam carnem et sanguinem, per quæ cognatus vester factus sum, trado. (S. Joann. Chrysost., *Hom. 61 ad pop. Antioch.*)

nosotros (1). La Comunión Eucarística, añade San Hilario, hace que estemos en Cristo y Cristo en nosotros, y esto es una verdad que no puede negar quien crea que Jesucristo es Dios, ya que él mismo nos lo enseña (2). Porque el hombre, en su pequeñez, no podía alimentarse del Verbo, dice San Agustín, este se hizo carne para que pueda comerlo el hombre (3); y así como el pan se encarna en la madre y pasa por sus pechos la sustancia de él para alimentar á sus hijos, así se encarnó el Verbo y pasa por la Eucaristía para comunicarse al hombre hecho Hijo de Dios (4).

Union la mas estrecha, comunicacion la mas amorosa que concebirse pueda, dice Santo Tomás. No basta á la caridad del Verbo haberse hecho hombre para ser compañero de nuestra peregrinacion; no le basta haberse humillado para servir al hombre en sus necesidades y miserias; no le satisface haberse dado en precio de nuestro rescate. Todo esto deja todavía entre él y nosotros alguna separacion, y queriendo su amor llegar á una union omnimoda, se nos da en alimento, ya que se

(1) Magistri auctoritate animati, dum Corpori ejus et sanguini communicamus, audenter fatemur nos in Corpus illius transfundi, et ipsum in nobis manere.... non solum per concordiam voluntatis, sed per naturæ unitæ veritatem. Si enim Verbum caro factum est, et nos vere Verbum carnem cibo dominico sumimus, quomodo non naturaliter Christus in nobis manere existimandus sit? (S. Fulb. Carnot., *Ep. 1 de Ven. Euch. Sac.*)

(2) Hæc accepta atque hausta id efficiunt, ut nos in Christo, et Christus in nobis sit. Anne hoc veritas non est? Contingat plane iis verum non esse, qui Christum Jesum verum esse Deum negant. (S. Hilar., lib. 8, *De Trinit.*)

(3) Quare hoc factum est propter te? Ut sugeret, qui manducare non poterat. (S. Aug., *Tract. 1 in Joann.*)

(4) Incarnatur panis, et trajicitur per mamillam ut veniat ad infantem: incarnatur Verbum, et trajicitur per Eucharistiam, ut veniat ad hominem. (S. Aug., *in Ps. 33.*)

unen en unidad de cuerpo el manjar y quien lo toma (1). Nos hacemos un mismo cuerpo con Jesus, dice San Juan Crisóstomo, miembros de su carne y de sus huesos, por el alimento que nos ha dado, queriendo manifestar el ardiente deseo y amor que nos tiene (2), y que le hace llegar en su manifestacion á cuanto reclama ese amor para satisfacerse á sí mismo (3).

¡Oh grandeza y gloria del cristiano! Oh amor de Dios! esclama San Cirilo. Participando dignamente de estos misterios, nos hacemos concorpóreos y consanguíneos de Cristo (4). Le tenemos en nosotros, no con una union de afecto, no como un amigo en el corazon del amigo, sino con una union perfecta y natural; porque así como poniendo al fuego un pedazo de cera cubierto con una capa de la misma materia, de las dos se forma una sola, así por la participacion del cuerpo y de la sangre de Jesucristo, él se une á nosotros, y nosotros á él (5). Reconoce pues, oh cristiano, tu dignidad, diremos con S. Leon, y hecho participante de la divina na-

(1) Magnum est se dare in socium peregrinationis, et in servum necessitatis, majus in pretium redemptionis: tamen tale donum adhuc est in aliqua separatione ab eo cui datur; sed cum datur in cibum datur ad omnimodam unionem. Uniuntur autem in unitate corporis cibus et sumens. (S. Thom., *Opusc.* 58, c. 5.)

(2) Unum corpus efficitur: membra, inquit, ex carne ejus, et ex ossibus ejus.... hoc namque per escam efficitur, quam largitus est nobis, volens ostendere desiderium quod erga nos habet. (S. Joann. Chrysost., *Hom.* 61 ad pop. Antioch.)

(3) Nihil omissit quod vehementer amantem deceret. Id. in Joann. 13.)

(4) ¡Oh honorem christiani! ¡Oh amorem Dei! Digni effecti divinis mysteriis, concorporei et consanguinei Christi facti estis. (S. Cirill. Hieros., *Catech.* 5.)

(5) Sicuti enim si quis liquefactæ ceræ aliam ceram infuderit, alteram cum altera per totum commisceat necesse est, sic qui carnem et sanguinem Domini recipit, cum ipso ita conjungitur, ut Christus in ipso, et ipse in Christo inveniatur. (S. Cirill. Alex., *lib.* 4 in Joann., c. 17.)

turalaleza, no quieras volver á la vileza antigua por el desorden de tu vida. Acuérdate que eres miembro de la cabeza y del cuerpo de Cristo (1), y nada temas tanto como separarte de él, porque dejarás de ser miembro suyo, y por lo mismo no te vivificará el espíritu de Cristo (2), que dice: El que se alimenta de mí, vivirá por mí, como yo vivo por el Padre (3).

Doble sentido tienen estas palabras, segun las explican San Juan Crisóstomo y San Agustin. Fijémonos brevemente en uno y en otro. El primero nos hace comprender mas y mas la grandeza á que nos levanta Jesucristo por la Sagrada Eucaristía. El segundo nos enseña el término á que debemos encaminar nuestra vida, ennoblecida por la Comunión Eucarística.

Como yo vivo por el Padre, así el que me come vivirá por mí. Es esta, dice el Crisóstomo con San Hilario, una comparacion y semejanza, esto es, vivo yo como el Padre. Diciendo por el Padre, expresa tan solo la causa de su vida, y viene á decir: Como vive el Padre, así vivo yo. Si el Padre está en mí y yo en él, y por lo mismo yo vivo por el Padre, es evidente que quien por la Comunión está en mí y yo en él, vivirá por mí (4). Expliquemos mas estas palabras. El Padre, que eternamente

(1) S. Leo, Serm. 1 de Nativit. Dom.

(2) I Corinth. XV, 22.

(3) Joann. VI, 58.

(4) Si in me manet, et ego vivo; plane et illum victurum perspicuum est. Inde inquit: Sicut missit me.... Hæc comparatio est et similitudo, hoc est, vivo ego sicut et Pater.... ¿Quid ergo signat propter Patrem? Causam tantum. Quod autem ait, ejusmodi est; sicut vivit Pater, ita et ego. (S. Joann. Chrysost., *Hom.* 46 in Joann.)—Vivit per Patrem, et quomodo per Patrem vivit, eodem modo nos per carnem ejus vivimus. Omnis enim comparatio ad intelligentiæ formam præsumitur, ut id de quo agitur. Hæc ergo vitæ nostræ causa est quod in nobis carnalibus manentem per carnem Christum habemus: victuris nobis per carnem ea conditione qua ille vivit per Patrem. (S. Hilar., *lib.* 8, *De Trinit.*)

engendra al Hijo, le comunica su vida: enviándole á la tierra en la plenitud de los tiempos por la Encarnacion, comunica aquella misma vida divina á la naturaleza humana de Cristo, que la recibe del Padre, en el Padre y para el Padre. De la misma manera el cristiano, alimentado del cuerpo y sangre de Cristo, se hace participante de la naturaleza y vida divina, para poder decir como el Apóstol: Vivo yo; ya no yo, sino que Cristo vive en mí. Vive de Cristo, en Cristo y para Cristo (1).

El hombre se precipitó en el pecado, aspirando á ser como Dios. ¡Ah, Señores! también Dios queria que lo fuese, pero no en el sentido que lo quiso el hombre, ni por el camino de la rebelion con que Adán se propuso usurpar lo que no era suyo, sino por el de una comunicacion íntima y amorosa, premio de la fidelidad. Y esa semejanza de Dios, esa participacion de Dios, le concede el Verbo, restaurador de todas las cosas, por medio de ese Sacramento de su amor. Toma y come mi cuerpo, le dice; bebe mi sangre: como yo estoy en el Padre y vivo por el Padre, tú estarás en mí y vivirás por mí, no porque te hagas igual á mí, lo cual es imposible, sino por la semejanza, por la participacion de mi vida (2). El Verbo, tomando para sí la naturaleza humana, le comunica su

(1) Pater Filium ab æterno generans, communicat illi vitam suam: in temporis plenitudine Filium mittens per Incarnationem, eandem illam vitam divinam humanæ Christi naturæ communicat, qui illam ex Patre, in Patre, et propter Patrem recipit. Sic fidelis quisque Corpus et Sanguinem Christi Jesu sumens, divinæ naturæ et vitæ fit particeps: ut vere dicere possit: Vivo ego, jam non ego, vivit vero in me Christus. Vivit de Christo, per Christum, et in Christo. (Natal. Alex., *Comment. in cap. VI Joann., Sens. mor.*)

(2) Participacione Filii per veritatem corporis ejus et sanguinis, quod illa manducatio potatioque significat, nos efficitur meliores.... non tamen eandem suam ac nostram æqualitatem significavit, sed gratiam mediatoris ostendit. (S. August., *Tract. 26 in Joann.*)

vida divina: dándonosla en alimento, nos trasmite esa vida que quiere sea para todos (1).

Recordad que San Pablo nos dice, que en nuestra regeneracion somos ingertados de Cristo, porque recibimos su espíritu (2). ¿Cuánto mas deberemos decir que lo somos al recibir su cuerpo y sangre, que nos incorpora sustancialmente con él? (3) San Pedro nos enseña que por Jesucristo nos ha dado los mayores y mas preciosos dones que nos habia prometido, para que seamos participantes de la divina naturaleza (4). ¿Dónde se realiza esto mejor que en la Comunión Eucarística, que nos alimenta del Verbo hecho carne para unirse á nosotros y hacernos una misma cosa con él, mejor que se hacen dos en una carne el esposo y la esposa? (5) De la gracia, dice Santo Tomás, que nos deifica (6). ¿Dónde lo hace mejor que en este Sacramento, que no solo nos da la gracia, sino al mismo autor de ella? (7)

Nos alimentamos del cuerpo y sangre de Cristo, dice Tertuliano, para que nuestra alma se nutra de Dios (8). Por este manjar sacratísimo, dice San Dionisio,

(1) Est ergo ipse in nobis per carnem, et sumus in eo, dum secum hoc quod nos sumus in Deo est. (S. Hilar., *De Trinit.*, lib. 8.)

(2) Colos. II, 7.

(3) Spiritualis insitio.... si ejus sacratissimæ inseramur vitæ, consortes Dei divinorumque participes reddimur. (S. Dionys., *De Eccl. Hierarch.*)

(4) II Petr. I, 4.

(5) Marc. X, 8.

(6) S. Thom., 1.^a 2, q. 112, art. 1.

(7) Deus deum te vult facere, non natura sed dono suo et adoptione. (S. August., *Serm. 166 de Script.*)—Verbum naturæ se mortali commiscuit, ut communione deitatis humanitas pariter deificaretur: ea de causa gratiæ indulgentia cunctis se fidelibus per carnem inserit, ut unione cum immortali etiam homo immortalitatis commercio donetur. (S. Greg. Niss., *Orat. Catech.*, c. 7.)

(8) Caro corpore et sanguine Christi vescitur, ut anima de Deo saginetur. (Tertul., *De Resurrect. carn.*, cap. 8.)

nos convierte Cristo en viva efigie suya, y nos hace deiformes (1), porque su efecto, añade San Ambrosio, es transformarnos en lo que recibimos, y hacer que llevemos en nuestra alma á aquel con quien en el bautismo estamos muertos y sepultados espiritualmente (2). Concluyamos con Santo Tomás: Participar de la divina sustancia en este alimento, es asimilarnos á la bondad divina por la gracia, que es la influencia de aquella bondad en el alma, por la cual, asemejándose á Dios, se le hace grata y digna de la vida eterna. No se contenta la liberalidad divina en este Sacramento ó manjar, con iluminar el entendimiento, con sanar el afecto, con deleitar la memoria, con confortar en el bien á todo el hombre y asociarle á su cuerpo místico, sino que le asimila á Dios, ahora por la gracia, y en el cielo por la gloria; y no pasa mas allá, porque no es posible levantarle mas (3).

Hé ahí, hermanos, la grande obra del amor divino; hé ahí el término de la restauracion hecha por el Verbo encarnado. Emmanuel quiso llamarse (4): Dios con nosotros (5), Dios en nosotros, Dios dado en alimento á nos-

(1) Per cibum istum sacratissimum in suam nos Christus traducit efigiem, Deiformesque nos reddit. (S. Dionis., *De Cael. Hier.*)

(2) Non aliud agit participatio Corporis et Sanguinis Christi, quam ut in id quod sumimus transeamus; et in quo commortui et consepulti sumus, ipsum per omnia et spiritu, et carne geramus. (S. Leo, *Serm. 14 de Pass.*)

(3) In hoc ergo alimento divinæ substantiæ participare, est assimilari per gratiam divinæ bonitati. Gratia vero est influentia divinæ bonitatis in animam, per quam assimilata Deo fit ei grata et vitæ æternæ digna. Non enim sufficit liberalitati divinæ quod in Sacramento vel in cibo intellectum illuminat, quod affectum sanat, quod memoriam delectat, quod totum hominem in bonum confortat, et corpori suo mystico associat, quin insuper Deo assimilet in præsentem per gratiam, et in futuro per gloriam, non enim potest ulterius promoveri. (S. Thom., *Opusc. 58, c. 5.*)

(4) Isai. VII, 14.

(5) Matth. I, 23.

otros, para que seamos como dioses, y eternamente gocemos de Dios. Con razon puede decirnos Jesucristo: Hijos míos, ¿qué mas puedo hacer ya por vosotros? (1) ¿No deberemos exclamar con el Profeta Rey: Qué daré yo al Señor, agradecido á cuanto me ha dado? (2)

¿Quereis saberlo? Nos lo dice el mismo Jesucristo en el segundo sentido de aquellas palabras. Como yo vivo para el Padre, así el que me come vivirá para mí. Escuchad la explicacion de San Agustin: el Padre me envió á la tierra para que en mi anonadamiento por la Encarnacion, refiera á él como á mayor, y le consagre toda mi vida. De la misma manera la participacion que yo os doy de mí mismo, debe hacer que vivais para mí. Yo, humillado, vivo para el Padre: el hombre, exaltado, debe vivir para mí (3).

¿Comprendeis, hermanos, á qué se dirige ese inefable don que nos deifica? A restablecer en cada uno de nosotros el orden que destruyó el pecado; á que dejando de vivir segun la carne, vivamos segun el espíritu (4); á que no mirando ya á las criaturas y á nosotros mismos como fin de nuestra vida, pongamos nuestro término en Dios, amándole con todo nuestro corazon, sirviéndole con todas nuestras fuerzas, y aspirando á él con toda nuestra alma. El Apóstol San Pablo nos lo dice: el hombre viejo ha sido crucificado en Cristo, para que se destruya la obra del pecado; el hombre, muerto al pecado, vive

(1) Gen. XXVII, 37.

(2) Psalm. CXV, 3.

(3) Ut ego vivam propter Patrem, id est, ad illum tanquam ad majorem referam vitam meam, exinanitio mea fecit in qua me missit. Ut autem quisquam vivat propter meam, participatio facit, qua manducat me. Ego itaque humiliatus vivo propter Patrem: ille erectus vivit propter me. (S. August., *Tract. 26 in Joann.*)

(4) Rom. VIII, 12, 13.

para Dios (1). Cristo ha muerto por todos, para que los que viven por la gracia, no vivan ya para sí, sino para el que murió por ellos, y resucitó, á fin de resucitarles espiritualmente. A esto nos apremia la caridad de Cristo tan admirablemente manifestada (2). Jesucristo nos dice: Como el Padre me amó, os amé yo á vosotros; perseverad en mi amor (3), ya que me doy en alimento vuestro, para que esteis en mí y yo en vosotros, y vivais por mí y de mi misma vida, como yo vivo por el Padre, y de la vida de él. Desprendido, pues, nuestro corazón de la tierra, digamos con el Profeta: ¿Qué hay para mí en el cielo? ¿Y qué quiero fuera de ti sobre la tierra? El Dios de mi corazón, él es mi herencia para siempre (4). Alimentados de Cristo, teniéndole en nosotros, vivamos de su vida, esto es, de la vida divina de la caridad, de la vida del hombre renovado á imágen del que le crió (5), de modo que la vida de Jesus se manifieste en nuestra carne mortal (6).

Le tenemos presente en el Augusto Sacramento para ser nuestro modelo; copiémosle para ser otros Cristos, como exige nuestro nombre de cristianos. Acercaos á él, y sereis iluminados (7); visitadle, orad ante él, que os dice: Venid á mí los que trabajais y estais cargados, y yo os fortaleceré (8). ¿Caeis por vuestra flaqueza en mil defectos, porque á pesar del ingerto divino retoña el hombre viejo en vosotros? Ahí está perpetuando su sacri-

(1) Rom. VI, 10.

(2) II Cor. V, 14, 15.

(3) Joann. XV, 9.

(4) Psalm. LXXII, 26.

(5) Colos. III, 10.

(6) II Cor. IV, 10, 11.

(7) Psalm. XXXIII, 6.

(8) Matth. XI, 28.

ficio para aplicaros los méritos de su Pasion, y reconciliaros de nuevo con Dios. Asociaos á su sacrificio ofreciéndole al Padre, que siempre en él se complace. ¿Os sentís débiles todavía? ¿Anhelais llegar á la perfeccion? Acercaos: comed ese pan que se llama pan de los fuertes, y bebed ese vino que engendra vírgenes (1). Llenos de fe, poseidos de amor, como niño que se cuelga del pecho de su madre, dice San Juan Crisóstomo, apliquemos nuestros lábios á esa fuente, unámonos á Jesucristo en la Comunión (2). Ella hará que brille en nosotros la imágen real del Hombre-Dios; producirá en nosotros indefinible hermosura; será nuestra salud y nuestro adorno; será llama que nos abrase, impidiendo que languidezca el alma; será luz que nos ilumine (3), y nos haga brillar caminando de claridad en claridad y de virtud en virtud, hasta la vision de Dios en Sion; nos dará, en fin, la vida eterna, porque el que come este pan, vivirá eternamente (4).

(1) Zachar. IX, 17.

(2) Tanta igitur charitate affecti, non torpeamus. Nonne videtis quanta promptitudine parvuli papillas capiunt, et quanto impetu labia uberibus infigunt? Accedamus cum tanta nos quoque alacritate ad hanc mensam, et ad ubera poculi spiritalis, tanquam infantes lactentes spiritus gratiam, et unus sit nobis dolor hac esca privari. (S. Joann. Chrysost., Hom. 60 ad pop. Antioch.)

(3) Hic sanguis facit ut imago in nobis regia floreat: hic sanguis immensam pulchritudinem efficit: hic sanguis animæ ingenuitatem quam semper irrigat et nutrit, languescere non sinit.... Hic nostrarum animarum salus est, hoc lætatur anima, hoc ornatur, hoc incenditur: hic ignis clariorem nostram mentem reddit et auro splendidiorem. (S. Joann. Chrys., Hom. 45 in Joann.)

(4) Joann. VI, 59.

OCTAVO SERMON.

Jesucristo resucitado para nuestra justificacion, glorifica nuestra naturaleza entrando en el cielo, y envia al Espiritu Santo para poner el sello á su obra de restauracion universal.

*Convivificavit nos in Christo, et con-
resuscitavit, et consedere fecit in caelestibus in Christo Jesu.*

(Ephes. II, 5, 6.)

HEMOS visto, Señores, á Jesucristo, Verbo eterno en el seno del Padre, unido á nuestra naturaleza en el seno de María, para levantar hasta Dios al hombre, caido por el pecado, y restaurar con él todas las cosas en el cielo y en la tierra, presentándose como nuestro modelo en su vida privada, como nuestro maestro en su vida pública, como nuestro Redentor en su pasion, y en la Sagrada Eucaristía perpetuando su encarnacion y su sacrificio; y comunicándose á nosotros para que vivamos de su misma vida, y seamos como dioses. Este es su designio, y menos que esto nada satisface á su amor infinitamente liberal, dice Santo Tomás, este es su designio; asimilarnos á él por la gracia en la vida presente, y por la gloria en la futura (1). Sigamos adelante en nuestro estudio para

(1) Deo assimilet (hominem) in præsentí per gratiam, et in futuro per gloriam; non enim potest ulterius promoveri. (S. Thom., *Opus.* 58, c. 5.)

descubrir en toda su extension y desarrollo la inefable bondad de ese designio, llamado por San Pablo el gran Sacramento de la piedad divina (1).

En Cristo Jesus, dice San Leon, se representaba la causa de todos los hombres, porque solo en él estaba la naturaleza de todos sin la culpa (2). Esa naturaleza unió á sí el Verbo, y así como es nuestro lo que tomó en el seno de la inmaculada María, y lo que los judíos clavaron en la Cruz, y lo que exánime fué encerrado en el sepulcro, así tambien nuestro es lo que resucitó gloriosamente, y lo que llevó á lo mas alto de los cielos, y hasta el trono de la majestad eterna (3). Despues de haber hablado de las relaciones del Verbo divino con nosotros en los primeros misterios, debemos contemplarle hoy en la grandeza y gloriosa sublimidad de los últimos, para que al tiempo mismo que celebramos con júbilo el triunfo de Jesucristo, la gratitud y la esperanza llenen nuestros corazones, al verle resucitado para nuestra justificacion y resurreccion, subiendo al cielo como nuestro precursor para tomar posesion de él y prepararnos un lugar; y enviando desde allí al Espiritu Santo, para perpetuar su obra por medio de su Iglesia, en la multiplicacion y santificacion de los hijos de Dios.

(1) I Tim. III, 16.

(2) In eo agebatur omnium causa, in quo erat omnium natura sine culpa. (S. Leo.)

(3) Sicut itaque nostrum est, quod cum unione deitatis peperit materna virginitas, ita nostrum est quod judaica crucifixit impietas. Nostrum est quod exanime jacuit, et quod die tertia resurrexit, quodque super omnes altitudines caelorum ad dexteram paternæ majestatis ascendit. (S. Leo, *Serm.* 13 de Pass.)

PRIMERA PARTE.

Dios Padre cargó sobre su Hijo las iniquidades de todos los hombres (1), y le sometió á la humillacion, al dolor y á la muerte, en expiacion de ellas. Obediente el Hijo, que no se ha encarnado sino para hacer la voluntad del Padre (2), acepta el sacrificio, y lleva á la Cruz al hombre viejo, á la humanidad pecadora, para expiar su culpa, destruir el cuerpo de pecado (3), borrar el decreto que la condenaba clavándolo en la Cruz (4), reconciliarla con Dios (5), y merecerle la filiacion divina por adopcion (6). Consuma su obra y desciende á la última humillacion, á la del sepulcro, que recuerda siempre al hombre la terrible sentencia: eres polvo, y en polvo te convertirás (7). Pero el Hijo de Dios no debe permanecer allí: es el Santo de los Santos, y no permite Dios que vea la corrupcion (8); es el segundo Adán, que devuelve al hombre con creces lo que el primero le hizo perder, y por quien han de ser vivificados todos, y por lo mismo ha de triunfar de la muerte como triunfó del pecado (9), y salir del sepulcro gloriosamente resucitado

(1) Isai. LIII, 6.

(2) Joann. VI, 38.

(3) Rom. VI, 6.

(4) Coloss. II, 14.

(5) Id. I, 20.

(6) Gal. IV, 5.

(7) Gen. III, 19.

(8) Psalm. XV, 10.

(9) I Cor. XV, 22.

para ser la causa de nuestra resurreccion y el ejemplar del hombre que renace para Dios (1). Como en su persona representó á la humanidad pecadora para redimirla del pecado, representa tambien á la humanidad regenerada, al hombre renovado á imágen del que le crió.

Yo no me detengo, Señores, á probar la verdad de la resurreccion de Jesucristo. Haria una ofensa á vuestra fe, si quisiera demostraros este hecho, que es el fundamento mas sólido de ella. Si Jesucristo no ha resucitado, dice San Pablo, nuestra fe es vana, es inconcebible; mas todavia, si no ha resucitado Jesucristo, continuamos en la esclavitud del pecado (2). Él habia anunciado repetidas veces que resucitaria: á los que le pedian pruebas de su divinidad y de su mision, les dijo que no les daria otra que su resurreccion (3). Como lo anunciára, así se cumplió; y la Sinagoga, que en su insensata obstinacion se propuso impedirlo primero y ocultarlo despues, tuvo que confesarse vencida ante los testimonios ineludibles de la verdad que la humillaba. La reconoció el mismo Pilato, que dió la sentencia de muerte contra Jesucristo, y escribió sobre ella al Emperador Tiberio (4); la refiere el Evangelio, los Apóstoles la predicaron como testigos, que sellaron la verdad con su sangre, la Iglesia la proclama, el mundo la cree y la celebra, y las generaciones se han lanzado ansiosas y se han prostrado ante el sepulcro glorioso, sobre cuya losa la mano del hombre no tuvo tiempo á escribir esa palabra que compendia el proceso de la miseria humana:

(1) Resurrectio Christi est causa efficiens et exemplaris nostræ resurrectionis. (S. Thom., 1 p., q. 56, art. 1 ad 3.)

(2) I Cor. XV, 17.

(3) Matth. XII, 39.

(4) Flavio Josefo, *Antigüedades Judáicas*.

Hic jacet, aquí yace; y en cuya cavidad resuena siempre la voz del ángel: *Surrexit, non est hic:* ¿por qué buscáis entre los muertos al que vive y es autor de la vida? (1)

La resurrección de Jesucristo, Señores, es la antítesis más perfecta de su pasión. En esta se le vió abatido, humillado como leproso herido por Dios (2), como hombre sin ayuda (3), puesto á merced de sus enemigos, muerto, y hasta en su sepulcro, objeto de la saña de la Sinagoga (4). En la resurrección es todo lo contrario. En un instante, por virtud del Verbo, el alma se une al cuerpo, y el cuerpo revive, queda revestido de la gloria de la divinidad que en él habita, y libre de las ligaduras que le oprimían, cicatrizadas sus llagas, sale del sepulcro sin abrirlo, como salió del seno de la inmaculada María (5), vencedor de la muerte y del infierno, y adornado con todos los dotes de un cuerpo glorioso. La tierra le rinde homenaje, moviéndose en terremoto, que llena de espanto á los guardas del sepulcro; el sol, dice San Pedro Crisólogo, ahuyenta antes de tiempo las tinieblas, para celebrar el triunfo del Criador (6); los ángeles descienden, abren el sepulcro para que se le vea vacío, y anuncian el prodigio (7); y la muerte se veprecisa da á

(1) Matth. XXVIII, 6.—Luc. XXIV, 5.

(2) Isai. LIII, 4.

(3) Psalm. LXXXVII, 5.

(4) Matth. XXVII, 64.

(5) Christus enim ut ex clauso Virginis utero natus est, sic et e clauso sepulchro resurrexit. (A Lapide, in Matth., c. 28.)

(6) Sol qui præter horam, ut Domino compateretur, abscesserat, claritate cum resurgeret Dominus ante tempus occurrit: et qui ut suo commoveretur auctori, ipsam meridianam suam mortificaverat claritatem, ut consurgeret auctori suo, evictis tenebris, autelucanus erupit. (S. Petr. Chisol., *Serm. 82 de Christi Resurr.*)

(7) Matth. XXXVIII, 2.

humillarse y reconocerse vencida, devolviendo los despojos de muchos justos que resucitaron por virtud de Jesucristo, para hacer más gloriosa y auténtica su victoria (1). Con razón canta la Iglesia: En tu resurrección, oh Cristo, se gozan el cielo y la tierra (2), porque ella es el ejemplar y la causa de la nuestra.

Doble muerte nos atrajo el pecado, hermanos: la muerte del alma por la privación de la gloria, y la del cuerpo como castigo impuesto por Dios, que había dicho al hombre: en cualquier día que comieres de la fruta vedada, morirás de muerte (3). De una y otra nos libra el Verbo encarnado, restaurador de todas las cosas. De la muerte espiritual, redimiéndonos del pecado y comunicándonos la vida de la gracia, y de la corporal, mereciéndonos la resurrección de nuestra carne, de la que es ejemplar su gloriosa resurrección. Vino Jesucristo, dice San Agustín, para que las almas resuciten del pecado y los cuerpos de la corrupción (4). Una y otra se requieren para que sea perfecta la destrucción del pecado y de sus consecuencias, y para que se complete la restauración de todas las cosas en el cielo y en la tierra.

Fué entregado por nuestros delitos, y resucitó para nuestra justificación, dice San Pablo (5). Fué entregado á la muerte para destrucción del pecado, que es la muerte del alma, y resucitó para nuestra justificación, significándonos el tránsito á la vida de la gracia, que es nues-

(1) Matth. XXVII, 52.

(2) In resurrectione tua, Christe, cœli et terra lætantur. (*In Offic. Pasch.*)

(3) Gen. II, 17.

(4) Venit Christus ut resurgerent animæ ab iniquitate, rusurgant corpora a corruptione. (S. August.)

(5) Rom. IV, 25.

tra resurreccion espiritual (1). Estando muertos por el pecado, añade el mismo Apóstol, nos vivificó, y nos resucitó juntamente con Cristo (2), puesto que, como explica Santo Tomás, la muerte de Cristo, que estinguíó en él la vida del cuerpo, es la causa de la destruccion de nuestros pecados, y su resurreccion, por la cual vuelve á nueva vida de gloria, es la causa de nuestra justificación, por la que volvemos á la vida nueva de la gracia y de la justicia (3). Por ello, en su liturgia, dice la Santa Iglesia: Muriendo destruyó nuestra muerte, y resucitando restauró nuestra vida (4).

Para que mejor lo comprendamos, y deduzcamos consecuencias saludables, añade San Pablo: ¿No sabeis que los que hemos sido bautizados en Jesucristo, hemos sido bautizados en su muerte? Somos sepultados en muerte por el bautismo, para que, como Cristo resucitó de la muerte á la vida para gloria del Padre, así nosotros andemos en novedad de vida. Ingeridos en Cristo á semejanza de su muerte, debemos serlo á semejanza de su resurreccion. No vivais, pues, ya para el pecado, sabiendo que el hombre viejo fué crucificado con Cristo, y murió en la cruz (5): vivid como resucitados para Dios, vivid la vida del hombre nuevo, criado en santi-

(1) Crucifixus est ut ostenderet in cruce veteris hominis nostri occisum, et resurrexit ut in vita sua ostenderet nostræ vitæ novitatem. (S. August., in dieb. Pasch. serm. 2.)

(2) Ephes. II, 6.

(3) Quia effectus habet similitudinem causæ, mortem Christi, qua extincta est in eo mortalis vita, dicit esse causam extinctionis peccatorum nostrorum: resurrectionem autem ejus, qua rediit ad novam vitam gloriæ, dicit esse causam justificationis nostræ, per quam reddimus ad novitatem justitiæ. (S. Thom., in Ep. ad Rom., c. 4, lect. 3.)

(4) Mortem nostram moriendo destruxit, et vitam resurgendo reparavit. (Præf. Pasch.)

(5) Rom. VI, 3, 6.

dad y en justicia de verdad (1), que se renueva á imagen del que le crió (2); y resucitados con Cristo, buscad las cosas de arriba, donde está él sentado á la diestra de Dios. Gustad las cosas de arriba, no las de la tierra, que dan lugar á la corrupcion del pecado (3), y si mora en nosotros el espíritu de aquel que resucitó á Jesus de entre los muertos, vivificará tambien vuestros cuerpos mortales por ese espíritu que en vosotros vive (4).

Estas palabras de San Pablo nos dicen claramente que Jesucristo no resucitó tan solo para nuestra espiritual restauracion, sino tambien para nuestra resurreccion corporal, de la que es causa eficiente la del Salvador (5). En él y por él han de ser restauradas todas las cosas, y no sería completa esta obra divina, si el hombre á quien quiso Dios inmortal (6), para que en cuerpo y alma fuese llevado á la consumacion de la gloria, y que, por envidia del diablo, fué arrastrado al pecado, y por él á la muerte (7), no fuese reintegrado en lo que esperaba desde el principio, por quedar su cuerpo envuelto para siempre en el polvo de que fué formado. La justicia de Dios le condenó á la muerte por el pecado; pero su misericordia, á la vez que le dió la esperanza de la redencion, anunciándole la venida del que habia de destruir la obra del pecado, le hizo esperar tambien que se levantaria del polvo, y recobraría la plenitud de la vida y de la inmortalidad. Esto hacía exclamar al Santo

(1) Ephes. IV, 24.

(2) Colos. III, 10.

(3) Id. id., 1.

(4) Rom. VIII, 11.

(5) S. Thom., 3 p., q. 56, art. 1.

(6) Sap. II, 23.

(7) Id. id., 24.

Job en medio de sus dolores y miserias: Yo sé que mi Redentor vive, y que en el último día he de resucitar de la tierra, y de nuevo he de ser rodeado de mi piel, y en mi carne veré á mi Dios, á quien he de ver yo mismo, y mis ojos lo han de mirar, y no otro: esta esperanza está depositada en mi pecho (1).

Expiado y destruido el pecado, que es la causa de la muerte, debe esta quedar vencida, y vencida queda desde luego en Jesucristo resucitado, sobre quien no tiene ya imperio alguno (2), y vencida ha de quedar por él en la humanidad entera, dice San Pablo, cuando reducidos á la impotencia, y aniquilados todos sus adversarios, será por último destruida la enemiga muerte (3). Será la última, dice San Juan Crisóstomo, porque siendo ella fruto del pecado, ha de ser por completo vencida cuando haya sido destruido para siempre el poder del demonio, y el pecado por su influjo introducido en el mundo para ser causa de la muerte (4).

Esta es la obra de Jesucristo, este su triunfo iniciado en su resurrección. Dios quiere, dice Santo Tomás explicando á San Pablo, restaurar la naturaleza humana, y habiendo sido esta corrompida por un hombre, por quien entró la muerte, corresponde á la dignidad de la misma naturaleza ser reintegrada en la vida por otro hombre (5). Por un hombre el pecado, dice el Apóstol,

(1) Job. XIX, 25.

(2) Rom. VI, 9.

(3) I Cor. XV, 26.

(4) Post omnes, post diabolum, post cætera omnia. Nam et initio postrema invasit. Prius consilium diaboli fuit, deinde transgressio, tum denique mors. Potestate quidem etiam nunc aboletur; sed re tum tandem. (S. Joann. Chrys., *Hom. 39 in Ep. ad Cor.*)

(5) Deus voluit reintegrare humanam naturam, sed humana natura corrupta est per hominem, quia mors intravit per hominem. Pertinebat ergo ad dignitatem humanæ naturæ ut reintegraretur per hominem, hoc autem est, ut reducatur ad vitam. (S. Thom., *in 1 ad Cor., c. 15, lect. 3*)

por otro hombre la gracia y la justicia (1). Por un hombre la muerte; por otro hombre la resurrección. En Adán morimos todos; en Jesucristo resucitaremos todos, aunque no con igual suerte en la eternidad (2).

Ved aquí por qué al hablar San Pablo del triunfo de Jesucristo, llama á este primicia de los muertos (3), y primogénito entre ellos (4), para que mas claramente comprendamos que, resucitado el que es nuestra cabeza, hemos de resucitar nosotros, debiéndolo al Salvador, que una y otra vez nos promete en el Evangelio que nos resucitará en el último de los días (5).

En ese día se consumará el triunfo de Jesucristo y el de todos sus miembros participantes de su gloria, y cantaremos como nos dice el Apóstol: «Tragada ha sido la muerte en la victoria. ¿Dónde está, oh muerte, tu victoria? ¿Dónde tu aguijón? Aguijón de la muerte es el pecado; estipendio de la muerte es el pecado. Destruído éste, vencida queda aquella para siempre. Gracias mil á Dios, que nos ha dado la victoria por Nuestro Señor Jesucristo.» (6) Resucitados ya de la muerte del pecado á la vida de la gracia, y llenos de fe y de esperanza como Job, podemos cantar también desde ahora ese himno, porque nuestra victoria empezó cuando Jesucristo, triunfando de la muerte y del pecado, salió del sepulcro como primicia de la resurrección y como cabeza de la humanidad, en quien se representa la causa de toda ella; y resucitando consigo á muchos Santos de la antigua ley, realizó lo

(1) Rom. V, 12, 18.

(2) I Cor. XV, 21, 22.

(3) Id. id., 20.

(4) Colos. I, 18.

(5) Joann. VI, 40, 45, 55.

(6) I Cor. XV, 54, 57.

anunciado por el Profeta: «Del poder de la muerte los libraré y los redimiré; ¡oh muerte! yo seré tu muerte; ¡oh infierno! yo seré tu mordedura y tu ruina (1).

¿Es este el término? No, Señores. Si la resurreccion de Jesucristo es nuestra esperanza, dice San Agustin, su ascension á los cielos es nuestra glorificacion (2). Jesucristo no resucitó para quedar en la tierra. De lo mas alto de los cielos fué la salida del Verbo, humillándose á tomar nuestra naturaleza; á lo mas encumbrado de ellos es su retorno (3), llevando consigo la humanidad á que se habia unido, para anunciar con ello la gloria á que quiere sublimarnos. La ascension á los cielos, dice San Bernardo, es el término feliz del itinerario del Hijo de Dios (4).

Cuarenta dias permanece en la tierra despues de su resurreccion, para consolar á sus discípulos, para afirmarlos en la fe, y para instruirlos en cuanto se refiere al reino de Dios (5). Reunidos en el monte de las Olivas, al pié del cual estaba el huerto donde tuvo principio su Pasion, les habla por última vez, prometiendo que enviará al Espíritu Santo, y dándoles la orden de enseñar y regenerar por el bautismo á todas las naciones; los bendice con amor tiernísimo, y á vista de todos se levanta en los aires, y una nube resplandeciente como la del Tabor lo roba á sus miradas (6). Legiones de ángeles salen á su encuentro, exclamando: Alzad, ¡oh Príncipes!

(1) Oseæ XIII, 14.

(2) Resurrectio Domini, spes nostra est: ascensio, glorificatio nostra. (S. August., *Serm. de Ascens.*)

(3) Psalm. XVIII, 7.

(4) Ascensio est felix clausula itinerarii Filii Dei. (S. Bern., *Serm. 2 de Ascens.*)

(5) Act. Ap. I, 3.

(6) Id. id., 9.

vuestras puertas, y levantaos vosotras, ¡oh puertas eternas! y entrará el Rey de la gloria. ¿Quién es este Rey de la gloria? El Señor fuerte y poderoso, el Señor fuerte en la batalla, el Señor de los poderíos, él es el Rey de la gloria (1). Y las puertas, cerradas antes por el pecado, se abren al vencedor, y entra en el cielo llevando tras de sí á los cautivos que habia redimido (2), y sube sobre lo mas alto de los cielos, y el Padre le corona de gloria y de honor, dándole el imperio sobre todas sus obras (3), y le dice: Siéntate á mi diestra hasta que ponga á tus enemigos como escabel de tus plantas (4). Los ángeles le adoran, los justos que llevó consigo sacándolos del cautiverio, se postran ante él, y empieza á resonar en las bóvedas del empíreo el cántico que oyera San Juan, y que no cesará jamás: Digno es el Cordero que fué muerto de recibir virtud, y divinidad, y sabiduría, y fortaleza, y honra, y gloria, y bendicion, porque nos has redimido para Dios con tu sangre, de toda tribu, y lengua, y pueblo, y nacion, y nos has hecho reino para nuestro Dios. Al que está sentado en el trono y al Cordero, bendicion, y honra, y gloria y poder en los siglos de los siglos (5).

Celebremos, Señores, el triunfo de Jesucristo: gocémonos, dice San Juan Crisóstomo, viendo sublimado á tal grandeza, que no puede ascender mas, al que un dia por nosotros apareció en la tierra tan abatido y despreciado, que no podía descender mas ni ser mas humillado (6);

(1) Psalm. XXIII, 7, 10.

(2) Ephes. IV, 8.

(3) Hebr. II, 7.

(4) Psalm. CIX, 1.

(5) Apoc. V, 9, 12, 13.

(6) Homo qui loco tam humili tenebatur, ut descendere non posset ulterius, ad tam excelsam sedem pervenit, ut altius non posset ascendere. (S. Joann. Chrys., *Serm. 3 de Ascens.*)

pero al tiempo mismo que celebramos su triunfo y su gloria, regocijémonos con la esperanza de que un día seremos participantes de ella, porque la Ascension de Jesucristo es nuestra glorificación, dice San Agustín (1).

El que sube al cielo es el mismo que descendió del cielo, el Hijo del hombre, que está en el cielo (2). El Verbo de Dios, queriendo restaurar todas las cosas, no tomó la naturaleza angélica, sino la humana (3), complaciéndose en llamarse Hijo del hombre. Nuestro es, pues, lo que sube al cielo, dice San León, es nuestra naturaleza (4), puesto que no sube en cuanto Dios, que siempre estuvo en el cielo, sino en cuanto hombre (5). Su elevación, por lo tanto, es la nuestra (6).

El pecado había abatido al hombre criado á imagen y semejanza de Dios, hasta asemejarle á las bestias (7), más aún, hasta sujetarle á la esclavitud del demonio, que se gozaba en la ruina y degradación de nuestra naturaleza. En la ascension, esa naturaleza es levantada sobre todos los ángeles, y se sienta á la diestra del Padre. No podía haber bajado mas en su caída, dice San Juan Crisóstomo; no puede ahora elevarse mas allá de donde la levanta el Verbo que se hizo hombre. Presentando el Hijo de Dios á su Padre las primicias de la humanidad en su persona, de tal manera admira á este el don por la dignidad del que lo ofrece, y por la pureza de lo ofrecido, que tomándolo en sus manos lo coloca junto á sí.

(1) S. August., *Serm. de Ascens.*

(2) Joann. III, 13.

(3) Hebr. II, 16.

(4) Nostrum quod super omnes altitudines cœlorum ad dexteram paternæ majestatis ascendit. (S. Leo, *Serm. 13 de Pass.*)

(5) S. Thom., 3 p., q. 57, art. 1.

(6) Christi Ascensio nostra provectio est. (S. Leo, *Serm. 2. de Ascens.*)

(7) Psalm. XLVIII. 13.

diciendo; sientate á mi diestra; esto es, ponte á mi nivel. ¿A qué naturaleza dice esto? A aquella á quien dijo un día irritado por la culpa: Eres polvo, y en polvo te convertirás (1). Lo dice, pues, no solo al alma espiritual, sino al cuerpo material, á la naturaleza humana compuesta de ambos.

¿No era bastante, continua el mismo Santo Padre, no era bastante subir al cielo? ¿No bastaba sentarse con los Angeles? ¿No sería ya este un honor inefable? Lo sería sin duda, pero se le concede mas. Sube sobre los Angeles, deja atrás á los Arcángeles, supera á los Querubines, se eleva sobre los Serafines, pasa mas allá de las Potestades, y no se detiene hasta sentarse en el trono del mismo Dios. No veis la distancia que hay del infierno á la tierra, de esta al cielo, y de este á lo mas alto de todos los cielos, y de todos los espíritus angélicos, y de aquí al trono de Dios? Del uno al otro de estos extremos, levanta el Verbo en su persona á la naturaleza humana (2), y la constituye cabeza de los ángeles (3), y la sienta á

(1) Obtulit ergo Patri primitias nostræ naturæ, atque ita donum oblatum admiratus est Pater, tum propter dignitatem offerentis, tum propter muneris puritatem, ut illud manibus acceperit sibi proximum constituerit, dicens: *sede a dextris meis.* ¿Ad quam autem naturam dixit Deus: *sede a dextris meis?* Ad illam utique quæ audierat: terra es, et in terram reverteris. (S. Joann. Chrys., *Hom. in Ascens.*)

(2) ¿Non enim satis fuit cœlos transcendere? ¿Non satis fuit cum angelis consistere? ¿Nonne hic quoque honor ineffabilis erat? Verum ascendit super angelos, præterivit archangelos, superavit cherubim, ascendit supra seraphim, prætergressus est potestates, nec prius subsistit, quam sedem ipsam Domini apprehendit. ¿Non vides ab inferno ad terram intervalum quantum? ¿Rursus a terra ad cœlum? ¿Rursusque a cœlo ad superius cœlum? ¿Atque ab eo ad angelos, ad archangelos, ad supernas potestates, ad ipsam regalem sedem? Toto hoc intervallo ac altitudine naturam nostram sublimem evexit. (Id. id.)

(3) Colos. II, 10.—Christus non solum est caput hominum, sed angelorum. (S. Thom., 3. p., q. 8, art. 4.)

la diestra de Dios Padre, para que allí, dice San Leon, se asocie en el trono á la gloria de aquel, á cuya naturaleza habia sido unida en el Hijo (1).

Allí nos espera, hermanos, allí nos llama. Como el Verbo, tomando nuestra naturaleza, descendió del cielo para nuestra salud eterna, y como subió á la cruz para redimirnos del pecado que cargó sobre sí, y merecernos la adopcion de hijos de Dios y el derecho á la herencia, así tambien sube al cielo para nuestra salud, alcanzando para sí y para nosotros, dice Santo Tomás, el derecho y la dignidad de la mansion celestial (2). Su ascension es causa de nuestra salud, porque nos prepara un lugar y nos muestra el camino (3). Sube, dice San Pablo, y entra en el eterno tabernáculo como precursor nuestro (4). Sube, dice San Juan Crisóstomo, como primicia del género humano (5). Sube, dice San Leon, como cabeza de la humanidad. Donde está la cabeza, allí estará el cuerpo (6). Donde la primicia y donde el precursor, allí los que le siguen. El mismo lo dijo á los Apóstoles: Os conviene que me vaya. Voy á prepararos un lugar, porque yo quiero que esteis donde yo estoy (7). Por ello, añade Santo Tomás, llevó consigo al cielo á los Santos

(1) Illius gloriæ sociaretur in throno, cujus naturæ copulabatur in Filio. (S. Leo, *Serm. 2 de Ascens.*)

(2) Christus ascendens in cælum adeptus est sibi et nobis in perpetuum jus et dignitatem mansionis cælestis. (S. Thom., 3 p., q. 57, art. 6, ad 3.)

(3) Christi ascensio est causa nostræ salutis ex parte sua.... primo quidem viam nobis præparavit ascendendi in cælum secundum quod ipse dixit: vado parare vobis locum. (Id. id. *in Corp.*)

(4) Hebr. VI, 20.

(5) Obtulit Patri primitias naturæ nostræ. (S. Joann. Chrysost., *Hom. de Ascens.*)

(6) Quo processit gloria capitis, eo spes vocatur et corporis. (S. Leo, *Serm. 2, de Ascens.*)

(7) Joann. XIV, 2, 3.

que sacó del limbo como trofeo de su victoria, significando que á todos se nos abria la puerta del eterno paraíso (1).

En el dia de su ascension, dice San Epifanio, cumplió admirablemente el Verbo Encarnado lo que habia dicho hablando de sí mismo en la hermosa parábola del buen pastor, que deja las noventa y nueve ovejas, y corre en busca de la centésima que se le habia perdido, y encontrándola con gran fatiga, la pone sobre sus hombros, y la lleva al redil con el corazón henchido de gozo (2). Dejó á los ángeles en el cielo, bajó á la tierra tomando la naturaleza humana, se sacrificó por ella, y llevándola al cielo en su propia humanidad y en los justos que suben con él, la coloca en el redil eterno, ofreciéndola como homenaje glorioso á su Padre (3).

Ved aquí el término de la restauracion de todas las cosas, segun el designio de Dios. Ved la gloria preparada á los que se hacen conformes á la imágen de Jesucristo (4); á los que viven como hijos de Dios, animados de su espíritu (5); á los que dejando de llevar la imágen

(1) In hujus signum animas Sanctorum quas de inferno eduxit, in cælum traduxit. (S. Thom., *loc. cit.*)

(2) Luc. XV, 4.

(3) Nimirum pastor ille bonus, nonaginta novem ovibus, hoc est, angelis, in montibus cælestibus relictis, errabundam ovem quæsivit, inventamque, atque humeris clementer impositam ad cælestem portum adduxit, adductam autem cælesti Patri muneris loco obtulit, dicens: Pater, inveni errabundam ovem.... cum improbæ vitæ luto prorsus obrutam vidissem, divinitatis meæ dextera porrecta, celeriter eam erexi.... in Jordanis flumine ablui, ablutam tandem suaveolenti Sancti Spiritus mei unguento perunxi. Et nunc per resurrectionem præsto sum, munusculum divinitate tua haud indignum oblaturus, ovem videlicet, mente, et ratione præditam. (S. Epiphani., *Orat. de Dom. Assumpt.*)

(4) Rom. VIII, 29.

(5) Id. id., 14.

del Adán terreno, llevan la del celestial (1). Por tanto, hermanos, nos dice San Pablo, teniendo confianza de entrar en el santuario eterno por la sangre de Cristo, que penetró en él como pontífice y precursor nuestro, por un camino nuevo y de vida que nos consagró por su carne, lleguémonos á él con verdadero corazón, con fe cumplida, purificados los corazones de la conciencia mala, y lavados los cuerpos en el agua limpia del bautismo; y conservemos firme la profesion de nuestra esperanza, porque fiel es el que hizo la promesa (2). El mismo Jesús nos ha dicho: Voy á prepararos un lugar: Yo preparo un reino para los que permanecéis fieles á mí en la tentación (3), y vendré á vosotros, y os recibiré junto á mí mismo para que esteis donde yo estoy (4).

No vivamos, pues, para la tierra, porque no tenemos aquí ciudad permanente, y buscamos la que ha de venir (4). Nuestra morada está en los cielos, de donde esperamos á nuestro Salvador Jesucristo, que reformará nuestro cuerpo abatido en el sepulcro para hacerle conforme á su cuerpo glorioso (5), y participante de su elevación. Subiremos al cielo, hermanos, subirá á él nuestro cuerpo abatido en el sepulcro para hacerle conforme á su cuerpo, y seremos semejantes á Dios, porque le veremos así como él es (6).

¡Qué gloria! ¡Qué grandeza! No hay mas allá. La gracia nos deifica haciéndonos participantes de la divina naturaleza, para obrar conforme á ella (7). Esa gracia

(1) I Cor. XV, 49.

(2) Hebr. X, 19, 23.

(3) Joann. XIV, 2, 3.

(4) Hebr. XIII, 14.

(5) Philip. III, 21.

(6) I Joann. III, 2.

(7) II Petr. I, 4.

es semilla de la gloria que nos hará participantes, no solo de la naturaleza, sino de la gloria de Dios. Seremos semejantes á él, seremos como Dioses. Confúndete, serpiente infernal. Con esta palabra preparaste nuestra ruina; pero esa palabra se cumplirá, y quedarás burlada y avergonzada para siempre. Seremos como dioses. Donde abundó el delito, sobreabunda la gracia (1). Estábamos muertos por el pecado, y Dios Padre nos ha dado la vida en Cristo, y nos resucitó con él, y con él nos hizo sentar en el cielo para mostrar las abundantes riquezas de su gracia por su bondad sobre nosotros en Jesucristo (2). En él la plenitud de la gracia, para que recibamos todos (3); en él la plenitud de la gloria, para que participemos todos.

Para que sea así, Señores, Jesucristo envía desde el cielo al Espíritu Santo sobre la Iglesia, poniendo el sello á su grande obra de restauración.

SEGUNDA PARTE.

Subiendo Cristo á lo alto, dice San Pablo, llevó cautiva á la cautividad; es decir, llevó consigo como trofeo de su victoria á los que habian estado detenidos en cautividad, y dió sus dones á los hombres (4). Estos dones se compendian todos en el que es don de Dios por excelencia, y fuente inagotable de todo bien, en el don del Espíritu

(1) Rom. V, 20.

(2) Ephes. II, 5, 7.

(3) Joann. XIV, 16.

(4) Ephes. IV, 8.

Santo. Escuchad una hermosa idea de San Juan Crisóstomo. Recibió Cristo las primicias de nuestra naturaleza, y nos dió la gracia del Espíritu Santo. A la manera que tras larga guerra, poniendo fin á la lucha y ajustada la paz, los que antes eran enemigos se dan mutuamente prendas de alianza; así entre Dios y la naturaleza humana, por tanto tiempo enemistados, cuando fueron pacificadas ambas partes por la sangre de Cristo, como prenda y fianza dió la humanidad sus primicias, que llevó Cristo al cielo, y Dios nos envia al Espíritu Santo (1), que es, dice San Pablo, la prenda y arras de nuestra herencia, para redencion perfecta en el cielo (2).

Jesucristo habia prometido á sus discípulos ese admirable don. Os conviene que me vaya, les decia, porque de otro modo no vendrá sobre vosotros el Espíritu Paráclito. Volviendo yo al cielo, os lo enviaré (3), y permanecerá y estará en vosotros (4). No salgais de Jerusalem hasta que recibais este don de que os he hablado, prometido por el Padre, y seais bautizados en el Espíritu Santo (5). Su promesa se cumple bien pronto. A los diez dias de su entrada en los cielos, envia al Espíritu divino sobre la Iglesia naciente, y empieza entre

(1) *Acceptit Christus primitias nostræ, ac Spiritus gratiam nobis retribuit. Et quemadmodum longo in bello fit, cum disrupta pugna fuerit, et confecta pax, qui sibi invicem infensi erant, pignora sibi mutuo dant et obsides: sic et inter Deum et naturam evenit humanam: pro pignoribus et obsidibus ipsa primitias missit, quas in cœlum duxit Christus, et nobis ille Spiritum Sanctum pignoris et obsidis loco remissit.* (S. Joann. Chrysost., *Hom. in Pentec.*)

(2) Ephes. I, 14.

(3) Joann. XVI, 7.

(4) Id. XIV, 17.

(5) Act. I, 4.

prodigios admirables esa comunicacion de la virtud de lo alto, que no ha de cesar hasta el fin de los siglos (1).

¿Por qué, Señores, esta comunicacion del Espíritu Santo por Jesucristo, y por Jesucristo glorificado? Porque en él y por él quiso el Padre restaurar todas las cosas, y no solo devolver al hombre lo que habia perdido por el pecado, sino colmarle de cuantos dones puede recibir la criatura, hasta verse sublimada á la eterna union con Dios.

Recordad que San Pablo llama á Cristo el segundo Adan, y compárandole con el primero dice: El primer Adan fue hecho en alma viviente, el postrero en espíritu vivificante (2). Explicando Santo Tomás estas palabras nos dice: Aquel fué hecho tan solo en alma viviente, este en espíritu vivo y vivificante. La razon de ello es, que así como Adan logró la perfeccion de su sér por el alma que Dios le infundió, así Cristo en cuanto hombre la recibió por el Espíritu Santo; y por lo mismo, no pudiendo el alma vivificar mas que al propio cuerpo á quien se une, se dice que Adan fué hecho en ánima no vivificante, sino viviente tan solo; mientras que Cristo fué hecho en espíritu viviente y vivificante, porque tenia en sí la potestad de vivificar á otros (3), diciéndonos él mismo que habia venido para que los hombres tengan

(1) Act. II, 14.

(2) I Cor. XV, 45.

(3) *Ille autem in animam viventem solum, iste vero in spiritum viventem et vivificantem. Cujus ratio est, quia sicut Adam consecutus est perfectionem sui esse per animam, ita Christus perfectionem sui esse, in quantum homo, per Spiritum Sanctum. Et ideo cum anima non possit nisi proprium corpus vivificare, ideo Adam factus est in animam non vivificantem, sed viventem tantum. Sed Christus factus est in spiritum viventem et vivificantem, et ideo Christus habuit potestatem vivificandi.* (S. Thom. in *Ep. 1 ad Cor.*, cap. XV, lect. 7.)

vida, y vida mas abundante (1), y que él les da la vida eterna (2).

En él está la plenitud del Espíritu Santo, puesto que en él habita corporalmente la divinidad (3), y por lo mismo, la plenitud de la gracia, de que nos hace participantes á todos para que tengamos esa vida eterna (4). Sacrificándose por nosotros en la cruz, nos mereció esa vida de la gracia y del Espíritu Santo, y empezó, dice San Cirilo, á ser principio de la naturaleza renovada por ella, cuando rompiendo los lazos de la muerte resucitó inmortal y glorioso (5). Por esto canta la Iglesia: Muriendo destruyó nuestra muerte, resucitando restauró nuestra vida, y subiendo sobre todos los cielos, y sentándose á la diestra del Padre, para brillar como sol eterno de cuyo calor nadie se esconde, derramó sobre los hijos adoptivos de Dios, el Espíritu Santo que les habia prometido (6). Por ello nos dice San Pedro, que por Jesucristo nos ha dado el Padre sus mas grandes y preciosas promesas, para que seamos participantes de la divina naturaleza (7). Por ello nos dice San Leon, que la ascension de Cristo es la razon de dársenos el Espíritu Santo (8). Por ello, en fin, nos dice San Juan, que no

(1) Joann. X, 10.

(2) Id. XVII, 2.

(3) Colos. II, 9.

(4) Joann. I, 14, 16.

(5) Tunc Christus renovatæ naturæ principium extitit, cum vincula mortis parvipendens, iterum revixit. (S. Cyrill., *apud A Lapide, in cap. 7 Joann.*)

(6) Mortem nostram moriendo destruxit, et vitam resurgendo reparavit. Ascendens super omnes cælos, sedensque ad dexteram tuam, promissum Spiritum Sanctum in filios adoptionis effudit. (*Præf. Pasch. et Pentec.*)

(7) II Petr. I, 4.

(8) Domini Ascensio, dandi Spiritus fuit ratio. (*Apud A Lapide in 7 cap. Joann.*)

habia sido dado antes á los hombres, porque aún no habia sido glorificado Jesucristo (1), esto es, no habia padecido y muerto en la cruz, como debia hacerlo para entrar en su gloria (2) como Redentor del género humano, subiendo al cielo, para desde allí llenarlo todo con sus dones (3).

Todo en Jesucristo, Señores, todo por Jesucristo. Es el segundo Adán, cabeza de la humanidad regenerada, y empieza á ser principio de vida para toda ella, segun la idea de San Cirilo, cuando consumado su sacrificio entra en su gloria. Entonces dice San Pablo, fué hecho autor y causa de salud eterna para todos los que le obedecen (4). Consumado entonces, explica Santo Tomás, y hecho impassible, le corresponde perfeccionar á otros, y habiendo llegado á esta consumacion por el mérito de su sacrificio, fué hecho causa de salud para los que le siguen (5), y para obrar esta salud envia al Espíritu Santo, don igual á él mismo, dice San Agustin (6), siendo propio de Jesucristo comunicarnos ese Espíritu que nos vivifica y nos hace hijos de Dios (7).

(1) Joann. VII, 39.

(2) Luc. XXIV, 26.

(3) Ephes. IV, 10.

(4) Hebr. V, 9.

(5) Ab instanti conceptionis suæ Christus fuit consummatus perfectus quantum ad beatitudinem animæ in quantum ferebatur in Deum: sed tamen habuit passibilitatem naturæ. Sed post passionem habuit impassibilitatem. Et ideo quia secundum hoc ex toto perfectus est, convenit sibi et alios perficere. Hæc est enim natura perfecti, quod possit sibi simile generare. Quia enim per meritum obedientiæ pervenit ad istam consummationem, factus est omnibus obtemperantibus sibi causa salutis, non temporalis, sed æternæ. (S. Thom. *in Ep. ad Heb.*, c. 5, lect. 2.)

(6) Dedit dona hominibus. Quæ dona? Spiritum Sanctum. Donum dat æquale sibi. (S. August., *Serm. 121 de Verb. Evang.*)

(7) In Christo duas naturas invenimus, et ad utramque pertinet, quod Christus det Spiritum Sanctum. Quantum quidem ad divinam, quia est Verbum ex quo simul et a Patre procedit ut amor.... Quantum vero ad

El Padre quiere que la humanidad, por su Hijo restaurada, sea como una nueva creacion (1), una nueva criatura, segun San Pablo, que nos llama hechura de Dios, criados en Cristo Jesus para obras buenas que preparó el Señor para que andemos en ellas (2). Esa nueva creacion espiritual que da al hombre el sér de la gracia, renaciendo para Dios en el bautismo por el agua y el Espíritu Santo (3), forma el pueblo de los hijos de Dios, que ha de ser como un solo hombre con un solo corazon y una sola alma (4), como es uno su espíritu, una su fe y una la esperanza de su vocacion (5), y como un solo cuerpo, cuya cabeza es Jesucristo, que es el principio influyente por el cual todo el cuerpo coligado, obrando á proporcion de cada miembro, toma aumento para edificarse en caridad (6). Esa nueva creacion espiritual es la Iglesia, á la cual ha dado Dios por cabeza á Jesucristo, y que es el cuerpo de este, y la plenitud ó dilatacion de él para que lo llene todo en todos (7).

Ahora bien: hechura de Dios ese cuerpo criado en Cristo Jesus, que es su cabeza, recibe por el mismo Jesucristo el espíritu que le vivifica, recibe al Espíritu Santo que le comunica la vida de la gracia y la partici-

humanam, quia Christus accepit summam plenitudinem ejus, ita quod per eum ad omnes derivatur.... Et ideo baptismus et alia Sacramenta non habent efficaciam, nisi virtute humanitatis et passionis Christi. (S. Thom. *in Ep. ad Tit.*, c. 3, lect. 1.)

(1) Oportuit esse novam creationem, per quam producerentur in esse gratiæ, quæ quidem creatio ex nihilo est, quia qui gratia carent, nihil sunt. (Id. *in 2 Cor.*, c. 5, lect. 4.)

(2) II Cor. V, 17.—Gal. VI, 15.—Ephes. II, 10.

(3) Joann. III, 5, 6.

(4) Act. IV, 32.

(5) Ephes. IV, 5.

(6) Id. id., 16.

(7) Id. I, 22, 23.

pacion de la divina naturaleza. Lo que es el alma para el cuerpo humano, dice San Agustin, es el Espíritu Santo para el cuerpo de Cristo, que es la Iglesia, en toda la cual produce lo que el alma en todos los miembros del cuerpo (1). De modo que, enviando Jesucristo en union con su Padre al Espíritu Santo sobre la Iglesia, hace en ella lo que en la creacion hizo en Adan, infundiéndole soplo de vida para ser alma viviente (2); y de la misma manera que Adan recibió la perfeccion de su sér por esta alma, y como Jesucristo en cuanto hombre la recibió por el Espíritu Santo, así tambien la Iglesia recibe esa perfeccion de su sér por el mismo Espíritu, que como fruto de su pasion le envia desde el cielo el Verbo encarnado, que es la cabeza de este gran cuerpo. Por ello el Apóstol San Pablo, hablando de todas las operaciones de él, dice que todas las produce el mismo y único Espíritu de Dios que le anima (3), sin el cual ni aun el nombre de Jesus podemos pronunciar dignamente (4), que ora en nosotros con gemido inefable (5), que reparte sus gracias como quiere entre los miembros de este cuerpo (6), y que produce en nosotros el querer y el obrar con buena voluntad (7).

De la misma manera, Señores, como Adan, en la perfeccion de su sér, no solo recibió la vida sino la fecundidad para multiplicarse en su descendencia (8), así

(1) Quod autem est anima corpori, hoc est Spiritus Sanctus Corpori Christi, quod est Ecclesia: hoc agit Spiritus Sanctus in tota Ecclesia, quod agit anima in omnibus membris unius corporis. (S. August., *Serm. in Fer. 2 Pent.*)

(2) Gen. II, 7.

(3) I Cor. XII, 11.

(4) Id. id., 3.

(5) Rom. VIII, 26.

(6) I Cor. XII, 11.

(7) Philip. II, 13.

(8) Gen. I, 28.

Jesucristo, y con él la Iglesia, no solo recibe la plenitud de la vida por el Espíritu Santo, sino la facultad de engendrar espiritualmente á los hijos de Dios, para dilatación del cuerpo de Jesucristo. Por ello San Pablo, no solo llama á la Iglesia cuerpo de Cristo que vive de su vida, sino también su esposa, que se multiplica en sus hijos para perfeccionamiento de este cuerpo, que es la plenitud de Cristo (1). Adán, dice el Apóstol, es la figura de Cristo (2). Si es su figura, dice San Agustín, en él se cumple en un orden superior y espiritual, lo que en el orden natural se representó en el primero; y como á éste le formó Dios una esposa de su mismo costado cuando dormía sueño misterioso, así á Cristo, poseído en la cruz del sueño de la muerte, le fué abierto su costado con la lanza, y brotó sangre y agua, signo de los Sacramentos con que se formó la Iglesia su esposa, para ser la madre de los vivientes por la gracia, como en figura de ella fué llamada Eva, madre de los que viven (3).

Para que mejor comprendamos este misterio, nos dice San Pablo que Cristo se entregó voluntariamente á la muerte por su Iglesia, á fin de santificarla, purificándola con el bautismo del agua por la palabra de vida, para presentársela á sí mismo, sin mancha ni arruga, gloriosa, santa é inmaculada (4). Recordando las palabras

(1) Ephes. I, 22, 23.

(2) Rom. V, 14.

(3) Quando dormivit in cruce signum gestabat, immo implebat quod significatum est in Adam; quia cum dormiret Adam, costa illi detracta est, et Eva facta est: sic et Domino, cum dormiret in cruce, latus ejus lancea percussus est, et Sacramenta profluxerunt unde facta est Ecclesia. Ecclesia Conjux Domini facta est de latere, quomodo Eva facta est de latere. Sed quomodo illa non est facta nisi de latere dormientis, sic ista non est facta nisi de latere morientis.... in cujus figura Eva mater vivorum appellata est. (S. August., *Enarr. in Ps. 126.*)

(4) Ephes. V, 25, 29.

de Dios á Adán y Eva, «serán dos en una carne (1),» añade el Apóstol: este es un gran Sacramento en Cristo y en la Iglesia (2). Es decir, la unión del esposo y la esposa es un sacramento figurativo de la unión de Cristo con la Iglesia, de la cual nacen espiritualmente para Dios los hombres llamados á ser miembros de este cuerpo místico de Jesucristo.

El lazo de esta unión admirable es el Espíritu Santo (3), que da la fecundidad á la Iglesia, así como hizo fecundo el seno virginal de María, formando de su sangre el cuerpo que tomó para sí el divino Verbo; y así como quiso que esta mujer privilegiada fuese Virgen y madre á la vez, así quiere que lo sea la Iglesia, de quien nacen los hijos adoptivos de Dios, que son, según San Pablo, la plenitud del cuerpo de Cristo, para ser conformes á él en la tierra, y sus coherederos en el cielo.

El Hijo unigénito de Dios, dice San Agustín, se dignó tomar la naturaleza humana para unir á sí, como cabeza inmaculada, á la Iglesia sin mancha (4), concediéndole en el espíritu lo que su Madre tuvo en el cuerpo, esto es, el ser virgen y madre (5). Imitando pues la Iglesia á la Madre de su Señor y esposo, ya que no puede en el cuerpo, es virgen y madre en el espíritu (6). Madre

(1) I Cor. VI, 16.

(2) Ephes. V, 32.

(3) Spiritus Sanctus copula unionis nostræ cum Christo. (S. Joann. Chrys., *Hom. 2 de Pentec.*)

(4) Unigenitus Dei Filius humanam sibi dignatus est conjungere naturam, ut sibi capiti immaculato, immaculatam consociaret Ecclesiam. (S. August., *Serm. 191 in Natali Domini.*)

(5) Ecclesie concessit Christus in spiritu, quod mater ejus habuit in corpore, ut mater et virgo sit. (S. August., *Serm. de Verb. Joann., c. 10.*)

(6) Ecclesia ergo imitans Domini sui Matrem, quoniam corpore non potuit, mente tamen et mater et virgo est. (Id. *Serm. 191 de Natal. Domini.*)

por las entrañas de caridad con que da á luz á sus hijos, diciendo mejor que San Pablo: Hijitos míos, de quienes estoy de parto para que sea formado Cristo en vosotros (1): Virgen por la integridad de la fe y de la piedad (2). Madre para nosotros, Virgen para su esposo (3). Da á luz á los pueblos, pero son miembros de aquel de quien ella es el cuerpo y la esposa, semejante también en esto á la inmaculada Virgen, porque en muchos es Madre de un solo Hijo, que es Cristo (4).

No es solo de San Agustín esta hermosa idea. Escuchad á San León: «Todo lo que hizo y enseñó el Hijo de Dios para la reconciliación del género humano, no solo lo conocemos en la historia de cosas que pasaron, sino que lo vemos y lo sentimos en la virtud de obras que se reproducen. Él es el mismo que, nacido de Madre Virgen por el Espíritu Santo, hace fecunda por la misma inspiración, esto es, por el mismo Espíritu, á su Iglesia inmaculada, para que por el parto del bautismo dé á luz la innumerable familia de los hijos de Dios, de quienes se dice que no nacen de la carne y de la sangre, sino del mismo Dios (5). Nacen de Dios, porque su genera-

(1) Gal. IV, 19.

(2) Mater visceribus caritatis, virgo integritate fidei ac pietatis. (S. August., *Serm.* 192.)

(3) Speciosus forma præ filiis hominum, Sanctæ Filius Mariæ, Sanctæ Sponsus Ecclesiæ, quam suæ genitrici similem reddidit, nam et nobis eam matrem fecit, et Virginem sibi custodit. (Id. *Serm.* 196.)

(4) Filios parit, sed unius membra sunt, cujus ipsa et corpus, et conjux, etiam in hoc similitudinem gerens illius Virginis, quia et in multis mater est unitatis. (Id., *Serm.* 192.)

(5) Omnia quæ Dei Filius ad reconciliationem mundi et fecit et docuit, non in historia tantum præteritarum actionum novimus, sed etiam in presentium operum virtute sentimus. Ipse est qui de Spiritu Sancto ex Matre editus Virgine, incontaminatam Ecclesiam suam eadem inspiratione fœcundat, ut per baptismatis partum innumerabilis filiorum Dei multitudo gignatur, de quibus dicitur, qui non ex sanguinibus, sed ex Deo nati sunt. (S. Leo, *Serm.* 14 de *Pass.*)

ción espiritual es en el agua y el Espíritu Santo (1), que es el agente principal y el que produce la gracia y la santidad, por la cual renacemos hijos de Dios en el bautismo (2).

Este Espíritu, que conserva á la Iglesia en la integridad virginal de su fe, y la fecunda como Esposa del Verbo Encarnado, no le fué dado hasta que entró Jesucristo en la posesión plenísima de la gloria, á que fué exaltado en premio de su humillación y sacrificio (3). El Verbo se hizo carne, dice San Agustín, para ser cabeza de la Iglesia, que tomaba por esposa (4), pero no consumó su unión con ella por medio del Espíritu Santo, hasta que fué glorificado (5). Ved por qué después de haber dicho á sus Apóstoles: «Id por todo el mundo, enseñad á todas las gentes, bautizadlas para que sean hijos de Dios, y obrando según la fe se salven (6),» les mandó, dice San Lucas, que no saliesen de Jerusalem para dar principio á esta grande obra, hasta ser investidos de la virtud del Espíritu Santo (7); y ved también por qué el mismo día en que esto se cumple, hace ver al mundo la fecundidad de la Iglesia su Esposa, que da á luz por el bautismo á tres mil convertidos por la predicación de San Pedro, lleno del Espíritu Santo (8), cum-

(1) Joann. III, 5.

(2) Spiritus Sanctus est primarius agens, et effector gratiæ et sanctitatis, per quam filii Dei renascimur in baptismo. (*A Lapide*, in cap. 3 Joann.)

(3) Joann. VII, 39.

(4) Verbum caro factum est, ut fieret caput Ecclesiæ. (S. August. *Enarrat. in Ps.* 148.)

(5) Ad hoc glorificatus est Christus, ut mitteret Spiritum Sanctum. (Id. *in Ps.* 108.)

(6) Matth. XXVIII, 19.

(7) Act. I, 4, 8.

(8) Id. II.

pliéndose lo que habia dicho por Isaías (1): ¿Quién jamás oyó cosa tal? ¿Quién la vió semejante? ¿Parirá acaso la tierra en un dia? ¿O de una vez será dada á luz una nacion? Porque Sion estuvo de parto y parió á sus hijos. Yo, que doy la fecundidad á los otros, ¿seré acaso estéril? (2)

¡Cuántos prodigios, Señores, cuanta grandeza en estos misterios! Resumámoslos en pocas palabras. Dios quiere restaurar todas las cosas en el cielo y en la tierra, quiere libertar al hombre esclavo del pecado y del demonio, hacerle hijo suyo, participante de su divina naturaleza y heredero de su gloria. Envía para ello á su Hijo, Dios como él, que se hace hombre, maestro y modelo de los hombres, y toma sobre sí la responsabilidad de nuestros pecados para redimirnos. Muere en la cruz, y nos da la vida de hijos de Dios. De su costado hace nacer la Iglesia, su cuerpo y su esposa, por la que quiere multiplicarse á sí mismo, formándose un cuerpo de toda la humanidad. Resucita y sube al cielo para tomar posesion de él en nombre de todos, y prepararnos el lugar en que eternamente seremos como Dios, y envia al Espíritu Santo, que es la vida, la santidad y la fecundidad de la Iglesia, para conservarla en su integridad y pureza virginal de la fe, y para hacerla madre de todos los vivientes por la gracia, de todos los hijos de Dios, llamados á la herencia de su gloria.

Todo lo compendia San Pablo en estas palabras: «Dios, rico en misericordia, por su estremada caridad con que nos amó, aun cuando estábamos muertos por el pe-

(1) Mystice exponitur de partu Virginis, et de partu Ecclesie in conversione fidelium, et de parturitione aeternae generationis. (S. Thom., in *Isaiam*, cap. 66.

(2) Isai. LXVI, 8, 9.

cado, nos dió vida juntamente en Cristo, por cuya gracia somos salvos, y con él nos resucitó y nos hizo sentar en el cielo, para mostrar en los siglos venideros las abundantes riquezas de su gracia por su bondad sobre nosotros en Jesucristo (1). Todo en Jesucristo, hermanos, todo por Jesucristo. Por él la remision de nuestros pecados (2); por él la libertad de hijos de Dios (3); por él el derecho al cielo, y la esperanza de entrar en su gloria; por él el Espíritu Santo, arras y prenda de nuestra herencia (4); y por el Espíritu Santo nuestro nacimiento espiritual, el derecho á llamar á Dios nuestro Padre (5), el sello de santidad en nuestras almas (6), la virtud y la fortaleza para querer y obrar segun la fe (7), el poder de la oracion que nos atrae los auxilios de lo alto (8), la gracia que nos santifica para que seamos participantes de la divina naturaleza (9), y la caridad que se difunde en nuestros corazones (10), para que estemos en Dios y Dios en nosotros (11), hasta que resucitados por ese mismo Espíritu que resucitó á Jesucristo (12), este reforme y transfigure nuestro cuerpo á semejanza del suyo glorificado (13), para que seamos semejantes á Dios, seamos como Dioses en el cielo (14).

(1) Ephes. IV, 7.

(2) Coloss. I, 14.

(3) Gal. IV, 31.

(4) Ephes. I, 14.

(5) Gal. IV, 6.—Rom. VIII, 15.

(6) II Cor. I, 22.—Ephes. I, 13.

(7) Philip. II, 13.

(8) Rom. VIII, 26.

(9) II Petr. I, 4.

(10) Rom. V, 5.

(11) I Joann. IV, 16.

(12) Rom. VIII, 11.

(13) Philip. III, 21.

(14) I Joann. III, 2.

Bendito sea Dios Padre de Nuestro Señor Jesucristo, que segun su grande misericordia nos ha reengendrado para esperanza de vida por la resurreccion de su Hijo de entre los muertos (1), y ha difundido sobre nosotros abundantemente su espíritu por el mismo Jesucristo, para que, justificados por su gracia, seamos herederos segun la esperanza de la vida eterna (2). No contristemos, pues, al Espíritu Santo, en el cual estamos sellados para el día de la redencion perfecta en el cielo (3). No vivamos segun la carne, sino segun el espíritu (4), despojados del hombre viejo y vestidos del nuevo, como resucitados con Cristo (5); y puesto que Dios nos ha criado en Jesucristo para buenas obras, las que preparó para que anduviésemos en ellas (6), buscando, no las cosas del cielo, donde está Cristo sentado á la diestra del Padre (7), crezcamos en todas las cosas en él, que es nuestra cabeza (8), hasta que lleguemos á ser varon perfecto segun la medida de la edad cumplida de Cristo (9), y hechos conformes á él en la tierra (10), seamos sus coherederos en el cielo (11), llenos de toda la plenitud de Dios (12), y embriagados en el torrente de las delicias de su amor por todos los siglos de los siglos (13).

(1) Petr. I, 3.

(2) Tit. III, 6.

(3) Ephes. IV, 30.

(4) Rom. VIII, 5.

(5) Colos. III, 9.

(6) Ephes. II, 10.

(7) Colos. III, 1.

(8) Ephes. IV, 15.

(9) Id. id., 13.

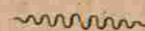
(10) Rom. VIII, 29.

(11) Id. id., 17.

(12) Ephes. III, 19.

(13) Psalm. XXXV, 9.

NOVENO SERMON.



Jesucristo sentado a la diestra del Padre, nuestro Mediador, Sacerdote y Abogado en la vida, nuestro Juez en la muerte, y nuestro Glorificador en la eternidad.

Advocatum habemus apud Patrem Jesum Christum justum (I Joann, III, 1), qui constitutus est a Deo iudex vivorum et mortuorum (Act. X, 42), et reddet unicuique secundum opera ejus.

(Matth. XVI, 27.)

AL llegar al término de nuestros discursos sobre Jesucristo, no perdamos de vista, Señores, las palabras de San Pablo, que nos han servido de clave para penetrar en los misterios de su grandeza y de su humillacion, de su vida y de su muerte, de su sacrificio perpetuado en la tierra, y de su exaltacion sobre toda gloria en el cielo. «Dios Padre se propuso restaurar en Cristo todas las cosas que hay en el cielo y en la tierra.» (1) Esa restauracion tuvo principio cuando, por el infinito amor que nos tiene, envió á su Hijo al mundo (2), no para juz-

(1) Ephes. I, 10.

(2) Id. id. II, 4.

Bendito sea Dios Padre de Nuestro Señor Jesucristo, que segun su grande misericordia nos ha reengendrado para esperanza de vida por la resurreccion de su Hijo de entre los muertos (1), y ha difundido sobre nosotros abundantemente su espíritu por el mismo Jesucristo, para que, justificados por su gracia, seamos herederos segun la esperanza de la vida eterna (2). No contristemos, pues, al Espíritu Santo, en el cual estamos sellados para el día de la redencion perfecta en el cielo (3). No vivamos segun la carne, sino segun el espíritu (4), despojados del hombre viejo y vestidos del nuevo, como resucitados con Cristo (5); y puesto que Dios nos ha criado en Jesucristo para buenas obras, las que preparó para que anduviésemos en ellas (6), buscando, no las cosas del cielo, donde está Cristo sentado á la diestra del Padre (7), crezcamos en todas las cosas en él, que es nuestra cabeza (8), hasta que lleguemos á ser varon perfecto segun la medida de la edad cumplida de Cristo (9), y hechos conformes á él en la tierra (10), seamos sus coherederos en el cielo (11), llenos de toda la plenitud de Dios (12), y embriagados en el torrente de las delicias de su amor por todos los siglos de los siglos (13).

(1) Petr. I, 3.

(2) Tit. III, 6.

(3) Ephes. IV, 30.

(4) Rom. VIII, 5.

(5) Colos. III, 9.

(6) Ephes. II, 10.

(7) Colos. III, 1.

(8) Ephes. IV, 15.

(9) Id. id., 13.

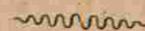
(10) Rom. VIII, 29.

(11) Id. id., 17.

(12) Ephes. III, 19.

(13) Psalm. XXXV, 9.

NOVENO SERMON.



Jesucristo sentado a la diestra del Padre, nuestro Mediador, Sacerdote y Abogado en la vida, nuestro Juez en la muerte, y nuestro Glorificador en la eternidad.

Advocatum habemus apud Patrem Jesum Christum justum (I Joann, III, 1), qui constitutus est a Deo iudex vivorum et mortuorum (Act. X, 42), et reddet unicuique secundum opera ejus.

(Matth. XVI, 27.)

AL llegar al término de nuestros discursos sobre Jesucristo, no perdamos de vista, Señores, las palabras de San Pablo, que nos han servido de clave para penetrar en los misterios de su grandeza y de su humillacion, de su vida y de su muerte, de su sacrificio perpetuado en la tierra, y de su exaltacion sobre toda gloria en el cielo. «Dios Padre se propuso restaurar en Cristo todas las cosas que hay en el cielo y en la tierra.» (1) Esa restauracion tuvo principio cuando, por el infinito amor que nos tiene, envió á su Hijo al mundo (2), no para juz-

(1) Ephes. I, 10.

(2) Id. id. II, 4.

garle, sino para salvarle (1), y el Verbo se hizo carne, y habitó con nosotros lleno de gracia y de verdad, para que de su plenitud recibamos todos (2). Para llevar á término su designio, el Padre le constituyó cabeza de la humanidad (3), como á un segundo Adán (4), en quien se represente la causa de todos los hombres, puso sobre él los pecados de todos (5), y le hizo Sacerdote eterno segun el orden de Melquisedech (6), para que se inmolasen á sí mismo, y redimiéndonos del pecado, nos elevase á la dignidad de hijos de Dios, herederos de su gloria (7). Jesucristo se ofreció á la muerte, y hallando la redencion eterna, resucitó gloriosamente para entrar en el tabernáculo del cielo (8), abrirnos sus puertas, prepararnos un lugar (9), y enviarnos al Espíritu Santo, que haga de nosotros nuevas criaturas (10).

La obra de restauracion perfecta no ha llegado, sin embargo, á su fin. El cuerpo místico, de quien es cabeza Jesucristo, crece y se dilata cada dia, pero no llegará á su completa edificacion, á la plenitud de varon perfecto, hasta la consumacion de los siglos (11), cuando vencidos y reducidos á la impotencia todos sus enemigos, le presente al Padre (12) como Iglesia suya, como esposa á quien se ha unido, formándola para sí gloriosa y

(1) Joann. III, 17.

(2) Id. I, 14, 16.

(3) Ephes. I, 22.

(4) I Cor. XV, 45.

(5) Isai. LIII, 6.

(6) Psalm. CIX, 4.—Heb. VII, 17.

(7) Gal. IV, 5.—Rom. VIII, 17.

(8) Hebr. IX, 12.

(9) Joann. XIV, 2.

(10) Id. XVI, 7.

(11) Ephes. II, 21.—IV, 13, 15.

(12) I Cor. XV, 20.

sin mancha (1), y le entregue su reino, á fin de que Dios sea todo en todas las cosas (2). Por ello, hablando Santo Tomás del Sacerdocio de Jesucristo, dice que en él pueden considerarse dos cosas: la oblacion misma del sacrificio, y su consumacion, que consiste en que aquellos por quienes se ofrece, consigan el fin de su oblacion. Siendo, pues, el fin del sacrificio procurarnos los bienes de la eternidad, la consumacion ha de realizarse en la eternidad misma (3).

Mientras haya en la tierra hombres á quienes salvar, será Jesucristo el Salvador de todos (4), y en él y por él seguirá el Padre cumpliendo el inefable designio de su misericordia. Esto nos lleva, Señores, á considerarle en el cielo á la diestra del Padre, continuando su divino ministerio hasta llevar á término la restauracion en el último de los dias, y esto con relacion á todos y cada uno de los hombres durante la vida, en la muerte y en la eternidad. Jesucristo en el cielo es nuestro Mediador, Sacerdote y Abogado en la vida, nuestro Juez en la muerte y en el último dia, y nuestro glorificador en la eternidad.

(1) Ephes. V, 27.

(2) I Cor. XV, 28.

(3) In officio Sacerdotis duo possunt considerari: primo quidem ipsa oblatio sacrificii; secundo ipsa sacrificii consummatio: quæ quidem consistit in hoc, quod illi pro quibus sacrificium offertur, finem sacrificii consequantur. Finis autem sacrificii quod Christus obtulit, non fuerunt bona temporalia, sed æterna quæ post ejus mortem adipiscimur: inde dicitur *Christus assistens Pontifex futurorum bonorum*; ratione cujus Christi Sacerdotium dicitur esse in æternum. (S. Thom., p. 3. q. 22, art. 5.)

(4) I Tim. IV, 10.

PRIMERA PARTE.

El hombre, engañado por la palabra del tentador, se separó de Dios y del camino que le había trazado para llegar á su fin en la posesion de la gloria de su Creador, y corrompiendo su naturaleza, opuso obstáculos al plan divino. Dios destruye esos obstáculos por medio de su Verbo, que se encarnó para restaurar todas las cosas. Pero así como el pecado no cambió la naturaleza del hombre, sino que la degradó inclinándola al mal y debilitándola para el bien (1), así la restauracion tampoco la cambia ni la altera en su esencia. La purifica de sus hediondas llagas, la levanta de su postracion, la ennoblece con un carácter divino, y pone á su disposicion medios sobrenaturales para que le sea fácil levantarse hasta Dios y llegar á su destino.

Lo hemos visto, hermanos, en los discursos anteriores. Porque el hombre se hizo reo, Jesucristo, el Hijo de Dios, se hace víctima; porque el hombre perdió de vista el original infinitamente perfecto de quien es imágen, Jesucristo se le presenta como modelo divino á quien pueda imitar; porque el hombre se habia sumergido voluntariamente en las tinieblas, Jesucristo le devuelve la luz, que es él mismo (2); porque el hombre se habia debilitado, Jesucristo, virtud de Dios (3), le comunica

(1) Gen. VI, 5.—VIII, 21.

(2) Joann. I, 4.—VIII, 12.

(3) I Cor. I, 24.

fuerzas con que pueda vencer todos los obstáculos que se le oponen en su camino; porque el hombre, en fin, habia perdido todo derecho á la posesion de la gloria de Dios, Jesucristo con su sacrificio le recobra este derecho, le hace hijo adoptivo de Dios para que aspire á él á título de herencia, y subiendo al cielo como cabeza de la humanidad para tomar posesion de su gloria en nombre de todos, les dice: Voy á prepararos un lugar (1); seguidme: el que me siga estará donde yo estoy (2).

Pero de la misma manera que el primer hombre pudo perder y perdió el derecho á la bienaventuranza que Dios le preparaba, así podemos perder nosotros el que nos ha conquistado Jesucristo. Delante del hombre está el bien y el mal, la vida y la muerte, dice el Espíritu Santo: lo que él quiera, eso se le dará (3). Es decir, Señores, que somos libres: del buen ó mal uso que hagamos de nuestra libertad, depende nuestra exaltacion ó nuestra ruina. Dios quiere que obremos el bien por eleccion, y cooperemos á su voluntad con la nuestra. La libertad nos es indispensable para merecer la felicidad á que Dios nos llama, y que no se nos dará sino como corona de justicia; pero la libertad no es verdadera base de elevacion y grandeza, si no se mueve dentro del orden. Para que así sea, Dios nos da la fe, que nos descubre el fin, la ley, que nos traza el camino, y la gracia, que es el auxilio divino añadido á las fuerzas de la naturaleza, insuficientes por sí, y mucho mas despues del desorden del primer pecado, que inoculó el veneno en el corazon, inclinándonos al mal.

(1) Joann. XIV, 2.

(2) Id. id. XVII, 24.

(3) Eccli. XV, 18.

¿Por quién nos viene la gracia? Por Jesucristo, Señores; solo por Jesucristo. Él nos la mereció con su sacrificio; él perpetúa ese sacrificio para que se nos aplique su fruto de infinito valor; él nos manda orar y pedirla incesantemente en su nombre como don de Dios (1); él nos envía el Espíritu Santo, para que ore en nosotros con gemido inefable que avalore nuestra plegaria (2); él, en fin, ora por nosotros en el cielo, para que seamos enriquecidos con su gracia y nos levantemos á mayor grado de santidad cada día, hasta llegar á la vision de Dios en la eterna Sion (3), constituyéndose nuestro Mediador, nuestro Sacerdote y nuestro Abogado en la presencia del Padre.

Con estos caracteres nos le hacen contemplar San Pablo y el discípulo amado. Jesucristo, dice el primero, es el único mediador entre Dios y los hombres (4). Nadie puede serlo como él, dice Santo Tomás, porque es propio del mediador acercar y unir los extremos en el medio, y esto hace perfectamente Cristo, por quien somos reconciliados con Dios segun aquellas palabras del Apóstol: Dios estaba en Cristo reconciliando al mundo consigo (5). Por ello el mismo San Pablo, despues de haber dicho: «Uno es Dios y uno el mediador entre Dios y los hombres, Jesucristo hombre,» añade, que se dió á sí mis-

(1) Joann. XVI, 23, 24.

(2) Rom. VIII, 26.

(3) Psalm. LXXXIII, 8.

(4) I Tim. II, 5.

(5) Ad mediatoris officium proprie pertinet conjungere et unire eos inter quos mediator est, nam extrema uniuntur in medio. Unire autem homines Deo perfecte convenit Christo, per quem homines sunt reconciliati Deo, secundum illud (2 Cor. V, 16): Deus erat in Christo, reconcilians mundum sibi. Et ideo solus Christus est perfectus Dei et hominum mediator. (S. Thom., 3 p., q. 26, art. 1.)

mo en redencion por todos (1). Él une á los hombres con Dios, presentando á aquellos los preceptos del Señor, comunicándoles los dones divinos, y satisfaciendo y abogando por el género humano ante la majestad de su Padre (2).

Dos cosas se requieren para el oficio de mediador: que se halle como en medio del ofendido y del reo, y que acerque y una á ambos (3). Esto es lo que hace Jesucristo. Dista de Dios, ofendido por el hombre, en la naturaleza humana que tomó para sí, y del hombre reo, por su dignidad de Hijo de Dios y su inocencia; y estando en este medio reconcilia á los hombres con Dios y los acerca como piedra angular que une ambos extremos (4).

Dios Padre, que quiso restaurar todas las cosas por Jesucristo, reconciliando al mundo consigo, le constituyó Sacerdote y Pontífice para ser el mediador de la nueva alianza (5); porque á nadie mejor que al Sacerdote conviene el oficio de mediador, en cuanto comunica al pueblo las cosas divinas, y presenta á Dios las plegarias de aquel (6), alcanzando la gracia y ofreciendo satisfaccion que purifique la mancha de la culpa del hom-

(1) I Tim. II, 5.

(2) In quantum est homo convenit ei conjungere homines Deo, præcepta et dona Dei hominibus exhibendo, et pro hominibus Deo satisfaciendo et interpellando. (S. Thom., 3 p., q. 26, art. 2.)

(3) Duo requiruntur ad officium mediatoris: 1.º quod sit medius inter personam læsam et reum; 2.º quod conjungat utramque. (Contenson, *Theolog. mentis et cordis*, lib. X, Diss. 1, cap. 1, spec. 3.)

(4) Act. IV, 11.

(5) Hebr. IX, 15.

(6) Proprie officium Sacerdotis est esse mediatorem.... in quantum divino populo tradit.... et in quantum preces populi Deo offert. (S. Thom., 3 p., q. 22, art. 1.)

bre, y pague la pena merecida (1). Cumpliendo este oficio de mediador el gran Sacerdote, Cristo Jesus, en los dias de su carne oró con lágrimas, y fué escuchado en favor de los hombres por quienes intercedia (2). Se ofreció á sí mismo como víctima por ellos, y consumada su oblacion, entró en el tabernáculo del cielo despues de hallar y asegurar la eterna redencion para el género humano (3).

Siendo su sacerdocio eterno, ha de continuar Jesucristo sus augustas funciones mientras haya en la tierra hombres á quienes salve, ya que no hay ni puede haber otro mediador para ellos (4), ni se les ha dado otro nombre en quien puedan ser salvos (5). Es verdad que se halla ya en la plenitud de su gloria sentado á la diestra del Padre; pero allí continúa su ministerio de gran Sacerdote, mediador y abogado por el hombre, hasta que, llevada á término la obra salvadora, y vencidos por completo sus enemigos con la victoria sobre la muerte en la resurreccion universal, presente el reino al Padre para que lo sea todo en todas las cosas (6). Propiedad singular del Sacerdocio de Jesucristo, que incoado en el principio de su vida, persevera eternamente no solo en cuanto al carácter, sino en cuanto al acto y al

(1) Duo sunt in peccato, scilicet macula culpæ et reatus pœnæ. Macula culpæ deletur per gratiam, reatus autem pœnæ totaliter tollitur per hoc quod homo Deo satisfacit. Utrumque autem horum efficit Sacerdotium Christi. Nam virtute ipsius gratia nobis donatur, qua corda nostra convertuntur ad Deum. Ipse etiam pro nobis plenarie satisfecit. (S. Thom., 3 p., q. 22, art. 3.)

(2) Hebr. V, 7.

(3) Id. IX, 12.

(4) I Tim. II, 5.

(5) Act. IV, 12.

(6) I. Cor. XV, 28.

ejercicio que se consumó, pero de ninguna manera acabó con la muerte. Continúa su oblacion incruenta en la tierra, como víctima que se ofrece á sí misma por manos de sus ministros, á quienes mandó hacerlo hasta la consumacion del siglo; y á la vez asiste como Pontífice en el cielo, donde sin cesar ofrece al Padre su muerte, y por sus llagas que conserva, como por otras tantas bocas fecundísimas, pide perdon por nosotros, é influye é influirá gloriosamente por toda la eternidad para bienaventuranza de los Santos (1). Hé aquí, dice Santo Tomás, por qué quiso conservar en su cuerpo glorioso las cicatrices de sus llagas, para suplicar al Padre por nosotros, mostrándole siempre el género de muerte que sufrió para merecernos el perdon y la gracia, y salvarnos eternamente (2).

¡Ah, Señores, que es consoladora por demás esta idea! Cuanto Jesucristo hizo por nosotros, cuanto la fe nos enseña acerca de nuestra adopcion de hijos de Dios, de nuestra dignidad de miembros de Cristo, de nuestra sociedad con el Padre y con su Hijo Jesucristo, y de nuestra vocacion á la gloria, nos urge, nos apremia á que renunciemos al pecado y á las obras de tinieblas, á que avancemos en la virtud, á que seamos santos. Nos

(1) Sacerdotii Christi proprietas est singularis, quod ab initio inchoatum durat in æternum, non solum quoad habitum, sed etiam quoad actum et exercitium: quod in morte quidem consummatum est, sed minime finitum: perseverat enim incruenta oblatio in Venerabili Sacramento altaris usque ad consummationem sæculi, et in cælo mortem suam Patri Æterno perpetim offert, ac vulneribus hac de causa servatis, velut totidem fecundissimis oribus pro nobis veniam petit, et insuper per totam æternitatem in Sanctis gloriam influet, unde merito Sacerdos in æternum nominatur. (Contenson, lib. X, Diss. 1, cap. 1, spec. 3.)

(2) Conveniens fuit animam Christi in resurrectione corpus cum cicatricibus assumere.... ut Patri pro nobis supplicans, quale genus mortis pro nobis pertulerit semper ostendat. (S. Thom. 3 p., q. 55, art. 4.)

lo dice San Pablo: sed imitadores de Dios como hijos suyos muy amados (1); lejos de vosotros el convertir en miembros de corrupcion á los que lo son de Cristo (2); de ningun modo reine el pecado en vosotros (3), porque Dios os ha escogido para que seais santos é inmaculados en su presencia, para glorificacion de la gracia de nuestro Señor Jesucristo (4). Hijitos míos, añade San Juan, todas estas cosas os he escrito para que no pequeis (5). Pero somos débiles, hermanos. Llevamos nuestro tesoro en vasos de barro (6). Con harta frecuencia, abusando de nuestra libertad, menospreciando los dones de Dios y olvidando nuestras promesas, nos inclinamos á las criaturas, abrimos el corazon al pecado, renovamos el desorden de la prevaricacion primera, y atraemos la ira de Dios. ¿No habrá remedio para nosotros? ¿Deberemos entregarnos á la desesperacion, como pretendian los que, interpretando erróneamente una frase de San Pablo, negaban la penitencia al que pecase despues del bautismo? No, Señores: no hagamos tal ofensa á Dios, cuya misericordia es sobre todas sus obras (7). No hagamos tal injuria á la caridad infinita del Hijo de Dios, que se sacrificó por los pecadores, dejando abiertas las fuentes de sus llagas para que, como anunció Isaías, con gozo del alma acudamos á sacar agua de esas fuentes, y con ella nos purifiquemos de las manchas de nuestras culpas, y recobremos la gracia perdida (8). Hijitos míos, dice San

(1) Ephes. V, 1.

(2) I Cor. VI, 15.

(3) Rom. VI, 12.

(4) Ephes. I, 4.

(5) I Joann. II, 1.

(6) II Cor. IV, 7.

(7) Psalm. CXLIV, 9.

(8) Isai. XII, 3.

Juan, esto os he escrito para que no pequeis; pero si alguno peca, no desespere. Tenemos en el cielo un abogado en la presencia del Padre, que es Jesucristo, el Justo, el Santo por excelencia, y él es propiciacion por nuestros pecados y por los de todo el mundo (1). Escuchad á San Pablo: ¿Quién condenará al pecador arrependido? (2) Levantad los ojos al cielo: allí tenemos al gran Sacerdote que sabe compadecerse de nuestras flaquezas (3); allí está viviendo siempre para abogar por nosotros (4). Resucitó, dice San Ambrosio, y sentado en el cielo á la diestra del Padre, defiende nuestra causa con plegaria que no puede ser desoída (5).

Acerquémonos, pues, con confianza al trono de la gracia para recibir el don de la misericordia con auxilio oportuno (6). De allí vendrá la gracia del Redentor, que nos justifica para que nadie pueda acusarnos ni condenarnos, ya que ruega por nosotros Jesucristo, que murió, que resucitó, que está á la diestra del Padre (7) como abogado, cuyo oficio es orar é interceder en favor de los que necesiten de la misericordia de su Juez y Señor (8). De allí vendrá la gracia cada vez mas abundante, que nos dará la victoria por nuestro Señor Jesucristo (9).

(1) I Joann. II, 2.

(2) Rom. VIII, 33.

(3) Hebr. IV, 15.

(4) Id. VII, 26.

(5) Christus resurgens causas nostras semper agit apud Patrem, cujus postulatio contemni non potest. (S. Ambros., *in Heb.* 1.)

(6) Heb. IV, 16.

(7) Rom. VIII, 34.

(8) Officium advocati est orare et intercedere pro eo qui indiget misericordia Judicis et Domini..... Christo convenit orare pro nobis. (Cotens., *lib. X, Diss. 1, cap. 1, spec. 3.*)

(9) I Cor. XV, 57.

cuando, renovados en el espíritu, aspiremos á la santidad, crucificando la carne con sus vicios y concupiscencias (1), para que la vida de Jesus se manifieste en nosotros (2); sobre todo si nos unimos á él en la Sagrada Comunión, que nos llena de su gracia y nos da la prenda de la gloria (3).

Decididos, pues, á alcanzar la corona, que no se dará sino á quien pelearé legítimamente (4), levantemos los ojos como David á los montes eternos, de donde nos viene el auxilio divino, repitiendo con el mismo: *Auxilium meum a Domino, qui fecit cælum et terram* (5). Este es el aliento del cristiano que se goza poseyendo á Jesucristo en la Sagrada Comunión, y contemplándole en el cielo Mediador, Sacerdote y Abogado suyo en presencia del Padre. ¡Cuán poderosa es esta idea para hacernos entrar en batalla contra los enemigos de nuestra salvación, exclamando con el Apóstol: Todo lo puedo en aquel que me conforta! (6) Y con el Salmista: Si se me declara guerra, no temerá mi corazón; si se me presenta batalla, esperaré en mi Señor Jesucristo (7), que me dice: Confía, hijo; yo he vencido al mundo (8). Vedle. En lo alto de los cielos, mejor que Moisés en la cumbre del monte (9), levanta sus brazos y aboga por nosotros, mientras peleamos en el valle de este mundo, y con su auxilio nos asegura la victoria. Para esto subió al cielo,

(1) Gal. V, 24.

(2) II Cor. IV, 10, 11.

(3) Ephes. I, 14.

(4) II Tim. II, 5.

(5) Psalm. CXX, 1, 2.

(6) Philip. IV, 13.

(7) Psalm. XXVI, 3.

(8) Joann. XVI, 33.

(9) Exod. XVII, 11.

dice el Apóstol (1), y constituido en su gloria, intercede por nosotros, presentando al Padre la humanidad que tomó por salvarnos, y los misterios que en ella tuvieron lugar, según la palabra de San Pablo: entró en el cielo para aparecer delante del Padre en favor nuestro (2). Allá es nuestro Abogado, mientras aquí es nuestro alimento, dándonos en ese Sacramento como pan de los fuertes, para que, robustecidos mejor que Elías, subamos al monte santo (3), creciendo de virtud en virtud hasta llegar á la visión de Dios en la eterna Sion (4).

Todo lo debemos á Jesucristo, señores. Por él recibimos la dignidad de cristianos, que nos hace hijos y herederos de Dios; por él la misericordia, que nos levanta si caemos; por él la gracia que nos santifica; por él la fuerza que nos sostiene; por él la virtud que nos asemeja á Dios; por él la victoria que nos merece el premio (5), y la felicidad que nos diviniza eternamente. Digamos pues con S. Pablo: ¿Quién nos separará del amor de Jesucristo? ¿La tribulación, la angustia, el hambre, la desnudez, el peligro, la persecución, la espada? Ciertamente estoy que ni la muerte, ni la vida, ni ángeles, ni principados, ni virtudes, ni cosas presentes ni venideras, ni altura ni profundidad, ni otra criatura podrá separarnos del amor de Dios, que es en Jesucristo Señor nuestro (6). Llenos de fe, de esperanza y de amor aprovechemos esa mediación

(1) Hebr. IX, 24.

(2) *Interpellat pro nobis humanitatem pro nobis assumptam, et mysteria in ea celebrata conspectui paterno repræsentando, juxta illud introivit in ipsum cælum, ut appareat nunc vultui Dei pro nobis.* (S. Thom. in *Ep. ad Rom.*, VIII, lect. 7.)

(3) III Reg. XIX, 8.

(4) Psalm. LXXXIII, 8.

(5) I. Cor. XV, 57.

(6) Rom. VIII, 35, et seq.

omnipotente de Jesucristo, y las gracias que nos concede, mientras tenemos tiempo de merecer y ser santos segun el designio eterno de Dios Padre, para no vernos poseidos de justísimo temor cuando, pasado este tiempo, sea nuestro Juez.

SEGUNDA PARTE.

Es una verdad de nuestra fe, señores. *Statutum est.* Establecido está para todos los hombres, dice S. Pablo, que mueran una sola vez, y despues el juicio (1). Dotados de libertad, y teniendo delante de nosotros el bien y el mal, podemos inclinarnos á uno ú otro (2); pero somos responsables de nuestra eleccion y de nuestros actos, y por lo tanto hemos de ser sometidos á un exámen, á un juicio, cuando llegue el momento de cesar nuestra libertad terminando nuestra vida. Hasta aquel momento deja Dios al hombre en manos de su consejo (3), y le visita con su gracia por los méritos de nuestro mediador y Abogado Cristo Jesus, para que pueda apartarse del pecado y practicar la virtud; pero desde el instante de la separacion del alma y del cuerpo no puede ya volver sobre sus pasos: á cualquier lado que se incline el árbol, sea al aquilon ó al mediodía, allí quedará para siempre (4). Lo que haya sembrado el hombre, eso cogerá (5).

(1) Hebr. IX, 27.

(2) Eccli. XV, 18.

(3) Eccli. XV, 14.

(4) Eccli. XI, 3.

(5) Gal. VI, 8.

y sometido á juicio recibirá el premio ó el castigo á que sea acreedor (1). Ese juicio, que decidirá de su suerte por toda la eternidad, y cuyo efecto sentirá desde luego el alma entrando en la region de la vida ó de la muerte eterna, segun haya obrado el bien ó el mal en la vida presente, será ratificado solemnemente ante los ángeles y los hombres todos en el dia de la resurreccion universal, para que todo el hombre, esto es, alma y cuerpo, reciban la recompensa en la posesion del Sumo Bien, ó el castigo en el abismo del sumo mal, para que aparezca cada uno delante de todos como realmente es, se reformen los juicios falsos del mundo, y se manifieste en todo su esplendor la providencia y la justicia de Dios para su cumplida glorificacion (2).

¿Quién será nuestro juez y pronunciará la inapelable sentencia? Jesucristo, señores. El mismo que descendió del cielo para nuestra salvacion, el mismo que murió en la Cruz por nuestros pecados, y nos preparó todos los medios necesarios para salvarnos, el mismo que es ahora nuestro abogado delante del Padre. Todos compareceremos ante el tribunal de Cristo, dice S. Pablo, para recibir el premio ó el castigo merecido en esta vida (3).

Jesucristo mismo nos dice: Dios Padre ha dado á su Hijo la potestad de juzgar, porque es Hijo del hombre (4). Porque es Hijo del hombre, señores. ¿Qué significa esta misteriosa palabra? Que no solo tiene Jesucristo la

(1) I. Cor. III, 8, 14.

(2) Oportet esse finale iudicium in novissimo die, in quo perfecte id quod ad unumquemque hominem pertinet, quocumque modo perfecte et manifeste iudicetur. (S. Thom. 3, p. q. 53, art. 5.)

(3) Rom. XIV, 10.

(4) Joann. V, 27.

potestad de juzgar como Dios, sino como hombre. Se humilló, dice S. Pablo, se hizo obediente hasta la muerte de Cruz: por ello Dios le exaltó y le dió un nombre sobre todo nombre, á cuyo eco se doble toda rodilla en el cielo, en la tierra y en el infierno, y toda lengua confiese que Jesucristo está á la diestra del Padre (1). Este ha puesto todas las cosas en sus manos (2), y le ha constituido juez de vivos y muertos (3). Anonadándose voluntariamente y prodigando su sangre para salvar á los hombres, mereció la exaltacion á esta dignidad suprema. Dios quiere que sea juez de todos el que vino á ser Salvador de todos (4). Él es la cabeza de la humanidad: Dios le ha dado por herencia todas las naciones con potestad sobre todas ellas (5), y tiene por lo mismo el derecho de juzgarlas. En él está la plenitud de la gracia y de la verdad (6), y es como la ley y la justicia animada, á quien compete juzgar las acciones de los hombres (7), que en tanto serán admitidos á la gloria, en cuanto se hayan hecho conformes á él mismo (8). Es justo por lo

(1) S. Thom. 3. p., q. 59, art. 3.

(2) Philip. II, 9, 11.

(3) Joann. XIII, 3.

(4) Act. X, 42.

(5) Quia filius hominis est, id est, quia incarnari dignatus est homo- que fieri; quasi dicat: voluit Deus homines per Christum hominem judicare, ut congruum esset iudicium congruoque modo, scilicet sensibili et humano, fieret; utque sicut ipse per Christum hominem mundum salvat, sic et per ipsum eundem iudicet, hominem, inquam, qui cum Deus esset, vitam humanam induit, eamque pro hominum salute morti exposuit, et prodegit. (A Lapid. in Joann. c. V.)

(6) Ps. II, 8, 9.

(7) Joann. I, 14.

(8) Ipsa ratio iudicii est lex sapientiæ vel veritatis secundum quam iudicatur. Et quia Filius est sapientiæ genita et lex a Patre procedens, et ipsum perfecte representans, ideo proprie iudiciaria potestas attribuitur Filio Dei. (S. Thom. 3. p., q. 59, art. 1.)

mismo, dice Santo Tomas, que sea juez el que, peleando por la justicia de Dios, venció siendo juzgado y sentenciado injustamente; y triunfó, resucitando para ser el dominador de los vivos y los muertos (1).

Fué juzgado inicualemente, y lo es ahora tambien, puesto como blanco de contradiccion (2). Como entonces los príncipes de la Sinagoga y los fariseos se arrogaron el derecho de juzgarle, declarándole reo de muerte (3), así ahora se lo arrogan los herejes, los mal llamados filósofos y los impíos que rechazan á Jesucristo, diciendo que no quieren reine sobre ellos, adulteran su doctrina pretendiendo someterla á su orgullosa razon, y se esfuerzan por aniquilarle crucificándole de nuevo. Por ello Dios Padre le ha dado el derecho de juzgar á todos como Hijo del hombre, para que, como dice S. Agustin, sea juez en aquella forma en que fué sometido á jueces inicuos, y juzgue á los verdaderos reos el que falsamente fué juzgado reo (4). Vendrá en esta forma, añade Tertuliano, para que en ella sea conocido por los que le despreciaron y ofendieron (5).

Oid las palabras del mismo Verbo encarnado: El Padre ha dado al Hijo la potestad de juzgar, porque es Hi-

(1) Iudiciaria potestas homini Christo competit, et propter divinam personam, et propter capitis dignitatem, et propter plenitudinem gratiæ habitualis, et tamen ex merito etiam obtinuit, ut scilicet pro Dei justitia iudex esset, qui pro Dei justitia pugnavit, et vicit, et injuste iudicatus est. Unde ipse dicit (Apoc. III, 21): *Ego vici, et sedi in throno Patris mei.* (S. Thom. 3. p., q. 59, art. 3.)

(2) Luc. II, 34.

(3) Matt. XXVI, 66.

(4) Forma illa erit iudex, qua stetit sub iudice: illa iudicabit quæ iudicata est inique, iudicabit juste: iudicabit veros reos qui iudicatus est falsus reus. (S. August. *De Verb. Dñi. Serm. 64.*)

(5) Non alia venturus est forma Christus ut qua agnosci habet a quibus et læsus est. (Tertul., *adv. sub., c. 14.*)

jo del hombre (1), y ha puesto el juicio en sus manos, para que todos honren al Hijo, como honran al Padre (2). Quiere este que todos reconozcan y honren á Jesucristo hombre como Dios verdadero por la union hipostática. Los que le negaron y le resistieron, han de verse forzados á reconocerle y honrarle como Dios, así como llenos de fe y de amor le adoran ahora y le glorifican, y le glorificarán eternamente sus fieles discípulos. Por ello dice S. Pablo, que Dios le exaltó para que ante él se doble toda rodilla en el cielo, en la tierra y en el infierno, y toda lengua confiese que el Señor Jesucristo está á la diestra del Padre, igual á él en el poder y la gloria (3). Verán al Hijo del hombre, que vendrá en las nubes con gran poder y majestad (4). Esta palabra que dijo Jesucristo á sus discípulos hablándoles del juicio terrible del último de los días, lo repitió dirigiéndose á los jueces inicuos que le declararon reo de muerte (5). Vendrá el Hijo del hombre en la gloria de su Padre, y acompañado de sus ángeles, y entonces dará á cada uno segun sus obras (6).

Momento terrible, señores, el que sigue á la muerte del que despreció á Jesucristo, y no se aprovechó de los tesoros de gracia que le habia preparado con su sacrificio. Anatema pronunció S. Pablo sobre el que no ama á nuestro Señor Jesucristo (7), y anatema y maldicion vendrá sobre él. Momento por el contrario de dicha inefable el que sigue á la muerte del discípulo fiel y amante de Jesucristo, que le consagró su vida, se santificó con la ob-

(1) Joann. V, 27.

(2) Id. V, 23.

(3) Ppilip. II, 11.

(4) Matth. XXIV, 30.

(5) Id. XXVI, 64.

(6) Id. XVI, 27.

(7) I. Cor. XVI, 22

servancia de su ley, y se enriqueció con los tesoros de su gracia en los Santos Sacramentos. Al presentarse ante el divino juez, será hallado conforme á la imágen del Hijo de Dios, y se unirá con él para siempre, entrando á la parte en su misma gloria.

Mas terrible sin comparacion, y mas consolador respectivamente el momento que seguirá á la resurreccion universal. Acordaos que hablando de la victoria de Jesucristo, os dije, que se consumará gloriosamente aquel dia en que quedará destruido el último de sus enemigos, esto es, la muerte que se verá forzada á devolver sus víctimas para que en cuerpo y alma comparezcan todos los hombres ante el tribunal del juez supremo de vivos y muertos. Aquel dia de la victoria definitiva se consumará tambien la ignominia de unos y la gloria de otros, y brillará en todo su esplendor la justicia de Dios y la gracia de Jesucristo (1).

Nada mas elocuente, señores, que las palabras de Jesucristo que nos refiere S. Mateo. Cuando viniere el Hijo del hombre, y todos los ángeles con él, se sentará en el trono de su Majestad, y serán congregadas ante él todas las gentes, y separará los unos de los otros, como un pastor aparta las ovejas de los cabritos, y pondrá las ovejas á la derecha y los cabritos á la izquierda. Entonces dirá el Rey á los que estarán á su derecha: Venid, benditos de mi Padre, poseed el reino que os está preparado desde el principio del mundo. Entonces dirá tambien á los que estarán á su izquierda: Apartaos de mí, malditos, al fuego eterno que está aparejado para el diablo y para sus ángeles. É irán estos al suplicio eterno, y los justos á la vida eterna (2).

(1) I Cor. XVI, 22.

(2) Matth. XXV, 31.

Al suplicio eterno, á la vida eterna, señores. Los impíos dijeron á Jesucristo: apártate de nosotros; no queremos la ciencia de tus caminos (1). Como ellos lo quieren, así será. En el día en que se dará al hombre lo que con su conducta ha mostrado querer, les dirá Jesucristo: apartaos de mí para siempre. Los justos dicen: bueno es para mí adherirme á Dios, y poner en el Señor mi esperanza (2) y se unen á Jesucristo, que es el camino, la verdad y la vida (3). El Hijo del hombre les dirá en su día: venid, benditos de mi Padre; habeis permanecido fieles á mí en el sacrificio y en las pruebas (4), os habeis unido conmigo como el sarmiento á la vid (5), entrad en el goce del Señor (6), para estar donde yo estoy eternamente (7).

Ante el hombre el bien y el mal, la vida y la muerte, lo que él quiera eso se le dará (8) por el Hijo del hombre, constituido juez de vivos y muertos (9). Amemos el bien, y busquemos la vida; sembremos en espíritu; seamos ovejas del pastor divino Cristo Jesus, y él, despues de ser nuestro Mediador y Abogado durante la vida, siendo nuestro juez en la muerte, será nuestro remunerador y glorificador en el cielo.

(1) Job. XXI, 14.

(2) Ps. LXXII, 28.

(3) Joann. XIV, 6.

(4) Luc. XXII, 28.

(5) Joann. XV, 5.

(6) Matth. XXV, 21.

(7) Joann. XVII, 24.

(8) Eccli. XV, 18.

(9) Act. X, 42.

TERCERA PARTE.

En Jesucristo, señores, está la plenitud de la gracia, de la cual todos recibimos (1), porque en él habita la plenitud de la divinidad (2), y en él se encierran todos los tesoros de la sabiduría y de la ciencia de Dios (3). En Jesucristo tambien la plenitud de la gloria, de la cual nos quiere Dios participantes para consumacion de nuestra bienaventuranza en la eternidad. Como la gracia no se nos da sino por Jesucristo, así tambien por él y solo por él se nos dará la gloria. Nuestra santidad, fruto de la gracia, es la participacion de la de Jesucristo, á quien nos une de manera que está en nosotros y nosotros en él (4), para que sea uno mismo nuestro espíritu (5), y su vida se manifieste en nuestra carne mortal (6). Del mismo modo nuestra gloria será una participacion de la infinita que goza Jesucristo, sentado á la diestra del Padre para ser el principio de nuestra glorificacion. Es nuestra cabeza en el orden de la gracia, é influye admirablemente en todos sus miembros (7); lo será tambien en el orden de la gloria, porque eternamente conservará ese carácter que el Padre le ha dado de cabeza de todo el

(1) Joann. I, 16.

(2) Coloss. II, 9.

(3) Id. id., 3.

(4) Joann. XV, 4, 5.

(5) I. Cor. VI, 17.

(6) II. Cor. IV, 11.

(7) Ephes. IV, 15.

cuerpo de su Iglesia, que un día le presentará gloriosa y sin mancha (1). Por ello nos dice S. Pablo, que Dios nos ha elegido desde la eternidad para que seamos santos é inmaculados en su presencia, adoptándonos por hijos suyos en Jesucristo (2), para que siendo hijos, seamos herederos de Dios, coherederos de Cristo (3), para loor y gloria de su gracia, por la cual nos ha hecho agradables en su Hijo amado (4).

La gloria que esperamos, y á que Dios nos llama, será el último y eterno don de Jesucristo. Por sus méritos se nos dará, y de él mismo la recibiremos, ya que el Padre ha puesto todas las cosas en sus manos (5), y habiéndonos dado á su Hijo, por él quiere darnos todas las cosas (6). Ese Hijo de Dios hecho hombre, venciendo como leon de Judá, ha conquistado la gloria para nosotros; y porque ofreció su vida en expiacion del pecado verá un linage de larga duracion, será como padre de descendencia que durará por toda la eternidad, y repartirá entre sus hijos los despojos de los fuertes y la gloria conquistada (7).

Jesucristo es nuestro glorificador, y lo es porque nos ha merecido la bienaventuranza con su sacrificio, devolviéndonos el derecho á ella, que por el pecado habíamos perdido; y porque es el juez remunerador de los que, cooperando á su gracia, se hacen dignos de la corona de justicia. Por el Sacerdocio de Cristo, que se inmólo á sí mismo, dice Santo Tomás, serán consumados en

(1) Ephes. V, 27.

(2) Id. I, 4, 5.

(3) Rom. VIII, 17.

(4) Ephes. I, 6.

(5) Joann. XIII, 3.

(6) Rom. VIII, 32.

(7) Isai. LIII, 10.

la gloria los Santos, ya que la virtud y mérito de esta hostia inmaculada permanece para siempre; y por toda la eternidad influirá en la glorificacion de los escogidos (1), que no necesitarán ya de la oblacion de aquella víctima divina para su justificacion, pero la necesitarán para consumacion de su gloria (2).

¡Qué nuevo horizonte nos descubre, hermanos, la fe católica, trasportándonos á los siglos eternos y descubriéndonos á Jesucristo como principio y causa de nuestra gloria, como manantial fecundo é inagotable de ella, y como dador eterno de la plenitud de la vida y de la felicidad! Él es el Verbo encarnado: en él está la vida, que es la luz de los hombres (3), y en su luz veremos su esplendor, y viviremos de su vida (4). ¡Qué nuevos motivos para amarle y para empeñarnos en su imitacion, acercándonos y uniéndonos á él por ese Sacramento divino, que es el pan de la vida (5), sedientos de su gracia, que se hará en nosotros fuente de aguas vivas que saltan hasta la vida eterna, para embriagarnos en el torrente de las delicias divinas! (6)

La restauracion de todas las cosas, que Dios Padre quiere realizar por Jesucristo, no será completa hasta la glorificacion eterna de la humanidad por él regenerada, porque no solo es restauracion en la tierra sino en el

(1) Virtus illius hostiæ manet in æternum. (S. Thom., 3. p., q. 22, art. 5 ad 2.)

(2) Sancti qui erunt in patria non indigebunt ulterius expiari per Sacerdotium Christi: sed expiati jam indigebunt consummari per ipsum Christum, a quo gloria eorum dependet; unde dicitur quod claritas Dei illuminat illam (civitatem), et lucerna ejus est Agnus. (Id. id. ad 1.)

(3) Joann. I, 4.

(4) Psalm. XXXV, 10.

(5) Joann. VI, 35.

(6) Id. IV, 14.—VII, 38.

cielo, y él mismo que en aquella vino á obrarla, en este la consuma, consiguiéndose allí el fin de su sacrificio (1). Por ello se nos presenta Jesucristo como el juez remunerador del hombre justo, á la vez que castigador del réprobo. Dará á cada uno segun sus obras, dice San Pablo (2).

Recordad lo que dijo á sus Apóstoles hablándoles de su próxima ascension: Voy á prepararos un lugar (3); y como queriendo explicarse mas claramente, les añade: Yo preparo y dispongo para vosotros un reino, como el Padre lo ha dispuesto para mí, á fin de que eternamente goceis conmigo en el cielo (4). Cuando entrado ya en posesion de su gloria se dignó hacer sus revelaciones misteriosas al discípulo amado, que las escribió en su Apocalipsis, repite una y otra vez estas magnificas promesas: «Al vencedor en la lucha del espíritu contra la carne, de la verdad contra el error, y de la gracia contra el pecado, le daré á comer del árbol de la vida que está en el paraiso de mi Dios (5), y un maná escondido y escrito en piedra preciosa, se le dará un nombre nuevo, que solo sabe y comprende el que lo recibe (6). Será vestido de blanca vestidura, y no borraré su nombre del libro de la vida, y le confesaré delante de mi Padre y de sus Angeles (7). Al que venciere, en fin, le haré sentar conmigo en mi trono, así como yo he vencido y me he sentado con mi Padre en su trono (8).

(1) Hebr. X, 14.—S. Thom., 3 p., q. 22, art. 5.

(2) Rom. II, 6.

(3) Joann. XVII, 24.

(4) Luc. XXII, 29.

(5) Apoc. II, 7.

(6) Id. id., 17.

(7) Id. III, 5.

(8) Id. id. 21.

¿Comprendeis ahora, Señores, las palabras de la sentencia de bendicion que en el juicio final pronunciará Jesucristo en favor de los que, siendo sus verdaderos discípulos, se hagan dignos de la recompensa prometida? «Venid, benditos de mi Padre: poseed el reino que os está preparado desde el principio del mundo.» (1) Este reino, dice Santo Tomás, se nos ha preparado por la ordenacion divina que nos eligió para ser santos, y se nos da derecho á él por los méritos de Jesucristo, y por su gracia, que es la prenda de nuestra herencia (2). Por eso, añade el Santo Doctor, por eso dijo Jesucristo á sus Apóstoles: Yo os preparo el reino. Yo, en cuanto hombre, en cuanto gozo de la union hipostática del Verbo, que da valor infinito á todas mis obras; y no solo os lo preparo para el alma, sino tambien para el cuerpo (3), segun aquellas palabras de San Pablo: Jesucristo reformará la bajeza de nuestro cuerpo para hacerlo conforme á su cuerpo glorioso (4). Venid, pues, esto es, unios á mí, haceos semejantes á mí por la gloria como lo habeis sido por la gracia y por la santidad. Cuando aparezca, dice San Juan, seremos semejantes á él, porque le veremos segun él es (5).

Todo por Jesucristo, Señores. Por sus méritos recibimos la gracia y esperamos la gloria. Mas aún: él

(1) Matth. XXV, 34.

(2) Et dixit: possidete, id est, intrate in possessionem. Intrare autem in possessione proprie competit ei qui jus habuit. Illud autem jus habuimus ex ordinatione divina: item ex acquisitione Christi, qui nobis hoc acquisivit: item ex gratia sua, quod est pignus hæreditatis nostræ. (S. Thom. in Matth. cap. 25.)

(3) Ecce ego dispono vobis, sicut disposuit mihi Pater, regnum. Ego, in quantum homo, in quantum fruor Verbo. Item in quantum ad corpus. Venite, id est, reformamini... cum apparuerit, similes ei erimus. (Id. id.)

(4) Philip. III, 21.

(5) I Joann. III, 2.

mismo será nuestra gloria y la fuente inagotable de nuestra felicidad en la Jerusalen del cielo. Contemplad con los ojos del alma, iluminada por la fe, esa ciudad de la eterna paz. San Juan nos la describe en el Apocalipsis (1). Es una ciudad cuyo arquitecto, cuyo fundamento y cuya puerta es Jesucristo, y cuyos habitantes son Reyes. Ellos mismos son las piedras vivas de ella, animados del espíritu de Dios, penetrados de su gloria, iluminados con su claridad, abrasados en su amor, formando todos como uno solo, sin mas ley que la caridad y el espíritu de Jesucristo, que de él, como de la cabeza, se difunde á todos los miembros, los cuales participan de la gloria y de la herencia del Hijo único del Padre. Todos, por lo tanto, le reconocen y adoran como al principio y la fuente de su santidad, que á tal gloria los ha encumbrado, y le cantan himno eterno repitiendo en armonioso coro: Digno es el Cordero que fué muerto de recibir el poder, la dignidad, la sabiduría, la fortaleza, el honor, y la gloria y la bendición (2); nos has redimido, Señor, con tu sangre, de toda tribu, y lengua, y pueblo, y nación, y nos has hecho reino para nuestro Dios, y Sacerdotes, y reinaremos eternamente (3).

En esta mansion de inefables maravillas no se necesita la luz del sol ni de la luna: la gloria de Dios la ilumina, y Jesucristo, el Cordero de Dios, en quien habita la plenitud de la divinidad, es la lámpara, es el sol, que difunde sus luces (4). Esta luz, que está en el Verbo, se comunica á los bienaventurados por la humanidad

- (1) Apoc. XXI, 2.
 (2) Id. V, 12.
 (3) Id. id., 9.
 (4) Id. XXI, 23.

que tomó para sí, y brillando eternamente les descubre todos los tesoros de la Sabiduría y de la ciencia de Dios, que en Jesus se encierran (1). En él verán los caminos por dónde los llevó á su fin, y los medios de que se valió para salvarlos, no dejándoles ignorar nada de cuanto pueda contribuir á su felicidad. Esta luz les hará ver claramente los misterios que ahora conocemos por la fe y como en enigma (2); y los verán en su principio, en sus medios y en su fin; los verán en Jesucristo y en su divina luz.

No vi templo en la Jerusalen del cielo, añade San Juan, porque el Señor Dios Omnipotente es el templo de ella y el Cordero (3). Jesucristo á la diestra de su Padre, es el Sacerdote que en ese templo se ofrece á sí mismo como hostia santa, como Cordero inmolado desde el principio del mundo (4), siendo eternamente el mediador y el lazo de comunicacion con Dios de todos los justos, que por él reciben los dones divinos, y por él elevan á Dios su adoracion y su accion de gracias.

Jesucristo es tambien el árbol de la vida que vió San Juan en medio de la Ciudad Santa, y cuyos frutos alimentan á los bienaventurados, comunicándoles la inmortalidad, el gozo, la paz y todos los bienes (5). Jesucristo alimenta su espíritu como verdad, sacia su corazon como caridad, y da vida é incorrupcion á sus cuerpos como santidad. Él es además el esposo de la Iglesia glorificada. Se sacrificó en la tierra para santificarla y presen-

- (1) I Coloss. II, 3.
 (2) I Cor. XIII, 12.
 (3) Apoc. XXI, 22.
 (4) Id. XIII, 8.
 (5) Id. XXII, 2.

társela á sí mismo gloriosa y sin manecilla (1), y con ella celebrará sus bodas en el cielo, comunicándole todos sus bienes para ser como dos en una carne con union indisoluble (2).

Jesucristo, en fin, es todas las cosas para los que gozan de Dios en el cielo. En él quiso Dios que habitase toda plenitud, para que como de fuente inagotable se difundiera á los hombres cuanto es necesario para su santificación en la tierra y para su felicidad en el cielo. En él la plenitud de la gracia y de la verdad, de la luz y de la gloria, de la vida y la inmortalidad, del gozo y de la paz, de la santidad y del amor, del sacerdocio, de la realeza y de la divinidad. De toda esta plenitud comunica, llenándolos segun la medida de sus méritos, á todos los santos consumados en su union eterna con él mismo. Son glorificados con la gloria de su cabeza, iluminados con su luz, santificados con su santidad, vivificados con su vida, inflamados con su amor, inmortales como él, embriagados de sus delicias y de los inefables goces de su eterna paz, participantes de su reino y de su sacerdocio, y en cierto modo divinizados con él.

¡Qué grandeza, hermanos, que felicidad! Con razon dice San Pablo, que es inmenso el peso de la gloria que Dios nos tiene preparada, y que no son comparables con ella las momentáneas y leves tribulaciones y padecimientos á que nos vemos sometidos en esta vida (3). No es extraño que arrebatado al tercer cielo para contemplar esa gloria que comunica Jesucristo á los suyos, exclame el Apóstol que no es dado al hombre hablar lo que

(1) Ephes. V, 26.

(2) Apoc. XIX, 7, 9.

(3) II Cor. IV, 17.

allí escucha, y que no ha visto el ojo, ni oyó la oreja, ni alcanzó el entendimiento del hombre, lo que Dios tiene preparado para los que le temen y le aman (1). La voz que oyó San Juan salida del trono, decia: Dios enjugará toda lágrima de los ojos de ellos, y la muerte no será ya mas, y no habrá llanto, ni clamor, ni dolor; porque las primeras cosas pasaron, y hé aquí que yo hago nuevas todas las cosas (2). Serán embriagados, dice el Profeta, con la abundancia de tu casa, y les darás á beber del torrente de tus delicias (3).

Esta gloria, Señores, que tendrá principio para el alma del justo cuando el juez eterno pronuncie su sentencia de salvacion en el momento que siga á su muerte, llegará á su plenitud para el alma y para el cuerpo en el dia de la resurreccion y del juicio final, cuando se les hará oír aquella dulcísima palabra: Venid, benditos de mi Padre, poseed el reino que os está aparejado desde el principio del mundo (4). Entonces vendrá el fin, dice San Pablo (5); esto es, quedará consumada la restauracion de todas las cosas, y terminará la dispensacion ó ministerio de Cristo en la tierra, porque habrá llegado la consumacion del siglo (6). Entonces, vencidos ya todos los enemigos y destruida la muerte, todo estará sometido á Cristo, y él mismo en cuanto hombre con su cuerpo místico, que es su Iglesia, perfecta ya en el número y en la santidad de sus miembros, unida á él como esposa para siempre, se someterá al Padre ofreciéndose

(1) I Cor. II, 9.

(2) Apoc. XXI, 4.

(3) Psalm. XXXV, 9.

(4) Matth. XXV, 34.

(5) I Cor. XV, 27.

(6) Matth. XXVIII, 20.

á él, y adorándole con todos los suyos para que sea Dios todo en todas las cosas (1); esto es, para que aparezca clarísimamente por toda la eternidad, que todos los bienes, toda la gracia, toda la gloria y bienaventuranza procede de Dios, y por Jesucristo se deriva á todos los Santos. Y Dios, en la unidad de su esencia y en la trinidad de sus personas, será la vida y la felicidad de todo el cuerpo de la Iglesia, que estará en su seno para adorarle, amarle y bendecirle con el cántico de gloria y alabanza á Dios y á Jesucristo, que eternamente repetirán los ángeles y los Santos: «Al que está sentado en el trono, y al Cordero, bendicion y honra, y gloria y poder en los siglos de los siglos.» (2)

Ahora bien, Señores, ¿seremos del número de los que canten ese cántico, siendo habitantes de la Jerusalen del cielo? Es indudable que este es el fin que Dios se propuso al crearnos, y Jesucristo al redimirnos y hacernos hijos adoptivos de Dios y miembros de su Iglesia en la tierra. La voluntad de Dios es que nos salvemos (3); pero también es voluntad de Dios nuestra santificación (4). Teneis por fruto de vuestra vida la santificación, dice San Pablo; por fin de ella la vida eterna (5). Sin aquel fruto esta no se consigue. Nada que esté manchado con el pecado entrará en el cielo, dijo la voz reveladora de los misterios del Apocalipsis (6). Bienaventurados los que lavan sus estolas en la sangre del Cordero para tener parte en el árbol de la vida, y entrar por las

- (1) I Cor. XV, 28.
 (2) Apoc. V, 13.
 (3) I Tim. I, 4.
 (4) I Thes. IV, 6.
 (5) Rom. VIII, 22.
 (6) Apoc. XXI, 27.

puertas de la ciudad celestial (1). ¿Quiénes son estos? Los que viven del espíritu de Jesucristo, los que crucifican su carne con sus vicios y concupiscencias (2), despojándose del hombre viejo para vestirse del nuevo, creado según Dios (3), y hacer que la vida de Jesús se manifieste en su carne mortal (4); los que unidos á él por la fe y la caridad, pelean legítimamente contra los enemigos de su salvación (5), y renunciándose á sí mismos toman la cruz y le siguen hasta el fin (6); en una palabra, los que se hacen conformes á la imagen del Hijo de Dios, modelo divino de los predestinados (7).

Yo he procurado, Señores, en estos días hacéroslo conocer, porque el conocimiento de Jesucristo, y de su Padre que le ha enviado, es la vida eterna (8). Pero os lo dije en el primer día: no se trata de un conocimiento meramente nominal y especulativo, sino de una ciencia que, llenando por la fe el entendimiento, obra sobre el corazón y engendra el amor, y se traduce en obras que acreditan la conformidad de sentimientos y de acciones con el objeto conocido, adorado y amado. Os lo he presentado por lo mismo como Verbo de Dios en el seno del Padre, para que le adoreis; como Verbo encarnado en el seno de María, y por amor hecho hombre, hermano nuestro, para que le ameis; como modelo admirable de santidad, para que le imiteis; como maestro de doctrina divina y salvadora, para que os lleneis de la verdad y del

- (1) Apoc. XXII, 14.
 (2) Gal. V, 24.
 (3) Coloss. III, 9.
 (4) II Cor. IV, 16.
 (5) II Tim. II, 5.
 (6) Matth. XVI, 24.
 (7) Rom. VIII, 29.
 (8) Joann. XVII, 3.

bien que enseña como víctima por nuestros pecados, para que, aborreciéndolos, abraceis la cruz asociándoos á su sacrificio; como triunfador de la muerte y del pecado, sentado á la diestra del Padre, tomando posesion de la gloria que os prepara; para que espereis en él como mediador y abogado, cuya oracion jamás es desechada; para que le invoqueis á todas horas, como juez de vivos y muertos; para que le temais como glorificador de los que viven y perseveran en su servicio y en su amor; para que con santa emulacion os esforceis y os apresureis, como dice San Pablo, á penetrar en el eterno reposo (1); y teniendo confianza de entrar en el santuario del cielo por la sangre de Cristo, os llegueis á él con verdadero corazon, con fe cumplida, purificados de la mala conciencia, y lavados con el agua limpia de la gracia, conservando firme la profesion de vuestra esperanza para estimularos á la caridad y á las buenas obras (2).

¿Sois cristianos y os gloriáis de este nombre? Vivid, pues, como San Pablo, en la fe del Hijo de Dios (3), y tened en vosotros los mismos sentimientos de Cristo Jesus (4). ¿Habeis olvidado vuestras promesas, hechas en el bautismo, y ha entrado el pecado en vuestros corazones? En el cielo teneis un abogado en presencia del Padre, que es Jesucristo, el justo, y es propiciacion por vuestros pecados (5). Detestadlos, haced penitencia, y sereis justificados con su gracia. ¿Habeis recibido el don de esta gracia, y resucitásteis con Cristo? Buscad las co-

(1) Heb. IV, 11.

(2) Id. X, 22.

(3) Gal. II, 20.

(4) Philip. II, 5.

(5) Joann. II, 1.

sas de arriba, donde está Cristo sentado á la diestra del Padre: tomad gusto á las cosas de lo alto, no á las de la tierra (1); dejad de llevar la imágen del Adán terreno, y llevad la del celestial (2). Creced en Jesucristo, que es vuestra cabeza, y de quien sois miembros, hasta llegar á la medida de varon perfecto (3). Acercaos á Jesucristo, y él os fortalecerá (4). Ahí le teneis en ese Sacramento. Ahí prueba vuestra fe para que le adoreis; ahí se ofrece víctima por vosotros para alentar vuestra esperanza; ahí se os da en alimento para que le ameis con caridad ardiente; ahí lleva hasta donde es posible en la tierra su comunicacion con el alma, asimilándola á sí por la gracia, á fin de hacerlo mas cumplidamente despues en el cielo por la gloria (5). Creed, pues, en él, adoradle, amadle, imitadle, y oireis un dia su palabra de bendicion eterna, que os introducirá en la posesion de su reino, donde embriagados en el torrente de las delicias divinas, cantareis las alabanzas de Dios y del Cordero por los siglos de los siglos.

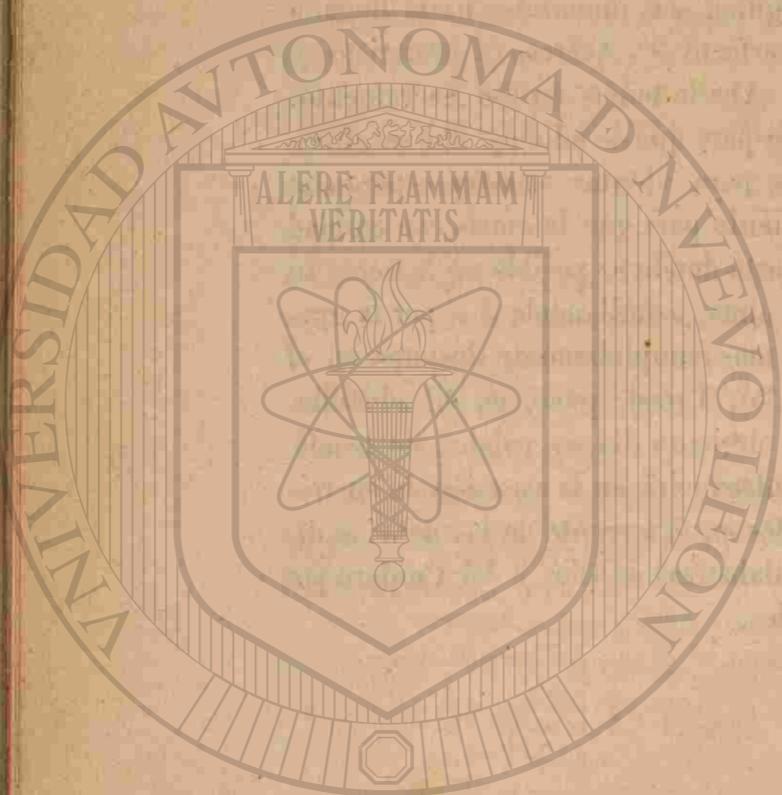
(1) Colos. III, 1.

(2) I Cor. XV, 49.

(3) Ephes. IV, 15.

(4) Matth. XI, 28.

(5) Non sufficit liberalitati divinæ quod in Sacramento, vel in cibo intellectum illuminat, quod affectum sanat, quod memoriam delectat, quod totum hominem in bono confortat, et corpori suo mystico associat, quin insuper Deo assimilet in præsentem per gratiam, et in futuro per gloriam: non enim potest ulterius promoveri. (S. Thom., *Opusc.* 58, *cap.* 5.)



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

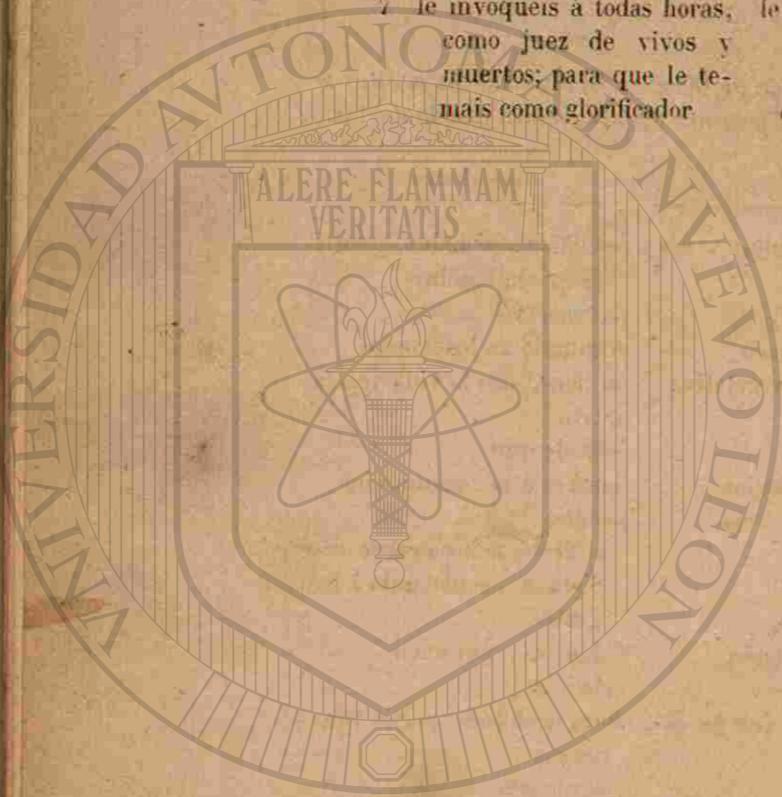
ERRATAS DEL TOMO 3.º

Hecha ya la impresion de la Obra, se han notado las erratas siguientes, que conviene tener presente para la lectura exacta del texto.

Pág.	Línea.	Léese.	Debe leerse.
34	8	remediar sus males: y esa hambre	remediar sus males, y satisfacer esa hambre
34	28	la consagra	la conservó
40	2	el mundo los conoce	el mundo no los conoce
57	44	no tiene la vida vegetativa	no tiene sino la vida vegetativa
60	9	y de este modo	á fin de que
72	25	hombre, consumacion	hombre á la consumacion
75	5	pacífica	pacífica
76	48	dice S. Juan	y el Verbo se hace carne, dice S. Juan completando á San Lucas
84	24	debida, esa elevacion	debida esa elevacion
85	7	rebelaros	rebelaos
95	2	fruto prohibido, por la vanagloria	fruto prohibido; por la vanagloria
96	2	convertirlo	convertirla
104	45	Y con razon, hermanos, nos gloriamos	Y con razon, hermanos. Nos gloriamos
113	27	lo que se me anuncia? Dice	lo que se me anuncia? dice
114	24	á descender	descender
116	45	no pueden	no puede
	46	escandalizarian	escandalizaria
158	7	somos	sois
	8	fuimos	fuísteis
190	13	y yo seré su pueblo	y ellos serán mi pueblo
196	últ.ª	reservándanos	preservándonos
217	46	estipendio de la muerte es el pecado. Destruido este vencida queda aquella	estipendio del pecado es la muerte. Destruido aquel vencida queda esta



Pág.	Línea.	Léese.	Debe leerse.
238	14	buscando, no las cosas	buscando las cosas
270	4	enseña como víctima	enseña: como víctima
	5	os prepara; para que esperéis en él como	os prepara, para que esperéis en él: como
	7	le invoqueis á todas horas, como juez de vivos y muertos; para que le temáis como glorificador	le invoqueis á todas horas: como juez de vivos y muertos para que le temáis: como glorificador



U A N L

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

